



Nº1 AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

ROBYN CARR

Lo mejor de
nuestras vidas



ROBYN
CARR

Lo mejor de
nuestras vidas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 by Robyn Carr

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Lo mejor de nuestras vidas, n.º 275 - junio 2021

Título original: The Best of Us

Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Traducido por Ángeles Aragón López

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-436-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*La felicidad es el único bien.
El momento de ser feliz es ahora.
El modo de ser feliz es hacer felices a otros.*

ROBERT GREEN INGERSOLL

Capítulo 1

El primer día cálido y seco de verdad de principios de marzo, la doctora Leigh Culver salió de su clínica a la hora del almuerzo y fue con su coche hasta Sullivan's Crossing. Cuando entró en la tienda del *camping*, Sully, el dueño, se asomó por la esquina de la cocina.

—Hola —dijo Leigh—. ¿Has almorzado ya?

—Estaba a punto de hacerlo —contestó él.

—Déjame que te invite. ¿Qué quieres comer?

—Lo de otros días. Sándwich de pavo con pan integral. Acabo de hacerlo.

—Pero yo quiero invitarte.

—Te agradezco la intención, doctora, pero esta es mi tienda. No puedo dejar que me compres un sándwich que ya está comprado y pagado. De hecho, haré otro rápidamente, si te parece bien a ti —él empezó a sacar los ingredientes—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Quería estar un rato al aire libre —repuso ella—. Hace un día precioso. En el pueblo no hay cafés con terraza y todavía no me han llegado los muebles del jardín. ¿Te importa que nos sentemos en el porche?

—Lo he fregado con la manguera esta mañana, pero supongo que ya estará seco. Tienes ganas de primavera, ¿eh?

—Ha sido un invierno largo, ¿no crees? Y no he visto este sitio en primavera. La gente de aquí habla mucho de la primavera.

Sully le pasó un plato y tomó otro para sí.

—Toma la bebida que quieras, muchacha. Sí, este sitio resucita en primavera. Salen las flores y los animales presumen de sus crías. Seguramente el invierno te habrá parecido largo porque todo el mundo ha tenido la gripe.

—Incluida yo —contestó ella—. Estoy deseando que aparezcan las crías de primavera. Llegué aquí el verano pasado, con tiempo de sobra para la caída de las hojas y la temporada del apareamiento. Había mucho ruido —tomó un mordisco del sándwich—. Ñam, ñam. Está delicioso, gracias.

—De nada. Y estaría mejor una hamburguesa —se quejó él—. Ya me falta poco para el día de la hamburguesa. Me toca una al mes.

Leigh se echó a reír.

—¿Eso es lo que te recomienda el doctor? —preguntó.

—Bueno, no está en la dieta que me dio el nutricionista, pero el doctor dijo que una al mes probablemente no me mataría. Dijo *probablemente*. Yo creo que son sandeces. Entiendo que no tengo el corazón como para comer un bistec untado de mantequilla todos los días, pero si esta dieta es tan sana, ¿por qué no he perdido ni medio kilo en dos años?

—Puede que tengas el peso correcto. Sí has perdido peso desde el infarto —repuso ella.

Después de todo, había visto el historial de él. Cuando estaba considerando mudarse a la clínica del pueblo, había ido a Timberlake para ver lo que había. Le pareció un lugar pequeño, agradable, limpio y tranquilo. La clínica tenía buenas instalaciones para urgencias y ella tenía título como médica de familia y médica de urgencias. Era la persona ideal para el puesto. La clínica era propiedad de una cadena de hospitales de Denver, así que podían permitirse contratarla. Y ella estaba lista para aflojar su ritmo de vida en un lugar con grandes paisajes.

Cuando llegó allí, alguien, no recordaba quién, le sugirió que fuera al *camping* de Sully a echar un vistazo. A la gente del pueblo le gustaba ir allí a nadar. A los bomberos y paramédicos, así como a los guardas forestales y los miembros de los equipos de rescate, les gustaba caminar y escalar rocas por allí, y después tomar una cerveza fría en la tienda. Leigh no tardó en descubrir que Sully siempre tenía gente por allí. El Continental Divide Trail tenía una salida justo allí, en el Crossing. Era un buen lugar para acampar, recoger correo, reabastecerse de suministros, desde calcetines a pastillas de purificación del agua. Así fue como conoció ella a Sully.

Había ido a ver el pueblo en junio y se había trasladado a Timberlake el mes siguiente. Se había perdido la explosión de las flores silvestres en primavera, pero había contemplado admirada el cambio de las hojas en el otoño y oído las llamadas, los gruñidos y los chillidos de los alces en el bosque. Había tardado cinco minutos en enamorarse del sitio.

—¿Qué has hecho? —le preguntó su tía Helen cuando fue de visita y vio la clínica.

Su tía y ella vivían en un barrio de Chicago y el traslado de Leigh había sido un gran paso. Buscaba un cambio. Trabajaba muchas horas en una sala de Urgencias muy ajetreada y veía además pacientes en una consulta privada como médica de familia. Necesitaba frenar un poco. Su tía Helen no era amante de los pueblos, aunque empezaba a cansarse de los inviernos del Medio Oeste.

Ambas eran la única familia que tenía la otra. Dejar a Helen había sido difícil. Leigh había crecido, ido a la universidad y hecho la residencia en Chicago. Aunque su tía viajaba bastante y la dejaba sola semanas seguidas, Leigh, que estaba casada con el hospital, seguía viviendo en la casa donde había crecido. Pero tenía treinta y cuatro años y vivía aún con la tía que había sido como una madre para ella. Eso, en cierto modo, podía ser embarazoso, la avergonzaba un poco lo que podía considerarse como dependencia por su parte. Había decidido que ya era hora de ser adulta y marcharse.

Volvió a la realidad.

—Hace un día precioso —comentó—. ¿Todavía no hay nadie acampando?

—Empezarán muy pronto —respondió Sully—. Los primeros llegan en Semana Santa, pero esto no se llena hasta que ya se puede contar con que el tiempo se mantendrá cálido y seco. Ahora es cuando yo hago mi limpieza general de todo esto en preparación para el verano. ¿Qué noticias tienes de Chicago?

—Tienen un temporal de nieve. Mi tía dice que espera que sea el último.

Sully gruñó.

—Si nosotros tuviéramos un temporal de nieve, no podría limpiar los canalones y alcantarillas ni pintar las mesas de pícnic.

—¿Alguna vez tenéis temporales de nieve en esta época del año? Porque yo pensaba que eso solo ocurría en el Medio Oeste.

—Ha sucedido un par de veces. Hace tiempo que no. ¿Cómo está tu tía? ¿Por qué no la hemos conocido todavía?

—Hizo un par de visitas rápidas en el otoño. No me esforcé mucho por presentársela. Aparte de mis pacientes, no conocía a mucha gente todavía. Va a venir esta primavera, cuando termine su libro, y esta vez se quedará una temporada —Leigh rio y tomó un mordisco del sándwich—. Eso no hará que se deje el portátil en casa. Siempre está trabajando en algo.

—¿Siempre ha sido escritora?

—No. Cuando yo era pequeña, trabajaba de profesora. Luego alternó el trabajo de profesora con la escritura. Después se retiró de la enseñanza y empezó a escribir a tiempo completo. Pero cuando yo terminé la universidad, le crecieron alas. Ha viajado bastante. Siempre le gustó, pero en los últimos años lo hace con más frecuencias. A veces me lleva con ella. Ha hecho viajes y cruceros maravillosos. Da la impresión de que ha estado en todas partes.

—¿Egipto? —preguntó Sully.

—Sí. China, Marruecos, Italia y muchos otros lugares. Y los últimos inviernos pasa al menos un par de meses en un lugar cálido. Pero siempre trabaja. Trabaja mucho.

—Umm. ¿Qué clase de libros escribe?

Leigh sonrió.

—De misterio. ¿Quieres que te traiga uno? ¿Sueñas con escribir las historias de Sullivan's Crossing?

—Hija, a mí me cuesta trabajo escribir mi nombre.

—Te traeré uno de sus libros. Si no te gusta, no pasa nada.

—¿Ha estado casada?

—No, nunca. Pero eso puede que se debiera a complicaciones familiares. Mi madre estaba soltera cuando nací yo y la única persona que podía ayudarla era su hermana mayor. Luego murió mi madre cuando yo tenía cuatro años. Y la pobre tía Helen acabó criando sola a una niña. Una mujer trabajadora con una niña. ¿Dónde iba a encontrar a un hombre con tanto jaleo?

Sully guardó silencio un momento.

—Es una buena mujer. Una mujer que pierde a su hermana y acoge a su sobrina. Una buena mujer —repitió—. Seguro que la echas mucho de menos.

—Sí. Pero... —Leigh se detuvo. Su tía y ella habían vivido juntas treinta y cuatro años, pero se movían en círculos diferentes—. No siempre hemos estado juntas. Entre mis estudios y sus viajes, también nos hemos separado bastante. Compartíamos una casa, pero somos independientes. Mi tía tiene amigos por todo el mundo. Y, como todos los escritores, siempre está dando conferencias por ahí o yendo a congresos en los que tiene un millón de amigos.

Pero, por supuesto, echaba mucho de menos a Helen. Y se preguntaba a diario si aquella mudanza no era lo más estúpido que había hecho en la vida. ¿Pretendía demostrar que podía cuidarse sola?

—Bueno, supongo que la sala de espera estará llena de pacientes —comentó.

—¿Tienes mucho trabajo todos los días? —preguntó él, recogiendo los platos.

—Lo normal —repuso ella—. Aunque hay días en los que cualquiera diría que regalo pizzas. Gracias por el almuerzo. Ha sido un buen respiro.

—Ven aquí siempre que quieras. Eres buena compañía. Haces que el pavo con pan integral resulte mucho más interesante.

—Quiero que hagas algo por mí —dijo ella—. Avísame cuando estés listo para esa hamburguesa. Quiero invitarte yo.

—De acuerdo. Y no hace falta que se lo digas a Maggie.

—Es ilegal hablar de los pacientes —comentó Leigh—. Aunque ella sea hija tuya y doctora.

—¿Eso también incluye la comida? —preguntó él—. Es una buena noticia. En ese caso, tomaré también una cerveza con la hamburguesa.

—Hola, jefa —dijo Eleanor cuando Leigh entró en la clínica—. Esta tarde hay unas cuantas citas más la gente que llegue sin avisar. ¿Has tenido un buen almuerzo?

—Excelente. La primavera llega deprisa. Ya están brotando las hojas y la hierba.

—Han anunciado lluvia —intervino Gretchen.

Leigh tenía dos ayudantes, ambas enfermeras. Eleanor era una mujer cincuentona, maternal y agradable, y Gretchen tenía treinta años, era impaciente y a veces cascarrabias. Las dos eran muy eficientes y unas enfermeras excelentes. Hacía mucho tiempo que se conocían, pero Leigh tenía la impresión de que no eran amigas fuera del trabajo. Aunque, en realidad, se preguntaba si Gretchen tenía algún amigo.

—Estoy preparada cuando queráis —dijo a las enfermeras, entrando de nuevo en su consulta.

No había muchos pacientes esperando, pero, con el número de citas que tenían, la tarde llevaría un ritmo regular. Algunos habitantes del pueblo usaban la clínica de Urgencias como medicina de familia, lo cual estaba bien, siempre que no necesitaran un especialista. De ser así, Leigh los remitía a donde tuvieran que ir. Pensó en la única vez que había tratado a Sully. Él tenía una infección respiratoria de las vías altas con tos persistente. Ella le pidió una radiografía, le dio una medicina y le dijo que llamara a su médico de familia habitual.

—No necesito más médicos —contestó él—. Si esto no funciona, te avisaré.

Al parecer, había funcionado.

Era una buena clínica. Había otro doctor, que cubría unas horas o un turno dos o tres veces por semana. Estaba semijubilado. Bill Dodd. Tenían horarios raros, pues estaban abiertos dos noches por semana y los sábados. Cuando la clínica estaba cerrada, los pacientes tenían que ir a las Urgencias de la ciudad más próxima. La clínica estaba allí principalmente para la gente del pueblo. Los casos complicados se enviaban a hospitales de la zona, a veces por ambulancia.

Leigh colgó su chaquetón en el perchero detrás del escritorio y se puso una bata blanca. Había empezado llevando ropa de calle debajo de la bata, hasta que le habían vomitado, sangrado y hecho caca encima unas cuantas veces. Después de eso había aprendido y empezado a usar pijamas clínicos y zapatillas deportivas, como sus enfermeras.

No solo eran informales los atuendos, la clínica en sí era un lugar amigable y abierto. Algunos bomberos del cuartel de enfrente entraban a veces solo de visita. Si conseguían pasar la barrera de Gretchen, que era un poco rígida. A Leigh le resultaba agradable mantener una atmósfera abierta y acogedora siempre que fuera posible, y cuando la sala de espera no estaba llena de niños con toses perrunas.

—Cuando el doctor Hawkins dirigía esto, no era así —le había dicho un día su amigo Connie Boyle—. Siempre tenías la impresión de que se alegraba de tener compañía, pero no podía sonreír ni aunque le fuera la vida en ello.

Leigh pensó que eso describía a la mitad de los ancianos del pueblo, pero estaba aprendiendo que sus semblantes rudos ocultaban buenos corazones. Como Sully, que podía resultar impaciente y cascarrabias, pero en realidad ella quería darle un gran abrazo de oso cada vez que lo veía.

Examinó a un niño de un año que parecía tener laringitis y gruñía como una foca. Después vio un resfriado arraigado, un paciente al que remitió al gastroenterólogo por posibles piedras en la vejiga y colocó una férula y un vendaje en un tobillo que podía estar roto antes de desviar al

paciente al traumatólogo.

Cuando se disponían a cerrar la clínica, llegó un caso nuevo. Rob Shandon, el dueño del pub que había en la misma calle más abajo llevó a Finn, su hijo de diecisiete años. Este era tan alto como su padre, y eso que Rob medía más de un metro ochenta. Finn llevaba la mano envuelta en una toalla ensangrentada y tenía el rostro blanco como una sábana. Rob parecía sujetarlo con una mano bajo su brazo.

—Un corte malo —anunció Eleanor, cuando los introducía en la sala de reconocimiento.

La toalla empañaba mucha sangre y daba la impresión de que el paciente podía desmayarse.

—Tumbate en la camilla, por favor. Respira hondo. Todo irá bien. Cierra los ojos un momento. ¿El padre puede decirme lo que ha pasado? —preguntó Leigh, mientras se ponía unos guantes.

—No estoy seguro —contestó Rob—. Algo con un cristal roto.

Finn empezaba a recuperarse.

—Se rompió en el lavavajillas, supongo. Lo estaba vaciando y rocé con la mano un borde afilado. Con la palma. Y empezó a salir sangre. Debería ver el suelo de la cocina.

—Pero la has envuelto en una toalla y probablemente habrá dejado de sangrar ya —repuso Leigh—. Quiero que estés tumbado, con los ojos cerrados y respirando hondo. Si no te encanta la sangre, no es buena idea mirarla. A mí no me molesta nada. Y tengo que desenvolver esto y examinar la herida. Eleanor, ¿preparas una bandeja de suturas, por favor? Con lidocaína y gasas. Gracias.

Se colocó entre la herida y la línea de visión de Finn. Retiró la toalla despacio y brotó sangre nueva de un tajo de aspecto feo que cruzaba la palma de la mano.

—Buena noticia. Vas a estar una temporada sin coger platos. Mala noticia: Necesitas puntos. Muchos.

—¡Ahh!

—Te pondré anestesia, no te preocupes.

—Tengo entrenamiento —murmuró él—. Béisbol...

—Me parece que hoy no vas a ir —contestó ella—. Es un corte malo. Vamos a coserlo, ¿de acuerdo?

—Quiero quedarme, si es posible —dijo Rob.

—De acuerdo —contestó Leigh—. Simplemente quédate fuera de mi espacio de trabajo.

Tomó una jeringa ya preparada y la inyectó en la mano de Finn, alrededor del corte.

—Solo duele el primer pinchazo —explicó. Secó el corte con una gasa—. No es tan profundo como parece. No creo que te hayas cortado nada que vaya a influir en el movimiento. Si tuviera alguna duda sobre eso, te enviaría a un cirujano de manos. Es superficial. Es serio, pero...

Eleanor le dio gasas estériles, tomó la mano de Finn y la apoyó en una compresa absorbente situada encima de una bandeja plana de poliuretano colocada encima del vientre de él.

—¿Estás cómodo con la mano en esta bandeja? —preguntó.

—Estoy bien —dijo él.

Leigh le dio un golpecito en la mano con un hemóstato.

—¿Sientes eso? —preguntó.

—No.

—Bien. ¿Puedo confiar en que no te moverás si dejamos tu mano apoyada aquí?

—No me moveré. ¿Sigue sangrando?

—Solo un poco, y voy a parar eso rápidamente —contestó Leigh.

Eleanor giró el soporte Mayo de modo que quedara sobre el cuerpo de Finn y donde Leigh lo alcanzara con facilidad. Esta limpió la herida, le puso antiséptico, tomó la aguja con un hemóstato y empezó a coser. Apartaba la sangre y arrojaba las gasas usadas al soporte Mayo, done iban formando un buen montón—. Te has destrozado la mano —musitó—. Has tenido que golpear fuerte el cristal roto con ella

—Tenía prisa —contestó Finn—. Quería terminar pronto para ir a entrenar.

—Sí, bueno, pues no ha salido bien —comentó ella—. La seguridad es lo primero, Finn.

Dejó caer al suelo la toalla ensangrentada, amontonó más gasas cuadradas ensangrentadas y dio unos cuantos puntos más. Entonces oyó un sonido a sus espaldas, un gruñido bajo y profundo, seguido de un suspiro inmenso. Rob, con la cara del color de la pasta de dientes, se apoyó en la pared y se deslizó lentamente hasta el suelo.

—Rob —dijo ella—. Quiero que te quedes donde estás, sentado en el suelo, hasta que termine. No tardaré mucho.

—¡Agh! —gimió él.

—¿Vas a vomitar? —pregunto Leigh.

Él negó con la cabeza, pero Eleanor, rápida como un rayo, le pasó una palangana.

—Quédate sentado —le dijo—. No intentes levantarte aún. Eso nunca funciona.

—Terminaré en un par de minutos —comentó Leigh. Soltó una risita—. Cuanto más grandes son...

—¿Mi padre se ha desmayado? —preguntó Finn.

—Claro que no —contestó ella—. Solo está descansando un poco —cortó el hilo y tocó suavemente la herida—. ¡Maldición, chico! Catorce puntos. Se hinchará y te dolerá. Te voy a dar un antibiótico para prevenir cualquier posible infección, y analgésicos. Eleanor te vendará la mano. No la mojes y no te quites la venda. Si crees que va a salirse, ven a verme. Si no estoy aquí y crees que la venda se ha aflojado por alguna razón, no la toques. Llámame al móvil, sea la hora que sea. Y ahora dime: ¿Qué es lo más importante que tienes que recordar sobre la venda?

—¿No quitármela? —preguntó él.

—Eres un genio —respondió ella—. Vuelve dentro de tres días. Veremos cómo está y volveremos a vendarla. Quiero que tengas la mano en alto, así que Eleanor te dará un cabestrillo.

—¡Ah, no!

—No discutas conmigo. Si mueves la mano al costado o intentas usarla, habrá más sangre, se hinchará más y te dolerá más. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Todo tuyo, Eleanor. Háblale de las ventajas del plástico de envolver alimentos.

Leigh se quitó los guantes, se sentó en el taburete y rodó hasta donde estaba Rob apoyado en la pared. Él tenía las rodillas levantadas y los brazos apoyados en ellas.

—Ya estoy bien —dijo. Pero no se movió, y ella vio que le brillaba sudor en el labio superior.

—No intentes levantarte aún —dijo—. Cierra los ojos. Baja la barbilla al pecho. Sí, eso es.

Le masajeó un momento con gentileza los hombros y el cuello. A continuación le puso las manos en la cabeza y le frotó suavemente el cuero cabelludo. Le masajeó brevemente las sienes y pasó al cuero cabelludo. Oyó que gemía con suavidad, pero esa vez no era porque estuviera a punto de desmayarse, sino porque se sentía bien. Y ella sabía que, si la sensación era buena y se relajaba, su sangre circularía mejor y se recuperaría rápidamente. El truquito del masaje haría que Rob dejara de pensar en la sensación de mareo y quizá en las náuseas.

—¿O sea que no te gusta ver sangre? —preguntó ella con calma.

—He visto mucha sangre —contestó él—. Pero no mucha sangre de mi hijo —respiró hondo—. Creí que se había arrancado la mano.

—Ni mucho menos —dijo ella—. Pero ha sido un buen tajo. Algunas partes del cuerpo sangran mucho. La cabeza, por ejemplo. Te puedes hacer un corte en la cabeza de medio centímetro, que ni siquiera necesita un punto, y la sangre te arruinará la camisa. Es sorprendente —siguió masajeándole la cabeza con las yemas de los dedos mientras Eleanor le vendaba la mano a Finn. La enfermera le preguntó por el béisbol y a qué universidad iba a ir, e incluso hablaron de los amigos de él, a la mayoría de los cuales conocía la enfermera.

—¿Me he dado un golpe en la cabeza? —preguntó Rob.

—Creo que no había nada con lo que golpearla. ¿Por qué? ¿Sientes algo de dolor, mareo o algo?

—Creo que oigo campanillas o trinos de pájaros —contestó él. Alzó la barbilla y la miró. Sonrió de un modo muy atractivo—. Sigue haciendo eso y querré llevarte a casa conmigo.

Leigh apartó las manos.

—No podrías permitirte. Soy tremendamente cara.

Él se echó a reír.

—Apuesto a que sí. Ven al bar. Te invitaré a una copa.

—Eso es un gesto de buena vecindad. ¿Te encuentras mejor? ¿Quieres levantarte?

—Sí —Rob se levantó en el acto—. Finn nunca me permitirá olvidar esto.

—Claro que sí, papá —contestó su hijo desde la camilla—. Algunos simplemente no soportan las durezas de la vida.

—Creía en serio que le sujetábamos la mano al brazo con esa toalla. ¡Ah, mira! Te hemos manchado de sangre —dijo Rob, tocando la manga de Leigh.

—Sé cómo quitarla —contestó ella—. Con agua oxigenada y frotando un poco. Es mágico.

—Oye, creo que deberíamos casarnos —comentó él—. Eres perfecta para mí. Te ganas bien la vida, sabes limpiar manchas de sangre y ese masaje de cabeza es adictivo.

—No me interesa, pero te agradezco mucho la oferta. Es una oferta encantadora.

—Sí, así soy yo. Encantador. Pero te invito a una copa. O a todas las que quieras. Cuando tengas un mal día, ven a verme.

Eleanor le enseñó a Finn cómo envolver la mano vendada con papel film de cocina para ducharse. Eso impediría que se mojara la venda. Rob los miraba fascinado.

Leigh escribió un par de recetas y se las dio.

—En cuanto tengas los analgésicos, dale uno. Adelántate al dolor. La anestesia dejará de hacer efecto en un par de horas. La mano le palpitará, le pinchará y acabará picando. Pase lo que pase, que no se quite la venda.

—Sí, ya me he enterado. ¿Le dices eso a la gente y aun así se la quitan? —preguntó Rob.

—No te creerías cuánta gente lo hace.

Cuando Rob y Finn se marcharon, Leigh ayudó a Eleanor a limpiar la sala de reconocimiento.

—Adoro a Rob —dijo la enfermera—. Creo que deberías casarte con él. Probablemente ya esté listo para otro matrimonio.

Leigh sabía que era padre soltero, pero poco más.

—¿Está divorciado? —preguntó.

—Viudo. ¡Pobrecito! Perdió a su esposa cuando los chicos eran pequeños. Fue entonces

cuando vino a Timberlake y abrió el pub. Dijo que necesitaba un negocio con horario flexible para poder criar a sus hijos. Es un padre maravilloso. Debe de ser el mejor partido del pueblo — dijo Eleanor.

Leigh la miró sorprendida. No le había contado nada de su vida personal. Había perdido a su madre muy pequeña. Años después, cuando todavía era bastante joven, la había plantado su prometido una semana antes de la boda y para ella había sido terrible. Raramente salía con hombres. Y no quería pareja. Rob podía buscarse a otra que le quitara las manchas.

De pequeña, Leigh Culver había tenido una infancia idílica. Era una niña encantadora con rizos rubios, un poco chicozito, curiosa y arriesgada y con una naturaleza extrovertida. En la casa de al lado vivía la familia Holliday. Tenían tres hijos y el del medio era de la edad de Leigh. Johnny y ella habían sido amigos íntimos desde los tres años. Inseparables. Se habían quedado a dormir uno en casa del otro hasta que Dottie Holliday y Helen habían decidido que empezaban a ser demasiado mayores para que eso resultara apropiado.

La madre de Leigh se había mudado a vivir con Helen al descubrir que estaba embarazada con dieciocho años. Hacía tantos años que había muerto, que Leigh casi no se acordaba de ella. Pero Helen sí, y le recordaba los detalles. Había sido un accidente estúpido. Una reacción a la anestesia durante una apendicetomía de rutina había provocado un fallo cardíaco y no habían podido salvarla. A partir de ese momento, la niña había vivido sola con Helen.

Leigh iba y volvía del colegio con Johnny y sus hermanos. A veces entraba en el aula de Helen después de las clases y hacía allí sus deberes mientras su tía terminaba el trabajo. Habían seguido una rutina agradable durante muchos años y, con el tiempo, Johnny Holliday había pasado de mejor amigo a novio y habían salido juntos durante todo el instituto.

Leigh y Johnny querían casarse en cuanto se graduaran. Johnny quería entrar en los Marines y llevársela consigo. Helen quería que Leigh fuera a la universidad y estudiara una carrera.

—¿No hemos aprendido nada? —le había preguntado—. Podrías acabar teniendo que mantener a una familia tú sola. No te haré esperar mucho, pero tenemos que encontrar un modo de que tú estudies.

Buscaron un compromiso. Johnny se alistó en la reserva del ejército y Leigh se inscribió en la universidad de la zona. Quería ser profesora como su tía. La atraía la Biología. Decidieron que se graduaría y se casarían a los veintiún años.

Durante un par de años, aquello funcionó sin demasiado estrés ni trauma, aunque, mirando hacia atrás, Leigh sabía que Johnny tenía tendencia a mostrarse inquieto. Durante las vacaciones escolares, Helen viajaba de vez en cuando para visitar a amigos escritores o asistir a congresos. Johnny trabajaba en la tienda de muebles de su padre e iba de vez en cuando a pasar fines de semana como reservista o a recibir instrucción.

Luego tuvo su primer destino. Después de nueve meses en Kuwait, volvió a casa. Estaba previsto que la boda sería unas semanas después de su regreso. Pero algo había cambiado. Él tenía dudas. Dijo que no podía seguir adelante. Dijo que lo sentía, que no estaba preparado, que quería ver más mundo. No quería pasarse el resto de su vida trabajando en la tienda de su padre y viviendo en el barrio en el que había crecido. Y además, si nunca había salido con nadie más, ¿cómo iba a estar seguro de que ella era la mujer indicada? ¿Y cómo podía estar segura Leigh?

Pelearon y discutieron y luego Johnny le dijo que lo iban a trasladar a una unidad de reserva del ejército en California. Pensaba que debían romper y, quizá un año o dos después, ver si todavía querían estar juntos.

Leigh le suplicó que no se fuera. Llorando y con la sensación de que le hubieran arrancado el corazón del pecho, le imploró que no terminara con aquel amor hermoso y perfecto. La humillación de suplicar casi la destrozó.

Helen se había puesto fuera de sí.

—¡Bastardo egoísta! —había gritado—. Creo que te has librado de una buena. Ese no sería un buen esposo.

A continuación le había señalado que las cosas no eran tan perfectas como Leigh quería verlas. Que él había sido un novio imperfecto, que había coqueteado con otras chicas y pasado momentos de dependencia en los que requería muchas atenciones por parte de ella, que era un chico al que su madre había mimado mucho. Aunque Helen apreciaba a Dottie Holliday y agradecía su apoyo cuando criaba sola a Leigh, se mostraba crítica con el modo que tenía su amiga de cerrar los ojos en todo lo relacionado con su hijo mediano.

En cuanto a la afirmación de Johnny de que nunca había salido con otra chica, Helen no estaba tan segura. No había salido con nadie que conociera Leigh, pero ella trabajaba en el instituto, donde veía y oía cosas. Pensaba que Johnny no era tan fiel como imaginaba su sobrina, pero esta se negaba a creerla.

Había llorado mucho. Johnny no estaba dispuesto a cambiar de idea. Decía que era lo mejor, que, para seguir, tenían que estar seguros los dos. Y que ambos necesitaban conocer algo más de la vida. Aunque era obvio que no pensaba en lo que necesitaba Leigh, pues Helen y ella tuvieron que encargarse de anular la boda y devolver los regalos que habían llegado por adelantado.

—Eres muy joven —había dicho Helen—. Algún día verás que él no te merecía.

A Leigh le llevó un tiempo mantenerse erguida, dormir toda la noche sin llorar y afrontar el mundo sin su mejor amigo y prometido. Pedía noticias de Johnny a su madre, lo llamaba sin cesar para suplicarle que volviera o la invitara a ir a California. Él la rechazaba.

—Vamos, Leigh. Yo soy feliz. ¿Por qué no puedes ser feliz tú también?

Ella estaba destrozada.

Dejó de estudiar un tiempo, pero, curiosamente, los estudios fueron lo que al final sacó lo mejor de ella. Estaba tan furiosa y tan herida, que decidió que su venganza sería triunfar sola, sin él. Siguió estudiando Biología. La madre de Johnny le dijo que él se había prometido con una chica de California y, cuando Leigh terminó de llorar, dijo: «Que se vaya a la mierda», y se presentó a las pruebas para entrar en la Facultad de Medicina, donde se sumergió en los estudios, aliviada de no tener tiempo de sentirse sola. Estaba motivada y trabajaba con fuerza.

Sabía que muchas chicas habían tenido rupturas traumáticas, pero siempre había pensado que la suya era distinta. Había pasado toda su vida queriendo a Johnny, perdonándolo cuando metía la pata e intentando con ahínco cumplir sus sueños y esperanzas, construir una vida con él. ¿Cómo podía haberse alejado él con tanta facilidad? ¿Se había equivocado con él desde el principio? Helen vendía cada vez más libros y acabó por dejar la enseñanza para dedicarse por completo a escribir. Empezó a viajar más, escribiendo dondequiera que iba, y hablando con Leigh de vez en cuando.

Los padres de Johnny vendieron su casa y se trasladaron a Arizona para disfrutar de un clima más cálido, y Leigh empezó a hacer, no una, sino dos residencias médicas. Ya no estaba sola. Tenía muchos amigos en su campo, igual que su independiente tía tenía muchos amigos en su profesión. Salía con chicos de vez en cuando, pero ninguno le gustó lo suficiente. Y no le importaba. Era feliz y aceptaba que sería como Helen. Activa, autosuficiente, libre y amante de la diversión. Pero probablemente sin ataduras.

Helen mantenía el contacto con Dottie Holliday y por ella supo Leigh que Johnny se había casado y tenía un par de hijos. A veces les costaba llegar a fin de mes y en una ocasión, cuando Leigh trabajaba como médica de Urgencias, él llegó a llamarla para preguntarle si era feliz. Ella le había contestado que era inmensamente feliz y él le había dicho que creía que el mayor error de su vida había sido dejarla escapar.

—En realidad, no fue eso lo que pasó —había contestado ella—. Tú me abandonaste. Prácticamente me dejaste plantada en el altar.

Había colgado después de decir eso y poco tiempo después se había enterado de que Johnny se había divorciado y se había vuelto a casar.

Había superado la ruptura, por supuesto. Incluso sabía que su vida era mucho mejor de lo que habría sido si se hubiera casado con él a los veintiún años. Y luego su tía Helen le había dicho que había vuelto a tener noticias de Dottie Holliday. A los treinta años, Johnny era desgraciado en su segundo matrimonio.

Y Leigh había pensado que sí, su tía tenía razón y se había librado de una buena.

No mucho después de dejar la enseñanza, Helen había declarado que no pensaba vivir el resto de su vida en Chicago.

—Aunque me gusta mucho, estoy harta de los inviernos de aquí. Por supuesto, vendré a menudo. En primavera, verano y otoño. Ahora busco un clima más benigno.

Un invierno pasó unos meses en California, otro en Florida, e incluso pasó un tercero en Texas. Leigh iba a verla a menudo para tomarse un respiro del invierno y Helen siempre volvía a casa a pasar el verano. Regresaba también a Chicago en Navidad, pero no necesitó muchas visitas de esas para confirmar que tenía razón, no quería más inviernos duros. Entonces fue cuando Leigh empezó a pensar que quizá ella también necesitara un cambio. Su casa de Naperville estaba pagada y las dos tenían ingresos suficientes. Hacía mucho tiempo que no estaban juntas un año completo y ya era hora de que ella buscara su lugar especial.

—¿Timberlake, Colorado? —había preguntado Helen—. ¿Cuántos habitantes tiene? ¿Trescientas personas, seiscientos alces?

—Algo así —había contestado Leigh—. Puedes venir a verme en verano, cuando hace calor, y yo iré a verte en invierno dondequiera que estés. Solo he firmado un contrato de dos años, así que este es solo mi primer intento. ¿Quién sabe? Puede que acabe en Maui.

—¿Podemos probar La Jolla, por favor? —había preguntado Helen.

—Ya veremos. Tú llevas diez años de trotamundos, ahora me toca a mí echar un vistazo a otros lugares. Intentaré asentarme en uno donde no resbales en el hielo cuando seas vieja y frágil. Sabes que te cuidaré siempre. Tú siempre me has cuidado.

—No tengo intención de ser vieja y frágil —había contestado Helen—. Por eso no dejo de moverme, porque es la mejor defensa.

Se acercaba el momento. Helen pasaría la mayor parte de la primavera y el verano en Timberlake con ella. Como Helen siempre estaba de acá para allá, la casa de Illinois estaba cada vez más meses vacía.

Leigh había aprendido la importancia de la autonomía de Helen, que se sentía cómoda siendo independiente. Le había costado mucho superar el desengaño de Johnny Holliday y desde entonces no había habido un hombre en su vida que tuviera potencial de verdad. Había tenido algún devaneo aquí y allá, pero nada serio. Su tía de sesenta y dos años era su mejor amiga, y una mujer excepcional. Escribía libros, viajaba por el mundo, probaba a vivir en lugares

diferentes, daba clases de escritura creativa por todo el país y también en internet y tenía un grupo maravilloso de amigas escritoras por todas partes. Había formado parte de la junta directiva de un par de asociaciones de escritores, iba de gira para promocionar sus libros e incluso había dado un curso de verano sobre escritura creativa en la Universidad de Boston. Daba la impresión de que estaba abierta a todo. Era valiente y Leigh la consideraba hermosa. Y la creía cuando decía que no tenía intención de hacerse vieja por muchos años que cumpliera.

Leigh sabía que su traslado a Timberlake era bueno para ella. Necesitaba establecer su vida, pero, si era sincera, tenía que reconocer que a veces echaba de menos tener un mejor amigo del género masculino. «Creo que deberíamos casarnos. Eres perfecta para mí». Por supuesto, Rob bromeaba. No podía saber que esas eran las palabras que ella más deseaba oír, pero también las que más la aterrorizaban.

*A menudo encontramos nuestro destino en el camino
que tomamos para evitarlo*

JEAN DE LA FONTAINE

Capítulo 2

—Y entonces papá se puso a ligar con la doctora Culver —dijo Finn.

Todo el mundo se quedó inmóvil. Estaban presentes Sean, el hijo menor de Rob, Sidney, su hermana, y el marido de esta, Dakota Jones. Y, por supuesto, Rob. Este había hecho la cena y Sidney y Dakota habían ido a ver cómo estaba Finn después del accidente.

—Me parece que esos analgésicos son más potentes de lo que pensaba —comentó Rob.

—Papá, tú te insinuaste. Y creo que a ella le gustó.

—Eso suena interesante —comentó Dakota, recostándose en su silla.

—Sigue, cuéntalo todo —pidió Sid.

—Papá casi se desmayó con la sangre y los puntos. Estaba sentado en el suelo, supongo que para no caerse desmayado, y ella le dijo que no se levantara. Luego le frotó los hombros o algo así y le habló muy suave. Ah, y la enfermera le dio un cacharro para que vomitara allí.

—¿Vomitaste? —preguntó Sean. Era difícil saber si estaba horrorizado o encantado.

—No vomité —contestó Rob—. Me mareé un poco. No por la sangre y los puntos, sino por... De todas las heridas que se han hecho estos dos, esta es la que más me asustó. Pensaba que se había cortado la mano de un tajo. Y, cuando la doctora dijo que estaba todo controlado, tuve un bajón de adrenalina. Eso fue todo. Me dijo que no me levantara muy deprisa y me frotó un momento los hombros y la cabeza.

—Y papá le dijo: «Cásate conmigo».

Rob se encogió de hombros y sonrió.

—En esa posición, creo que es lo primero que piensas. Admito que olvidé por un momento que tú estabas allí.

—¡No me digas! —contestó Finn.

Sonó el timbre de la puerta y Sean se levantó enseguida.

—¡Yo abro! —gritó.

Un momento después, llegaban voces y risas femeninas desde la sala de estar.

—¿Puedo levantarme de la mesa? —preguntó Finn.

—Sí. Claro que sí.

Enseguida la casa estuvo llena de chicas adolescentes interesándose por Finn. Le llevaron flores y bombones y le pidieron que contara su historia de guerra, que, para alivio de Rob, no parecía incluir su intento de ligar con la doctora. Rob las contó. Había seis chicas, todas adorables, todas en torno a los diecisiete años. Entre ellas estaba Maia, una belleza que era la novia de Finn de ese curso.

Dakota tomó un trago de su botella de cerveza.

—A mí nunca me pasó eso —dijo.

—Ni a mí —repuso Rob.

—¡Ah! A ti sí te pasó —contestó Sidney a su hermano—. Tal vez no en circunstancias idénticas, pero las chicas te perseguían continuamente. Yo era la feúcha que nunca iba al baile de graduación ni a ningún baile formal. Ni siquiera en la universidad.

—Yo no recuerdo eso —respondió Rob. Miró la sala de estar, donde había seis chicas y dos chicos sentados en los muebles, en el suelo, por todas partes, hablando y riendo—. Esta casa rezumará testosterona esta noche.

—Te ayudaré con los platos —se ofreció Sid—. ¿Por qué has tenido que hacer espaguetis? Odio limpiar los cacharros de los espaguetis.

—Ya lo hago yo —contestó Rob—. He dejado a Kathleen a cargo del bar. Por si me necesitaba Finn.

—Creo que eres la última persona que necesita —comentó Dakota. En la sala de estar se oyó una explosión de risas—. Parece que lo tiene todo controlado.

Sidney empezó a aclarar platos mientras Rob se ocupaba de las cazuelas y guardaba las sobras.

—No te mataría tener una cita como es debido con una mujer —comentó ella.

—No. Alguien de por aquí tiene que mantener la cabeza en su sitio.

—La doctora parece una mujer agradable. Nada loca, lo cual ya es un mérito en este pueblo.

—Cierto, parece agradable —contestó él—. Y sabe quitar manchas. ¿Sabías que el agua oxigenada limpia la sangre? A mí me habría venido bien saberlo antes con estos dos hijos maníacos.

—Por no mencionar un descuento en los costes médicos —comentó Sid—. ¿Sabes? Los chicos ya son lo bastante mayores para aceptar la idea de que su padre salga con mujeres de vez en cuando. Después de todo, ellos también lo hacen.

—Sean no está saliendo todavía con ninguna chica —señaló Rob.

—Seguro que tiene algo. Acompañar a una chica a sus clases, sentarse con una en los partidos, algo de eso. Finn va en serio con una chica.

—Creo que ha tenido suerte en eso —repuso Rob—. Ella es un encanto. Y lista.

—Esos dos te van a dejar, ¿sabes? Tú deberías buscar compañía.

—A lo mejor lo hago y no quiero hablar de ello. No tires el agua del fregadero, por favor —contestó él.

Y a continuación se puso a pensar en ello. Siempre había estado abierto al tema. Pero la mayoría de las mujeres que había conocido desde la muerte de su esposa nueve años atrás, estaban demasiado deseosas de ganarse a sus hijos y hacerse cargo de su vida. Y él, sencillamente, no estaba preparado para eso. Había tenido relaciones informales con un par de mujeres de fuera del pueblo. Lo que significaba que las veía brevemente, hablaba con ellas ocasionalmente y de vez en cuando se acostaban. Había tenido una relación así con una mujer llamada Rebecca durante un par de años y después ella se había ido en busca de un hombre más serio. Otro par de años después, había conocido a Suzanne, que vendía suministros para restaurantes. La había invitado a una copa, había descubierto que estaba divorciada, tenía un par de hijas ya crecidas y no le interesaba nada serio. Eso encajaba con él. Se veían poco, pero, cuando Rob pasaba tiempo con ella, le gustaba. Además, era una mujer amable y no parecía querer nada más.

Pero ella no le frotaba el cuello y la cabeza. Y no tenía la piel cremosa de melocotón. Se preguntó cómo de largo sería el pelo de Leigh Culver, que siempre había visto recogido en un

moño. La doctora tenía unos ojos verdes juguetones y una actitud decidida. Iba de vez en cuando por el pub y era apreciada en el pueblo. El accidente de Finn había sido la primera vez en que Rob había requerido sus servicios profesionales.

No le importaría verla más, pero eso era complicado en un pueblo como Timberlake. Dos citas y todo el mundo diría que estaban prometidos. Tal vez eso no les pasara a todos, pero Leigh y él eran muy conocidos, la doctora del pueblo y el dueño del pub. Se encontraban a diario con más personas que el ciudadano corriente. Y la gente llevaba años intentando emparejarlo.

Se preguntó si harían lo mismo con ella. Ni siquiera sabía si había estado casada. Quizá si llegaba a conocerla descubriría que tampoco era tan interesante después de todo.

No, eso no ocurriría. Eleanor y su esposo comían en el pub de vez en cuando y la mujer adoraba a Leigh. Eleanor no soportaba fácilmente a los tontos. Connie Boyle siempre decía que Leigh era genial, y algunos de sus compañeros bomberos opinaban igual.

—¿Papá? ¿Me toca ya tomar otra pastilla? —preguntó Finn, entrando en la cocina.

Rob lo miró a los ojos. Se notaba que sufría. Le tocó la frente y estaba caliente. Pero había tomado antibióticos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Palpita. Tengo la sensación de que la venda está muy apretada.

—Vamos a tomarte la temperatura —dijo Rob.

Finn tenía solo unas décimas de fiebre.

—Ya casi te toca un analgésico —le dijo su padre—. Vigilaremos la temperatura. Si sigues teniendo molestias por la mañana, llamaré a la doctora. Si empeora por la noche, tengo su número del móvil —ella había dicho que le ahorraría molestias si la llamaba a ese número en lugar de tener que lidiar con un problema grande a primera hora de la mañana, lo cual tenía sentido—. Vamos, sé buen chico y no te quites la venda. No sé lo que pasará si lo haces, pero creo que te ejecutará. Ha insistido mucho en eso.

Estiró el cuello hacia la sala de estar.

—¿Se han ido las chicas? —preguntó.

Pero estaban sentadas allí, esperando con paciencia y en silencio.

—¿Va todo bien? —preguntó Sid, que enjuagaba la última cazuela.

—Le duele, como dijo la doctora que pasaría —contestó Rob.

—¿Puedes ponerle hielo? —preguntó ella.

Su hermano la miró sorprendido.

—No sé. La llamaré en un rato y se lo preguntaré.

—Buena idea —Sid se inclinó hacia Finn y le dio un beso en la mejilla—. Nos vamos a casa. Si me necesitáis para algo, llamad, por favor.

—Nos las arreglaremos —repuso Rob.

Dakota le puso una mano en el hombro a Finn y se inclinó para hablarle en voz baja.

—Tienes un buen grupo de animadoras.

—Gracias —contestó el chico.

Media hora después, tomó otro analgésico y las chicas se retiraron. Rob ordenó a Finn que se metiera en la cama y a Sam que fuera a su cuarto a hacer los deberes o entretenerse con algo, que posiblemente tendría que ver con la tableta o el teléfono.

Cuando todo estuvo en silencio, llamó a la doctora Culver.

—Sí, eso es lo que cabe esperar. Puedes cubrir la venda con film de cocina o una bolsa de plástico y ponerle una bolsa de guisantes congelados en la palma. Con cuidado.

—Tenemos una variedad de bolsas de hielo —repuso él—. Son deportistas. Tienen que ponerse hielo en las rodillas, los hombros e incluso en la cabeza de modo regular.

—Que sea una bolsa de hielo suave —dijo ella—. Para que no les pasa nada a los puntos. ¿Por qué no traes a Finn a la clínica mañana a primera hora y le echo un vistazo rápido para ir sobre seguro?

Rob sonrió tanto que le dolieron las mejillas. Y se alegró de que nadie le viera la cara.

—Gracias —contestó—. Haremos eso.

—No quiero que nos arrepintamos luego —comentó Helen Culver—. La casa puede seguir ahí vacía hasta que estemos completamente seguras. Tengo muchos amigos aquí en Naperville, así que, cuando vendamos la casa, puedo venir de visita siempre que quiera. No necesito tener casa propia para visitar a mis amigos.

—Es el único hogar que he conocido, pero ahora no estoy allí. Es solo que...

—¿Te gusta saber que te está esperando? —preguntó Helen.

—Bueno, no he decidido que me voy a quedar aquí indefinidamente, pero tampoco he decidido que no. Y comprendo que tú no quieras pasar más inviernos allí. El invierno aquí no es tan duro. Es principalmente tranquilo. Y con las estaciones de esquí, resulta bastante animado. Y hogareño. No hay nada como un buen fuego en la chimenea en una velada con nieve.

Era por la mañana temprano. Tanto Helen como Leigh eran madrugadoras. Normalmente sostenían sus charlas diarias antes de empezar a trabajar y a veces también después del trabajo, por las noches. Salvo raras excepciones, hablaban todos los días. Incluso cuando Helen viajaba.

—Debería venderse por un buen precio. La casa tiene más de cincuenta años, pero está en condiciones excelentes y en un buen barrio, cerca de tiendas y restaurantes, con buenos colegios...

—¿Por qué planteas eso hoy? —preguntó Leigh—. ¿Esta mañana?

—Porque no puedo sacar el coche del garaje —respondió Helen—. Estoy cercada por la nieve.

—¡Ah! —Leigh reprimió una risita—. Aquí parece que ya se acerca la primavera, pero no hay garantías.

—He estado pensando en ello, Leigh. Puedo pedir que le den un repaso y ponerla a la venta. Quizá cuando vaya a verte allí. Las casas se venden bien en primavera y verano, antes de que empiece el nuevo curso escolar. Si tú estás lista.

—Tía, ¿necesitas el dinero de la venta? —preguntó Leigh.

—No, tengo dinero. Soy muy tacaña. Acabaré por comprarme algo en un clima más cálido, eso sí. No solo estoy cansada del frío, también estoy harta de los cielos grises.

—Echarás de menos el cambio de estaciones —predijo Leigh.

—Como ya he dicho, siempre puedo venir de visita. Aunque es más probable que me visiten mis chicas a mí.

Siempre las llamaba sus chicas. Eran amigas de cierta edad y maravillosamente divertidas. Maravillosamente malas. Todas escritoras. Leigh las adoraba. Iban y venían con los años, pero Helen siempre estaba rodeada de mujeres atrevidas, trabajadoras e independientes, algunas casadas y otras no. Una de ellas iba por su tercer marido.

—¿En qué estás pensando, tía? ¿En La Jolla?

—Eso todavía no lo he decidido.

—La Jolla es un poco cara, ¿verdad?

—Todo es caro —contestó Helen—. Quiero que tú decidas si te vas a quedar allí. No hay prisa y no tiene por qué ser algo definitivo. Puede que optes por volver a Chicago, en cuyo caso, siempre puedes comprar otra casa. Y dondequiera que yo vaya, siempre habrá sitio para ti.

—Y yo siempre tendré sitio para ti también. Pasaremos el verano aquí.

—Gran parte del verano, sí. En mayo voy a Nueva York y en julio voy a ver a unas amigas en San Francisco.

—De acuerdo. Tengo un paciente que vendrá temprano para que le vea unos puntos. Pensaré en lo que has dicho y hablamos esta noche.

—¿Está soltero? —preguntó Helen—. Tu paciente.

—Pues sí —contestó Leigh—. Tiene diecisiete años —no había necesidad de mencionar a su atractivo padre.

—¡Ah! No eres nada divertida. Te dejo que te vayas. Tómate este tema en serio. Una casa vacía es una carga. Y estoy congelada. Si tú no vas a vivir en ella...

—Hablamos después del trabajo —la interrumpió Leigh. Y en ese momento oyó el timbre de la puerta de la clínica.

Pensó que Helen tenía razón. Ella no se veía volviendo a su antigua vida, a la rutina frenética de la gran ciudad. Ese probablemente no fuera su destino final, pero disfrutaba mucho más de su trabajo que un año atrás. Y allí había hecho amigos. Tenía una vida social aceptable. No como en una ciudad, pero buena.

Se encogió de hombros y salió a la zona de recepción. Sus empleadas no habían llegado aún y le gustaba ese tiempo que estaba sola en la clínica. Los hombres Shandon estaban en la sala de espera. Ese día también había ido el hermano menor.

—Buenos días, amigos. ¿Cómo va el dolor esta mañana, Finn?

—Va y viene —contestó él—. No he dormido mucho.

—¿Te ayudó el hielo? —preguntó ella.

Finn se encogió de hombros.

—Un poco.

—Vamos a echarle un vistazo. Por esta vez.

Entraron todos en la sala de tratamiento. Finn se sentó en la camilla. Leigh sacó las tijeras del bolsillo. Se recordó que era un chico de diecisiete años. Los hombres a menudo eran más melodramáticos que las mujeres en lo relativo a enfermedades. Podían soportar tirones musculares y huesos rotos, pero una gripe les parecía algo mortal. Y lo mismo ocurría con las heridas con sangre.

Cortó a través de la venda.

—Seguramente te arrepentirás —dijo—. Eleanor es mucho más gentil vendando que yo, o eso me han dicho. Y no vamos a hacer esto todos los días, ¿sabes?

—Lo sé. ¿Puede poner algo en la herida para que no duela?

—La palma y los dedos son muy sensibles, pero también se curan bien. ¡Ah! —exclamó ella, cuando terminó de retirar la venda—. Tiene buen aspecto. Algo de inflamación, pero no sangra y los puntos están intactos. Te diré lo que debe preocuparte. Si aparece sangre a través de la venda o ves una línea roja subiendo por el brazo, llámame inmediatamente. Y no te quites la venda.

Sean se inclinó hacia Finn.

—¡Mola!

—Molesta mucho menos sin venda —comentó el herido.

—Y es mucho más probable que haya infección o daños en la incisión y en los puntos. ¿Por

qué no te tomas un día libre sin clases, descansas, te pones hielo de vez en cuando, tomas los antibióticos y te relajas? Puede que te moleste unos días, pero estarás bien. Se va curando bien.

—Ayer nos preguntábamos qué es lo que le haces a la gente que se quita la venda —comentó Rob.

—Su nombre entra en una lista de pacientes que no hacen caso —repuso ella—. Y no soy contraria a compartir esa lista. De modo que, si hay un atraco a un banco o algo así, tengo una lista de personas que no cumplen con las normas —sonrió—. Si te quitas la venda, te arriesgas a infección, a una cura difícil y a complicaciones.

Sonó la campanilla de la puerta de la clínica y un momento después Eleanor entró en la sala de tratamientos.

—¿Se ha quitado la venda? —preguntó con aire irritado.

Leigh le guiñó un ojo a Finn.

—No, he sido yo. Estamos revisando la herida.

—Espera que me lave las manos y se la vuelvo a poner —la enfermera se volvió, quitándose todavía la chaqueta.

—Has tenido suerte —le dijo Leigh a Finn—. Oye, te va a doler y después te escocerá como un demonio. Sé valiente. Se pasará —le tocó la frente en busca de fiebre—. Y no olvides tomarte los antibióticos.

—No lo olvidaré.

—Aunque me gusta verte, seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—No crea —contestó él, y sonrió.

«¡Qué chico tan atractivo!», pensó Leigh.

Finn se fue a su casa desde la clínica, tomó una pastilla y se tumbó en el sofá, donde se quedó dormido al instante. Cuando sonó el timbre de la puerta, le dio la impresión de que solo habían pasado unos segundos. El timbre volvió a sonar. Finn se puso de lado y miró la hora en el teléfono móvil. Era mediodía. Llevaba horas durmiendo.

Abrió la puerta y frunció el ceño, confuso. Era Maia. Su chica. Probablemente la más guapa de su clase. Ella le sonrió y alzó una bolsa de McDonald's.

—¿Qué? —preguntó él, atontado.

—Te he traído el almuerzo. Sean me ha dicho que te dolía la mano y te tomabas el día libre.

—Pero tú tienes clase.

—Me saltaré la quinta clase —contestó ella—. No me echarán de menos. He pensado que te vendrían bien unos mimos.

—Estupendo.

—¿Puedo entrar?

—¡Oh! —Finn se pasó la mano por el pelo, consciente de que estaba revuelto—. Sí, claro.

—Gracias —contestó ella, mientras él le sostenía la puerta para que entrara—. Te he puesto tres mensajes, pero no has contestado. Espero que no te importe tener compañía.

Él miró su teléfono. Sí, tres mensajes.

—No me importa, es que no te esperaba.

—Me parece que te he despertado.

—Esta mañana he ido a la clínica. La doctora ha mirado los puntos y me ha dicho que me tomara el día libre si me dolían, así que he tomado un analgésico y me he quedado dormido en el sofá. Dame un segundo —Finn echó a andar hacia el baño—. Enseguida vuelvo.

Necesitaba hacer pis urgentemente, pero primero se miró al espejo. No solo tenía el pelo revuelto, sino que parecía que había babeado un poco. ¡Qué desastre! Hizo pis, se lavó la cara, se cepilló los dientes y se intentó arreglar el pelo.

Conocía a Maia desde el primer curso en el instituto. Estaban los dos en el mismo grupo de amigos. Le había gustado desde entonces, pero hasta el último curso no se había decidido a invitarla a salir porque, bueno, ella era una de las chicas más populares del instituto y solía salir con los chicos más populares y Finn pensaba que él no podría gustarle. Hasta que se puso a pensar y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que ella no salía con ningún chico. Entonces hizo acopio de valor, la invitó a salir y quedó encantado cuando ella le dijo: «Ya era hora».

En aquel momento estaba sentada en el sofá y había montado un pequeño pícnic en la mesa de centro.

—¡Ah! No tenías que tomarte tantas molestias —dijo.

Finn la miró confuso.

—Tienes el pelo mojado —aclaró ella.

—Mi pelo se queda horrible cuando duermo —contestó él—. Y mi cerebro está como drogado.

Ella tenía un pelo precioso, largo y brillante, y a él le encantaba deslizar sus manos en él. Era negro o casi negro. Tal vez un poco claro en las puntas. Suave y sedoso. Finn no podía creer que ella le hubiera dado una oportunidad.

—Big Mac con patatas fritas extra y tarta de manzana. Seguro que debería haberte comprado dos hamburguesas.

Ella tenía una hamburguesa con queso, una porción normal de patatas fritas y una Coca Cola *light*. Él no tendría ni para empezar con eso.

—No, así está bien —contestó—. ¿Por qué has hecho esto?

—Esta mañana te he buscado y no te he encontrado. Sean me ha dicho que te habías quedado en casa por la mano.

—¿Me has buscado?

—Finn, llevas el brazo en cabestrillo. He pensado que, ya que teníamos tres clases juntos, podía ayudarte a llevar los libros.

—¡Ah! No había pensado en eso. Tengo una mochila.

—Pero me gustaría ayudarte, si tú quieres.

—Probablemente me las arreglaré —contestó él. Y pensó que era idiota—. Pero no me importaría tener compañía —aclaró—. Es decir, si tú quieres.

—Finn, si no quisiera, no me habría ofrecido —dijo ella con una risita—. Además, de todos modos vamos juntos a clase.

—Guay —contestó él—. Eso está bien. Eres muy amable, gracias —él habría preferido estar besándola, pero ella le había llevado comida.

—De nada.

—¿Me he perdido algo en Trigonometría?

—Nada. Lo mismo de siempre. Hemos corregido los últimos deberes, ha explicado la lección siguiente y asignado los problemas del final. Pero en Literatura tenemos una tarea importante. Un trabajo para la semana que viene sobre *Frankenstein* de Mary Shelley. Odio que haga eso. ¿Por qué no nos da más tiempo?

Finn soltó un gruñido.

—Los trabajos de redactar se me dan fatal.

—Te puedo ayudar —repuso ella. Le sonrió—. ¿No lo hago siempre?

Estaban juntos en tres clases. Las tres de preparación para la universidad, porque ella era lista. Y guapa. Y considerada. Le había llevado comida del McDonald's. Finn pensó que, si no metía la pata, quizá podría besarla un rato antes de que volviera a clase.

—Háblame del trabajo —dijo.

—Formato de ensayo y tiene que ser sobre el libro original, que tiene como doscientos años. Estaba en la lista de lecturas de este año, así que lo tengo. Pensaba leerlo, pero, por supuesto, no lo he hecho. Es de terror y odio el terror.

—¿Y qué voy a hacer el año que viene cuando estemos en universidades distintas? —preguntó él.

—Te echarás otra novia o suspenderás Literatura.

—Supongo que suspenderé Literatura. Y a ti no te irá tan bien en Matemáticas.

—Tú eres mi ayuda en Matemáticas —contestó ella, riendo.

Maia leía mucho. Quería ser profesora de Lengua y Literatura. Pero, aunque los dos se gustaban, ella iba a ir a la universidad en Flagstaff y él a la Universidad de Colorado en Boulder, que estaba más cerca y podría ir muchos fines de semana a su casa. Flagstaff no estaba tan cerca.

—Yo solo leo las instrucciones de las cosas que tengo que montar —comentó él—. O los libros de texto cuando va a haber examen. Las novelas me aburren.

—Pero eres un genio en Matemáticas.

—Eso es porque tengo a mi tía Sid. Ella sabe muchísimas matemáticas. Es un genio. Es física. Un cerebritito.

—Lo sé. Eso mola —ella mordisqueó su hamburguesa con queso.

Finn notó que daba mordiscos pequeños. Sus uñas eran de color rosa y eso le gustaba. Muchas chicas se pintaban las uñas de verde, azul o negro. Friquis. Las uñas de Maia eran del color de sus labios. Y no llevaba mucho maquillaje. Solo algo en los labios que sabía muy bien. Tenía unas pestañas tan oscuras y espesas que no necesitaba pintarlas.

Hablaron del instituto. La asignatura favorita de ella era la de Lengua y Literatura. A él le gustaba la ciencia y en aquel momento, su asignatura favorita era la Química Avanzada. Hablaron de los profesores y a los dos les caía bien el de Matemáticas, aunque a Maia no le gustara la asignatura. Hablaron de lo duro que iba a ser estar separados cuando fueran a la universidad. Luego, cuando terminaron de comer, él le tendió los brazos.

—No te hagas daño en la mano —dijo ella, antes de besarle en los labios.

Unos minutos después, él dejó de besarla.

—Tú haces que me duela menos la mano. ¿Te tienes que ir a Arizona? —preguntó.

—Me encanta la Universidad del Norte de Arizona. Deberías verla. Es casi como estar en casa.

—No te imaginas lo mucho que te voy a echar de menos.

—Es curioso. Tuve que lanzarte indirectas durante meses antes de que te fijaras en mí.

—¡Oh! Me había fijado —él la atrajo hacia sí, pero se dio un golpe en la mano y aulló de dolor. Ella se apartó.

—Voy a volver al instituto antes de que te hagas algo en la mano —dijo.

—¿Vendrás después de clase? No tengo que trabajar en el pub. Es lo único bueno de esto.

—Tengo que hablar con mi madre a ver si quiere que haga algo.

—Dile que estoy malherido y te necesito —contestó Finn—. Si mi padre me aprecia algo, se llevará a Sean a trabajar en el pub y estaremos solos.

—¿Te vas a portar bien? —preguntó ella.

—Haré lo que tú digas. Pero podríamos estar solos.

—¿Cuánto tiempo va a tardar en curarse la mano?

—No sé. Podemos sacarle algún beneficio. ¿Quieres salir el viernes por la noche? No voy a tener béisbol.

—El viernes por la noche tengo que hacer de canguro hasta las cinco de la tarde del sábado. Después estoy libre. Pero tengo que confirmarlo con mis padres.

—Diles que soy patético y te necesito.

Maia soltó una risita y lo besó en la mejilla.

—Tengo que irme. ¿Puedes tirar esto a la basura con una mano?

—Claro que sí —contestó él, alzando la bolsa.

Ella tomó su Coca Cola *light* y salió por la puerta.

—Gracias —le gritó él. Y Maia sonrió y se despidió agitando la mano.

Finn cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¡Gracias, Señor! —musitó.

Maia era la chica más dulce y sexi del instituto. Y estaba con él.

Volvió al sofá y se tumbó. No se durmió. La mano, milagrosamente, no le dolía. No le dolía nada.

La experiencia es la maestra de todas las cosas.

JULIO CÉSAR

Capítulo 3

Leigh se despertó y miró la lluvia por la ventana. Sonrió al recordar lo que le había dicho Sully cuando ella le había preguntado cuándo creía que sería el día de comer hamburguesa.

—El primer día que llueva mucho y no pueda trabajar fuera —había contestado él.

Como ella sabía que madrugaba todavía más que ella, lo llamó.

—¿Quedamos en el Pub Shandon's y te invito a esa hamburguesa hoy? —preguntó.

—Perfecto. Allí es donde me gusta comerla. No voy a desperdiciar mi día especial en un rollo de carne en el café.

—¿A mediodía? —preguntó ella.

—Perfecto —repuso Sully.

Quince minutos antes de las doce, Leigh se puso la gabardina encima del pijama sanitario. Con el billeteo y el teléfono móvil en el bolsillo y el paraguas en la mano, le dijo a Eleanor dónde iba a estar.

—Llámame si surge algo que tú no puedas solucionar —le dijo.

Echó a andar por la calle bajo la lluvia. Cada vez que pasaba por un local, alguien gritaba: «Hola, doctora». Un par de coches hicieron sonar el claxon y ella los saludó con la mano. El pueblo parecía resplandecer con la lluvia. Estaba limpio y había mucho ajeteo, y los dueños de las tiendas dejaban las puertas abiertas a modo de bienvenida, a menos que hiciera mucho frío fuera.

Leigh se alegraba de haber apoyado a Helen en su plan de vender la casa. Echaba de menos a su tía, pero, aunque se fuera a trabajar a Chicago, de todos modos no la vería mucho. Sus horarios eran terribles y Helen pasaba mucho tiempo fuera. Además, había dejado claro que los inviernos duros eran cosa del pasado. Había ido a Chicago solo una semana y la había pillado una terrible tormenta de nieve en primavera. Después de eso, había anunciado que no volvería a estar en el Medio Oeste antes de mayo.

Leigh sacudió el paraguas bajo la marquesina del pub y lo cerró. Dentro había menos gente que de costumbre, probablemente por la lluvia. Le gustaba mucho la comida de allí, pero solía comprarla para llevar. De hecho, normalmente iba alguien de la clínica a comprar para todas. Al menos una vez a la semana compraban comida en el café, el pub o la pizzería de más abajo. Los demás días se llevaban el almuerzo o corrían a casa a comer algo.

Ese día eligió un reservado del pub. Sully no había llegado aún.

—Hola, doctora —dijo Rob saliendo de detrás de la barra—. ¿Cómo va eso?

—Muy bien. ¿Cómo está mi paciente favorito?

Rob soltó una risita y se sentó enfrente de ella.

—Cuando salimos de la clínica el otro día, se quedó descansando en casa y su novia se saltó

una clase y le llevó el almuerzo. Desde entonces no le ha dolido la mano.

—Es increíble lo bien que funciona eso —comentó ella con una sonrisa—. Tráemelo la semana que viene y le quitaré los puntos. Puedo ponerle una venda más manejable y que vaya probando si puede jugar al béisbol. A menos que le esté sacando mucho beneficio a esta venda.

—Siempre ha sido tímido con las chicas. Me admira que tenga novia. Llevan juntos todo el curso.

—Me sorprende oír que es tímido con las chicas. Es adorable.

—Si no recuerdo mal, los chicos no quieren ser adorables —respondió Rob—. Desde la perspectiva de padre, me alegra que no parezca ser mujeriego. Pero en los últimos meses, cada vez que le hablo, parece que tiene la cabeza en otro sitio. ¿Te traigo algo? ¿Habéis hecho un pedido para el almuerzo?

—Hoy voy a comer aquí —contestó ella—. Tengo una cita.

—¿De verdad? —preguntó él, sonriendo.

—¿Me has quitado el sitio, muchacho? —preguntó Sully, mirándolo desde arriba.

Rob se levantó de inmediato.

—¡Sully! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Ya toca hamburguesa hoy?

—La quiero con beicon y queso cheddar —repuso Sully, sentándose.

—Eso está hecho. ¿Y para la encantadora doctora?

—Club sándwich de pavo con ensalada y sin patatas fritas. Y una cola *light*.

—Comida de chica —se mofó Sully—. Supongo que te está permitido. Yo tomaré una botella de agua y café solo.

—Tengo que cuidar la línea, ¿sabes? —comentó ella.

—Tu línea está perfecta —respondió Sully—. ¿Has hecho algo médicamente interesante hoy?

—Ha sido un día muy aburrido en ese terreno —confesó ella—. Mañana o pasado, todos los que se han mojado los pies hoy vendrán a quejarse de tos o de resfriado. Estar encerrados implica que la gente está expuesta a más virus y todos se pasan los mismos gérmenes. ¿Qué tal vez tu familia, Sully?

—Bueno, el pequeño Sam anda ya y, cuando se anima, corre. Sierra tiene una tripa grande como una casa y está a punto de parir. Elizabeth habla sin parar, pero solo reconoces un diez por ciento de todas sus palabras. Lo curioso es que Cal y Maggie le contestan como si entendieran todo lo que dice. Tal vez sea así. Dakota y Sid están bien. Él sigue trabajando en ese camión de basura que le dejan conducir a veces, lo cual le encanta. Sid ayuda aquí de vez en cuando, pero ha vuelto un par de veces a la Universidad de California a trabajar en esos ordenadores tan potentes. Se van a mudar a Boulder al final del verano. Sid tiene trabajo allí en el laboratorio informático de la universidad y Dakota va a hacer unos cursos para empezar a dar clases en institutos. Dice que tuvo una mala experiencia en el instituto. Que se metieron mucho con él.

Eso hizo que Leigh abriera los ojos, sorprendida.

—¿Con Dakota? No parece el tipo de chico con el que nadie pudiera meterse. Es grande, fuerte y atractivo hasta decir basta.

—Nadie es inmune a los abusos, eso es lo que pasa. Era muy pobre y su padre está loco como una cabra. Los chicos Jones tuvieron una infancia problemática. A los otros no les fue mal en ese aspecto, pero parece que a Dakota le afectó mucho. Y cree que, si es profesor, reconocerá a los matones y ayudará con ese problema. Además, creo que le caen bien los adolescentes.

Leigh miró fijamente a Sully.

—Eso es maravilloso —dijo—. Creo que lo quiero por eso.

—Sí, yo tuve mucha suerte el día que Cal vino a mi *camping* y se fijó en mi hija. Heredé una familia completa. ¿Y tú qué? ¿Cómo va tu familia?

—Esta mañana he hablado con mi tía Helen. Vamos a vender la casa que compartíamos en Chicago y luego ella vendrá aquí de visita. La echo de menos. Hace tiempo que no la veo, desde que fuimos a Maui a tomar el sol. Pero vendrá el mes que viene y se quedará mientras piensa qué quiere hacer después. Un par de meses, probablemente.

—¿Y tú te tomarás tiempo libre? —preguntó él.

—Tal vez un par de días, pero a Helen le gusta estar ocupada. Y necesita tiempo para escribir, y en eso no me incluye a mí. Normalmente, en esta época planea los viajes que va a hacer durante el año siguiente. Va a congresos, eventos en librerías, a visitar a amigos en muchos lugares. Y suele alquilar una casa o un piso en un lugar cálido para el invierno.

Rob llegó con sus platos.

—Sully, justo como a ti te gusta —dijo—. Esa hamburguesa se puede poner a mugir. Y para ti, doctora, tu aburrido sándwich club de pavo.

—Reservo mi comida fuerte para más tarde. No quiero quedarme dormida poniéndole hielo a un tobillo o dando puntos.

—Y todos te lo agradecemos —repuso Rob—. En un momento os relleno los vasos.

—¿Hoy estás solo? —preguntó Sully.

—Sid llegará pronto, pero, aunque no estuviera solo, insistiría en servir personalmente a mis dos clientes favoritos —contestó Rob, antes de retirarse.

Sully tomó un mordisco grande de hamburguesa y la saboreó. Tenía los ojos cerrados. Estaba en el paraíso.

Leigh dio un mordisco más delicado a su sándwich y le sonrió.

—Tu tía Helen parece una mujer rica e independiente —comentó él.

—Creo que gana bastante con sus libros —repuso Leigh—. Perdona, siempre me olvido de traerte uno. Se ha hecho una experta en visitar amigos.

—Umm. Yo, en cambio, sería feliz si no voy nunca más allá del pueblo —declaró él.

—Por lo que yo sé, puede que ahora empiece a pasar los inviernos en Florida.

—¿Prefiere tener huracanes? —preguntó Sully.

Leigh se echó a reír.

—Buena pregunta. ¿A ti te gusta el invierno?

—Aquí no está tan mal —repuso él—. Hay esquí, patinaje sobre hielo, caminatas en la nieve... Y, por supuesto, estoy ocupado manteniendo la calle limpia e intentando no resbalar en el condenado hielo.

—Yo he disfrutado este invierno —comentó ella—. No ha sido tan duro como el invierno de Chicago. Claro que aquí no tengo que viajar por una autopista para llegar al trabajo. El invierno me ha parecido suave. Gentil —y el paisaje se parecía más al interior de una globo de nieve que al invierno ventoso, duro y difícil de una ciudad del Medio Oeste.

—¿A tu tía le gusta andar? —preguntó él.

—Le gusta dar largos paseos —repuso Leigh—. Lee mucho. Escribe tres libros al año. Hablamos de libros continuamente. Me llama y me pregunta qué estoy leyendo. Y más vale que esté leyendo algo. Pero es estupenda. Me muero de ganas de presentártela. Sé que te va a gustar.

—No sé, yo no leo mucho —contestó él, antes de morder de nuevo la hamburguesa.

—No creo que eso sea un problema —dijo ella—. Tú no eres su sobrina.

Finn y Maia eran expertos en mensajes de texto. No se decían cosas interesantes, sino más bien tonterías, básicamente para estar en contacto a menudo. En el instituto no podían usar los teléfonos móviles. Si un profesor veía uno, lo confiscaba. Pero había tiempo antes de las clases, en los descansos, después de las clases y durante el trabajo. Al principio de su último curso, no almorzaban juntos, pues Maia tenía su grupo de chicas y Finn sus amigos. Pero no pasó mucho tiempo hasta que mezclaron a esos amigos para poder estar juntos. A Finn le gustaba ponerle una mano en la rodilla por debajo de la mesa. A ella le gustaba darle un beso breve en la mejilla antes de irse a la clase siguiente.

Se veían siempre que podían. Caminaban juntos a las clases, salían los fines de semana y a ella le gustaba verlo entrenar con el equipo de béisbol. De vez en cuando hacían los deberes juntos, a veces en una de sus casas y a veces por teléfono. Los padres de Maia estaban listos para adoptar a Finn, y Rob y Sean eran grandes fans de Maia.

Después, por la noche, tenían esas conversaciones serias y tranquilas que parecían marcar un amor en ciernes. Y había largos momentos en los que, con los teléfonos pegados al oído, se limitaban a escuchar la respiración del otro.

Maia no había sido la primera chica a la que había besado Finn, pero no había habido muchas antes de ella. Y él se había volcado fácilmente en aquellas sesiones increíbles y apasionadas de besarse con ella. Y mientras el amor florecía, también lo hacía Colorado. En todas partes brotaban cosas, en el suelo y en las copas de los árboles. Abril llegó ruborizando la tierra.

—Es obvio que estás muy pillado —le dijo Rob a su hijo—. Me gusta Maia, parece una chica muy maja...

—Es genial. Inteligente, divertida y guay —contestó Finn.

—¿Y hay algo de lo que debemos hablar? —quiso saber Rob—. ¿Reglas básicas? ¿Límites? ¿Seguridad? ¿Responsabilidad?

—¿No hemos tenido esta charla cincuenta veces? —preguntó Finn—. Quizá deberías hablar con Sean.

—¿Tiene novia? —preguntó Rob, enarcando las cejas sorprendido.

—Es probable. Se mueve deprisa en ese terreno. Es más rápido que yo.

Finn no había salido en serio con nadie hasta Maia. Había estado más centrado en los estudios, el trabajo y el deporte, no necesariamente en ese orden. Tenía que sacar buenas notas, pues el instituto era un medio para llegar a un fin. Si quería vivir bien, tendría que encontrar el modo de ganarse bien la vida. Y no quería llevar un bar o un restaurante.

Hasta que se fijó en Maia y, bueno, antes del día de Acción de Gracias del último curso, se había enamorado de ella. Le gustaba todo de ella: su piel, su pelo, su voz, su olor, su figura, su cerebro, su personalidad. Era la única chica que había conocido que lo tenía todo. Todo, sí. No podía creer que quisiera estar con él.

No sabía si aquello era amor, pero no podía imaginar que hubiera nada mejor.

Le habían quitado los puntos. Ya no llevaba la venda, pero la mano le dolía todavía a veces, como al atrapar la pelota. No jugaba muy bien. Bateaba pasablemente bien, pero atrapar se le daba peor. Eso le frustraba, pero se acercaba la graduación y sabía que él no iba a tener una beca universitaria por nada relacionado con el deporte. Sí tendría una beca pequeña en la Universidad de Colorado por notas. Pero le gustaba el béisbol y quería jugar.

—Vas a tener que darle tiempo —le dijo la doctora Culver—. Puede que esté dolorida unos meses cuando hagas algunas cosas.

—Mala suerte para el béisbol —gruñó él.

—Si sigues teniendo problemas en verano, veremos a un especialista. Como solo sientes un dolor moderado cuando presionas la zona herida, no creo que haya problemas más profundos. ¿Por qué no te pones una venda en esa zona cuando juegas al béisbol y ves si te ayuda?

—Lo probaré —dijo él.

Pero cuando abrazaba a Maia, la mano no le molestaba nada. La sensación era especialmente buena cuando la ponía en la carne cálida y dulce de su pecho. Se besaban mucho, se acariciaban y frotaban, hasta que una noche se desabrocharon mutuamente los vaqueros. Él llevó la mano a los de ella, ella a los de él y Finn pensó que se iba a morir. Lo que más deseaba en la vida era que ambos metieran las manos dentro de los pantalones del otro. Estaban aparcados en un desvío en una carretera de montaña, empañando los cristales y calentándose mutuamente.

—¡Vale, alto! —dijo Maia—. Vamos a frenar antes de que perdamos el control.

—Está bien —contestó él, obediente. Le puso un brazo alrededor de los hombros—. ¿Quieres que vayamos al baile de graduación?

Ella rio con suavidad.

—Me preguntaba si me lo ibas a pedir alguna vez.

—Soy un chico normalito, Maia. Lo estaba aplazando por miedo a que dijeras que no. Tú podrías ir con quien quisieras.

—¡Qué gracioso eres! ¿Con quién más voy a ir? ¿Quién más me va a invitar mientras salgamos juntos? Por supuesto que iré contigo. ¿Por qué no iba a ir?

—Eres maravillosa —él la besó en la sien.

—No estoy preparada para sexo —comentó ella.

—No importa.

—Ir contigo al baile de graduación no implicará que esté más preparada. Prométeme que no esperarás eso si vamos juntos.

—Lo prometo. El sexo será cuando decidas tú.

—Pero apuesto a que tú tienes un preservativo.

Finn soltó una risita.

—Yo siempre tendré un preservativo. ¿Sabes por qué? Porque no vamos a perder el control. Vamos a ir sobre seguro para estar a salvo.

—Pues tengo algo que decirte. Nunca lo he hecho con nadie. Ni siquiera sé lo que hay que hacer, pero sé que no estoy preparada.

Él le acarició el suave cabello.

—Maia, yo tampoco lo he hecho. Pero apuesto a que, si al final lo hacemos, todo irá bien. No hay prisa. Ya he dicho que es tu decisión.

—Pero ¿tú estás preparado?

Finn guardó silencio un momento. Suspiró. No quería fanfarronear. Pero habían tardado seis meses en llegar a aquella conversación.

—Diga lo que diga, sonará mal —comentó.

Maia soltó una risita.

—Yo sé que quieres hacerlo. Yo también quiero. Pero ¿sabes qué? Me gustaría estar segura de que vamos a estar juntos un tiempo. Quiero estar segura de que los dos pensamos que estamos con la persona que queremos. Pero no digas que me quieres, no vas a conseguir sexo por ello.

Finn se echó a reír. La besó en la mejilla.

—Está bien, lo entiendo. Pero creo que te quiero.

—¿En serio?

—¡Y yo qué sé! Nunca he ido tan en serio con una chica. Me encanta cada segundo que paso contigo. Todo lo nuestro está bien. Cuando nos besamos o cuando hacemos los deberes. Bueno, eso es mentira. Besarnos es mejor que los deberes. Hay una cosa...

—¿Sí?

—Cuando empieces a considerar en serio tener sexo, conmigo o con otro, necesitas protección. La píldora o algo de eso. Y creo que, si es con alguien que no sea yo, puede que tenga que matarlo, pero tú no te preocupes por eso. Lo haré rápido y lo más indoloro posible y no tenemos que mencionarlo nunca más.

Maia se echó a reír.

—Tú no matarías ni a una mosca.

—¡Ja! He matado cientos de moscas.

—Ya tomo la píldora —musitó ella. Se encogió de hombros y no lo miró—. Por dolores menstruales muy fuertes. Pero eso no significa que esté preparada para tener sexo contigo. Aunque también creo que te quiero. Por las mismas razones.

Finn pensó que iba a explotar allí mismo, pero no solo le había sermoneado su padre interminablemente sobre aquel tema, sino que también su tía Sid le había hablado mucho de que debía respetar a las mujeres. Habían hablado mucho sobre consentimiento.

—Bien —comentó—. Tenme informado. Lo más importante es que estés segura.

Después de esa conversación, la primavera pareció explotar sobre la zona, con flores, conejitos, crías de ciervos y todo lo demás.

Leigh retiró todo lo de su escritorio y después volvió a ponerlo y retiró todo lo que había en su armario. Se miró los bolsillos y volcó el contenido de su bolso sobre el escritorio. Miró debajo de la mesa y en cada uno de los cajones. Después salió a la parte delantera de la clínica, donde trabajaban Eleanor y Gretchen.

—¿Alguien ha visto mi teléfono móvil? —preguntó.

—¿Te has llamado a ver si sonaba? —preguntó Gretchen.

—Está apagado. Juro que lo tenía hace un momento.

—¿Has mirado en los cajones del escritorio y en el bolso?

—Sí. He vaciado el bolso para asegurarme.

—¿Puedes habértelo dejado en el coche? —preguntó Eleanor.

—No. Esta mañana he hablado con mi tía Helen desde la consulta.

—¿En la papelería?

—Voy a mirar —Leigh dio media vuelta para volver a su consulta.

—He sacado la basura —dijo Gretchen.

Leigh y Eleanor la miraron. Tenía fama de no hacer el trabajo sucio hasta que se lo pedían. Normalmente eran ellas las que sacaban la basura al cerrar la clínica.

—No me miréis así —dijo Gretchen—. Los desperdicios médicos no. Solo las papelerías y la basura de la cocina.

Leigh suspiró.

—Voy a buscarla.

—Deja que vaya yo —se ofreció Eleanor.

—No, es mi teléfono. Quizá se me haya caído en la papelería cuando ordenaba esta mañana el escritorio. Vuelvo enseguida —Leigh se quitó el estetoscopio del cuello y lo dejó en el

mostrador. A continuación salió por la parte de atrás al contenedor de basura.

Veía la bolsa blanca procedente de la clínica, pero no la alcanzaba. Si el contenedor hubiera estado casi lleno, habría podido sacarla sin dificultad, pero estaba muy hondo. Vio una silla vieja de madera y tiró de ella para sacarla. Se veía un poco inestable, pero todavía servía. Leigh apoyó la silla en el contenedor para que resultara más firme, se subió en ella y se inclinó sobre el borde. Rozó la bolsa de basura con las yemas de los dedos, ya solo tenía que agarrarla y tirar.

Cuando intentaba agarrarla, se tambaleó en el borde del contenedor y empujó accidentalmente la silla con el pie. Un momento aterrador después, cayó de cabeza.

Se quedó inmóvil, despatarrada sobre las bolsas de basura. Su primer miedo fue si habría caído sobre algo afilado. No sentía dolor. Su siguiente preocupación fue si habría caído sobre algo asqueroso. Oyó ruido de pasos, alguien que corría hacia el contenedor. Eso provocó su tercera preocupación: ¿Iba a quedar como una idiota completa?

—¡Madre mía! —exclamó Rob Shandon, asomándose al contenedor—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Es una larga historia —contestó ella, tumbada todavía sobre las bolsas de basura—. Para abreviarla, he perdido mi teléfono.

Él le sonrió.

—¿Quieres salir de ahí?

—Sin mi basura no —contestó ella. Se movió y encontró la bolsa que buscaba. La arrojó fuera del contenedor y Rob se agachó cuando pasó por encima de él—. Está bien. ¿Me echas una mano?

—Sí, doctora —dijo él. Revisó el borde del contenedor para comprobar que no era afilado y extendió el brazo—. ¿Puedes levantarte? Te voy a sacar en volandas.

—La silla no es una buena idea —le advirtió ella.

—No, ya lo he visto. Deja que te ponga las manos bajo los brazos. No intentes ayudarme. Te voy a izar por el borde. Está un poco sucio, pero no tiene bordes afilados. Toma, agárrate a mis manos para levantarte.

Ella tuvo que subirse a un montón de basura para estar lo bastante alta para que él pudiera agarrarla.

—Asqueroso —musitó, alzando un pie al que se aferraba una hoja de lechuga pegajosa.

Rob se echó a reír.

—Si eso es lo peor que has pillado, no te ha ido mal. ¿Lista? Vamos allá.

La sacó por encima del borde y hasta sus brazos. Y la sostuvo allí. No intentó dejarla en el suelo.

—¿Cómo sabías que estaba ahí dentro? —preguntó ella al fin.

—Pasaba con el coche y he visto tus piernas caer por el borde. Sabía que era alguien de la clínica por el pijama quirúrgico, pero no sabía que eras tú. Ha sido pura suerte.

—Ya puedes bajarme.

—Prefiero no hacerlo —contestó él—. Esto me recuerda algo en lo que llevo semanas pensando. Deberíamos salir juntos.

—¿Salir? —preguntó ella.

—Una cita.

—¿Adónde sale uno en Timberlake? No hay cine y el mejor restaurante del pueblo es el tuyo.

—Gracias —él sonrió—. Me gusta visitar muchos restaurantes diferentes que no son como el mío. Empecé mi carrera trabajando en un restaurante de cinco estrellas.

—¿Y quieres tener una cita conmigo? ¿Por qué?

—Vamos a ver —él alzó los ojos al cielo—. Sabes quitar manchas, eres buena con una aguja... Por distintas razones. Creo que deberíamos aprender a conocernos mejor. ¿No es por eso por lo que sale la gente?

—No debí masajearte la cabeza —contestó ella—. Se lo hago a pacientes que tienen mucho miedo o ansiedad, o que parece que van a vomitar. Eso los relaja.

—¿No soy el único? —preguntó él—. ¡Maldita sea! Pensaba que era el único.

—¿Tú quieres ser el único?

Rob asintió y sonrió con astucia.

—¿Qué tal el domingo por la noche? El viernes y el sábado por la noche hay bastante jaleo en el pub y me gusta estar cerca. Hay un restaurante magnífico en Aurora que solo tiene nueve mesas. El chef es amigo mío.

—Ya puedes bajarme —dijo ella—. Tengo que revisar la basura.

—Estoy muy bien así —contestó él—. Está bien —dejó caer las piernas de ella, pero siguió manteniéndola cerca con un brazo alrededor de su cintura—. Has dicho que sí al domingo por la noche, ¿verdad?

—Todavía no. Hace tiempo que no tengo una cita.

—Yo tampoco —respondió él—. Quizá nos vaya bien. Soy muy amable. Y servicial.

—Me has sacado del contenedor, así que supongo que te debo una.

—Doctora Culver —la llamó Eleanor, caminando hacia ellos con el teléfono de Leigh en la mano—. Estaba en una de las salas de reconocimiento.

—¡Es verdad! —exclamó Leigh—. Lo saqué para ver quién me llamaba y lo dejé en el mostrador en vez de guardarlo en el bolsillo —sonrió—. Os alegrará saber que he ganado otras vacaciones gratuitas. Corté la llamada en ese punto.

—Y después se ha caído dentro del contenedor —explicó Rob—. De cabeza.

Eleanor dio un respingo y se tapó la boca con la mano. A continuación se echó a reír.

—No importa —siguió Rob—. Yo la he visto y la he sacado.

Eleanor y él rieron juntos.

Leigh se cruzó de brazos.

—Podría haberme matado, ¿sabéis? ¿Y si alguien hubiera tirado un cuchillo de carnicero a la basura y yo me hubiera caído encima? ¿Os reiríais entonces?

Rob le pasó un brazo por los hombros.

—Pues claro que no, doctora. Y tampoco te habría invitado a cenar conmigo, así que me alegro de que no estés mortalmente herida.

—¡Oh! ¡Qué romántico! —exclamó Eleanor—. La sacas de la basura y la invitas a salir. Es una gran historia.

—¡Estás despedida! —le dijo Leigh—. Y dame ese teléfono.

Y sin más, volvió a la clínica. Los oyó hablar a sus espaldas.

—Muy buena jugada, Rob —dijo Eleanor.

—Eso espero —contestó él—. Es un poco torpe, ¿verdad?

Y los dos volvieron a reír.

Más tarde, esa noche, sonó el móvil de Leigh y vio que era Rob Shandon. Aceptó la llamada, pero no dijo nada.

—Me diste tu número, ¿recuerdas? —preguntó él.

—¿Te estás riendo de mí?

—Debería haber reído contigo —contestó él—. Te subiste a una silla rota y te caíste de cabeza en un contenedor de basura. No tienes ni un moratón y te rescató un hombre atractivo. Bueno, esa parte es ficción. Te saqué yo.

—No te voy a decir que eres atractivo.

—Me parece bien —Rob soltó una risita—. ¿Paso a buscarte a las seis el domingo? Me gustaría mucho invitarte a cenar.

—Está bien. ¿Hay que ir elegante?

—En Colorado no hay nada donde tengas que ir elegante. Yo seguramente cambie los vaqueros por un pantalón de traje, pero cualquier cosa es aceptable. Te encantará el sitio. Es único, la comida está deliciosa, hay un hombre que toca la guitarra clásica y siempre hay alguna creación nueva en la cocina. Tiene seguidores de culto, forofos de la comida que saben lo que hacen. Bueno, te veo el domingo a las seis. Espero que el resto de la semana te resulte menos aventurero.

—Gracias —contestó ella—. Lo mismo digo.

Como Leigh hablaba con Helen a diario, estaba al tanto del proceso de venta de la casa. En cuanto ella había dado su beneplácito, Helen había contratado a un equipo de tres mujeres que le había recomendado su agente inmobiliario para que la ayudaran a sortear una vida entera de chatarra valiosa. Tenía más de una docena de contenedores de plástico grandes, llenos con cuadros, con los adornos navideños hechos a mano durante la infancia de Leigh, libros favoritos, apuntes de colegio especiales, ropa de cama o mantelerías y platos que habían pasado de generación en generación. Todas las cosas a las que no había podido renunciar. También tenía varas cajas con sus propios libros, la mayoría para regalar. Estaba preparada para aligerar su carga.

—Debería ir a ayudarte —había comentado su sobrina.

—Por mucho que disfrute de tu compañía, esta vez lo hago con ayuda pagada. Si se te ocurre algo que dejaras aquí sin lo que no puedes vivir, este es el momento de decirlo. Todos tus libros médicos van a la biblioteca.

—Todo lo que necesito está ahora en internet —había dicho Leigh—. Esos libros costaron una fortuna y probablemente no se volverán a usar nunca. Hasta los registros médicos se almacenan ahora en la nube. Vivimos sin papeles. ¿Y los muebles?

—¿Hay algo que te guste especialmente?

—Me traje conmigo el mueble palanganero de roble antiguo y los dos cuadros que me gustaban. He comprado un dormitorio nuevo, muebles para el cuarto de invitados, algunas cosas para la sala de estar y lo más esencial para la cocina. ¿Qué vas a hacer con los muebles?

—Venderlos o regalarlos —había respondido Helen—. Son más de los que necesito y, si alguna vez me instalo de nuevo en algún sitio antes de la residencia de ancianos, compraré lo que necesite. Casi todos nuestros muebles son muy queridos y bastante viejos. Si decido instalarme el próximo invierno en San Diego o La Jolla, alquilaré algo amueblado. Nuestros recuerdos están empaquetados en contenedores a prueba de agua y los enviaré a un trastero cerca de donde estás tú. Si te mueves, los mueves también. Las noches solitarias de sábado podrás mirar tus dibujos de la guardería.

—Eso suena muy divertido —había declarado Leigh con una carcajada.

—Hay algo que puedes hacer, querida. Alquila un trastero. No hace falta que sea muy grande. Dame la dirección y yo me encargaré de que esto llegue allí. Va todo bien etiquetado.

Tres semanas después de que empezara el proceso de sortear y tirar cosas, colocaron el cartel de Se Vende y a las cuarenta y ocho horas, tenían una oferta. Una oferta muy buena. Leigh había asumido que tardarían al menos un mes en terminar el proceso de la mudanza, pero debería haber anticipado que, con Helen al cargo y delegando, el proceso sería bastante rápido.

Un día después de que Rob la invitara a salir, Helen la llamó por teléfono.

—Estoy saliendo del trabajo —dijo Leigh—. Te llamo en cuanto llegue a casa.

—Sí, hazlo —contestó Helen—. Ya está todo acabado y voy a ir a verte.

Leigh se quedó inmóvil.

—¿Qué? —volvió a sentarse ante su escritorio.

—Me he deshecho de los muebles, contratado a los pintores y la gente de la limpieza, vendido mi coche a una de las empaquetadoras, firmado mi parte de los papeles, dejado los números de mi cuenta al agente inmobiliario y hecho las maletas. Puedo estar allí en tres días.

—¡Helen! ¿Se puede saber cómo has conseguido hacer todo eso tan deprisa?

—He tenido una ayuda muy eficiente y me he instalado en un hotel. Los compradores tienen prisa, han ido a verla hoy y quieren cerrar la compra cuanto antes. Si hay algún contratiempo en las dos próximas semanas, siempre puedo venir en avión a arreglarlo, pero no tengo nada que hacer aquí. Voy a tener que comprarme un coche cuando llegue allí.

Leigh se echó a reír.

—Eres fantástica. ¿Cómo lo haces?

—No hay nadie que lo haga por mí ni que discuta conmigo sobre el proceso. Por lo tanto, lo hago. Llegaré allí el sábado por la tarde. ¿Te parece bien?

Leigh rio de nuevo.

—Por supuesto —pensó que le explicaría a Rob que había surgido algo o le preguntaría si podía incluir a Helen en la cita—. Estoy deseando verte.

—¿Debo alquilar un coche?

—Este fin de semana estoy libre. ¿Vuelas a Denver? Iré a recogerte.

—Sí, por favor. Esta vez llevo bastante equipaje. Puede que deje cosas en tu casa, que te invada el cuarto de invitados. ¿Qué opinas de eso?

Leigh sentía un calor especial por dentro.

—Nada me haría más feliz, tía.

—¡Estupendo! Prometo no molestar mucho.

*Sean cuales sean las palabras que pronunciemos,
debemos elegir las con cuidado, pues las escucharán personas
y les influirán para bien o para mal.*

BUDA GAUTAMA

Capítulo 4

Leigh había visto varias veces a su tía Helen desde que se mudara a Timberlake, pero su tía solo había ido allí en dos ocasiones. Durante su visita del otoño anterior, había estado muy entretenida con el colorido de las hojas, y además estaba terminando un libro. Las fechas de entrega de los manuscritos siempre la volvían poco sociable y hacían que se encerrara a trabajar. Tenía ganas de presentarle a sus nuevos amigos y a sus compañeros de trabajo.

Aquella visita se podía alargar, al menos hasta que Helen empezara a impacientarse. Cuando Leigh la recogió y llenó el coche de cajas y maletas, le resultó evidente que pensaba quedarse una temporada.

—Tienes que ver las noticias —dijo Helen, sonriente—. Esperan otra tormenta de nieve en el Medio Oeste. Y yo estaré aquí —soltó una risita.

—¿Cuándo volverás a viajar? —preguntó Leigh, en la carretera, durante el viaje de vuelta a Timberlake.

—A finales de mayo hay un congreso en Nueva York, solo unos días. Después iré a San Francisco en julio. Maureen tiene una casita de invitados encantadora y puedo quedarme todo lo que quiera. Me gustaría que pudieras escaparte tú unos días. Veríamos juntas la ciudad.

—Ya veremos —comentó Leigh—. Quizá pueda tomarme unos días libres. Me encanta Maureen y hace mucho que no la veo. Pero me necesitan aquí. Esta gente depende de mí y eso es... —sonrió—. Es una sensación muy buena.

—Te has vuelto muy suave desde que te mudaste aquí —comentó Helen.

—La tranquilidad y el ritmo más lento me va bien. Tenía miedo de aburrirme. No es así.

—¿Has hecho muchos amigos? —preguntó Helen.

—Tengo algunos. El cuartel de los bomberos está enfrente de la clínica y los hombres se pasan a veces. Me traen a sus familias y a veces me incluyen en sus reuniones. Hay un par de consultas cerca, una pediatra y un ortopedista, y nos llevamos bien. Hay también una neurocirujana, Maggie. Va a trabajar a Denver tres días a la semana. Somos amigas y su cuñada, que es la esposa de un bombero y paramédico, también se ha hecho amiga mía. Sully, el padre de Maggie, tiene un *camping* estupendo en un lago cercano y es amigo de todos.

—¿Y esquías? —inquirió Helen.

—No mucho, más allá de las clases que di en el invierno. Fui con Sid, la otra cuñada de Maggie. Esta vez me aseguraré de que conozcas a algunas de estas personas. Sidney te encantará. Es una mujer asombrosa. Es asesora en física cuántica en la Universidad de California, en Los Ángeles. Su esposo y ella se van a mudar a Boulder a finales de verano. Ella ha aceptado un puesto en la universidad y el marido va a sacar su certificado de profesor. Al parecer, siempre ha querido ser profesor de instituto.

—Espero que tenga nervios de acero —comentó Helen.

—A ti te encantaba dar clases.

—Mi trabajo actual es mucho más flexible.

En cuanto deshagamos tu equipaje, iremos a comer algo. Hay un pub en el pueblo que es propiedad de un conocido, Rob, el hermano de Sid. Los sábados por la noche está bastante animado, sobre todo en primavera, y da la impresión de que sea siempre primavera. Pero me gustaría que lo conocieras. Curé a su hijo después de un accidente y me invitó a salir.

—¿Y salisteis? —quiso saber Helen.

—La cita es mañana por la noche. Te lo voy a presentar, le diré que has venido de visita y estoy segura de que te invitará a acompañarnos.

—¿Hace mucho que os veis?

—No, tía. Acaba de pedírmelo. Es la primera cita. Aunque lo conozco desde que llegué. Creo que solo está siendo amable porque le cosí la mano a su hijo.

—¡Qué tontería! —contestó Helen—. Si quisiera darte las gracias por los puntos, te regalaría una planta o una cesta de fruta. Esto parece una cita de verdad. Le echaré un vistazo y, si me gusta lo que veo, no iré con vosotros —dijo con una de sus sonrisas deslumbrantes.

Leigh pensó que era muy hermosa. Ella confiaba en estar así de atractiva y juvenil a los sesenta y dos años. A veces le preocupaba que su tía no se hubiera casado nunca por su culpa. Hasta donde podía recordar, Helen nunca había manifestado ningún interés por el amor hasta que Leigh estuvo en la universidad. Después de la ruptura de esta con Johnny, en una de sus conversaciones a corazón abierto, Helen había admitido que algunas de sus muchas veladas con amigos o en clubs de lectura habían sido citas. Pero con ninguno de los hombres había sido muy seria la cosa y habían sido poco más que amigos.

Helen era alta, un metro setenta y dos, con la espalda recta y la cabeza erguida. Se teñía el pelo de un vibrante color castaño oscuro. Era delgada y atlética. Empezaba a mostrar señales de su edad, arrugas de la risa alrededor de la boca y patas de gallo en torno a los ojos, pero eso no hacía nada por disminuir su atractivo. Tenía una sonrisa hermosa y alegre. No parecía una mujer que intentara aparentar treinta y cinco años. Parecía exactamente lo que era: una mujer animosa y sincera de sesenta y dos años. Le encantaba su edad y la asumía con gracia y humor. Leigh quería ser como ella.

Juntas descargaron el equipaje de Helen y lo pusieron en el cuarto de invitados. Leigh no había tenido tiempo de montarle un espacio de trabajo allí, pues había llegado antes de lo previsto.

—Mejor —declaró su tía—. Solo quiero una estantería pequeña y un tablero de trabajo de algún tipo. Quizá una mesa, pero no necesito un escritorio lujoso, solo un sitio para libretas y pósitos, esas cosas que me ayudan a organizarme. En las cajas hay suministros de oficina, desde una impresora hasta bolígrafos. No necesito estar sentada a una mesa para trabajar, solo el portátil. Me gusta moverme mucho. A veces me siento en el porche, a veces en un sillón cómodo y a veces en la mesa de la cocina. A veces también en una cafetería o un bar.

—Haz con esta habitación lo que quieras —le dijo Leigh—. Quiero que esta sea también tu casa. Quiero que pases aquí todo el tiempo que te apetezca. Si decides quedarte meses, o incluso años, me harás muy feliz. Si quieres que sea solo una visita, lo entiendo.

—Me quedaré una temporada para conocer este sitio —contestó Helen—. Y luego ya veremos.

El pub era un lugar cálido, con mucha madera, y estaba lleno, con muchas risas en la zona de la barra. Parecía estar concurrido principalmente por estudiantes universitarios. Se suponía que solo podían entrar mayores de veintiún años, pero era imposible saber cuántos carnés falsos habría por allí.

—Vamos a ver si encontramos una mesa o un reservado un poco lejos de la barra —sugirió Leigh.

—¿Por qué hay tantos jóvenes aquí? —preguntó Helen—. Ya ha terminado la temporada de esquí, ¿verdad? Por favor, dime que sí.

—Estamos casi en mayo, y hay muy poca nieve incluso en las cimas más altas —repuso Leigh—. Pero a los jóvenes les gustan los senderos de la zona y también vienen a escalar. Muchos vienen a acampar, hacer senderismo, bicicleta y escalada.

—«¿Vamos a pasar Semana Santa en Timberlake, Colorado?» No creo que eso suene muy emocionante en las universidades del norte. Creía que todos los jóvenes iban a Florida. O a México.

—La mayoría probablemente lo hagan —contestó Leigh—, pero, como puedes ver, aquí también hay unos cuantos. El *camping* de Sully está siempre lleno en las vacaciones y los fines de semana. Muchas familias y bastantes estudiantes.

Se sentaron en una mesa cerca de la ventana delantera y Helen de inmediato tomó la carta. Se puso las gafas de leer y la repasó.

—Aquí no puedes comer a menudo si quieres conservar la figura. Hamburguesas, pizzas, burritos, alitas...

—Comida de pub. Te puedo aconsejar algunos platos que no son muy pesados ni grasientos —comentó Leigh.

—Quizá la próxima vez, querida —dijo Helen—. ¡Mira estas hamburguesas!

—Y también respondo por ellas. Son maravillosas. Te gusta comer una hamburguesa de vez en cuando, ¿verdad?

—Seguramente sea mi comida favorita. Simplemente nunca se me ha dado bien la plancha. No puedo pedirme una cada vez que como fuera de casa o me pondría como una vaca. Pero he trabajado duro estas últimas semanas y me he ganado un premio. Vamos a empezar con vino. ¿Cuál es bueno aquí?

—Elige tú —comentó Leigh.

Unos minutos después, apenas habían terminado de servirles el vino, empezó a acercarse gente a saludarlas. Los primeros fueron Eleanor y su esposo, Nick.

—Tía, te acuerdas de Eleanor, ¿verdad? ¿La mejor enfermera del condado?

—Por supuesto. Me alegro mucho de volver a verla.

—Espero que esta vez se quede una temporada —comentó Eleanor.

—Pienso hacerlo, hasta que me entre el ansia de moverme.

—La primavera y el verano son hermosos aquí —dijo la enfermera.

Justo después de que pidieran la comida, se acercó Connie Boyle, con una bolsa grande de comida para llevar. Leigh se lo presentó a Helen y le preguntó por Sierra, su esposa.

—Está madura como un melón y dará a luz en un mes o seis semanas. Ha dicho que tenía antojo de las patatas rellenas y las alitas de Rob y aquí estoy. He descubierto que satisfacer todos los deseos de una esposa embarazada es lo más conveniente para mí.

—Connie y Sierra tienen un hijo de un año y una hija en camino —explicó Leigh a su tía.

—Son muy seguidos —comentó Helen, tomando un sorbo de vino.

—Menos mal que nos gustan los niños, ¿eh? —dijo Connie con una sonrisa.

Justo cuando llegó la comida, Tom Canaday y Lola, su prometida, se pararon a saludarlas. Leigh explicó a su tía que eran dos padres solteros que habían mezclado las familias y tenían seis hijos entre los dos.

—Les hemos tirado una pizza y hemos salido corriendo —comentó Tom.

—Necesitábamos salir una noche —dijo Lola.

Mientras cenaban, la gente paraba a saludarlas y conocer a la tía de Leigh. Cuando Helen terminó su hamburguesa y se limpió los labios con la servilleta, dijo:

—Ha sido fabuloso. La comida y tus vecinos. En casa a menudo nos encontrábamos con gente cuando salíamos, pero nada comparado con esto. Debes de sentirte muy bien acogida.

—No pasa mucho tiempo hasta que empiezas a sentirte parte de la comunidad —contestó Leigh—. Quiero presentarte a Rob, pero lo he visto de refilón y luego ha desaparecido. Preguntaré por él.

Antes de que pudiera hacerlo, la camarera les llevó un gran trozo de tarta de helado y galletas de chocolate cubierta con nata montada.

—Con saludos del jefe —dijo.

Leigh estiró el cuello y vio a Rob detrás de la barra. La saludó con la mano.

Helen y ella compartieron el postre, aunque las dos estaban tan llenas, que solo comieron una parte. Les sirvieron café y Leigh empezó a hablarle a su tía de las cosas que quizá le gustaría explorar: los parques nacionales, los senderos de trekking, los spas de lujo, los ferrocarriles con buenas vistas...

—Parece que va a ser una temporada de actividades al aire libre —observó Helen.

Entonces se acercó Rob. Saludó a los clientes con los que se cruzó y se sentó en la mesa al lado de Leigh.

—Señoras, ¿cómo están? ¿Va todo bien? ¿Desean algo más?

—Estaba todo maravilloso. Rob, quiero presentarte a mi tía Helen. Ha llegado hace unas horas.

—Encantado —él extendió el brazo a través de la mesa y le estrechó la mano—. ¿Es su primera visita al paraíso?

Leigh vio sonreír a su tía y adivinó que ya la había conquistado.

—He hecho un par de visitas cortas antes. En otoño pasado, antes de que llegara el invierno. Tienen un lugar muy hermoso. Esta vez me quedaré un poco más para ver más cosas.

—No se arrepentirá. Si puedo ayudarla en algo, por favor, dígamelo.

—Su pub es excepcional —añadió Helen—. Y parece que le va bien.

—Gracias. Por supuesto, los fines de semana es cuando hay más negocio.

—Dígame, ¿le compensa? —preguntó Helen.

—Adoro este sitio —contestó él—. Estaba muy mal cuando lo compré, pero, con algo de reforma, se convirtió en un pub de primera. He tenido la suerte de dar con buenos empleados. Esto es un pueblo, así que solo hay dos lugares para comer, el pub y el café, y son dos cocinas muy distintas. El café es más de comida casera, sin alcohol, buenos desayunos y un café de primera. Nosotros tenemos las mejores hamburguesas, pero también hay comida suficiente para los que prefieren otras cosas.

—Yo soy fan de las hamburguesas —declaró Helen—. Usted debe de ser famoso por ellas.

—A nivel local —respondió él—. Lo mejor de este negocio es que me ha permitido flexibilidad para criar a mis hijos. Tienen quince y diecisiete años. Su madre murió hace nueve

años y yo necesitaba un trabajo del que pudiera escapar cuando hubiera reuniones de padres en el colegio, eventos deportivos, programas escolares o las noches en las que llamaban para decir que acababan de recordar que tenían un gran trabajo para el día siguiente, trabajo que les habían pedido hacía un mes.

Helen se echó a reír.

—Soy exprofesora —dijo—. Le comprendo muy bien.

—Todo salió bien, a pesar de esas emergencias. Encantado de conocerla. Voy a tener que disculparme. Quiero estar pendiente de la barra.

—Gracias por acercarte —dijo Leigh—. Vamos a pedir la cuenta y nos marchamos.

—Pediré que os la traigan —contestó él.

Se alejó y Leigh y Helen se miraron un momento.

—Me gusta —comentó la segunda—. Asumo que es muy conocido por aquí, ¿no?

—Estoy segura de que lo conoce todo el mundo.

—Entonces es poco probable que sea un pervertido o un depredador.

Leigh se echó a reír.

—Así es.

Llegó la cuenta. Encima de ella había una frase: «Invita la casa». Leigh movió la cabeza, pero la conmovió el gesto. Aunque no estaba completamente segura, le pareció un detalle de buena voluntad y no solo porque quisiera una cita. Dejó una propina para la camarera en la mesa. Estaban ya en la acera cuando sonó el teléfono. Miró el mensaje y sonrió.

Si quieres incluir a tu tía mañana por la noche, hazlo.

Todo el mundo tiene una historia, o, mejor dicho, varias versiones de una historia, todas las cuales son verdad pero difieren en los detalles o el énfasis. Leigh entendía que las primeras citas eran normalmente el momento para contar esa historia y las variaciones parecían depender de cuánto quisiera ella que funcionara la amistad o la relación. La mayoría de las veces no tenía mucho interés en una relación seria ni le importaba mucho si funcionaba. Tenía mucha experiencia en primeras citas. De hecho, tenía demasiada experiencia en citas únicas. Casi siempre solo buscaba pasarlo bien con un hombre durante una velada agradable y nada más.

El restaurante elegido por Rob le pareció perfecto. Era pequeño, tranquilo, con una guitarra clásica tocando suave de fondo. El chef salió al instante a estrecharle la mano a Rob y conocerla a ella. Les entregaron un menú con nueve platos. La comida era una aventura para gourmets destinada para durar mucho tiempo.

—Me sorprende mucho que no estés casada —comentó Rob.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Ya sabes. Porque las buenas siempre están pilladas.

Ella frunció el ceño.

—¿Eso es un cumplido?

—Pretendía serlo.

—Por lo tanto, si tú no estás pillado, ¿es que no eres de los buenos?

Rob dejó su vaso en la mesa y le sonrió.

—O, quizá, has esquivado el matrimonio. Mientras mis hijos eran pequeños y casi toda mi energía se concentraba en levantar el negocio y cuidar de ellos, no tenía tiempo para pensar en relaciones. Me mostraba amigable con todo el mundo y pensaba en los peligros de salir con mujeres del pueblo porque es un sitio pequeño. Mi hermana vivió un año con nosotros después

de su divorcio y más tarde conoció a Dakota y a los pocos meses se fue a vivir con él. Todavía nos ayuda, pero la mayor parte de la casa recae sobre mí. Sin embargo, ahora mis hijos ya son mayores. Finn se gradúa este año y se va a la universidad. Sean es un chico muy independiente. Sid y Dakota se mudan al norte, a Boulder. Y yo tengo más tiempo para mí que nunca antes. Esa es mi historia.

—Es una historia muy buena —comentó ella—. Supongo que crees que quería sonsacarte cosas. Sé perfectamente que lo dijiste como un cumplido.

—Tendría que haberlo adivinado —comentó él—. Mi hermana me lo dice a menudo: «¿Por qué no sales con mujeres? ¿Por qué no te has vuelto a casar?».

—Vayamos al fondo de esto —pidió Leigh—. Háblame de tu esposa.

Rob guardó silencio un momento.

—Julienne era una chica encantadora. Salimos en la universidad. Era un par de años más joven que yo. Después de la graduación, me ofrecieron un trabajo en otra ciudad, pero a ella le quedaban dos años todavía de estudiar. No queríamos romper, así que dejó la universidad y se vino conmigo, con intención de volver después a terminar la carrera, pero llegó Finn y poco después Sean. Al final, admitió que, aunque viviéramos con menos dinero, le gustaba estar en casa con los chicos. Teníamos un apartamento pequeño de dos dormitorios, pero yo iba ascendiendo en la cadena de restaurantes y ahorrábamos para comprar una casa. Y entonces murió mi padre. Heredamos su casa y algo de dinero, que guardamos, pensando que algún día compraríamos una casa mejor. Pero entonces Julienne se puso enferma. Al principio era una enfermedad misteriosa. Adelgazaba, le faltaba la respiración, tenía una infección tras otra... Entraba y salía del hospital y luego descubrieron que la infección se había instalado en el corazón.

—Endocarditis —dijo Leigh.

Él ladeó la cabeza y la miró sorprendido.

—¡Ah!, claro, tú eres médica. Bueno, pues no la pillaron a tiempo y la perdimos. Sean tenía seis años y Finn ocho.

Leigh casi lo envidiaba, a pesar de la tragedia. Había tenido un buen matrimonio que le había dado dos hijos. A veces fantaseaba con cómo sería su vida si tenía hijos.

—¿Cómo seguiste adelante? Supongo que estarías destrozado.

—A decir verdad, estaba aterrorizado. Era ayudante del encargado de un restaurante de cinco estrellas con un buen sueldo, muchas ventajas y bonificaciones y un horario de cuatro de la tarde a una de la mañana. Había muchos empleados. La mayoría, jóvenes e inexpertos. Algunos eran geniales, otros fumaban marihuana en el callejón de atrás. Tenía miedo de darles la espalda una hora. ¿Un horario así con dos niños en casa? No tenía familia que me ayudara. Y mis hijos echaban de menos a su madre. No me quedaba más remedio que cambiar de profesión o crear un trabajo a medida de un padre solo en un lugar donde mis hijos pudieran estar seguros y crecer felices.

Tomó un sorbo de vino.

—Compré un pub viejo que necesitaba mucho trabajo. El pub Shandon's. Lograr que mi vida no se desmoronara fue un trabajo completo durante mucho tiempo. Creo que, en cierto modo, fue bueno que tuviera que hacer eso. Estaba demasiado ocupado para autocompadecerme.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso —comentó ella.

—Gracias, pero estoy bien. Y los chicos son geniales —él sonrió—. Te toca.

—¿Qué quieres saber?

—¿No te has casado nunca? ¿Ni siquiera has estado a punto?

—Sí, estuve a punto, pero fue hace mucho.

—Tenemos tiempo —respondió él.

Ella respiró hondo y jugueteó con el pie de su copa de vino, insegura.

—No he tenido una relación seria desde la universidad. Estuve prometida con mi vecino. Habíamos sido amigos desde los tres años, salido juntos durante todo el instituto y después nos habíamos prometido. Estaba en la reserva del Ejército y sirvió nueve meses en Kuwait. Mientras él estaba allí, yo planeaba la boda. Volvió a casa justo antes de la fecha y rompió conmigo.

Rob la miró, momentáneamente atónito.

—¡Mierda! —exclamó.

—Sí. Yo era muy joven y me costó mucho superarlo. El maldito vestido de novia estaba colgado en la puerta del armario y me miraba todos los días. Al final lo compensé matriculándome en Medicina, algo que jamás habría hecho si me hubiera casado con él. Pero no esperes que le dé las gracias.

—Seguro que te cabreó aquello —comentó él.

—Tenía veintiún años —dijo ella—. Me quedé destrozada. Cuando me recobré un poco, me concentré en los estudios. Pero no salí mucho durante unos años.

—Sí has salido desde entonces —musitó él.

—Claro, sí. Pero no he vuelto a tener una relación seria. No porque él me dejara destrozada, sino porque no he conocido a nadie con quien me apeteciera estar para siempre —Leigh tomó un sorbo de vino—. El problema seguramente sea mío. Lo sé. Sé que a la gente la dejan y lo supera. Yo sentía que había perdido a mi mejor amigo desde la infancia. Aunque sus acciones posteriores demostraron que me había librado por los pelos de un destino malo —sonrió—. Mi tía Helen sí que estaba cabreada. Le dije claramente lo que pensaba de él. Varias veces.

—Parece una señora muy afable —comentó Rob.

—Es muchas cosas, pero afable no es una de ellas. La tía Helen tiene mal genio.

El chef, Peter, se acercó a su mesa y les presentó los platos con gesto triunfal.

—Y aquí tenemos los entremeses. Almejas con ajo sobre una oblea de azafrán. Es increíble y, antes de que preguntéis, no se acaba aquí la comida. Falta mucho más. El vino que tomáis está bien por el momento, pero, cuando lleguen los entrantes, tenéis que dejarme elegir el vino perfecto.

—Esto es precioso —comentó Leigh—. ¿Siempre se esmera por servir personalmente a los comensales?

—Por supuesto que no, pero, si Rob trae a una mujer a cenar, es que es una ocasión especial y confieso que me quiero lucir un poco. Me gusta impresionar al señor Shandon.

Se alejó de la mesa con una pequeña reverencia.

Leigh le sonrió a Rob.

—Él esmerándose tanto por nuestra cena y nosotros hablando de nuestros traumas pasados.

—Al parecer, esa es una de las cosas que tenemos que hacer —comentó él—. Quiero que sepas que ya no soy un viudo afligido. Pienso a menudo en Julianne. Los chicos preguntan a veces por ella. Sean tiene su sonrisa. Seguimos en contacto con sus padres, por supuesto. Adoran a sus nietos. Vienen de visita y los chicos también van a verlos. Se han jubilado en Florida. Pero no vivo enterrado en el pasado.

—¿Sales mucho con mujeres? —preguntó ella.

—No mucho. He salido a veces con una colega de un restaurante. Está divorciada y tiene

hijas mayores. Pero hace unos meses que no la veo. ¿Y tú?

Ella soltó una carcajada.

—Ninguna relación duradera, para decepción de mi tía.

—¿Y has superado lo del chico que te dejó plantada?

Leigh sonrió.

—Ya se ha casado dos veces. Sí, lo he superado. Del todo.

—¿No te has sentido sola? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza. Probó las almejas. Eran buenísimas, sabían a gloria. Cerró los ojos. Cuando los abrió, vio que él la miraba.

—Espera a probar esto —dijo.

—¿Ni siquiera un poco sola? —insistió él.

—Primero prueba las almejas.

Rob lo hizo y tuvo una respuesta similar.

—¡Madre mía! Buenísimas —dijo—. ¿Y bien? —insistió.

—En el último año no he salido con nadie, pero he estado ocupada. Y todavía le estoy tomando el pulso al pueblo. Los bomberos están locos por mí —añadió con una sonrisa.

—Seguro que sí.

—¿Tú te sientes solo?

—No —él negó con la cabeza y comió otra almeja—. Pero hay veces... —dejó la frase colgando.

—¿Veces...? —preguntó ella.

Él terminó otra almeja y elogió el plato con un gemido de satisfacción.

—A veces me embarga la sensación de que estoy harto de mi hogar completamente masculino y hay veces en las que me gustaría hablar con una mujer antes de que se me olvide del todo.

—¡Ah! —repuso ella. «Muy elocuente», pensó.

—A veces solo quiero oler algo que no sea ajo, cebollas y champiñones, quiero oler a una mujer, sentir algo suave, ver una ropa interior que no sean calzoncillos. Yo hago la colada, por supuesto. En mi casa ahora todo el mundo se afeita. Sus pies huelen a basura. Pueden destrozarse un cuarto de baño. Aunque están aprendiendo. Los he criado sin madre y están aprendiendo a limpiar como si la tuvieran.

Leigh apoyó la barbilla en la mano, fascinada.

—¿Y quién te enseñó a ti?

—Trabajo en el negocio de la comida —repuso él—. Hay reglas. Tiene que haber estándares de limpieza debido a la podredumbre, las enfermedades, los gérmenes y demás. Aparte de eso, hay veces en las que solo quiero estar cerca del sexo opuesto. De un miembro atractivo del sexo opuesto. ¿Me entiendes? Dios sabe que tengo mujeres de sobra cerca. Mi hermana, camareras, cocineras, un par de ayudantes... De todo.

Leigh lo miraba con la boca ligeramente abierta. Pensó que iba a necesitar unas horas para sopesar a aquel hombre, porque estaba muy alejado de su mundo. No había tenido muchas relaciones con hombres y ninguna que durara mucho tiempo. Pero esos hombres casi siempre estaban relacionados con el sector sanitario porque era donde ella pasaba la mayor parte del tiempo. Los doctores eran difíciles. Les gustaba dirigir. Eso resultaba más evidente en los doctores varones, pero había muchas mujeres en medicina que podían actuar también así. Había salido con algunos padres solteros, no viudos, sino divorciados, y no enseñaban a sus hijos a

limpiar como habría hecho una madre, sino que más bien buscaban a una mujer que hiciera de madre de sus hijos durante los periodos que pasaban con ellos. Su primera salida con ellos solía parecerse más a una entrevista que a una cita.

En Rob había algo diferente. Desde el principio había notado que era dolorosamente sincero. Y se permitía ser vulnerable. Quería oler a una mujer. Tal vez se refiriera a aromas de perfumes, pero la idea suscitaba pensamientos eróticos. Y no daba la impresión de que quisiera impresionarla. Y, definitivamente, no la entrevistaba para ver si sería una buena madrastra.

Leigh intentaba encontrar algo malo en él.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Cuarenta. ¿Y tú?

—Treinta y cuatro.

—Eres joven. Probablemente busques crear una familia. Y aunque yo tengo una, creo que debo ser sincero contigo. No me interesa empezar otra. He invertido casi dieciocho años siendo padre.

En realidad, ella tampoco planeaba una familia, al menos ya no. Había estado sin pareja más de doce años y había decidido que no había ningún hombre que le conviniera, aunque había estado abierta a la idea durante un tiempo, después de haber superado lo peor de su desengaño amoroso. Pero hasta esa noche... Esa primera cita no se parecía a ninguna otra que recordara. Rob no se parecía a nadie con quien hubiera salido. De hecho, ya sabía que era especial antes de la cita.

Pero ¿por qué iba a empezar de nuevo a criar hijos un hombre de cuarenta años que llevaba tanto tiempo haciéndolo?

—Eso es muy razonable —comentó.

—Creo que no me importaría tener una novia —dijo él. Y se encogió, como sorprendido de sí mismo—. Tú me inspiras pensamientos extraños. Nunca le he dicho eso a una mujer.

—¿Ni siquiera a tu esposa? —preguntó ella.

—Probablemente no —repuso él, sonriendo—. Éramos unos críos. Entonces no nos dábamos cuenta, pero sobrevivir era un gran esfuerzo. Pensábamos que éramos pobres porque así era como empezaba todo el mundo. Creo que el pensamiento más serio que tenía sobre el matrimonio era que iba a hacer el amor todos los días durante el resto de mi vida.

—Eso sí que era muy ingenuo por tu parte —comentó ella.

—Dímelo a mí.

Llegó el siguiente plato, ensalada de remolacha con róbalo. A continuación le tocó el turno a un paté servido sobre una tostada con medio huevo relleno espolvoreado con caviar, después trocitos de brócoli preparados de un modo exótico y luego un suflé de salmón. Rob describía cada plato, tarareando de placer a cada bocado.

—Yo no podría hacer esto —dijo—. Nunca fui a una escuela de cocina. Estudié Empresariales. Lo que sé lo he aprendido de los chefs y los sumilleres con los que he trabajado. A continuación llegó el filete.

Las porciones eran muy pequeñas y al principio Leigh se preguntó si iba a poder saciarse, pues tenía bastante apetito. Pero cuando llegó el filete había empezado a pensar si sería capaz de tragar un bocado más.

Después de que les sirvieran el café y la tarta de chocolate, Peter salió de la parte de atrás a saludar a algunos clientes y darles las gracias por haber ido. Luego tomó una silla, se sentó con Rob y Leigh y le sirvieron un café. Rob y él no tardaron en empezar a hablar de comida, menús,

restaurantes y todo lo relacionado con el mundillo. Intercambiaban noticias de restaurantes nuevos o que valían la pena y también de otros que estaban cerrando. A veces les entristecían los cierres y otras veces les divertían. Era obvio que juzgaban a todos los demás restaurantes y que eran competitivos.

Peter volvió a su trabajo, pero Leigh y Rob siguieron en la mesa. Ella le preguntó cómo había buscado el pub que acabó comprando y él le preguntó por Helen. Cuando por fin salieron de allí, habían pasado casi cuatro horas juntas, incluido el tiempo transcurrido en el coche.

—Ha sido absolutamente delicioso —comentó Leigh cuando salían.

Él le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. La besó en la sien.

—Me encanta este sitio. A Peter también le gusta venir a mi pub —antes de abrir la puerta del coche, la apretó levemente contra sí. Le sostuvo la cara entre las manos y la besó.

Leigh no se esperaba aquello, pero tardó solo un momento en darse cuenta de que lo quería. ¡Oh, sí, lo quería! Inhaló el olor de él, lo rodeó con sus brazos, lo estrechó contra sí y devolvió el beso. Él ladeó la cabeza y profundizó el beso. Ella abrió los labios y le permitió jugar con las lenguas, muy satisfecha con el gemido profundo que eso provocó en él. Rob deslizó las manos debajo de su chal y la apretó más contra sí. Su cuerpo, desde las rodillas hasta los hombros, estaba duro como una piedra. Aquel hombre estaba en forma. Ella se apartó solo un poco.

—¿Esto es una buena idea? —susurró.

—Sí. La mejor idea que he tenido en todo el día —respondió él, volviendo a por más—. Sabes divinamente.

Ella se echó a reír.

—Creo que eso son las almejas, el brócoli y el suflé de salmón.

—Y el caviar —susurró él.

—Estamos en un aparcamiento.

—Y no tengo ningún sitio al que llevarte —contestó Rob—. Mis hijos están en casa y tu tía está montando guardia en la tuya.

Volvió a besarla, profundamente y con ansia. Ella no se apartó. Si hubieran estado cerca de un lugar íntimo, habría estado perdida. Y posiblemente habría resultado muy placentero.

—Eso probablemente sea para bien —murmuró contra los labios de él—. Todavía no he decidido si quiero un novio.

—De acuerdo —musitó él, acercando de nuevo los labios.

—¿Tú sí lo has decidido? —preguntó ella.

—Yo sí —respondió Rob—. Tú tómate tu tiempo —dijo. Pero a continuación la besó un poco más—. Me gustaría estar a solas contigo.

—Estamos solos —susurró ella. Y buscó los labios de él con los suyos.

Sonó un claxon. Oyeron risas distantes.

—No estamos lo bastante solos —comentó él—. Deja que te lleve a casa antes de que me ponga estúpido de verdad.

Eso hizo reír a Leigh, pero se mostró de acuerdo en que era lo mejor. Aquello tenía que terminar. Por el momento.

Durante el camino de vuelta, hablaron poco. Se tomaron de la mano, hablaron de lo maravillosa que había sido la cena y de cuánto les gustaría repetirla. Ella le dio las gracias al menos tres veces y le permitió un beso breve en la puerta.

—¿Qué estás pensando ahora? —preguntó él.

Leigh se encogió de hombros, pero miró los ojos oscuros de él.

Rob le pasó un nudillo por la barbilla.

—¿Estás intentando decidir si quieres volver a verme?

Ella negó con la cabeza.

—Me estoy preguntando cuándo.

Él soltó un suspiro de alivio. La estrechó contra sí y le susurró al oído:

—Yo estoy pensando en entregar a los chicos en adopción.

*A medida que crece el amor dentro de ti, crece también la belleza.
Porque el amor es la belleza del alma.*

SAN AGUSTÍN

Capítulo 5

Finn estrechó a Maia en sus brazos. En la televisión había una película, pero ninguno de los dos la miraba. Habían planeado salir, hasta que Finn se dio cuenta de que tanto su padre como Sean estarían fuera toda la velada. Una situación así no se daba muy a menudo. Sean estaba en casa de un amigo, probablemente metiéndose en un lío. Y su padre tenía una cita con la doctora. Cuando le preguntó a Maia si quería que se quedaran en casa, ella asintió con entusiasmo. Lo primero que hicieron fue disfrutar juntos un rato en la cama de él. No lo habían planeado, pero los besos y las caricias los llevaron a terminar haciendo el amor. Fue un acto un poco torpe e incómodo. Y también increíble.

Una vez que la penetró, aquello duró unos veinte segundos, pero, para gran alivio de Finn, Maia estaba satisfecha. Finn sabía de antemano que él lo iba a estar. En realidad, tenía miedo de terminar antes de que llegaran a estar unidos. ¡Qué demonios! Casi terminaba solo con pensar en ella. Pero Maia sonreía y suspiraba.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Al parecer, sí que estaba preparada —contestó ella, sonriente.

Estaba nerviosa por si llegaban Rob o Sean inesperadamente, así que se vistieron con rapidez y pasaron a la sala de estar a ver una película. Faltaban dos semanas para el baile de graduación y cuatro para la graduación en sí. Y Finn no recordaba haber sido nunca tan feliz. La chica más hermosa del instituto lo quería a él.

La besó en la frente.

—Te quiero —dijo.

Ella rio un poco.

—Pensaba que no te gustaba mucho. Desde luego, me llevó mucho tiempo conseguir que te fijaras en mí.

—Estoy intentando pensar cómo ir a Arizona en otoño. O cómo hacer para que vengas tú a Boulder. ¿Cuánto se tarda en coche? Tengo la sensación de que voy a pasar mucho tiempo en la carretera.

—Va a ser un año muy largo —comentó ella—. Si seguimos juntos después de un tiempo, quizá podamos buscar el modo de ir a la misma universidad.

—¿Te vas a aburrir de mí? —preguntó él—. Porque yo de ti no. Tendrás que ser tú la que me deje porque, si no, creo que vas a tener que cargar conmigo.

Maia empezó a acariciarle las sienes con las yemas de los dedos.

—¿Quieres que te frote los hombros? —preguntó él—. ¿El cuello?

—Me duele la cabeza otra vez.

—Creo que la excusa del dolor de cabeza se usa antes del sexo, no después —comentó él con

una risita—. ¿Te duele muy a menudo?

—Más de lo habitual —contestó ella—. Mi madre ha pedido cita para que me miren los ojos la semana que viene. ¿Tienes una aspirina?

—Tengo ibuprofeno —repuso él—. ¿Quieres que te dé un par de pastillas?

—Yo las busco —ella se puso de pie—. Solo dime dónde.

—En el armario de la cocina, encima del horno —él le tomó la mano cuando ella echaba a andar—. ¡Eh! —le frotó el dorso de la mano con el pulgar—. Si te digo que estoy deseando que podamos relajarnos un día, desnudarnos del todo y abrazarnos toda la noche, ¿pensarás que soy un cerdo?

Ella le sonrió.

—En ese caso, yo también soy una cerda —hizo una mueca y sus ojos reflejaron dolor.

—Voy a por el ibuprofeno —dijo él, levantándose—. Tú siéntate y descansa. Puede que sea una jaqueca o algo por el estilo.

Ella abrió la boca y después dio la impresión de que se quedaba paralizada. Mareada.

—¡Eh, Maia!

A ella se le doblaron las rodillas y empezó a caer.

—¡Maia!

Finn la agarró y suavizó la caída. Ella tenía los ojos abiertos. Se quedó agarrotada, después tembló y en su garganta se oyó un borboteo. Finn le tocó el cuello en busca del pulso, le puso un cojín del sofá debajo de la cabeza y corrió a por su teléfono. Marcó el número de emergencias arrodillado al lado de ella. Cuando contestaron, gritó:

—¡Mi novia se ha desmayado! Creo que tiene un ataque. ¡Socorro! Necesito ayuda —se esforzó por calmarse—. Por favor, envíen ayuda.

—Marchando —dijo una mujer al otro lado—. ¿Respira?

—Creo que sí.

—¿Puedes colocarla con cuidado sobre el lado izquierdo, protegerle la cabeza y ver si detectas respiración?

—Hace ruidos —dijo él—. Le dolía la cabeza. ¡Dios mío! No vuelve en sí.

—Hay ayuda médica en camino —repitió la mujer—. ¿La puerta está abierta para que puedan entrar?

—Voy a abrirla.

Finn corrió a abrir la puerta y volvió al lado de Maia. Estaba aterrorizado. Le apartó el pelo de la cara con gentileza.

—Está abierta —dijo.

—¿Sigue con el ataque? —preguntó la mujer.

—Está temblando. Tiene como sacudidas.

—Puede que le dure un par de minutos —dijo la mujer—. No pierdas la calma y procura que no se haga daño golpeando algo. Y no dejes que se caiga. ¿Dónde está?

—Paré su caída —dijo él—. Está en el suelo. Le he puesto un cojín debajo de la cabeza. ¿Qué le pasa? ¿Se va a morir?

—Tú mantenla segura hasta que lleguen los paramédicos. ¿Respira?

—Hace ruidos, así que seguro que respira. Y noto el pulso. ¿Maia? —preguntó con suavidad—. ¿Maia? ¿Me oyes? ¿Maia?

—¿Puedes olerle el aliento? —preguntó la operadora—. ¿Me puedes decir si el aliento le huele a fruta?

Él la había besado. Sabía que su aliento olía a menta.

—No —contestó—. Le huele a menta.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete. Casi dieciocho. Igual que yo. Estábamos viendo una película.

—¿Es diabética?

—No me ha dicho que lo sea. Me lo habría dicho, ¿verdad?

—¿Ha tomado algo? ¿Alguna droga?

—Iba a tomarse ibuprofeno para el dolor de cabeza y se ha desmayado.

—¿Tiene alguna lesión en la cabeza? ¿Una conmoción o algo?

—Últimamente tiene dolores de cabeza —contestó él con un nudo en la garganta—. Ha dicho que le iban a mirar los ojos.

—¿Sabes si puede haber ingerido algo accidentalmente? ¿Tú le has dado algo? ¿Lo que sea?

—Yo jamás haría eso —contestó el—. No sé si ha tomado algo. Oh, toma pastillas anticonceptivas. Me lo dijo ella.

—¿Alguna otra pastilla? ¿Quizá pastillas para adelgazar?

—No lo sé. No toma drogas. Ni yo tampoco.

—¿Marihuana? ¿Somníferos? ¿Medicinas con receta? ¿Analgésicos?

—No sé. No creo.

—¿Alcohol? ¿Quizá algunas copas? —preguntó la mujer.

—No hemos bebido. Solo estábamos viendo una película. ¡Por Dios! ¿Dónde están?

—Están en camino —dijo la operadora—. ¿Has notado algo fuera de lo normal en su comportamiento? ¿Mascullaba? ¿Se tambaleaba? ¿Perdía el equilibrio?

—¡Le dolía la cabeza! —gritó Finn.

—No cuelgues, por favor. Sigue hablando hasta que lleguen los paramédicos. ¿Alergias de comida?

—No lo creo —contestó él.

Oyó la sirena y, si podía oírla, era porque estaban cerca. El cuartel de los bomberos estaba solo a unas manzanas de allí, oía las sirenas cada vez que salía un coche. Dos minutos después se abrió la puerta y entró Connie Boyle con otro bombero llevando una camilla y un par de bolsas de equipo médico. El padre de Finn llevaba años sirviendo comida y bebida a todos los bomberos, policías y personal de rescate del pueblo, así que este los conocía a casi todos por su nombre.

—¡Connie! ¡Por fin! —exclamó. Notó que le corrían lágrimas por las mejillas—. No sé lo que ha pasado.

—Yo me ocupo, Finn —dijo Connie. Empezó por escucharle el corazón a Maia y después le tomó la presión arterial y recitó unos números que no le dijeron nada a Finn.

—No empieces a preguntarme tú también si toma drogas —dijo este—. Estoy seguro de que no. Podemos llamar a sus padres y preguntarles si es diabética, pero creo que no.

—No te preocupes. Hemos oído todas tus respuestas. Mira, ya vuelve en sí —dijo Connie.

Maia rodaba la cabeza adelante y atrás y gemía.

—¡Maia! —Finn se inclinó a ponerle los labios en la frente, pero Connie lo apartó con el brazo.

—Dale espacio, no está consciente todavía. No lo estará en un rato. Vamos a llamar a sus padres, llevarla a Urgencias, donde la evaluarán y, si es necesario, la ingresarán. Está postictal porque ha tenido una crisis convulsiva. Le vamos a poner una vía para poder administrarle

medicinas en caso necesario. ¿Me das el número de sus padres para que pueda llamarlos?

—No tengo su número —respondió Finn—. Solo tengo el de ella.

—Nosotros lo buscaremos —Connie le preguntó el nombre de los padres, dónde vivían y le pidió que describiera el incidente y si sabía si ella tenía alguna enfermedad que provocara convulsiones, como epilepsia.

Sonó la radio de Connie y, cuando terminó de hablar por ella, miró a Finn.

—Vamos a llevarla al hospital de Breckenridge. Sus padres vendrán allí.

—Voy con vosotros —dijo Finn.

—Sin un coche, no podrás volver. Pero puedes seguirnos. No vamos a ir con sirena. Está estable.

—¿Finn? —preguntó una vocecita—. ¿Finn?

—Estoy aquí —dijo él, inclinándose hacia ella.

Maia le apretó la mano.

—¿Me he desmayado? ¿Qué ha pasado?

Finn miró a Connie, preocupado e indeciso. Connie asintió con la cabeza.

—Parece que has tenido convulsiones, Maia —dijo Finn—. He llamado a los paramédicos y te van a llevar al hospital. Tus padres irán allí. Yo seguiré a la ambulancia. Te vas a poner bien.

—¿Cómo sientes la cabeza? —le preguntó Connie.

Ella cerró los ojos.

—Muy grande. Y borrosa.

—En Urgencias harán que desaparezca esa sensación —le dijo Connie—. Procura relajarte. Dime, ¿qué día es hoy? —le hizo una serie de preguntas tontas, del tipo de quién era el presidente, el nombre de sus padres y cuándo se graduaba. Ella contestó bien a todas y Connie guardó silencio.

Entonces Rob entró como una tromba por la puerta, con expresión de pánico.

—¿Qué ocurre, Finn? ¿Estás bien?

—Estoy bien, papá. Te lo explicaré en un momento. Van a llevar a Maia al hospital y yo voy también. Ha tenido convulsiones y he llamado a Emergencias.

—¿Connie? —preguntó Rob.

—El trabajo habitual, Rob. Todo está bajo control. A Maia tiene que verla un médico. Nosotros le pondremos una vía y nos la llevaremos. Tu hijo ha manejado la situación como un profesional. Nos seguirá en su coche.

—Yo lo llevo —repuso Rob. Le puso una mano a Finn en el hombro—. ¡Gracias a Dios que estás bien! Y gracias a Dios que Maia está bien.

—Ella todavía no está bien —contestó su hijo—. Tenemos que llevarla al hospital. Te lo contaré todo en el coche. Tú deberías llamar a Sean.

Fue una noche muy larga para Rob, puesto que no pudo convencer a Finn de que dejara a Maia en manos del personal del hospital y de sus padres. Era más de medianoche cuando la madre de Maia entró en la sala de espera y les dijo que la iban a dejar ingresada, al menos por esa noche. Finn suplicó verla, como mínimo para decirle adiós, cosa que hizo bajo la supervisión de los padres de ella.

—Puedo quedarme —dijo él.

—Está mareada y necesita dormir —repuso la señora MacElroy—. Te llamaré por la mañana y te diré cómo está. O quizá te llame ella misma. Creo que le van a hacer algunas pruebas.

A las seis de la mañana, Rob oyó que sonaba el teléfono de Finn y este hablaba por él. Se levantó a investigar y se enteró de que a Maia la iban a trasladar a Denver para hacerle unas pruebas en el Departamento de Neurología.

—Hoy me quedo en casa —dijo Finn—. En el instituto no puedo usar el teléfono y quiero saber qué es lo que le pasa. Si necesitas ayuda en el pub, eso sí puedo hacerlo. En cuanto ella sepa algo y yo pueda verla, iré a Denver. Espero que no tengas problemas con eso porque voy a ir.

—Lo comprendo, Finn —repuso Rob.

Lo que no le dijo fue que aquello le despertaba recuerdos que prefería no revivir. Recuerdos de cuando Julianne estaba enferma, cuando no podía respirar, cuando le dolía el pecho y se le aceleró el pulso y los dos niños y él la llevaron corriendo al hospital. Y ella ya no salió.

—Supongo que pasaste mucho miedo —comentó.

—No tienes ni idea —contestó Finn.

Pero Rob tenía una idea muy buena.

Por supuesto, había dormido muy poco. A la una, a las dos y a las tres de la mañana había querido encender la luz, sentarse en la cama y llamar a Leigh. Tenía la impresión de que ella lo entendería y lo perdonaría. Siendo médico, tal vez incluso le dijera algo alentador. Pero su deseo de llamarla no era solo por eso. Lo reconfortaba estar con ella, incluso cuando se mostraba un poco insolente. Hacía mucho tiempo que no había una mujer en su vida que lo hiciera sentirse seguro y acompañado.

De camino al pub, pasó por la clínica y le preguntó si tenía tiempo para tomar un café. Cerraron la puerta del despacho de ella y Rob le contó lo de Maia. Hablaron del tema y Leigh le hizo algunas sugerencias.

—Gracias —musitó él—. ¡Pobres chicos! ¡Y pobre de mí! Me lo pasé muy bien anoche y estaba deseando quedarme dormido pensando en una doctora hermosa y lista para tener sueños bonitos.

*La amistad hace más brillante la prosperidad
y aligera la adversidad al dividirla y compartirla*

CICERÓN

Capítulo 6

Helen pensó que quizá su estancia en Timberlake fuera más corta de lo que esperaba. Seguía aún levantada cuando Leigh había llegado a casa la noche anterior y una mirada al rostro de su sobrina le había dicho todo lo que necesitaba saber. La chica estaba sonrojada y resplandeciente, con una expresión que no le había visto en años. Y el tal Rob le caía bien. Era encantador, divertido y muy atractivo. Y aunque Leigh para ella siguiera siendo una chica, sabía que era una mujer adulta, realizada, atractiva, independiente y fuerte. Y en la cima de su feminidad.

Helen pensó que quizá tuviera que salir de la vida de su sobrina para que pudiera enamorarse. Le pidió que le prestara su coche.

—Para explorar un poco —dijo. Quería hacer excursiones por la zona mientras pudiera.

—Este fin de semana podemos ir a comprar un coche —propuso Leigh.

—Sí. O también puedo alquilar uno.

—Piénsalo. Entretanto, yo estaré todo el día en la clínica, así que usa el mío.

Helen se puso vaqueros, una camiseta y las deportivas Sketcher y salió de casa. Primero fue a Leadville, a visitar la librería y preguntar hasta dónde tendría que ir a buscar ayuda si necesitaba reparar su ordenador portátil. Más que nada, disfrutó conduciendo por el campo y visitando unos cuantos pueblos pequeños. Seguía habiendo nieve en las cumbres, pero las flores de primavera bordeaban todas las carreteras que recorría. A la hora del almuerzo llamó a Leigh a la clínica y le preguntó si necesitaba el coche para salir a comer. Cuando su sobrina le dijo que no, Helen le preguntó cómo iba a Sullivan's Crossing. Había oído hablar mucho de Sully a lo largo del año, pero no lo conocía personalmente ni había visto el *camping* del que tanto hablaban todos.

—Salúdalo de mi parte —le pidió Leigh—. Si no has comido, tiene un frigorífico lleno de sándwiches y ensaladas.

—Gracias por la información —repuso Helen.

Cuando llegó al claro, de inmediato se sintió encantada. Las parcelas estaban esparcidas entre árboles y flores, al borde de un resplandeciente lago de color zafiro. Había un edificio más grande con un cartel en la ventana delantera que ponía «Tienda». No lejos, cruzando el césped, había una casa. Mejor dicho, una cabaña grande de troncos. Alrededor de los edificios y de los caminos, había muchas flores. Y un hombre mayor, atractivo y en buena forma física, estaba sentado en el porche de la tienda con los pies colocados en una silla.

Helen aparcó al lado de la tienda y subió los escalones del porche.

—Hola —dijo—. Busco a Sully.

—Pues tiene suerte. Está en su descanso del almuerzo.

—Estupendo —comentó ella—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Lo tiene delante. ¿En qué puedo servirla?

Ella se echó a reír y le tendió la mano.

—Helen Culver, encantada de conocerlo. Soy la tía de Leigh Culver y me ha hablado mucho de usted.

Él quitó los pies de la silla y se levantó a medias. Su perro labrador amarillo se levantó también, la miró y movió la cola.

—¡Que me condenen! O sea que la tía existe de verdad. Empezaba a pensar que la había inventado. Siéntese. Le traeré algo de beber. ¿Tiene hambre?

—Mucha —repuso ella—. Leigh me ha dicho que puedo comprar un sándwich aquí.

—Tonterías. Usted es mi invitada. ¿Quiere entrar a verlos y elegir el que le apetezca? No son nada del otro mundo, pero servirán para matar el hambre.

—Seguro que sí, gracias. Es muy amable de su parte.

—Porque, a pesar de lo que haya oído por ahí, soy muy amable. Venga por aquí —dijo él.

Tenía una sonrisa alegre y unos ojos chispeantes y juguetones. La precedió a la tienda. Le dijo al perro que se quedara y el animal permaneció en el porche. Sully fue directo al frigorífico, pero Helen se quedó atónita por la cantidad de artículos que había allí dentro y miró a su alrededor con fascinación.

—¿Aquí tiene un poco de todo lo que existe? —preguntó.

—Si es campista o senderista, probablemente sí —contestó él—. La gente siempre se olvida algo y esta es una parada habitual para caminantes de larga distancia, y cuentan con ella. Aquí recogen correo, recargan los teléfonos, compran suministros, dejan cosas que no necesitan y que otros pueden usar. Ya sabe, lo que para unos es basura, para otros es algo útil. Escriben en el diario de la tienda, cuelgan fotos, dejan notas para los amigos que están haciendo el sendero o simplemente esperan aquí a alguien. En la caseta de las duchas tengo lavadoras y secadoras, pero la mayoría de las veces los caminantes serios necesitan ropa nueva. Se suelen enviar cosas por correo a sí mismos o pedir a alguien que se las envíe. De vez en cuando acabo con algunos paquetes que nadie recoge y me pregunto qué habrá sido de esa gente.

—¿Y qué hace con ellos?

—Los devuelvo a la dirección del remite... si es que hay remite.

—Y cuando dice caminantes de largas distancias...

—Cientos de kilómetros —contestó él—. El Continental Divide Trail mide 5150 km desde México hasta Canadá. Hay gente que lo recorre entero. ¿Se lo puede creer?

—¡Caray! —exclamó ella. Se acercó al frigorífico a elegir un sándwich—. Menos mal que yo no siento interés por hacer eso.

—¡Dígamelo a mí! —contestó él—. ¿Algo de beber? ¿Patatas fritas? ¿Galletas de chocolate?

—Ya que invita usted, quiero de todo —respondió ella con una sonrisa.

—Me gusta su estilo.

Helen tomó todas las cosas y salió al porche, donde Sully se sirvió un café. Ella se sentó a la mesa.

—Espero que tenga tiempo para algo más que un descanso —comentó.

—Muchacha, a veces estoy de descanso todo el día —repuso él. Y rio de sí mismo.

—Este lugar es muy agradable.

—Me enorgullece decir que proporciona diversión y felicidad a muchas familias.

—¿Cuándo tiempo lleva haciendo esto? —preguntó Helen.

—Bien pensado, no tuve mucha elección. Nací aquí. Mi padre construyó la tienda y también la casa. Es una casa pequeña, pero más grande que donde se crio él. Cuando volví de Vietnam,

mi padre necesitaba ayuda, así que me vine aquí. Siempre pensé que haría algo mucho más importante que esto y ahora descubro que es lo único que sé hacer. Además, me gusta.

—Es muy tranquilo —comentó ella.

—Durante el día, sí. Todavía sí, pero a partir del fin de semana del Día de los Caídos ya está lleno todo el verano. Los campistas pasan el día jugando en el bosque o en el lago y, a la hora de la cena, esto está lleno de niños, perros y barbacoas. Hay mucho ajeteo.

—¿Juegan en los bosques? —preguntó Helen, antes de darle un mordisco al sándwich.

—Hay mucho que hacer por aquí aparte de senderismo —repuso Sully—. Escalar rocas, recorrer el campo en todoterreno, hacer esquí acuático en verano y esquí de nieve en invierno... Aunque aquí casi todo es esquí de fondo. Algunos pescan, aunque la mejor pesca está en los ríos. A veces simplemente están sentados relajándose, contentos de haber dejado atrás el ruido de la ciudad. ¿Ve esa hamaca que hay al lado del lago? Siempre está ocupada. Seguramente debería colgar más.

—Pero eso lo tendrá ocupado de la mañana a la noche.

—Desde que tuve un infarto hace dos años, he tenido ayuda.

—¿Tuvo un infarto? —preguntó ella, sorprendida.

—Tranquila, solo fue el primero —respondió él—. Me colocaron un bypass y ahora solo como hierba. Mi hija vive cerca y es doctora. Hay una maldición en tener hijos doctores. Se empeñan en tenerte vivo el tiempo suficiente para llegar a senil.

Helen se echó a reír.

—Yo tengo a Leigh. Todavía no ha mostrado esa faceta, pero veo que tiene potencial para eso.

—Si no le importa que pregunte, ¿cómo es que crio usted a su sobrina?

—No me importa —dijo Helen. Le contó las circunstancias—. Mi hermana era joven y tonta —dijo cuando terminó—. Yo tenía diez años más cuando nació Leigh y tenía un trabajo fijo como profesora. Mi hermana murió antes de tener ocasión de madurar. Doy gracias por Leigh. Sin ella, no creo que yo hubiera tenido hijos por otro lado.

—Leigh me dijo que usted nunca se casó.

—Nunca estuve ni siquiera a punto. Bueno, he tenido un par de amigos por el camino, pero nada tan permanente como eso. ¿Y usted?

—Yo estuve casado. La madre de Maggie y yo nos divorciamos cuando la niña tenía solo seis años. Tuve que arreglar algunos temas antes de poder ser un buen padre. Maggie siempre me ha querido más de lo que merecía.

Helen sonrió. Por lo que había oído a Leigh y a otras personas de por allí, Sully era un hombre querido. Un hombre sincero y espontáneo.

—¿Y Maggie vivió con su madre casi todo el tiempo? —preguntó.

Él asintió.

—Con ella y con su padrastro. Walter, un hombre bueno y paciente. Él también era neurocirujano. Así fue como le picó el gusanillo a Maggie.

—¿Y su exmujer?

—Insoportable —contestó él—. Walter se merece una medalla. Algún día, cuando seamos más amigos, la aburriré con quejas sobre mi exmujer y usted pensará que seguro que exagero, pero solo hasta que la conozca —movió la cabeza y volvió a reír—. Ahora que hemos tratado este tema, me gustaría saber cómo llegó a escribir libros.

—No sé si lo sabe, pero los profesores no ganan muchísimo dinero —contestó ella—. Y

siempre me ha gustado mucho leer. Había soñado con escribir durante muchos años y luego, por fin, cuando Leigh era adolescente, decidí probar de una vez. Fue lo más difícil que había hecho nunca. Menos mal que Leigh estaba muy ocupada con el instituto y siempre de acá para allá. Cuando terminaba las clases y no tenía que corregir exámenes, me quedaba tiempo.

Tomó un bocado de sándwich y suspiró.

—Tuve mucha suerte. Mi tercer libro se vendió. Durante un tiempo compaginé dar clases y escribir y después me retiré de las clases porque pensé que podíamos vivir bien con mi pensión y los derechos de autor. Ahora Leigh es doctora y no necesita que yo la mantenga.

—Eso es casi un cuento de hadas —comentó él—. Ha tenido suerte en todos los sentidos, ¿verdad?

—Casi. ¿Qué le gusta leer?

—De vez en cuando leo un libro que me presta mi amigo Frank. Siempre es una historia de guerra.

«Muy típico», pensó ella.

—Y seguro que lee el periódico hasta que se rompe en pedazos —comentó.

—Casi. ¿Me gustarían sus libros?

—No tengo ni idea —contestó Helen con una carcajada—. Y eso no importa. Son de misterio. Yo me divierto mucho con ellos, por eso los escribo. He notado que detrás de su casa parece haber una zona...

—El huerto —dijo él—. Tuve que vallarlo cuando las plantas empezaron a brotar. Los conejos y los ciervos no lo dejan en paz. Beau hace lo posible por mantenerlos fuera, pero a veces se pone nervioso y destroza el huerto él.

—Le gusta llevar un huerto —comentó ella.

—Me gusta recoger los productos. Para eso hay que sembrarlos. De junio a septiembre tenemos las mejores frutas y verduras del país. Todos los días. Puedo criar tomates grandes como pomelos. Una vez cortados, son como filetes. Espero que esté aquí cuando empecemos a recolectar.

—Yo también, Sully —dijo ella—. La próxima vez vendré un poco antes y así podemos almorzar juntos. Seguro que podría escribir bien en su porche, mirando ese hermoso lago.

—Y, si hay campistas, ese porche de la casa es suyo siempre que quiera. Hasta tiene un enchufe. Y tengo wifi —Sully le sonrió—. Hay que estar al día.

—¿Y está en Facebook?

Él hizo una mueca.

—No tengo que estar al día en todo, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Aparte de escribir, ¿qué más cosas hace para entretenerse? —preguntó Sully.

—Explorar. Conducir por el campo, por los pueblos, cotilleando. Algunos de estos pueblos, Leadville, Breckenridge, Timberlake... son preciosos.

—Muchacha, el estado entero es precioso —repuso él.

Helen permaneció con Sully un par de horas y, cuando se marchó, pensó que era un hombre encantador. La llamaba «muchacha». Obviamente, era un hábito en él, pues ella ya no tenía nada de muchacha. Y le había dicho que tenía setenta y dos años. Cuando oyó la cifra, a ella le pareció que encajaba con él. Excepto porque era un hombre fuerte y de buena figura, tenía una sonrisa juvenil y ojos chispeantes. Sus antebrazos eran musculosos y bien torneados y tenía un color de

piel sano y bañado por el sol.

No le costaba nada imaginar que había sido muy apuesto de joven. Sabía que debía tener historias fascinantes que contar. Sería un amigo fantástico.

El jueves, Leigh tenía una tarde tranquila, sin pacientes después de las tres. Podían llegar algunos sin cita previa, pero ella siempre llevaba el teléfono consigo para esos casos. Cuando trabajaba en Chicago, siempre veía a un paciente tras otro, y los días que no tenía citas en la consulta como médica de familia, trabajaba en Urgencias. La medicina en un pueblo era muy diferente. Había días ajetreados, pero también muchos días en los que el trabajo no era una locura.

Decidió ir hasta el pub de Rob, con la esperanza de verlo. Habían hablado brevemente la noche anterior, con el ruido del pub de fondo. Él le había dicho que Finn había ido un par de veces a Denver a ver a Maia. Le habían hecho pruebas y él creía que debía de estar sedada, pues parecía estar como en una nube. Leigh sospechaba que le habrían dado un barbitúrico anticonvulsivo o algún analgésico para el dolor de cabeza, pues ese había sido su síntoma y su queja más evidente.

Cuando entró en el pub, Sid estaba detrás de la barra y la recibió con una sonrisa.

—¿Cómo estás, Leigh?

—Muy bien. ¿Cómo estás tú? Tengo entendido que vais a hacer cambios.

—Muchos. Primero de todo, vamos a buscar una casa en Boulder. Hay tiempo de sobra para buscar algo que nos guste. Yo daré clases allí y Dakota irá a estudiar. Y luego está Sierra, que se prepara para volver a hacernos tíos. Estoy deseando que llegue el momento.

—Ya tienes experiencia como tía —comentó Leigh—. ¿Y cómo le va a tu sobrino? Por supuesto, me refiero a Finn.

—He oído que le han dado el alta a Maia y está en casa. Hablan de hacer más pruebas, pero no sé cuáles son los resultados hasta el momento. Sabes, no es tan raro que los chicos de esa edad tengan alguna crisis convulsiva sin que haya una causa catastrófica. Y no ha vuelto a sufrir otra desde que la llevaron al hospital. Si tuviera que adivinar, diría que le van a dar algún medicamento anticonvulsivo y un neurólogo le hará un electroencefalograma de rutina —sonrió como si acabara de darse cuenta de que hablaba con una doctora—. Pero creo que deberías pedir una segunda opinión, yo no soy más que una sabihonda que lee un poco de todo.

Leigh se echó a reír.

—Pero lo que dices es cierto. No es tan extraño. ¿Sabemos qué pruebas le están haciendo?

—Yo no y, si Finn lo sabe, no lo dice. ¡Pobre chico! Está muy asustado. Ha encontrado la novia perfecta y le aterroriza pensar que esté enferma. Pero estoy segura de que no has venido a verme a mí...

—Siempre me encanta verte —comentó Leigh.

Sid se echó a reír.

—Voy a buscar a Rob y le digo que estás aquí.

—Ya sabía yo que en los pueblos pasaría esto. Una cita y ya nos habéis convertido todos en novios formales.

—¡Ya me gustaría a mí que eso fuera cierto! —exclamó Sid antes de desaparecer por la puerta que había detrás de la barra.

Un minuto después, Rob había ocupado su lugar detrás de la barra. Sonrió.

—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué te pongo?

—Una cola *light*, por favor. Aún estoy de servicio —contestó ella, mostrando su teléfono—. Eleanor se ha quedado sola porque no hay pacientes, pero me llamará si me necesita. ¿Qué tal la semana?

—No muy mal. He estado pendiente de Finn, intentando captar cómo lo lleva. Con todo lo que habló durante el viaje al hospital el domingo por la noche, ahora no dice nada. Claro que no hay mucho que decir. Tiene que llevarle muchos deberes atrasados a Maia y me ha advertido de que pasará mucho tiempo durante el fin de semana ayudándola a ponerse al día —miró su reloj—. Seguro que ahora está allí.

Leigh frunció el ceño.

—Ha estado muchos días en el hospital.

—Denver está un poco lejos para ir como paciente externa —Rob miró a su alrededor para ver quién los oía, pero el pub estaba muy tranquilo a esa hora entre semana—. Han salido juntos todo este curso y sospecho que es algo serio. Tú ya me entiendes.

Leighladeó la cabeza.

—Finn tiene casi dieciocho años, ¿verdad?

—Sí, casi. Y cuando yo tenía dieciocho... Olvídalo.

—Yo también tuve dieciocho —comentó ella—. Y tenía un novio de dieciocho. ¿Te ha dicho Finn algo de eso?

—No, pero tengo dos hijos y el otro nunca tiene la boca cerrada.

—¡Pobre Finn! —rio ella—. Pues, a pesar de tus muchas preocupaciones, espero que Maia se recupere rápidamente y tengan una historia de amor adolescente normal.

—A mí me gustaría tener una historia de amor adulta —declaró él—. ¿Cuándo puedo verte?

—Creo que eres tú el que tiene problemas de agenda. Yo estoy más libre.

—¿Y la tía Helen?

—Es bastante responsable e independiente, aunque quiero ir con ella a comprar un coche este fin de semana para que no tenga que usar siempre el mío. Casi no noto que está. Se mueve sola a ver paisajes y hacer amigos. Esta semana ha ido dos veces a ver a Sully y dice que se ha adjudicado un buen lugar en su porche para escribir. Dice que le inspiran las vistas. Y Sully le encanta. No deja de hablar de él. ¿A que es bonito? Creo que van a ser amigos.

Rob frunció el ceño.

—Bonito —repitió.

—Vamos, son personas mayores. ¿Qué otra cosa pueden ser?

Rob se inclinó sobre la barra.

—Son lo bastante mayores para cuidar de sí mismos. ¿Y nosotros qué? ¿Cuándo podemos vernos? ¿Hay alguna posibilidad de quedar el domingo por la noche?

—Creo que sí —contestó ella—. Pero espera que averigüe si Helen tiene pensado hacer algo conmigo. Y tú averigua qué pasa en tu casa. Es una pena lo que pasó. ¿Y qué puedo hacer para corresponder por el maravilloso restaurante al que me llevaste? No se me da bien cocinar. No puedo cocinar para nadie, y menos para un experto. Supongo que ya habrás notado que soy la reina de la comida para llevar.

Rob le sonrió, y su sonrisa tenía un claro toque de picardía.

—Puedo ocuparme yo de la comida, doctora. Hay muchas otras cosas que puedes hacer tú.

Ella enarcó una ceja.

—Coser heridas, quitar manchas, etcétera.

—Hasta el momento, has sido excelente en todo —respondió él—. Ahora mismo quiero

besarte.

—Ni se te ocurra —replicó ella—. Ya es bastante malo que todo el mundo sepa que hemos tenido una cita y piensen que somos pareja.

Él extendió el brazo a través de la barra y le tomó la mano.

—Eso no me preocupa en absoluto.

—Creo que me estás cortejando —musitó ella.

—No me guardes rencor por ello —contestó él.

Helen cerró el ordenador y lo guardó en su bolsa. Terminó el té verde que tenía delante. Y oyó los pasos de él en el porche antes de verlo.

—¿Has terminado de escribir? —preguntó Sully. Llevaba una cadena en la mano y Beau estaba impaciente detrás de él, moviendo la cola con violencia—. No quería interrumpirte.

—He terminado de momento —contestó ella—. Gracias por prestarme tu porche. Es un lugar ideal.

—Me encanta mirar por la ventana de la tienda y verte aquí. Imagino que es la única contribución que haré jamás a la buena literatura. ¿Quieres ir a dar un paseo? Beau necesita estirar las piernas.

Helen se levantó y se desperezó.

—Probablemente yo también debería estirar las mías. ¿Para qué es la cadena?

—Este perro es muy raro. Corre todo el día libre, pero, si saco la cadena, es como si fuera a dar un paseo de verdad y se muere de impaciencia. Pero solo lo ato si nos cruzamos con animales. Beau es un cotilla. Una vez nos encontramos con un alce y tuvo un enfrentamiento con un macho cascarrabias. Eso le enseñó una lección —Sully miró los pies de ella—. ¿Esos zapatos están bien para andar?

—Depende de lo lejos que vayamos —repuso Helen.

—No muy lejos, supongo. ¿Tienes que ir al baño o algo?

—No, gracias. Estoy bien.

Él se volvió y miró a Beau.

—¿Quieres abrir la marcha? —preguntó al perro.

Y el animal bajó corriendo los escalones del porche y cruzó por delante del huerto. Sully lo siguió y Helen siguió al hombre. Comentó el buen aspecto que tenía el huerto, cuyos brotes eran cada día más altos y gruesos.

—¿Has aprovechado bien el día? —preguntó él.

—Creo que sí. No lo sabré del todo hasta mañana. A veces releo lo que he escrito y me parece brillante y otras veces me parece horrible. Últimamente me pasa más lo segundo. Pero lo horrible siempre se puede mejorar.

—¿Y de qué has escrito hoy? —preguntó él.

—Vamos a ver... He escrito de un chico que ha sufrido mucho en casa y en el colegio. Su padre lo maltrata, su madre no sabe protegerlo y él se ha vuelto introvertido, con lo que llama mucho la atención de los matones del colegio. Tiene problemas con los deberes. Creo que puede tener una discapacidad del aprendizaje, pero es muy inteligente. Solo tiene trece años, pero tiene muy mala suerte.

—Creo que muchos chicos de esa edad pueden identificarse con esas circunstancias.

—Y justo cuando piensa que su vida ya no puede empeorar más, encuentra un cadáver. Una mujer joven flotando boca abajo cerca de la orilla de un lago, enredada entre los juncos.

—¡Santo cielo, mujer! ¿Tienes un lado oscuro?

Helen se echó a reír.

—Es posible. ¡Ah, Sully! Mira las flores. Mira cuántas hay aquí. Parece una alfombra.

—Y fíjate en los brotes en los árboles —dijo él—. Los álamos están aquí tan juntos como soldados en un desfile. ¿Sobre qué vas a escribir mañana?

—Imagino que mi chico tendrá que hacer algo con el cuerpo. Tendrá que decírselo a alguien.

—A la policía —sugirió Sully.

—No se fía de la policía. El padre de uno de los matones que lo acosan es policía. Además, se cruzó con un coche de policía de camino al lago y les tiene miedo, porque siempre se ha sentido incomprendido. Pero en su colegio hay una profesora de la que se fía. Creo que se lo dirá a ella, pero todavía no he llegado ahí. Tal vez vuelva al colegio, aunque ya han terminado las clases. O puede que ella pase haciendo *footing* y se lo muestre. Al final, uno de los profesores y ella acabarán ayudándolo y protegiéndolo.

Helen hizo una pausa.

—Los profesores héroes y los adolescentes vulnerables se me dan bien.

—Supongo que es por la experiencia —musitó él.

—Me gustan los misterios.

—¿Y cómo te decidiste a escribir ese tipo de novelas?

—Me costaba mucho encontrar una novela de misterio donde no adivinara lo que iba a pasar y algunas de las que no adivinaba estaban muy mal escritas y no era posible adivinarlo.

—¿Cuántas novelas has escrito?

—Unas cincuenta. Quizá más.

—¡Madre mía! No creo que yo haya leído cincuenta en toda mi vida. ¿Siempre hay un cadáver? —preguntó él.

—Uno como mínimo —contestó Helen. Caminó un momento en silencio—. Seguro que este sería un buen marco. Aquí en el bosque podría haber muchos cadáveres.

—Eso sería bueno para el negocio —comentó él—. ¿Qué planes tienes para la cena?

—No estoy segura. Supongo que llamaré a Leigh y le preguntaré si quiere que vaya a buscarla.

—O puedes llamarla y decirle que venga aquí —dijo él—. Tengo filetes de salmón, patatas rojas pequeñas y judías verdes. Lo haré todo a la parrilla. Así es más sano.

—¿Comes mucho pescado?

—Me han salido branquias —contestó Sully—. Es el alimento favorito del cardiólogo.

—Es bueno para ti —dijo ella—. A mí me encanta. Pero no puedo llamar a Leigh y preguntarle si quiere venir aquí. Tengo su coche.

—Pues es una lástima. Mañana empezarán a llegar los campistas del fin de semana.

—Puedo ir a buscarla —propuso Helen—. Si estás seguro de...

—¿De si quiero cenar con dos mujeres hermosas? Umm, déjame pensar...

—La llamaré y le preguntaré si quiere hacer eso. Si dice que sí, iré a buscarla.

—¿Vas a usar de nuevo el porche mañana? —preguntó él.

—No quiero molestar mucho. No quiero que te canses de mí.

—Me da la impresión de que no hay mucho peligro de eso.

Sid estaba detrás de la barra, así que Rob fue a su casa a las cinco para cerciorarse de que los chicos cenaban bien, pero encontró solo a Sean.

—Finn te ha dejado una nota —le dijo este—. ¿Quieres que te diga lo que pone?

Rob ladeó la cabeza.

—Claro que sí —repuso—. Puesto que es evidente que la has leído.

—Dice que no te preocupes por su cena porque puede que esté tiempo en casa de Maia. Le ha llevado montones de deberes porque ella ha estado fuera toda la semana. Cree que la señora MacElroy puede que lo invite a cenar y dice que intentará no llegar tarde, pero seguro que sí llega tarde. Dice que te llamará si hay algún cambio o si se va a otra parte.

—Gracias, Sean —contestó Rob con paciencia. A continuación leyó la nota por sí mismo—. Es raro que tengas tantos problemas con los resúmenes de libros —dijo—. ¿Qué quieres cenar?

—¿Por qué no lasaña?

—¿Por qué no algo que se haga más rápido, puesto que tengo que volver al trabajo en un rato?

—¿Queso fundido con beicon?

—¿Y un bol de la sopa de lentejas de anoche? —preguntó Rob.

—Creo que eso me lo he comido ya.

Rob sabía que quedaba suficiente para al menos dos personas.

—¿Estás creciendo otra vez? —preguntó—. Está bien. Abriré una lata de *noodles* de pollo. Y hay helado y *brownies*, a menos que también te los hayas comido.

—He comido helado, pero todavía queda un poco —dijo Sean.

Sonrió. Tenía la sonrisa de Julienne. Rob jamás olvidaría a su difunta esposa, pues su hijo menor era su viva imagen.

—Nadie podría haberme preparado para la enorme cantidad de comida que podéis consumir vosotros dos. Mientras te preparo la cena, enséñame los deberes.

Y así pasaron la hora de la cena, repasando los deberes y comiendo juntos. Después Rob llamó a Finn.

—Siento no haber trabajado hoy —le dijo su hijo—. Hemos hablado y hecho deberes y luego he cenado con Maia. Espero que no te importe que me haya tomado el día libre.

—Es muy comprensible —contestó su padre—. Dile que espero que esté mejor.

—Se lo diré. ¿Papá? Voy a estar un rato aquí todavía. Probablemente hasta las diez. O hasta que ella se canse y la señora MacElroy me eche. Sean estará bien solo, ¿no?

—Si no lo está, le pegaré —dijo Rob, lo que hizo reír a Sean—. Tiene deberes suficientes para estar ocupado.

Revisó con más atención los deberes ya hechos, le dijo que repitiera una página sin borrones ni tachaduras y que leyera el texto asignado.

—Termina esto antes de enrollarte con la tele o el ordenador y recuerda que tengo controles porno en los dos.

—¡Ja, ja! —exclamó Sean.

—Cuando yo era chico, no teníamos televisión por cable ni internet. Estoy seguro de que así fue como la tía Sid consiguió ganarse una beca Rhodes, y tú deberías aprender de ella.

—Yo no quiero una Rhodes —contestó Sean—. Quiero un contrato en la liga de béisbol.

—Pues eso tampoco lo vas a conseguir en internet. Intentaré volver pronto esta noche. Cierra las puertas, por favor.

Rob volvió al pub. Había estado fuera sesenta y ocho minutos. La hora de la cena estaba en pleno apogeo. Entre eso y la hora feliz, el personal de la cocina, de la barra y del comedor trabajaba a buen ritmo. Las dos horas siguientes pasaron volando y después el local empezó a

vaciarse. Desde las ocho hasta las diez hubo bastantes clientes, pero manejables. Sid se marchó a las nueve, pero antes preguntó si los chicos necesitaban algo.

—¿Quieres que me pase a revisar los deberes o algo?

—No. Vete a casa. Seguro que Dakota te estará esperando.

—Gracias. El sábado vamos a ir a Boulder a mirar casas de alquiler.

—¡Que la fuerza os acompañe! —exclamó Rob.

A las diez y cuarto, guardó el dinero y los recibos de las cuentas en la caja fuerte y dejó el pub en las capaces manos del encargado. Condujo el kilómetro que había hasta su casa sintiéndose culpable. Debería ir andando, pero había estado todo el día de pie, por no hablar de la cantidad de cajas que había levantado con todo tipo de productos, desde lechugas a alcohol.

No necesitaba un gimnasio. Lo necesitaba tan poco como un granjero.

El coche de Finn estaba delante de la puerta. Cuando Rob entró en la casa, casi no pudo creerse el alivio que sintió a ver a su hijo en la mesa de la cocina, inclinado sobre el ordenador, con una libreta amarilla llena de notas en la mesa al lado del portátil. Quizá las cosas iban bien, se normalizaban. Le puso una mano en el hombro.

—¿Exámenes finales? —preguntó.

—No —dijo Finn—. Investigando.

—¿Y qué investigas?

—Meningioma. Glioblastoma —repuso Finn, volviendo la pantalla del ordenador hacia Rob. Había un dibujo de un cerebro en el que se veía un crecimiento extraño. Y mucho texto—. Eso es lo que es. Un tumor cerebral. Y todavía no saben de qué clase exactamente.

*Cuando te levantes por la mañana, piensa en el
precioso privilegio de estar vivo, respirar,
pensar, disfrutar, amar.*

MARCO AURELIO

Capítulo 7

—Quiero que pienses en invitar a otra chica para el baile de promoción —dijo Maia—. Yo no puedo ir. Quiero hacerlo, pero sería una locura. Algo va mal en mi cabeza y podría ocurrir cualquier cosa.

—No pienso ir con nadie más —contestó Finn—. Ni siquiera me importaba tanto ir hasta que supe que iríamos juntos. ¿Qué va a pasar ahora?

Estaban sentados en el jardín de la casa de ella, en un par de tumbonas. Él llevaba una sudadera con capucha y ella estaba envuelta en la manta del sofá. Dadas las circunstancias, sus padres estaban lo bastante asustados para dejarla a solas con un novio y los dos se abrazaron en la penumbra.

—Ahora vamos a consultar a distintos doctores y hablar de las opciones de tratamiento que hay, desde medicinas hasta radiación que pueda achicar el tumor o una operación. Harán más pruebas para saber exactamente qué clase de tumor es y si es posible operarlo o no. Me contarán todas las opciones que hay, con sus pros y sus contras y lo que recomiendan ellos, todos los detalles. Vamos a ir a varios hospitales, también de fuera del estado.

—¿Tienes miedo?

Maia suspiró.

—Mucho miedo —susurró.

—Estaré a tu lado todo el proceso —declaró él.

—Odio que tengas que pasar por esto.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Tú eres muy importante para mí.

—Podría acabar calva, ¿sabes? —musitó ella.

Finn casi se echó a reír.

—Como si eso fuera lo peor que puede pasar. No te quedarás calva para siempre. Si pierdes el pelo, te volverá a crecer. Si te quedas calva, me afeitaré la cabeza.

—¿Cómo eres tan maravilloso?

—El maravilloso no soy yo —repuso él—. Eres tú la que pasa por esto. Simplemente, no lo vas a pasar sola, eso es todo. Me tienes a mí, pero también muchos amigos. Y Maia, estoy muy orgulloso de ti. Eres muy valiente.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó ella—. Encuentro a un chico al que quiero y resulta que tengo un tumor cerebral. Es increíble.

—Sí. ¡Hay que ver lo que hacen algunas chicas para llamar la atención! —exclamó él, estrechándola contra sí—. Dejaremos todo esto atrás y después nos divertiremos como nos merecemos.

—Mi madre llora por la noche —comentó Maia—. La oigo.

—Ella también tiene miedo.

—Ya no habrá más píldoras anticonceptivas, Finn.

—Lo sé. No pienses en eso. Como ya he dicho, eso viene después.

—¿Tú tienes miedo? —preguntó ella.

—No —mintió él—. Vamos a pasar por esto con una actitud positiva. Vamos a creer que es solo una prueba para ver lo fuertes que somos.

—Yo no me siento muy fuerte. No quiero morir —murmuró ella. Se echó a llorar y él la abrazó un rato largo.

Finn tenía solo ocho años cuando murió su madre. Cuando pensaba en ello, le parecía que la muerte se la había llevado muy deprisa, pero sabía que había sido un proceso lento. Sus abuelos habían ido a vivir con ellos. Su padre dormía todas las noches en un sillón en el hospital. Sus abuelos se turnaban para estar con ella durante el día. Una vez diagnosticada, Finn y Sean ya no pudieron ir mucho a verla. Murió de un infarto en plena noche. Su padre estaba con ella, pero Finn no había podido despedirse. La muerte de su madre le dolería siempre, pero su padre había hecho todo lo posible por conseguir que Sean y él estuvieran bien.

—Apóyate en mí —dijo—. Haré lo que pueda por ser tu fuerza.

—Lloro mucho —musitó ella.

—No importa —repuso él.

No había necesidad de decirle que él también lloraba por la noche cuando no lo veía nadie. Se preguntó si su padre lo oiría llorar como un bebé.

Los domingos por la tarde solían ser ajetreados en el Crossing, con los campistas recogiendo sus cosas, cerrando las caravanas, llenando las neveras por última vez para llevárselas a casa. A las cuatro de la tarde, la mayoría de los que se marchaban se habían ido ya y el lugar solía quedarse tranquilo. Los campistas que se quedaban después del fin de semana estaban con sus fuegos de campamento o preparando la cena.

Sully puso el cartel de Cerrado, sacó el pollo de la parrilla y lo llevó a través del patio hasta la casa. En la cocina, Helen daba los toques finales a una ensalada.

—Justo a tiempo —dijo—. Solo tengo que sacar las patatas y ya estará todo.

—¿Vamos a comer dentro o fuera? —preguntó él.

—Vamos a servir lo platos aquí y los llevamos fuera. He colocado ya en la mesa todo lo que necesitamos.

—¿La has limpiado?

—Sí, señor —contestó ella—. ¿Crees que pondría la cena en una mesa sucia?

—Probablemente no. La iba a limpiar yo si no lo habías hecho aún.

Helen había llamado y se había autoinvitado a cenar. También había llevado consigo la comida. Había comprado un coche nuevo el día anterior y ya podía moverse mucho más fácilmente, sin molestar a Leigh. Había puesto el pollo a marinar mientras escribía en el porche por la tarde. Leigh había invitado a cenar a Rob y Helen había pensado que sería buena idea dejarles pasar la velada solos.

Sully llenó su plato y lo llevó al porche. En la mesa había una vela gruesa y cubiertos envueltos en servilletas. También flores silvestres en un frasco de conserva. Esos toques femeninos le gustaban. Estaba muy cerca de ser feliz.

—¡Dios bendiga a Rob Shandon! —exclamó, cuando se sentaba Helen.

Ella se echó a reír.

—No sé qué le habrá preparado ella, pero estoy dispuesta a apostar a que lo nuestro está mejor. Leigh tiene muchos talentos, pero la cocina no es uno de ellos.

—¿No le has preguntado?

—Me daba miedo. He pensado que, si lo sabía, sentiría tentaciones de quedarme a ayudarla con la cena. Pero seguramente sea mejor así.

—¿Se sabe algo de la chica? ¿La novia de Finn?

—Rob la ha visto y dice que cuesta creer que le pase algo. Le dijo a Leigh que tiene muy buen aspecto. Las dos próximas semanas verá a distintos doctores y quizá ellos tengan respuestas, algún plan. Yo creo que la pobrecita tiene una bomba de relojería en la cabeza. Y los chicos son inseparables. Por eso Rob ha podido quedar a cenar con Leigh.

—A solas —añadió Sully.

Se llevó un tenedor de patatas cocidas a la boca, salteadas con aceite de oliva, con trocitos de cebolla y rodajas de pimiento. Nada del otro mundo, pero todo muy bueno.

—Pues tú cocinas muy bien —declaró.

—Cosas sencillas —repuso ella—. Espero que no te canses pronto de mi compañía. Me muero de ganas de arrancar la cena en ese huerto.

—En ese caso, cuidaré mis modales —comentó él—. No quisiera que te llevaras una decepción.

—Seguro que te roban comida todo el tiempo —comentó ella, masticando la ensalada.

—Todo el tiempo —asintió él—. Maggie y Cal, Dakota y Sid, Connie y Sierra. Para ser justos, todos ellos ayudan con el huerto en algún momento. La única razón de que Frank y Enid no se lleven cosas también es que él es ranchero, aunque ahora casi jubilado, y sus hijos y él tienen un huerto más grande que el mío. Si la familia sigue aumentando, voy a tener que ampliar. Antes dejaba suministros fuera para los senderistas. Los que hacen el sendero no comen suficiente verdura y fruta frescas. No puedes llevar cosas que se pudren encima.

—Disfruto tanto oyendo algunas de sus historias que estoy pensando situar un asesinato en el sendero —dijo ella—. Por cierto, te he traído un libro. Solo porque dijiste que te interesaba mucho. No tienes por qué leerlo, y, si lo haces, no tiene por qué gustarte. Yo no te preguntaré.

—Pues claro que lo leeré —repuso él—. Admito que estoy un poco asustado. Eres una mujer tan agradable, que me cuesta imaginarte pasando los días pensando en asesinatos.

—Nunca he matado a nadie —contestó Helen—. Aunque he estado a punto un par de veces.

Sully se echó a reír.

—Estoy seguro de que eres una mujer que no se amilana ante nada.

—Estoy perdiendo parte de eso —dijo ella—. Cuando era más joven, tenía un espíritu luchador. Era básicamente una madre soltera que trabajaba duro por un sueldo modesto y se dedicaba a educar adolescentes, lo cual, en sí mismo, te da ganas de cometer asesinatos. Umm. Quizá fuera eso lo que me inspiró a inventar tantos cadáveres —soltó una risita y tomó un mordisco de pollo—. Esto es genial. Este pollo está perfecto.

—Sé darle la vuelta a la carne en la parrilla —repuso él—. Pero principalmente tengo suerte.

—No he pensado en postre —se disculpó ella—. Suelo saltármelo y no se me ha ocurrido.

—Yo tomo mi postre en vaso —repuso él—. Bebo un whisky antes de acostarme.

—Perfecto. ¿Tienes algún licor espeso y dulce tipo Amaretto o Frangelico?

—No tengo ni idea —contestó Sully—. Después de cenar, vamos a la tienda, nos colamos por la puerta de atrás y vemos lo que hay en la zona de bar. Si no encontramos nada que te guste, lo compraré la próxima vez que vaya a la ciudad.

—Estás resultando ser muy buen amigo —declaró ella—. Complaciente.

—Me gusta agradar —contestó él.

Fregaron los platos juntos antes de tomar la copa. Encontraron una botella de Grand Marnier para Helen. Ella puso un único cubito de hielo en un vaso y regresaron con las bebidas al porche delantero, donde charlaron un rato más. Sully quería que ella le hablara de sus viajes y de lo que la impulsaba a visitar otros países. Ella admitió que era curiosidad y le preguntó a él si había viajado mucho.

—Conozco bastante bien Vietnam —contestó Sully.

Tuvo la impresión de que ella era una mujer con pocas ataduras, mientras que él tenía raíces profundas en Sullivan's Crossing.

—Ahora me retiene la familia —dijo.

A las nueve, ella miró su reloj.

—Seguro que ya ha pasado tu hora de acostarte —comentó—. Perdóname.

—Si no hubiera querido seguir levantado, te habrías dado cuenta —respondió él.

—Creo que es hora de que vuelva a casa. Ya les he dado mucha intimidad a Leigh y a Rob.

—Te acompaño al coche —se ofreció Sully.

Con miedo a ser rechazado, le tomó la mano cuando bajaron los escalones del porche y fueron hasta el coche, y ella no se apartó. Cuando estaban al lado de la puerta del conductor, él le puso las manos en los hombros.

—Gracias por la cena. Me gusta el tiempo que pasamos juntos.

—A mí también, Sully.

—Eres una señora muy guapa.

—Tú eres un hombre atractivo.

—Y tú tienes mucha imaginación. En todas las cosas.

Helen se echó a reír. Después se inclinó hacia él y lo besó brevemente en los labios.

Eso lo pilló por sorpresa y Sully se quedó paralizado en el sitio.

—¿Vas a escribir mañana? —preguntó cuando pudo hablar.

—Escribo todos los días. ¿Estás diciendo que tu porche está disponible?

—Para ti sí —asintió él.

Ella metió la mano en su bolsa y sacó un ejemplar de su libro *El extremo oscuro de la playa*. Tenía una portada tétrica, con rocas negras, arena y agua azul.

—¡Santo cielo, mujer! Voy a tener que leerlo de día.

Ella rio y le tocó la mejilla.

—Yo te protegeré —dijo. Y subió al vehículo.

Leigh había pasado casi toda la tarde en internet buscando una receta que se sintiera capaz de hacer. O, al menos, que no acabara en un desastre. Las instrucciones en vídeo ayudaban. Al final optó por una cazuela de enchiladas de pollo hechas a fuego lento. Recordaba vagamente algo parecido de sus días universitarios, pues una amiga suya solía hacer ese plato. Añadió una ensalada y compró una tarta de queso.

Después, como Helen no iba a estar presente en la cena, tomó un baño largo, se afeitó desde las rodillas para arriba, se hizo la pedicura, puso la mesa y acabó leyendo una hora antes de la cena. Por el modo en que Rob la había besado en su cita del fin de semana anterior, tenía una idea bastante clara de que él buscaba sexo y pensaba que ella no debería. Aunque hacía casi un año que lo conocía, solo habían tenido algo parecido a una relación desde hacía muy muy poco.

¿Y cuánto tiempo se necesitaba para eso?

Al fin llamaron a la puerta, y cuando la abrió, allí estaba él con una botella de vino y un manojo de flores. Eso la hizo reír. Aparte de su joven prometido, muchos años atrás, ningún hombre le había regalado flores. Un par de veces había recibido flores al día siguiente, lo cual era algo muy diferente. Pero aquello resultaba adorable.

—¿Qué amable! —dijo—. ¿Las has robado de algún jardín?

—Sí. La señora Pritchard, mi vecina de al lado, estaba fuera con el rastrillo y le he dicho que tenía una cita y necesitaba flores. La noticia la ha animado tanto que he temido que le diera un infarto, pero me ha cortado unos cuantos tallos —olfateó el aire—. ¿Enchiladas?

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un profesional —repuso él, riendo. Miró la mesa, preparada para dos—. ¿Dónde está la tía Helen?

—Ha ido a cenar al Crossing.

—¿Estamos solos?

Leigh asintió.

Rob dejó las flores y el vino sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé. La última vez que cenó en casa de Sully, estaba yo también y nos quedamos hasta las nueve. Helen no traspasa mucho. Luego se queda despierta leyendo, pero...

Al instante, las manos de él estaban en las mejillas de ella, sus largos dedos en el cabello de ella y sus labios encima de los de Leigh. La sorprendió en mitad de una frase, con lo que tenía los labios entreabiertos, lo que hizo que el primer beso de la noche fuera una caricia muy profunda e íntima. Los brazos de ella subieron por voluntad propia a abrazarlo. Él ladeó una vez la cabeza y después la volvió en la otra dirección y profundizó el beso al tiempo que se movía sobre su boca.

—Espera —dijo ella sin aliento—. ¿Dónde están tus hijos?

Rob no se separó mucho.

—Finn está donde siempre estos días, en casa de Maia —le susurró en la boca—. Sean ha ido al parque con un par de amigos. Me llamará cuando llegue a casa.

—Puede que llame a mi puerta —le advirtió ella.

—¿Sabe dónde vives?

—Todo el mundo sabe dónde vive todo el mundo —le recordó ella.

—Pues espero que no llame —contestó Rob—. Podría llevarse una sorpresa.

Volvió a besarla. Y, tal y como ella pensaba que pasaría, Leigh pensó: «Qué demonios», y le devolvió el beso. Debió de durar un minuto completo y luego dijo:

—Espera.

Él suspiró y apoyó la frente en la de ella.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

—No sé. Unos seis meses, creo. No tengo una relación.

—Pero salías con una mujer que está en el negocio de la restauración.

—No salimos —aclaró él—. Es una amiga. Está divorciada, muy ocupada intentando vender cada día más. Nos hemos acostado unas pocas veces de un modo informal y cada vez me ha recordado que ella no quiere una relación seria.

—Algunas mujeres dicen eso y no son sinceras —comentó Leigh, pero, mientras hablaba, le

acariciaba la espalda y los brazos.

—Creo que el factor decisivo es el teléfono —declaró él.

—¿Qué? —los dedos de ella subieron por el cuello de él hasta su pelo.

—He hablado más contigo por teléfono en las dos últimas semanas que con ella en dos años. Solo la he llamado para quedar. Créeme, eso no es una complicación. No tengo novia. Helen puede ser más complicación.

—Espero que no —dijo ella—. ¿Eso es lo que tenemos? ¿Una relación?

—Sí, Leigh. Eso es lo que es esto. Qué clase de relación, aún no lo hemos decidido. Creo que lo decides tú.

Volvió a besarla.

—Espera —volvió a interrumpirlo ella—. ¿Qué esperas que le digamos a la gente?

Rob suspiró y enterró el rostro en el cuello de ella.

—Hueles de maravilla —murmuró—. Yo no le diré nada a nadie. Tú di lo que quieras. Pero, solo por curiosidad, ¿tú quieres hablar ahora?

—Solo intento asegurarme de que esto no es un error. Porque sé hacia dónde va.

—¿Lo sabes?

—Estás excitado —señaló ella.

—¡No me digas! Es muy fácil excitarse a tu lado.

—Tenemos que entrar detrás de una puerta cerrada —comentó ella.

—Una idea excelente —él la tomó en brazos—. Señala.

Leigh señaló. El corazón le latía con fuerza y una voccecita en su mente gritaba: «¡Sí!, ¡corre!, ¡date prisa!». Él cerró la puerta con el pie y cayó encima de ella sobre la cama, con la boca pegada todavía a la de ella, moviéndose, devorándola... Tocó los pechos de ella, bajó las manos por los costados y le agarró el trasero. Los dedos de ella se movían en su pelo y él lanzó un gemido y cerró los ojos un instante. Deslizó las manos bajo la camisa de ella y le acarició los pechos. En un momento estaban los dos jadeando y quitándose la ropa. Él la izó y la ayudó a quitarse la camisa y, casi en el mismo movimiento fluido, se quitó la suya.

Leigh dio un respingo y sus dedos fueron inmediatamente a la suave mata de pelo que cubría el pecho musculoso de él, mientras Rob le desabrochaba el sujetador y lo arrojaba a un lado. Deslizó una mano bajo ella y la alzó. Se apretó contra ella y frotó hasta que a ella se le escapó un gemido y se aferró a él con los brazos alrededor de su cuello.

—¿Esto es lo que quieres? —le susurró él al oído.

—Sí, sí —murmuró ella a su vez.

—Tienes que quitarte el resto de la ropa.

Leigh de inmediato se desabrochó los vaqueros.

—Ayúdame —dijo.

Los pantalones de él desaparecieron como por arte de magia y los de ella bajaron por sus piernas junto con las braguitas y los dos quedaron desnudos y frotándose contra el otro, con los labios unidos y las manos explorando. El pene de él quedaba atrapado entre las piernas de ella, que se movía contra él. Quería más. Lo quería dentro.

Rob se quedó un momento inmóvil, mirándola. Se arrodilló entre sus piernas, la observó y sonrió.

—Eres hermosa —dijo. Se inclinó para lamer un pezón. Ella se arqueó automáticamente. La boca de él le producía sensaciones maravillosas, sus dedos estaban en el lugar más vulnerable de ella—. Húmeda y preparada —le susurró al oído—. ¿Tu cabeza está tan dispuesta como el resto

de tu cuerpo?

—¡Oh, sí! —susurró ella a su vez.

Él se colocó un preservativo y empezó a frotarse en aquel punto, a lo largo de las partes íntimas de ella.

—Deja de hacer el tonto —ordenó Leigh—. Estoy lista.

Él soltó una risita ronca, un sonido sexi que encendió los nervios de ella.

—Sí, señor —repuso Rob, penetrándola. Sin dejar de besarla en los labios, movió unas cuantas veces las caderas y ella explotó como un cohete. Y él también.

Se abrazaron jadeando, con las piernas de ella alrededor de la cintura de él y besándose en los labios todavía. Ella le acarició la espalda, el trasero redondo y los fuertes muslos. Pasó un minuto mientras intentaban volver a respirar con normalidad. Luego él salió de ella lentamente y se dejó caer de espaldas.

—¡Madre mía! —exclamó, aún sin aliento.

—Dímelo a mí —asintió ella.

Él se colocó de lado y le puso una mano en el vientre.

—¿Estás bien?

—Estoy muy bien. Estoy de maravilla.

—Me alegro —repuso él—. Parecemos un par de trenes desbocados. Creo que hemos batido un récord. La próxima vez intentaré ir más despacio.

—Creo que nunca me había visto a mí misma así —comentó ella—. Me he vuelto un poco loca.

—¿Me he quejado yo? Me parece que no —él le apartó el pelo de la frente.

—Yo me he hecho análisis. No tengo ninguna enfermedad de transmisión sexual —dijo, tocándole la mejilla—. ¿Me harás un favor y te dejarás hacer un análisis? Solo para estar seguros. El control de natalidad lo tengo cubierto.

—Claro —repuso él—. Eso no es pedir demasiado.

Ella le puso una mano en el cuello.

—No te pongas a presumir ahora, pero nunca he tenido un sexo así.

Él enarcó las cejas.

—Ha sido bastante normalito. Postura del misionero. Y no he podido hacer ni la mitad de lo que quiero hacer.

Ella pensaba que aquello no tenía nada de normalito. Se inclinó hacia él y lo besó en los labios.

—Todavía es temprano. Mejor.

Leigh ponía su mundo patas arriba. Rob estaba deslumbrado. Y también sorprendido. El poco tiempo que habían pasado juntos, sus conversaciones y los pocos besos que se habían dado, sugerían que encajaban bien el uno con el otro, pero no había imaginado que resultarían tan perfectos. Sus cuerpos parecían hechos el uno para el otro.

Por supuesto, repitieron, y esa vez él fue un poco más despacio. Saboreó todo el cuerpo de ella y ella el suyo. Pero una vez más, no tardaron mucho en empezar a jadear y aferrarse el uno al otro, consumidos por una necesidad apremiante. Él la montó, la embistió, la llenó, rodó de espaldas y la colocó encima. Y disfrutó mucho con ella sacándole todo lo que tenía y él a ella. Tomaron juntos una ducha rápida y se vistieron para cenar. Al fin él tuvo ocasión de apreciar la bonita ropa interior de ella, de encaje negro. Se imaginó retirándola y esa idea lo hizo muy feliz.

Acababan de llegar a la cocina cuando sonó su teléfono. Era Sean para decir que estaba en casa. Rob empezó a explicarle lo que había en el frigorífico, pero Leigh le dio una palmadita en el hombro.

—Hay pollo de sobra, si le interesa —dijo. Él la miró y ella se encogió de hombros—. De todos modos, Helen llegará en cualquier momento.

—¿Estás segura de lo que has hecho? —le preguntó Rob mientras esperaba a que llegara Sean para cenar.

—Esta noche no vamos a hacer más el amor —respondió ella—. Al menos con espectadores. La pregunta aquí es si te importa a ti que tu hijo te vea con la médica del pueblo.

—Les he dicho con quién había quedado —contestó él—. Y me calaron antes incluso de que te invitara a salir.

Así fue como Sean llegó a cenar. El pollo le pareció fabuloso, con lo que se ganó a Leigh por completo. Antes de que hubieran recogido los platos, llegó también Helen. Los cuatro charlaron una media hora y después Helen se disculpó y se fue a leer a su habitación.

Rob le dijo a Sean que lo esperara en el coche mientras se despedía de Leigh. Tenía muchas cosas en la cabeza, pero no sabía cómo expresarlas, así que la besó.

—Perdona, me falta práctica —musitó.

—No estoy de acuerdo —repuso ella.

—El sexo sí lo recuerdo.

—Muy bien, creo.

—Las palabras —aclaró él—. Decir lo correcto, eso es más difícil. No quiero espantarte, pero quiero decirte lo mucho que ha significado para mí. No ha sido como es normalmente. Pero este coche de carreras no lo conduzco yo. Tú diriges.

—¿Temes que tenga muchas expectativas? —preguntó ella con una sonrisa.

—No tengo miedo —contestó él—. Tuvimos esa conversación. Los dos hemos tenido experiencias tristes. No tenemos prisa.

—Ya no —ella rio—. Por un momento, yo he tenido una prisa vergonzosa.

—No te avergüences. Creo que esa ha sido mi parte favorita.

—Duerme bien esta noche —contestó ella—. Somos adultos y ha sido una buena diversión de adultos. Me ha encantado esta velada contigo. ¿Y sabes qué ha sido lo mejor? A Sean le ha gustado mi guiso de pollo. No soy buena cocinera.

Él le sonrió.

—Tu guiso de pollo está bueno. Y has sido muy amable invitándolo. Come siete comidas al día —la besó—. Gracias por esta noche. Por todo lo de esta noche. Estoy deseando volverte a ver.

—Mañana por la mañana —contestó ella—. Cuando vengas a la clínica a sacarte sangre. Estoy segura de que pasarás la prueba con honores.

—No estoy nada preocupado —comentó él.

—Mejor. Si lo superas sin desmayarte, te daré un caramelo.

—¿O uno de esos maravillosos masajes de cabeza?

—Si eres bueno —ella le dio un beso breve—. Llama y pide cita. Dile a Eleanor que te voy a mirar el colesterol. Solo nosotros sabremos la verdad.

*¡Que se enamore el hombre
que no quiera estar ocioso!*

OVIDIO

Capítulo 8

Sully no recordaba un día tan largo como el lunes que siguió a su cena con Helen. Intentó hacer cosas, pero cada tarea que abordaba la hacía con tanta rapidez, que al mediodía estaba ya agotado y sintiendo toda su edad. Eso no le sentó nada bien en aquel momento. Por supuesto, había estado despierto hasta tarde leyendo. Y eso era algo nuevo.

Había abierto inmediatamente el libro que le había dejado ella, pero no porque le interesara el tema, sino porque pensó que quizá la conocería un poco mejor si leía su libro. Y, desde luego, había sido así. Aquella mujer divertida y estilosa usaba palabrotas sin inmutarse. Y describía un cadáver sin miedo a los detalles, sin ninguna cautela.

Sully no tardó mucho en preguntarse qué ocurriría luego. Se llevó el libro consigo a la tienda, pero lo dejó fuera de la vista. Aprovechó el tiempo para comprobar que sus uñas estuvieran bien cortadas y limpias, y se echó crema en las manos. Varias veces. Justo antes de mediodía fue a la casa, pasó la aspiradora y limpió el polvo a los muebles. Helen había dejado la cocina más limpia de lo que la había encontrado y él se prometió firmemente mejorar en ese aspecto. Limpió el cuarto de baño a conciencia y tomó nota mentalmente de darle una nueva lechada.

Y no dejaba de mirar hacia el camino.

Sobre las dos llegó Maggie.

—He pensado preguntarte si necesitas ayuda con algo. ¿Quizá en el huerto?

—Creo que el huerto está de maravilla —contestó él—. ¿Dónde está mi nieta?

—Elizabeth está durmiendo mientras Cal trabaja. Puedo revisar el correo y ver qué falta en los estantes.

—Creo que lo tengo todo controlado, Maggie —repuso él—. Compruébalo si quieres.

—Creo que soy la única ayuda que tienes estos días —comentó ella—. Están todos muy ocupados. ¿Qué es lo que huele tan bien?

Él olfateó el aire.

—No huelo nada.

Maggie olfateó más cerca de él.

—Creo que eres tú. ¿Te has dado un baño de burbujas?

—Hace sesenta y cinco años que no me meto en una bañera —protestó él, ofendido.

Ella olisqueó de nuevo en su dirección y se centró en sus manos.

—Eres tú —dijo.

—¡Ah, eso! Me he puesto crema de manos de Enid —volvió las manos hacia arriba—. Tengo manos de huerto.

Ella le sonrió.

—Pues hueles muy bien, Sully —dijo. Y se marchó al almacén a ver qué trabajo podía hacer.

Su padre la siguió.

—Maggie, ¿has oído lo de esa chica del pueblo? ¿La que tiene un tumor cerebral?

—Si lo he oído, no podría hablarte de ello, ¿verdad?

—Si lo has oído profesionalmente, supongo que no. Pero si has oído el rumor, sí podrías.

—Pues da la casualidad de que no he oído el rumor.

—Deja que te cuente —Sully le dijo todo lo que sabía de Maia—. Tienes que haberlo oído —la miró a los ojos—. Ya lo sabías. O sea que eso significa que estás metida en el tema. Eso hace que me sienta mejor. Espero que puedas ayudarla.

—Papá, no he dicho nada —contestó Maggie.

—Solo digo que espero que seas tú y que puedas ayudarla. Imagínate, una chica joven y guapa como ella, con un tumor cerebral. Hace que uno se pregunte si Dios existe —Sully estiró el cuello para mirar hacia el camino, buscando a Helen. ¿Ya no quería escribir aquellas cosas espeluznantes en su porche?

—¿Te molesta el cuello? —preguntó Maggie—. Es la cuarta vez que lo estiras como si tuvieras un calambre.

—No es nada.

—Me parece que va todo bien por aquí. Oye, ¿tienes ya ayuda para el verano? Jackson va a trabajar con su padre y se marcha a la universidad en otoño...

Desde que conociera a Helen, Sully había pensado más seriamente en buscar ayuda extra.

—Me pondré a ello —contestó—. Hablaré con Tom para ver si le interesa a su hija Brenda. Él es mi hombre de mantenimiento más habitual cuando Connie no puede ayudar.

Maggie tomó el libro de Helen.

—¿Qué lees? —preguntó.

—Alguien lo dejó aquí —dijo él.

En la tienda había una estantería cuyos libros eran gratis. La gente dejaba libros que había leído en el sendero y elegía otro distinto para el siguiente tramo. A los senderistas les gustaba aligerar su carga en todas las paradas. El hecho de que Helen no lo hubiera dejado en esa estantería concreta era un detalle menor.

—¡Anda! Mira esto. ¡Eh!, creo que la autora puede ser la tía de Leigh. Y ha firmado el libro. Supongo que habrá pasado por aquí o alguien ha dejado un libro firmado. «Con cariño, Helen». ¡Qué interesante!

Él se lo quitó de la mano.

—Umm. No me había dado cuenta.

«¿Cariño? Entonces, ¿dónde está? Oh, soy demasiado mayor para esto».

Maggie lo besó en la mejilla.

—Voy a la casa a usar el baño y después me marcho. Oye, mañana me voy a Denver y no volveré hasta el jueves por la tarde. Si necesitas algo, llama a Cal o a Connie, ¿de acuerdo? No trabajes demasiado. Búscate un chico o chica adolescente que te ayude por aquí. ¿Qué me dices?

—Te he dicho que lo haré.

—Es cierto.

Cuando Maggie llegó a su casa, asomó la cabeza en el despacho de Cal. Este estaba delante del ordenador y Elizabeth jugaba cerca de allí con su juego de cocina mientras mantenía una interesante conversación consigo misma en un idioma totalmente extranjero.

—Elizabeth —dijo Maggie con dulzura—. Ya estoy en casa.

—Mamá —la niña se puso de pie y corrió hasta ella.

—¿Has jugado con la cocinita?

Elizabeth balbució algo ininteligible con un tono muy serio.

—¿De verdad? —preguntó Maggie, como si entendiera todo lo que decía—. ¿Y has sido buena con papá?

Recibió otra riada de balbuceos y después le pidió, y recibió, besos y un abrazo.

—Cal, ¿tú has estado con Sully últimamente?

—La semana pasada, Elizabeth y yo le ayudamos en el huerto, usamos un poco el rastrillo y echamos algo de fertilizante alrededor de la casa.

—¿Notaste algo extraño?

—¿De qué tipo?

—Está usando crema de las manos. Mucha.

—Puede que tenga la piel seca —contestó Cal.

—Crema perfumada. Y no deja de estirar el cuello. Creo que está pendiente del camino, esperando a alguien. Alguien que no ha ido. Y está leyendo el libro de una mujer, una novela de misterio escrita y firmada por una mujer. Sully ha leído unos tres libros desde que nació yo.

—¿Te refieres a la tía de Leigh Culver? Creo que está de visita en el pueblo.

—¿Y la tía de Leigh y Sully se conocen? —preguntó Maggie.

Cal se encogió de hombros.

—No sé. No estoy al tanto de su agenda.

—Su casa está inmaculadamente limpia. Tiene huellas de aspiradora. Y el cuarto de baño está reluciente.

Cal le sonrió.

—Parece que Sully intenta impresionar a alguien.

—¿Con sus manos suaves? —preguntó Maggie, disgustada—. La idea resulta un poco asquerosa. ¡Tiene setenta y dos años!

—Todavía no está muerto —señaló Cal.

—Y hablando de asco —Maggie olfateó el aire—. Elizabeth, hay que cambiarte el pañal ahora mismo.

Y Elizabeth dijo claramente:

—Agora mismo.

—¡Imagínate! —intervino Cal—. Sus primeras palabras después de «mamá» y «papá» son «ahora mismo». Definitivamente, es hija tuya.

El martes, Helen aparcó el coche cerca de la casa, dejó su bolsa en el asiento delantero y caminó hasta la tienda. Todavía no era mediodía. Encontró a Frank sentado en la esquina delantera de la tienda, cerca de la estufa de leña, que no estaba encendida porque ya era mayo y hacía sol.

—¿Cómo estás hoy, Frank? —preguntó.

—Estoy pasable, pero la artritis puede que me mate antes de mucho tiempo.

—Lamento oír eso. Es malo, ¿eh?

—Terrible. Tú no tienes, ¿verdad? —preguntó él.

En realidad, Helen tenía algo de osteoartritis en el cuello, pero contestó:

—Por suerte, no.

En la parte de atrás, encontró a Enid limpiando la cocina.

—Hola. ¿Qué tal la mañana? —dijo Helen.

—Muy ocupada. Estoy limpiando. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien. He pensado venir a por un sándwich y después instalarme en el porche de Sully a trabajar un poco.

—Toma lo que quieras antes de que me vaya. Tengo también sopa de pollo y verduras en la cocina. Puedo ponerte un tazón si te apetece. Se la doy a Frank como medicina y siempre dejo un poco para Sully. Si quieres saber mi opinión, es lo que mantiene vivos a estos dos.

—Me encantaría tomar un tazón —comentó Helen—. ¿Y cómo está la familia?

—Perfectamente —contestó Enid.

Mientras le servía el tazón de sopa, pasó a informarle sobre cada uno de sus hijos y nietos. Dejó la sopa, una cuchara y una servilleta en el mostrador y Helen, obediente, se sentó allí. La parte de atrás de la tienda estaba dividida. En el lado izquierdo había algunos artículos de comida, en el lado derecho había una barra con tres taburetes, y detrás de la barra estaba el suministro de alcohol. Helen sonrió al ver una botella de Frangelico en uno de los estantes.

Detrás del mostrador y de la caja registradora había una cocina pequeña y compacta y, detrás de las estanterías con el alcohol, un cuarto de baño. Al almacén y a la sala del correo se llegaba cruzando una puerta detrás de la cocina.

Enid y Frank tenían hijos mayores, un aluvión de nietos y dos biznietos pequeños.

—Son de Frank con su primera esposa, pero me han acogido. Yo nunca tuve hijos, pero tengo sobrinos suficientes para compensar por ello —explicó Enid.

Helen se enteró de que Frank y ella se habían casado tarde en la vida, después de que él enviudara. Mientras Enid ensalzaba los méritos de todos los niños de sus familias, Helen probaba la sopa, que era excelente. Enid se movía a su alrededor hablando sin parar.

Poco después llegó Sully, que entró por la puerta de atrás.

—Vaya, hola, señora —dijo, con dos bolsas de comestibles en las manos—. Ayer te echamos de menos.

—Tenía tareas de negocios —explicó ella—. Llamadas telefónicas, finanzas, organizar debates y todo eso. Y anoche cociné para Leigh para que me contara lo que pasa en su vida.

—Si te ocupas tú ya de esto, me marcho —le dijo Enid a Sully—. Frank tiene una cita con el gastroenterólogo.

—Imagino que estará deseando ir —comentó Sully—. ¿Te veo el jueves? Tengo magdalenas y galletas de sobra, ¿verdad?

—Estás bien abastecido. ¿Te ha gustado la sopa, Helen?

—Está buenísima. Deberías venderla.

—Lo pensaré —contestó Enid con una carcajada—. Para mi tiempo libre.

Cuando Helen terminó la sopa, Enid y Frank se habían ido ya y Sully había vuelto.

—Me voy a hacer un sándwich de pavo —dijo—. ¿Quieres que te haga uno?

—¿Puedes hacerme medio? La sopa de Enid me ha llenado a medias.

—Puedo. Dime cómo son esas tareas de negocios. Si quieres, claro.

—No es nada interesante —contestó ella, mientras él empezaba a hacer los sándwiches en la cocina—. Hay gente con la que trabajo a larga distancia. Tengo una agente, una editora, un encargado de relaciones públicas. Me editan todo lo que escribo, me hacen sugerencias, comentamos revisiones... El departamento de Relaciones Públicas siempre busca oportunidades de promoción, a veces un viaje, a veces una entrevista por teléfono y cosas así. También reciben peticiones para talleres literarios, conferencias y ese tipo de cosas, y revisamos juntos nuestras

respectivas agendas y decidimos lo que vale la pena y lo que no. Planeamos y organizamos mucha promoción en las redes sociales.

Cuando vio la mirada interrogante de él, explicó:

—En Facebook y esas cosas. Y tengo un lector de correos electrónicos y grupos de lectores. Hay mucho negocio en este mundillo. No solo se trata de quedarme sentada, soñando delante del ordenador y cobrar dinero. Esa es la parte que más me gusta a mí, pero no es la que más tiempo me lleva. La parte de negocios es aburrida.

Sully le acercó un sándwich y se lo puso delante.

—Pero soy una mujer de negocios igual que tú eres un hombre de negocios.

—Yo soy dueño de una propiedad. Supongo que es un negocio —comentó él.

—¿Supones? —preguntó ella, riendo—. Tienes y diriges unas instalaciones recreativas en uno de los lugares más hermosos de la tierra.

—¿Crees que deberíamos intercambiar nuestros números de teléfono? —preguntó él.

—Estaré encantada de darte el mío, pero tengo la impresión de que no eres el tipo de hombre que hable mucho por teléfono.

—Probablemente no —dijo él—, pero ayer me pregunté todo el día dónde estarías, porque no habíamos hablado de dónde ibas a pasar el día. Llegó mi hija, como suele hacer cuando no está en Denver, y yo estiré el cuello pendiente de tu coche tantas veces, que me preguntó si tenía un calambre.

Helen se echó a reír.

—Creo que lo que buscas es comunicación.

—No pretendo cotillear —dijo él.

—Tengo muy pocos secretos. Tenía que realizar algunas llamadas y quería cenar con Leigh para indagar un poco en su relación con Rob. Y no habla mucho, pero tiene un aire soñador innegable. Creo que se está enamorando. ¡Por fin! Llevo una eternidad esperando que esa chica se enamore.

—¿Por qué? —preguntó él, tras darle un mordisco a su sándwich.

—¿Por qué? ¿Tú la has visto? Es lista, guapa y está en lo mejor de la vida. Debería tener una pareja. Alguien que la valore, la apoye, le dé la oportunidad de ser madre. Dice que no le importa no tener hijos, y puede que sea verdad, pero te aseguro que lo mejor que he hecho en mi vida ha sido criar a Leigh. Y ser su amiga ahora que es una adulta.

Él ladeó la cabeza.

—Me identifico con eso. Maggie es mi razón para vivir. Lo ha sido desde que vino al mundo.

—Estoy deseando conocerla. Leigh me ha hablado de ella.

—Es algo especial —comentó Sully. Y Helen notó que su pecho se hinchaba un poco.

—¡Qué maravilla! —exclamó.

—Helen, ¿qué quieres hacer con la cena? He comprado gambas, verdura y arroz...

—¿Eso es una invitación? —preguntó ella.

—No quiero acaparar todo tu tiempo, pero puedes invitar también a Leigh. Estaré encantado de que venga, ya lo sabes.

Helen se echó a reír.

—Le he dicho que la dejaba sola para cenar y que volvería a casa a las ocho y media. Si tú estabas ocupado, pensaba ir a cenar fuera.

—¿Sola? —preguntó él.

—Claro, sí, sola. Soy una mujer soltera y he comido o cenado sola muchas veces. Pero, si me

ofreces una cena con gambas y arroz, cuenta conmigo. Te ayudaré.

—Helen, ayer estuve todo el día de mal humor —dijo él—. Había trasnochado leyendo tu libro. No podía dormir.

Ella juntó las manos delante del pecho.

—¡Sully! ¡Cuánto me alegro!

Él movía la cabeza.

—Oye, dices palabrotas. Muchas.

Helen se echó a reír.

—No, no son muchas. Está bien, las digo siempre que quiero, pero sé juzgar a mis lectores. ¿Te he ofendido de algún modo?

—No, no. No había notado que hablaras así —él movía la cabeza—. Pero en el libro juras como un carretero.

—¡Oh, por el amor de Dios! Esa no soy yo. Es el personaje. En esas circunstancias, cadáveres, infierno, furia, miedo y demás, ese lenguaje es muy apropiado. De hecho, es lo que se espera. Y la verdad es que yo también suelto muchos tacos hablando.

—Y los cadáveres son espeluznantes. He visto mucho en mi vida, pero ¡caray! Este libro...

Helen enarcó una ceja.

—Sully, ¿qué es lo que de verdad quieres preguntarme?

Él apoyó los codos en el mostrador.

—No estás en busca y captura, ¿verdad?

Helen rio con ganas. Y justo en aquel momento empezó a enamorarse de Sully.

Leigh acababa de terminar con un paciente cuando vio que tenía una llamada perdida de Rob. Cerró la puerta de su despacho y le devolvió la llamada.

—¿Vas a salir a comer hoy? —preguntó él.

—Pensaba hacer papeleo —repuso ella—. ¿Tienes una sugerencia más interesante?

—Quiero invitarte a almorzar, pero, si comemos aquí, la gente querrá hablar con nosotros. ¿Y si te llevo el almuerzo a tu casa?

—Me parece bien. ¿A qué hora?

—A mediodía. Sé lo que te gusta a ti, pero ¿qué puedo llevarle a tu tía?

—Espera que la llamo y se lo pregunto —dijo Leigh.

Un minuto después volvía a llamar a Rob.

—Mi tía dice que no vendrá a comer a casa.

—Fantástico —contestó él—. ¿Todavía no es mediodía?

—Casi —susurró ella.

Dejó la puerta del despacho cerrada. No recordaba haberse sentido nunca así. Sentía calor en las mejillas y el cuerpo vibrante de excitación. No recordaba que le hubiera pasado aquello con Johnny, pero seguramente sí, pues estaban deseando vivir juntos y había presionado mucho a Helen para hacerlo. Y no era ninguna puritana. Había salido con hombres y se había acostado con unos cuantos, con hombres simpáticos y sexis. Que no fueran relaciones permanentes no significaba que ella no hubiera sentido deseo. Con lo exigente, disciplinada y cautelosa que era, no se habría encontrado en aquella posición si no hubiera sentido impulsos sexuales. Pero ¿una química como aquella? Intentaba recordar si había sentido eso alguna vez. Tenía la libido por las nubes desde que Rob la tocara por primera vez.

Caminó las pocas manzanas hasta su casa pensando que sería buena idea quemar parte de esa

energía sexual que parecía sentir en todo momento. Pero cuando llegó a la casa, él estaba ya sentado en su coche en el camino de entrada y la luz del sol la llenó por dentro una vez más. Anduvieron juntos hasta la puerta, preguntándose cómo habían ido sus días respectivos. Y en cuanto la puerta se cerró tras ellos, la bolsa de papel marrón que contenía el almuerzo cayó al suelo y ella se encontró en los brazos de él, con los labios de Rob devorando los suyos. Y ella lo devoraba a su vez. A los diez segundos estaba desnuda, tumbada de espaldas en la cama. Llegó al orgasmo en cuestión de minutos, como si llevara décadas sin encontrar satisfacción sexual.

Quedó tumbada de espaldas, sonrojada de la cabeza a los pies. Rob yacía a su lado, jadeante.

—¡Madre mía! —exclamó ella—. ¿Tú me has echado hormonas en la comida?

—No parece que necesites más hormonas —contestó él.

Ella se puso de lado.

—Esto no es normal —dijo.

—¿No lo es?

—¿Tú siempre eres así? —preguntó ella.

Rob se volvió a mirarla con sus maravillosos ojos marrones.

—Si lo fuera, tendría escaras por estar en la cama —repuso.

—Escucha a la doctora. Cuando te mueves mucho, no te salen escaras —le informó Leigh—. En serio, esto me confunde muchísimo. No recuerdo haber estado nunca tan enloquecida. Y estuve prácticamente casada.

—Yo he estado casado y no era así. Probablemente sea por lo de la fruta prohibida —comentó él.

—¿Qué fruta prohibida?

—Ya sabes. No es fácil encontrar tiempo para estar juntos y, por eso, cuando tenemos una oportunidad, nos ponemos frenéticos. Tenemos que esquivar a mis hijos y a tu tía.

—Siento manchar mi imagen de pureza, pero tú no eres el primer hombre con hijos con el que he salido.

Rob se echó a reír.

—Para ser sincero, mis citas, aunque infrecuentes, nunca han sido tan animadas como esto.

—¡Soy una maníaca! —gritó ella—. ¿Qué me has hecho?

Rob volvió a reír y la colocó encima de él.

—Si lo supiera, lo embotellaría y ganaría una fortuna. ¡Eh!, me parece que también sacas un poco al maníaco que llevo dentro. Pero, desde luego, no me quejo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Puedes preguntar todo lo que quieras.

—¿Cómo fue tu matrimonio?

Él se quedó pensando un momento.

—Puedo decir con sinceridad que fue bueno. Gratificante. Satisfactorio. No era como esto. ¿Y tu casi matrimonio?

—No —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Pero éramos muy jóvenes.

—No soy un experto, pero no creo que mucha gente tenga esto que tenemos. Y no quiero ser aguafiestas, pero no creo que se deba a méritos nuestros. Creo que hemos tenido suerte.

—¿Y si nada más funciona tan bien entre nosotros? —preguntó ella.

—Leigh, tenemos una relación estupenda. Disfrutamos de la compañía del otro y la conversación es buena. El sexo espectacular se da por añadidura. ¿Por qué te preocupas ahora por eso?

—Me ha pillado por sorpresa, eso es todo —contestó ella—. No es que no seas un hombre muy atractivo...

—Gracias —contestó él, riendo—. ¿Tienes hambre?

Ella lo besó.

—No mucha.

—Vuelves a tener esa expresión en los ojos.

—Creo que debería ver a un profesional y averiguar si me pasa algo raro.

—Por favor, no lo hagas —contestó él, justo antes de tumbarla de espaldas.

Quince minutos después, dijo:

—¡Dios mío, mujer!

—Lo sé. A mí me pasa algo.

—En mi opinión, no.

—¡Ah!, ¿Rob? No olvides dejarte la camisa puesta cuando estés con tus hijos o con otras personas.

—¿Por qué?

—Creo que te he arañado un poco la espalda sin querer.

Él la miró con ojos muy abiertos.

—Bueno, principalmente es culpa tuya —declaró ella.

Rob sí tenía arañazos en la espalda y recordaba el momento exacto. La había llevado a un orgasmo atronador y, cuando ella se estremecía de placer, le había pasado las uñas por los hombros. Él la había estrechado con fuerza cuando bajaba a la tierra.

Miró el espejo por encima de su hombro. El recuerdo de su manera de hacer el amor envió un río de placer por sus venas. Lo consumían ya todas las emociones que había dejado al margen mientras construía su negocio y criaba a sus hijos. La deseaba, ansiaba estar con ella como nunca había deseado estar con nadie. Amaba su inocencia, que a ella le sorprendiera su propio abandono. Amaba su vitalidad. Le hacía reír, le hacía lanzar respingos. Cuando estaba con ella, se sentía valorado.

¿Cómo había conseguido llegar hasta allí sin ella en su vida? Ni siquiera había sabido que necesitaba a alguien como ella.

Dejó a Sid y Kathleen al cargo del pub y les pidió que cerraran por él. Fue al parque a ver entrenar a Sean y después a su casa a ducharse y esperar a Finn.

Se preguntó cómo conseguía este no perder los nervios.

El chico llegó sobre las diez.

—No tenías por qué esperarme aquí —dijo.

—Otros días no habría llegado aún, pero me he tomado la noche libre. He ido un rato a ver a Sean entrenar al béisbol y luego me apetecía hablar contigo. ¿Cómo lo llevas?

—Yo no valgo gran cosa, pero Maia se ha puesto firme y me está empujando durante las últimas semanas de clase. Ella no terminará el curso. Se graduará, en eso no hay problema. Y es increíblemente fuerte. Concentrada. Positiva. A su lado, todos los demás no valemos nada.

—¿Hay más noticias?

—Mañana irán a Denver un par de días. O quizá tres o cuatro. Están valorando las opciones para tomar decisiones. Han hablado de intentar disminuirlo con radiación. También hablan de los pros y los contras de operar. Uno de los contras es que Maia podría morir. Si las probabilidades de que sobreviva a la operación no son muchas, probablemente probarán la radiación. Pero otro

problema que podría ocurrir es la discapacidad. Están hablando de ver a un par de doctores más, en la Universidad de California y en la Clínica Mayo. Pero tienen que hacer algo deprisa. Antes de que esa maldita cosa crezca más.

—¡Dios santo, hijo!

Finn se sentó y bajó la cabeza.

—De todas las personas que conozco, ella es probablemente la que menos se merece esto —alzó la cabeza—. Papá, yo la quiero, ¿sabes?

Rob asintió. Estaba seguro de que Finn sentía eso, pero no estaba seguro de que fuera por las mejores razones. Tal vez fuera por la tragedia de todo aquello, por el miedo y la desesperanza que ofrecía. Tal vez todo fuera muy distinto si tuvieran una vida normal y fueran a distintas universidades en el otoño.

—Quería ir con ella y oír personalmente lo que digan los doctores, pero sus padres dicen que es mejor que vayan solo ellos. Eso lo entiendo. Pero podré hablar con ella todos los días. Oye, si tiene una operación...

—Habla de eso cuando llegue el momento —dijo Rob.

—Está bien, pero que sepas que, esté donde esté, y pase lo que pase, me dejen verla o no me dejen verla, si la operan, pienso estar cerca.

—Lo comprendo. Y pensaremos en algo —repuso Rob.

Pensó que Leigh no podía haber llegado en mejor momento. Nunca había necesitado tanto tener a alguien en su vida como en aquel momento. Estar con ella hacía que su vida, su complicada vida, resultara manejable. Podía hacer todo lo que tenía que hacer y después refugiarse en sus brazos, brazos que no lo limitaban ni lo sujetaban.

Helen se esforzó por hacer planes para cenar con Leigh, las dos solas. Fue conduciendo hasta Breckenridge a comprar la comida, pues había visto que allí había un buen mercado. Compró champiñones Portobello rellenos, añadió una ensalada de espinacas frescas con trocitos de beicon encima y coció arroz silvestre. Abrió una botella de vino que sabía que le gustaba a Leigh y la dejó respirar en la mesa.

—Helen, esto es genial. ¿Celebramos algo? —dijo su sobrina.

—No sé. Dímelo tú. ¿No crees que es hora de que me digas algo de tu relación con Rob?

Leigh soltó una risita.

—No sé qué decirte.

Helen sirvió el vino.

—No te presionaré mucho hasta que lleguemos al segundo vaso. Entonces entraré a matar.

—No tienes que servirme tanto vino para animarme. Estoy loca por él. Si descubro que no es el hombre perfecto, se me partirá el corazón.

—Estás enamorada —comentó Helen—. Eso me parecía. No te he visto nunca tan resplandeciente. Jamás. He conocido a una docena de doctores con los que te has citado y ninguno de ellos te iluminaba los ojos, pero este hombre les arranca chispas.

—No hablamos de amor. Dejé claro desde el principio que no está pensando en volver a casarse. Prométeme que no lo vas a decir por todo el pueblo —explicó Leigh—. Es un hombre con muchas responsabilidades y muy conocido. Seguro que la mitad del pueblo pasa por su pub todas las semanas. Imagino que hay personas a las que él considera clientes y a él lo consideran amigo. No quiero que se sienta avergonzado ni incómodo.

—¿Y tú? ¿Te sientes avergonzada o incómoda? —preguntó Helen.

—No, pero estoy intentando ser discreta. Eleanor y Gretchen no dejan de interrogarme y lo único que les digo es que hemos tenido un par de citas, almuerzo o cena.

—¿Y habéis tenido algo más? —preguntó Helen.

Leigh sonrió.

—Sí —musitó.

Helen se llevó una mano al pecho.

—¡Gracias a Dios!

Eso hizo reír a Leigh.

—Es un hombre excitante —dijo—. Pero también es un hombre de familia y sus hijos lo tienen en vilo. Aun así, cuando podemos robar algo de tiempo, me hace sentir como si yo fuera lo único que tiene en mente.

—Se estará enamorando —comentó Helen—. Aunque diga otra cosa.

—No adelantemos acontecimientos. La primera noche que salimos a cenar fuimos a un lugar tranquilo, donde podíamos hablar. Pusimos las cartas sobre la mesa. Él ha criado dos hijos, en su mayor parte solo. Fue muy directo. Tomó nota de mi edad y dijo: «Tienes tiempo para formar una familia». Fue sincero. Dijo que no le interesaba formar una segunda familia, pero que no le importaría tener una novia. Yo fui igual de sincera. Le dije que asumía que probablemente no me casaría y que no siento ningún interés en tener hijos.

—¿De verdad? —preguntó Helen—. Él tiene razón. Eres joven, hay tiempo.

—Estoy plenamente satisfecha así —contestó Leigh—. De verdad que sí. ¿Tú no?

—Leigh, la verdad es que yo quería encontrar un hombre con el que vivir. Un par de veces... No, más de un par de veces, pensé que estaba enamorada. Tenía grandes esperanzas, pero no salió bien. Si hubiera estado dispuesta a transigir, ahora podría estar casada, pero no lo estuve. No, no, no, esa no es la respuesta. Sabía que el hombre que eligiera tenía que ser el hombre perfecto para mí. Para nosotras.

Leigh guardó silencio un momento.

—Nunca me has dicho nada de estar enamorada.

—Estoy segura de que sí. Una vez cuando era joven, antes de que nacieras. Tuve un novio estable durante tres años. Pensé que podríamos casarnos, pero, cuando llegó el momento de hablar de eso, él se alejó. Una vez, cuando eras pequeña, un par de años después de la muerte de tu madre, tuve una pareja estable mucho tiempo: Will. Incluso lo llevé a casa. Te llevamos a ver actuaciones de patinaje sobre hielo y a algunos partidos de baloncesto.

Leigh frunció el ceño, intentando recordar.

—Cuando estabas haciendo la residencia —prosiguió su tía—, y casi no te fijabas en nada más, salí con un hombre que me gustaba mucho y con el que me sentía muy optimista, pero, desgraciadamente, resultó que el bastardo asqueroso tenía muchas novias. En medio salí con otros de vez en cuando. Tuve una aventura agradable con un escritor de suspense de Connecticut, pero después de un par de años me di cuenta de que solo nos encontrábamos en eventos y congresos de escritores y el resto de nuestra relación consistía en emails y llamadas de teléfono. Aquello no podía durar y fue desapareciendo poco a poco. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que a mí me iba mejor que a él con las publicaciones y no pudo soportarlo.

—Sabía que era tu amigo —comentó Leigh—. Pero ¿una aventura?

—Es el término educado para describir esa cosa que te hace taparte los oídos con las manos y gritar: «La-la-la-la-la» cuando piensas en tu tía haciendo el amor —Helen sonrió—. Te aseguro que recuerdo lo que es el sexo.

—Por supuesto que sí. Pero nunca me has hablado mucho de hombres.

—Sí lo he hecho. Simplemente, no les daba mucha importancia porque nunca parecía ser nada serio. Y, además, me fastidia que las mujeres de cierta edad hablen del amor como si tuvieran treinta y cinco años. Me resulta ridículo.

Aquello hizo que Leigh se echara a reír.

—¿Te arrepientes de no haber tenido hijos? —preguntó.

—Te tenía a ti. Si hubiera encontrado al hombre apropiado, quizá habríamos sido una familia más numerosa, pero te tenía a ti. No me privé de eso. Y ahora hálame de Rob.

Leigh obedeció encantada y le contó muchos detalles. Le contó la primera cena que habían compartido y todo lo que habían hablado. Describió la carrera de él en el negocio de la restauración y cómo adivinaba lo que cocinaba ella con solo olfatear el aire. Y también le habló de su amor por todo tipo de restaurantes. Él le había contado su vida de niño, con una hermana mayor y también todos los logros de Sid en el campo de la informática cuántica. Le habló a Helen de la esposa de Rob y de su muerte, y de que él enseñaba a limpiar a los chicos como si tuvieran una madre.

—Su casa no tiene nada de leonera —dijo—. Creo que es más ordenado que yo.

—Por favor, avísame cuando lleguen las imperfecciones —le pidió Helen.

—De acuerdo, pero espéralas sentada. Estoy loca por él. Intento ir despacio y con calma, pero me parece que tengo un novio.

—Y ya era hora —repuso Helen—. Por suerte para ti, yo paso mucho tiempo fuera de casa. Y a finales de mes me voy a Nueva York.

—Pero ¿te gusta esto? —preguntó Leigh—. ¿Te aburres?

—En absoluto. He conocido a gente muy interesante. El Crossing ya es mi segunda casa. Sully está todo el día ocupado en la tienda y yo me instalo en el porche de su casa con el portátil, el teléfono y las mejores vistas del lago. Me prometió que con la primavera llegarían las crías de alce, pero todavía no las he visto. Hacia el final del día, cuando saca a Beau a dar un paseo, voy con ellos, así que tengo aire fresco y ejercicio de sobra.

Soltó una risita.

—Y los senderistas... Cuando pasan por allí, me enteró de toda su vida, de dónde son, cuáles son sus objetivos en la marcha, cuántos senderos han recorrido. Hay gente de todos los tipos y edades, desde universitarios hasta hombres y mujeres de mi edad. Los campistas son muy interesantes. A veces conocen a Sully desde hace años y a veces son caras nuevas. Juego a las damas con Frank, apunto recetas de Ednid, charlo con los escaladores de rocas y con los miembros de búsqueda y rescate, que suelen terminar el entrenamiento con una cerveza fría. Me sorprende a mí misma. Para ser una mujer a la que le gustan los mejores hoteles, me encanta esto.

—¿Sully y tú os habéis hecho buenos amigos? —preguntó Leigh.

—A Sully lo quiere todo el mundo, ¿no?

—Es un hombre adorable, sí.

—Por suerte, aunque no tenemos en común nada de nada, hemos forjado una amistad muy agradable.

—Eso me hace muy feliz —dijo Leigh.

—Me alegro. Y lo mejor de todo es que he encontrado a alguien que me saque de casa regularmente para que tú te puedas distraer con tu novio.

Leigh se ruborizó ligeramente y Helen no pudo reprimir una carcajada.

*Así, la mejor armonía saldrá de aparentes discordias,
el mejor afecto saldrá de diferencias,
la mejor vida de las dificultades, y el mejor trabajo
se conseguirá cuando cada uno haga su propio trabajo.*

JAMES FREEMAN CLARKE

Capítulo 9

A medida que avanzaba mayo, a Helen la vida le resultaba casi emocionante. Como pasaba tanto tiempo en el Crossing, conoció a la hija de Sully y ambas se cayeron bien al instante. Al parecer, Maggie, en algunas cosas, era más rápida que Helen, pues después de pasar solo una hora juntas, había dicho:

—Es agradable ponerle cara a la razón de que mi padre utilice ahora tanta crema para las manos.

—Yo no le he pedido que lo haga —contestó Helen. Pero en realidad pensó: «¡Qué encanto de hombre!».

Iba conociendo a todos los amigos que frecuentaban el Crossing, ya fuera solo con intención de ver a Sully o para preguntarle si necesitaba ayuda con algo. Maggie pasaba un par de veces a la semana, Cal iba por allí cuando no estaba Maggie, Dakota y Sid aparecían regularmente. Dakota llevaba todas las semanas la basura de Sully al vertedero. Si había algo que requiriera fuerza física, se encargaban Cal, Dakota o Connie Boyle. Sierra, la esposa de Connie y hermana de Cal, iba por allí una vez a la semana con su hijito Sam, pero no iba a hacer tareas. Estaba a punto de dar a luz e iba al Crossing a que Sam quemara energía. Y a que Molly, su *golden retriever*, corriera con Beau. Los dos perros eran muy amigos.

A Helen le producía una felicidad especial ver a Sully con los niños. Elizabeth y Sam se llevaban pocos meses y estaban siempre activos. Sully se ponía a uno en cada rodilla y les hablaba, les leía libros y les ayudaba a ponerse los zapatos cincuenta veces en cada visita. A Elizabeth le gustaba moverse alrededor del estante de los libros usados mientras que Sam prefería quitar cosas de los ganchos en los que estaban colgadas. Los dos llamaban Abu a Sully. Elizabeth era la única que era nieta biológica, pero él decía: «Todos vienen de la misma familia, así que todos son mis nietos, el que lleva Sierra en la tripa también».

Luego, por la tarde, sobre las cuatro, decía: «Es hora de que Helen estire las piernas. Nos llevamos a los dos perros».

Y ambos echaban a andar por el sendero con Beau y Molly. Cuando perdían de vista la tienda, Sully le tomaba la mano a Helen, como si así guardaran un secreto ante los demás, cuando hasta Frank le había preguntado si la había encargado por catálogo. La única que no se daba cuenta de nada era Leigh, pero porque su mente estaba en otra parte: el dueño del pub.

—A finales de la semana que viene tengo que ir a Nueva York a un congreso —le dijo Helen a Sully—. Estaré fuera casi una semana. Seis días. Volveré justo después del fin de semana del Día de los Caídos. Pero tú dijiste que esos días tienes mucho trabajo.

—El *camping* estará lleno y habrá jaleo en la tienda, pero tendré ayuda. Los hijos de Tom Canaday han trabajado aquí en el pasado y trabajarán un poco durante el verano. No estaré tan

ocupado que no pueda mirar al porche y ver si estás escribiendo, pero ¿te apetece ir a Nueva York?

—Me encanta Nueva York. Además, veré a mi agente y mi editora, iré a algún espectáculo, cenaré en sitios que me gustan y charlaré con amigos. ¿Quieres que te llame?

—Si tienes tiempo —contestó él. Pero le apretó la mano y ella le devolvió el gesto.

A la mañana siguiente, sonó el teléfono de ella. Miró la pantalla y ponía Sullivan. Contestó la llamada.

—Lamento despertarte, Helen. Sé que te gusta dormir, pero hay un gran rebaño de alces junto al lago. Y hay crías.

—¡Oh! —exclamó ella, sentándose. Miró el teléfono—. ¡Son las cinco de la mañana, por el amor de Dios!

—Les haré fotos —propuso Sully.

—No. Bueno, sí, haz fotos, pero voy para allá.

—No conduzcas a velocidad normal, acércate despacio. Son bastante urbanitas y normalmente no les dan miedo los coches y los camiones, pero la vida salvaje se ve más al amanecer y al atardecer. Si quieres verlos sin que te pisoteen...

—Entiendo. No dejes que se vayan.

Él se echó reír, y la risa terminó en jadeo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que los atrape con lazo?

—No seas listillo.

Helen agarró una sudadera con capucha, se la puso y se guardó el teléfono en el bolsillo. Se puso las zapatillas de andar por casa.

Leigh asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio.

—¿Qué pasa?

—Hay un rebaño de alces en el camping de Sully y tienen crías.

—¿Y qué vas a hacer?

—Los he estado buscando. Voy a verlos. Puedes venir conmigo.

—¿En pijama?

Helen bajó la vista. Su pijama era muy discreto, no mostraba nada.

—No veré a nadie y, si lo veo, solo pensaré que tengo muy mal gusto. ¿Te vienes?

—Quizá en otro momento —contestó Leigh. Se volvió a la cama.

A Helen le resultó muy difícil conducir despacio hasta el Crossing, pero sabía que era verdad, por lo que había oído en el pueblo, que los alces eran animales pacíficos pero podían elegir el momento equivocado para cruzar la carretera. Un coche contra un alce era un tema bastante serio. Veinte minutos después llegaba a la vista del Crossing y allí estaban. Unos pastaban, unos cuantos estaban tumbados y otros estaban de pie hasta las rodillas en el agua fría del lago. Ella condujo por la hierba cerca de ellos haciendo muy poco ruido.

Sully estaba sentado en una de las mesas en el porche de la tienda, observando en silencio con una taza de café. Algunas personas habían salido de las tiendas y las caravanas y estaban sentadas en las mesas de pícnic mirando y haciendo fotos.

Helen giró hacia la tienda, aparcó y salió. De camino al porche, hizo unas fotos con su teléfono. Mientras, Sully había ido en silencio a por una taza de café. Ella se sentó en el porche y tomó un sorbo.

—Son increíbles. Son enormes —dijo.

—No se han dejado ver por aquí últimamente. Sospecho que van montaña arriba buscando

lugares más altos. Empieza a hacer más calor aquí abajo en el valle.

—¿Aquí abajo? —preguntó ella—. Estamos a mil quinientos metros de altitud. A veces me cuesta respirar.

—Te estás adaptando perfectamente. Cuento tres crías allí.

—Sí, yo también veo tres —contestó ella.

—Una de ellas aún no anda bien. Quizá han parado por eso —dijo él.

Aunque la atención de Helen estaba fija en el rebaño, sentía los ojos de él mirándola.

—Oye, ¿qué llevas puesto? —preguntó Sully.

—El pijama y una sudadera —contestó ella—. No quería perder tiempo en vestirme.

—Es un pijama muy interesante —comentó él—. Sexi. Muy sexi.

—Sully, solo es un pijama de lunares.

—Tienes un bulto aquí en el pelo. Este lado está plano y en el otro lado hay una maraña de cabello y algunos pelos de punta, erguidos como si fueran alfalfa.

—¿Y qué? —preguntó ella, alisándolo un poco—. Se llaman greñas y es lo que ocurre cuando te despiertan a las cinco de la mañana. Si tienes pelo, claro —por supuesto, no se había mirado al espejo.

Él le sonrió.

—Me gusta.

Maggie no tenía que empacar gran cosa para sus viajes a Denver. Allí tenía una casa bien provista para sus necesidades diarias de ropa y cosméticos.

—Me voy esta noche porque tengo una operación a primera hora —le dijo a Cal—. Me quedaré al menos hasta el fin de semana, hasta que mi paciente esté fuera de peligro. ¿Crees que Elizabeth y tú podréis venir un par de días? Quiero estar cerca del hospital y de los pacientes operados, pero no estaré todo el tiempo liada.

—Debe de ser un caso importante —comentó su esposo.

—Mucho. Conlleva un riesgo importante para mi paciente, pero no hay ninguna alternativa buena. Esta noche intentaré dormir bien. Estaré todo el día en el quirófano.

—¿Me llamarás cuando salgas? Y sí, iré con Elizabeth. ¿Te parece bien el jueves por la tarde o prefieres el viernes por la mañana?

—Estaré ocupada martes, miércoles y jueves. El jueves trabajo en la clínica, pero no llegaré muy tarde a casa. Podemos cenar, ir al parque un rato y quizá ponerle una película a Elizabeth y acurrucarnos juntos mientras la ve. El viernes y el sábado iré dos o tres veces al hospital y, si va todo bien, podemos volver a casa el domingo por la mañana.

—Vas a operar a Maia, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso —contestó Maggie.

—Lo dice todo el pueblo. No sabía que sería tan pronto.

—No es tan pronto. Han pasado semanas.

—He oído que han ido a la Universidad de California en Los Ángeles y a la Clínica Mayo —comentó Cal.

—Nosotros tenemos cirujanos excelentes —respondió ella, aunque no con presunción.

Se alegraba increíblemente y la aliviaba mucho que la hubieran elegido, aunque habían hablado con doctores excelentes en Los Ángeles y en la Clínica Mayo. Pero ella había hecho esa cirugía a menudo y con buenos resultados. La posición del tumor, entre el cráneo y el cerebro, en la zona del lóbulo temporal, era peligrosa pero operable. La mayoría de los cirujanos le darían un

cincuenta por ciento de probabilidades de recuperarse del todo. Maggie, igual que sus colegas de Los Ángeles y de Scottsdale, había dicho ochenta por ciento, aunque en secreto pensaba más bien en un noventa y cinco. Pero las probabilidades no servían de nada si entrabas en el otro cinco por ciento. ¿O qué decir del dos por ciento que no sobrevivirían?

Los estudios mostraban un tumor glial neuronal y la operación podía durar muchas horas. La recuperación sería difícil y dolorosa. La cantidad de tiempo en fisioterapia dependería totalmente de cómo fuera la operación y cuánto daño causarían el tumor o su extirpación. Por muchas ecografías, electroencefalogramas y resonancias magnéticas que hicieran, no sabría lo que ocurriría de verdad hasta que entrara allí. Pero su instinto era bueno. Y sus armas eran el conocimiento y la experiencia.

—¿Crees que tiene probabilidades de que vaya bien? —preguntó Cal.

—Si no pensara que irá bien, buscaría un cirujano mejor. Hay casos que no acepto porque no soy la persona más indicada para hacerlos. En este no he vacilado. Pero hay cosas que no puedo controlar, como el daño que haya causado el tumor antes de que llegemos a él, algo que nadie habría podido prevenir —Maggie suspiró—. ¿La conoces?

Cal negó con la cabeza. Aunque aquello era un pueblo, no todos se movían en los mismos círculos. Él era abogado. Conocía principalmente a todos los que le habían pedido ayuda legal.

—Es un ángel —comentó Maggie. Y el resto de su vida podía depender de lo buena que fuera ella como cirujana.

—Eres la mejor —le dijo Cal—. Lo dice mucha gente con la que trabajas, que eres la mejor. Iremos a Denver el jueves a tiempo para la cena. Pero llámame cuando salgas mañana del quirófano.

—Lo haré. Ahora mi mente está ocupada viendo imágenes del cerebro desde todos los ángulos posibles y por eso puedo parecer taciturna o preocupada, pero lo que estoy es absorta. Cuando me levante mañana por la mañana, estaré animada y con la adrenalina alta.

—Lo sé —dijo él.

—Y cuando termine... —estaría agotada, pero comería un poco, dormiría un rato y vigilaría a la paciente durante la noche. Probablemente no saldría del hospital hasta la mañana siguiente, solo para volver al poco rato—. Mi pelo estará horrible.

Cal se echó a reír. Sabía que a ella le importaban muy poco cosas como su pelo.

—Ven aquí —dijo—. Bésame y luego vete. Llama o pon un mensaje cuando llegues.

Maggie le dio un beso largo.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Nunca lo vas a saber.

Elizabeth entró tambaleante en el dormitorio.

—Mamá. Mamá. Ahora mismo.

Maggie le cubrió la carita de besos. Aquella era su rutina. Era una de un pequeño grupo de cirujanos que trabajaban con neurólogos, fisioterapeutas y terapeutas emocionales en el hospital de Denver. Pasaba tres o cuatro días a la semana en Denver. Las semanas fáciles podía conducir los noventa minutos hasta allí al amanecer del primer día y volver a casa al final del tercer día. En las semanas más exigentes, como aquella, podía pasar cinco noches, que a menudo incluían estar de guardia en Urgencias. Pero estaba más que dispuesta a hacer eso porque había unas cuantas cosas que hacían latir su corazón. Su esposo, su hija y su profesión. Y quería criar a Elizabeth en la belleza pura de las Montañas Rocosas.

Cuando Finn llegó a casa del instituto, Rob estaba listo para partir. Los dos habían preparado una bolsa pequeña. El chico había dicho que podía arreglarse sin él, pero Rob no podía dejarlo solo en aquel viaje emocional. Sid y Dakota estaban allí para ocuparse del pub y de la casa, donde estaría Sean. Sid atendería la barra y ayudaría a Kathleen, la encargada, mientras Dakota se quedaba en la casa. Pasarían la noche allí con Sean.

—Hay lasaña preparada en el frigorífico —dijo Rob—. Intenta convencer a Sean de que coma algo de ensalada y no te lo tomes muy mal si fracasas.

—No deberías haberte molestado tanto, hombre —repuso Dakota—. Sé cocinar. Lo hago para Sid todo el tiempo.

—Normalmente pido a uno de los cocineros que me prepare algo para traer a casa si voy mal de tiempo. Hay de todo en la cocina. No sé cuándo volveremos. Espero que mañana por la noche, pero me llevo un par de cambios de ropa por si acaso.

—No te preocupes por nada —dijo Dakota—. El martes trabajo temprano, pero termino pronto y Sid estará aquí hasta que se vaya al pub a las nueve. Llevaré a Sean a bañarse un poco después de cenar para que queme algo de energía.

—Tú asegúrate de que no vea porno.

—¿En serio? ¿Y cómo nos vamos a divertir ahora? —preguntó Dakota, sonriente—. Tú cuida de Finn. Llama y dínos cómo va todo, ¿eh?

—¿Listo? —preguntó Finn, tomando su bolsa y mirando a su padre.

«¡Dios mío! ¡Qué mayor parece!», pensó Rob. Tenía más aspecto de residente médico que de estudiante de instituto y futuro universitario. Tal vez fuera por la seriedad de la situación, que trazaba líneas de preocupación en su rostro joven.

—Listo —contestó—. Comeremos algo cuando lleguemos allí.

—No tengo hambre —dijo Finn.

Dakota le puso una mano fuerte en el hombro.

—Todo va a ir bien, amigo. He oído el rumor de que la cirujana es mi cuñada. Se parece mucho a tu tía Sid. Es brillante y muy capacitada.

—Lo sé. Gracias, Dakota.

—Intenta pensar en positivo.

—Ya lo intento.

—Vamos allá —dijo Rob—. A estas horas habrá bastante tráfico.

No quería aquello para su hijo, aquel tipo de drama. En lugar de ir al baile de promoción, Finn y Maia se habían quedado esa noche en casa, habían cenado con la familia de ella y habían visto una película. Cuando Rob le preguntó qué película, su hijo no fue capaz de recordarla. Luego, esa semana, con los exámenes finales terminados, los chicos del último curso tendrían las ceremonias de entrega de premios, los anuncios de becas y la lista de universidades en las que habían sido admitidos. Tendrían el Día Libre de los de último curso, un día que dedicaban a hacer el tonto en el lago o en los ríos. El viernes por la noche sería la graduación y Rob no sabía si Finn podría asistir. Tal vez no pudiera participar en nada de todo aquello. Le había pedido que no planeara ninguna celebración hasta después de la operación de Maia. Quería estar seguro de que todo iría bien antes de sacudirse la preocupación y disfrutar de las ventajas de ser un graduado.

El instituto se había portado muy bien con ellos. Finn había terminado los exámenes finales y había recibido ya las notas. Unas notas excelentes.

—Maia me dijo que se enfadaría mucho si estropeaba los finales y acababa con malas notas

—había comentado.

Así que se dirigían a Denver. Finn insistía en estar allí para darle un beso de buenas noches. Algo muy comprensible. Y, como los padres de Maia no podían negarle nada antes de la operación, habían dicho que Finn sería bienvenido.

El esfuerzo que representaba todo eso para Rob era como una losa emocional en su pecho. Había hablado de ello con Leigh.

—Es solo un crío y sé que cree que está enamorado, pero yo pienso que solo llevaba seis meses saliendo con ella cuando descubrieron el tumor. Quiero volver a preocuparme por cosas normales, como si se está volviendo muy serio demasiado pronto. No de si su primera novia de verdad se va a morir y romperle el corazón para siempre.

—Tú haces exactamente lo que debes hacer —le había dicho ella—. Tratar esto igual que lo trata él, tomándotelo en serio. Apóyalo en todo o intentará hacerlo solo. Al menos habla contigo. Eso es muy importante.

Rob sabía que lo peor que podía hacer era decirle que solo había salido unos meses con ella. Lo que su hijo estaba viviendo era muy real, terrorífico.

¿Qué haría él si Leigh se enteraba de pronto de que tenía un tumor? Se quedaría destrozado. Aterrorizado. Acababa de encontrarla y ya estaba loco por ella. La idea de perderla en ese momento le resultaba impensable.

Sencillamente, no podía pasar por eso otra vez. Probablemente se moriría. En muy poco tiempo, ella se había convertido en el centro de su universo. Y eso era algo que le preocupaba bastante. En su segunda cita oficial habían caído sobre la cama como amantes enloquecidos y desde entonces pasaban las semana viéndose donde y cuando podían encontrar tiempo e intimidad. La parte de él que volvía a sentirse como si volviera a tener dieciocho años estaba perfectamente equilibrada con la parte que pensaba: «¡Por fin!».

No era solo sexo, aunque este resultaba increíble. Era el modo en que estaban juntos, el modo en que podían hablar, en que podían comprenderse el uno al otro y entender los compromisos del otro. Su conversación era divertida. Ella se mostraba muy sensible con las obligaciones de él y Rob esperaba que tuviera la sensación de que él apoyaba las suyas. Era una doctora ocupada, de ella dependía gente y nunca los decepcionaba. Él quizá no fuera tan listo ni tan importante como ella, pero tenía empleados y un negocio del que vivía otra gente, por no hablar de sus dos hijos. Y quería estar seguro de no fallarle a nadie. Su lista de cosas que hacer siempre era larga. Y se esforzaba por no limitarse a cubrir el expediente. Siempre revisaba cada artículo de la lista y se aseguraba de que los chicos supieran que estaba a su lado en todo momento.

Y Leigh estaba a su lado en aquella crisis emocional.

Rob sentía un dolor persistente en el pecho cuando se recordaba sentado al lado de la cama de Julienne, llorando con el cuerpo sin vida de ella en los brazos. Ese recuerdo no lo había atormentado en los últimos años.

Por supuesto, había querido a Julienne. La había amado profundamente, aunque no siempre lo hubiera demostrado. La muerte no le había quitado solo a su esposa y su amante, sino también todo lo que había planeado y deseado. Había sido también la muerte de un sueño. Había querido tener un restaurante de éxito. Se enorgullecía mucho de su trabajo y de su familia. Había soñado con los años en los que los hijos irían creciendo, con las veces en las que jugarían juntos en familia y las veces en las que irían a verlos participar en deportes. Y de pronto, iba a tener que hacer todo eso solo. Completamente solo. Lo que sus hijos fueran a ser dependía de él. Y al final de un largo día, y habría muchos días largos, no habría nadie con quien compartirlo, nadie con

quien quejarse, nadie que lo ayudara. Aquello parecía la muerte de su futuro.

No quería ver a su hijo pasar por eso. No a una edad tan joven.

Llegaron a Denver a las cinco y tomaron una cena rápida. Rob convenció a Finn de que comieran, aunque el chico solo quería ver a Maia.

—De todos modos no puedes quedarte mucho rato —le dijo Rob—. La noche antes de una operación hay temas médicos. Doctores y enfermeras que entran y salen, y sus padres estarán allí, probablemente preguntando y debatiendo cosas. Cenaremos e iremos allí. Tú la verás cuando resulte apropiado, hablarás con ella un rato y después nos iremos. Lo más importante es que la operación salga bien, que tenga éxito, para que los dos podáis sortear estos tiempos difíciles.

—Y que lo digas.

Cuando llegaron al aparcamiento del hospital, a Rob se le aceleró el pulso y se notó extrañamente mareado.

—Esto es entre Maia y tú —dijo—. No quiero estar en medio. Vete. Te esperaré aquí. Tarda todo lo que necesites.

Finn entró en la habitación de Maia a las seis y media. Su madre estaba sentada al lado de la cama y le sonrió.

—Hola, Finn —dijo.

—Hola —contestó él—. Gracias por dejarme venir. Prometo no molestar. Pero si hay algo que pueda hacer para ayudar...

—Gracias, querido. Voy a buscar un café y os dejo solos un rato. Pero volveré pronto.

En cuanto la mujer salió de la habitación, Finn se acercó a la cama y Maia le tendió los brazos. Estaba sentada y estaba muy guapa, incluso sonriente. Él la abrazó y la besó.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo ella, un poco emocionada—. Odio que tengas que pasar por esto.

—Todo va a salir bien —contestó él—. Es decir, va a ser duro y después irá bien. Solo quiero que sepas que mañana estaré aquí todo el día. Vendré temprano, antes de que te lleven al quirófano, y me quedaré hasta que terminen.

—¿Vas a ir a casa y volver mañana?

—No. Mi padre y yo nos quedamos en un hotel. Nos quedaremos todo el tiempo que yo crea que necesito estar cerca. Esta noche no quiero molestar, pero mi teléfono está cargado y, si te despiertas a media noche y me necesitas, llámame. Como mínimo, podemos hablar si quieres.

—¡Vaya, hola! —dijo alguien.

Finn soltó a Maia. Maggie estaba de pie en el extremo de la cama. Llevaba la bata blanca de médico, encima de pantalones vaqueros y un suéter de punto, el tipo de ropa con el que Finn solía verla por el pueblo. Tenía un iPad en la mano y leía algo en la pantalla.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo a Finn—. A Maia le vendrá bien que le des ánimos. Bueno, tesoro, vamos a hacer esto. Mañana temprano.

—No esperaba verte esta noche —dijo Maia.

—Esta noche y también mañana por la mañana, antes de que el anestésista empiece su trabajo. Por cierto, está aquí y entrará en un momento a hablarte de la anestesia. Yo he venido antes esta semana porque quería verte esta noche. Voy a dormir muchas horas y voy a pedir que te den algo para que tú también duermas bien esta noche.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Maia.

—En absoluto. La operación no me resulta extraña, la he hecho muchas veces. Cada vez es única, por supuesto, pero por eso he estudiado y practicado. Soy muy optimista. La enfermera te traerá un sedante dentro de un rato. ¿Finn? ¿Vas a estar aquí mañana?

—Sí. Hasta que esté seguro de que ella está bien.

—¿Maia te ha explicado que estará en cuidados intensivos al menos un par de días?

Él asintió.

—Si a ella no le importa, podrás verla unos minutos después de la operación. Los primeros días pueden ser un poco complicados. Le controlaremos el dolor y puede que las medicinas no le dejen estar muy alerta. Mi consejo es que, cuando sepas que la operación ha terminado y ha salido bien, la veas un momento y después te vayas a casa. Si Maia no tiene inconveniente, yo puedo informarte sobre su estado. Me quedaré aquí el resto de la semana.

—¿Te parece bien, Maia? —preguntó Finn.

—Me parece bien, pero Maggie me dijo que mi aspecto dará un poco de miedo durante una semana o más. No quiero que te asustes.

—No me asustaré, aunque es verdad que cuando me quitaron la muela del juicio estuve insoportable y no era nada.

Aquello hizo sonreír a Maia.

—Los chicos no aguantáis muy bien el dolor, ¿verdad?

—Eso me han dicho —contestó él.

—Pues haz lo que dice Maggie. Ven a verme, comprueba que estoy horrible pero respiro y vete a casa. Maggie, ¿puede llamarte para que le des información?

—Claro que sí —dijo la doctora—. Te daré mi número de móvil. Si no contesto, es que estoy en el quirófano o con algún paciente y te devolveré la llamada. Intenta no preocuparte. Aquí sabemos lo que hacemos y la vigilaremos de cerca. Sé que ya lo sabes, pero te lo repetiré una vez más. Hay un periodo de recuperación. La operación tendrá éxito, pero es seria. Y vamos a trabajar todos juntos para que se recupere al cien por cien. Llevará tiempo y paciencia.

—¿Tienes miedo? —le susurró Finn a Maia.

—Claro que sí —dijo ella—. Pero quiero que se pase ya.

—Si te despiertas por la noche...

—¿No compartes la habitación con tu padre?

—Eso no importa —declaró Finn—. Él lo entiende.

—¡Ah!, disculpad que os interrumpa, pero pienso darle un sedante fuerte —intervino Maggie—. Los dos necesitáis dormir bien.

—¿A qué hora empezáis? —preguntó Finn.

—La llevaremos al quirófano a las seis de la mañana.

—Vendré antes a darte un beso de buena suerte —dijo él.

Finn no durmió bien. Tenía la sensación de haber hecho una serie de siestas de quince minutos y tomó muchas veces su teléfono para ver la hora. Maia no lo llamó y él confiaba en que eso se debiera a que descansaba tranquila. Se levantó a las cuatro, antes de que sonara la alarma. A las cinco estaba en el hospital. Su padre se quedó en el vestíbulo grande de la entrada y le dijo que subiera solo al tercer piso. Rob no quería molestar.

Por supuesto, los padres de Maia ya estaban allí.

Él se acercó a la cama.

—Hola —dijo—. ¿Has dormido?

—Yo sí. ¿Y tú?

Finn se encogió de hombros.

—Lo suficiente.

—Bueno, yo voy a estar dormida casi todo el día —dijo ella—. Puedes echarte una siesta.

—No voy a ninguna parte. Estaré aquí cuando te despiertes —repuso él. La besó con suavidad en la frente—. Cuando Maggie diga que todo ha salido bien, me iré. Volveré cuando te encuentres mejor. Durante el fin de semana, quizá.

Maia sonrió.

—Eres el mejor novio del mundo —dijo.

—Seguro que cuando estés curada me vuelvo horrible y quisquilloso.

Ella se inclinó y le susurró al oído:

—¿Quién te va a ayudar a aprobar Literatura el año que viene si me cabreas?

Maggie asomó la cabeza en la habitación, con el iPad en la mano, leyendo sus notas en la pantalla.

—Buenos días —dijo—. Espero que todos hayáis pasado buena noche. Te vamos a cambiar el peinado, pero no te preocupes, no será terrible ni se notará muchísimo. Solo queremos hacer hueco para la incisión. Con esa maravillosa melena que tienes, podrás peinarte de modo que lo tapes. Te veré en el quirófano. Y a los demás os veré luego. Nos estamos preparando ya.

A Maia se la llevaron al quirófano y Finn y sus padres la siguieron. El chico se instaló en una silla en la sala de espera próxima a los quirófanos y Rob se reunió con él allí. Al cabo de una hora, se fue a dar un paseo. Parecía más ansioso que Finn. Los padres de Maia fueron a tomar café, sabedores de que la enfermera del quirófano los llamaría de ser necesario, pero que su hija tardaría horas en salir. Rob volvió a ver a Finn y luego se marchó de nuevo a llamar por teléfono fuera.

Pero Finn no se movió. Algunos amigos y también un par de profesores le enviaron mensajes para preguntarle cómo iba todo. Sid y Dakota también pusieron mensajes de texto. Pero él siguió donde estaba. Rob insistió en que fueran a la cafetería a almorzar, pero Finn comió rápidamente un sándwich y volvió a la sala de espera de los quirófanos. Desde allí vio entrar y salir a muchos doctores, enfermeras, técnicos y pacientes. Al principio del día su mente estaba ocupada con el bienestar y la recuperación de Maia, pero, a medida que avanzaba el día, se fue dejando absorber por la atmósfera del hospital. Una vez entraron corriendo un hombre y una mujer por la puerta de los quirófanos, ambos ataviados con pijamas quirúrgicas, y él se puso en pie de un salto. Dos horas después los vio salir y caminar con más calma hasta el ascensor, absortos en una conversación.

Finn sentía la fuerza y la urgencia del lugar. Le fascinaba la resolución que se captaba. Allí salvaban vidas. Algunas personas, como su madre, no lo conseguirían, pero, si no le fallaba la memoria, ella había estado rodeada de doctores y enfermeras que luchaban por mantenerla con vida. Tanto se habían involucrado algunos, que un par de enfermeras habían ido a su funeral. Maggie, a la que conocía desde hacía unos años, siempre había sido una mujer con vaqueros que iba a comer o cenar al pub con su esposo de vez en cuando, llevando normalmente a una niña en la cadera. Pero ese día era una superheroína. Estaría ocho horas o más en pie. Haría algo que muy pocas personas tenían la capacidad de hacer. Le salvaría la vida a Maia.

Y Finn pensó: «¿No sería guay que yo fuera lo bastante listo para hacer algo así?»

*Son muchos los modos que tiene un corazón de mostrar
la presencia del amor que preferiría ocultar.*

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Capítulo 10

Rob pasó mucho tiempo caminando alrededor del hospital. Era un lugar ajetreado, con mucha gente que iba y venía y ambulancias que pasaban aullando. En su teléfono pitó un mensaje. Era de Leigh. *¿Cómo va todo?*

Estamos bien, escribió él. Avísame cuando tengas unos minutos para hablar y busco un banco tranquilo fuera.

Cinco minutos después, ella contestaba al teléfono.

—¿Un día difícil? —preguntó.

—Mucho. Finn está muy entregado. Apenas he podido sacarlo de la sala de espera para almorzar. Cuando vuelva arriba, le llevaré algo de beber. Pero aguanta muy bien. Tenía que darle un beso a su chica antes de que se la llevaran al quirófano. Y Maggie, Dios la bendiga, le dijo que luego podrá verla unos minutos pero que Maia no tendrá muy buen aspecto. Le dijo que, una vez que la vea y se asegure de que se va a poner bien, se vaya a casa y les deje hacer su trabajo. Espero que siga ese consejo, no quiero que Maia se preocupe por él, ella necesita descansar sin distracciones. Asumo que va a tener mucho dolor.

—Y muchas drogas muy potentes. ¿Y tú qué? ¿Cómo lo llevas?

Rob respiró hondo.

—No tan bien como Finn. Odio los hospitales.

—Le pasa a mucha gente —contestó ella.

—No, yo los odio de verdad. No puedo quedarme ahí sentado. Entro a ver cómo está Finn, me aseguro de que coma y beba y me voy. Anoche, cuando lo traje a verla, lo esperé en el coche, en el aparcamiento.

—¿Es por el olor? ¿Te produce náuseas?

—Es por todo, pero el olor es terrible. Es el olor, el antiséptico, los médicos y enfermeras, los camisones de hospital y las vías. Lo odio.

—¡Caray! —exclamó ella—. Ese es un hospital muy agradable. Muy bonito. ¿Tienes miedo de pillar gérmenes o algo así?

—Seguramente será eso —respondió él—. Se me acelera el corazón, empiezo a sudar y hasta se me nubla la vista. No tengo paz en ese edificio.

—¡Santo cielo, Rob! Creo que tienes un ataque de pánico. Posiblemente trastorno de estrés postraumático.

—Nunca he estado en el ejército.

—No, Rob. Pero tuviste una mala experiencia en un hospital. Tu esposa. Y apuesto a que nunca habías vuelto a uno desde entonces.

—Tuve que llevar a Sean a Urgencias cuando se dio un golpe en la cabeza jugando al fútbol.

Tenía doce años.

—¿Y entonces se te aceleró el pulso? —preguntó ella—. ¿Estabas desesperado por salir?

—Sí, pero se había dado un golpe en la cabeza.

—Y casi te desmayaste en mi clínica.

—¿Trastorno de estrés postraumático?

—Eso parece. Pero no te preocupes, todo saldrá bien.

—Esto es más duro de lo que esperaba. No estaba preparado para esto. La última vez que estuve en un hospital por un motivo serio era un padre joven. Demasiados recuerdos desagradables. Demasiado pensar que no quiero que Finn tenga que pasar por algo así. Creo que eso hace que me hierva la sangre. Tengo un dolor de cabeza de baja intensidad y estoy sudando. No estoy muy preocupado por Maia, sé que está en buenas manos. Pero no puedo seguir aquí.

—¿Ansiedad? —preguntó ella.

—Tremenda. Cuando Julianne estaba en el hospital, no quería separarme de su lado. Nunca tuve ataques de pánico entonces. A lo mejor he pillado algo.

—¿Tienes dolores en el pecho o te falta el aliento?

—No tengo dolores, pero me acerco a las puertas del hospital y el corazón me va a cien. Note que me sube la presión arterial. Supongo que nunca me he puesto a pensar cómo sería volver a un hospital.

—Lo que debes hacer es esto. Busca un lugar cómodo para sentarte. Inspira por la nariz contando hasta tres y exhala despacio contando hasta doce y con los labios apretados. Eso te ayudará a relajarte muy deprisa. Luego estarás tranquilo un rato, el tiempo suficiente para ver cómo está Finn. No había pensado en esta posibilidad, pero encaja. Tu última experiencia fue traumática. Sufriste una gran pérdida. Y creo que tuviste un ataque de pánico en mi clínica el día que Finn se cortó la mano.

—Estoy deseando que se acabe la parte de hospital de todo esto.

—Apuesto a que ahora necesitas uno de esos masajes de cabeza.

—Voy a pasar por esto y luego voy a intentar no tener que repetirlo nunca. ¿Esto es una fobia?

—Solo es un episodio de pánico, Rob. Está relacionado con un trauma y se pasará. ¿Te sientes bien cuando estás fuera?

—Si exceptuamos que odio la idea de volver a entrar, sí.

—Quizá no tengas que hacerlo. Puedes ponerle un mensaje a Finn y decirle dónde os encontraréis cuando haya visto a Maia.

—Mi hijo está ahí dentro. Tengo que asegurarme de que está bien. Puede que se sienta aún peor que yo.

—Quiero que hagas las respiraciones que te he sugerido y te relajes si puedes. Y quiero que me llames cuando termine la operación y sepas cómo está Maia. ¿Lo harás?

—Sí, claro. Claro.

—Antes de empezar el viaje de vuelta a casa, llámame, por favor.

—De acuerdo. Gracias.

—Te echo de menos —dijo ella—. Todo va a ir bien.

Rob cortó la llamada sin darse cuenta de que no se había despedido. Unos segundos después le puso un mensaje: *Perdona, no te he dicho adiós Gracias por todo. Te llamaré luego.*

«¡Qué desastre!», pensó. Agradecía mucho tener a una mujer como Leigh en su vida y también le producía terror tener a una mujer como Leigh en su vida. ¡Había despertado en él

sentimientos tan fuertes y desesperados! ¿Qué sería de él si le ocurría algo a ella? ¿O a uno de sus hijos? Ni siquiera podía entrar en el maldito hospital sin estar a punto de desmayarse.

Se sentía débil. No de cuerpo, de espíritu. Y pensó: «Puede que me esté enamorando de ella y no puedo. No puedo hacerlo otra vez».

A las cuatro de la tarde, una enfermera se acercó a la sala de espera y dijo que Maia había salido de la operación, pero que tardaría al menos una hora en estar lo bastante consciente para ver a alguien, o quizá incluso dos horas o más.

—¿Ha llamado a sus padres? —preguntó Finn.

—Sí, están hablando con la doctora.

—¿Maia está bien?

—Parece que sí. La doctora Sullivan ha dicho que todo ha ido muy bien.

—¡Gracias, Dios mío! —susurró Finn.

Luego volvió a sentarse y a esperar con paciencia. Vio a los señores MacElroy a través de las puertas batientes de la zona de los quirófanos, pero esperó a que le dijeran que podía entrar.

Su padre salió del ascensor y se acercó a él.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Ya ha terminado la operación. La veré en una o dos horas. Estoy un poco nervioso. Espero que no tenga mucho dolor.

—¿Quieres que baje a buscarte un refresco o algo?

—¿Agua, quizá? Eso estaría bien. Gracias —contestó Finn.

Los MacElroy no salieron y él no sabía dónde estaban. Una hora después, Maggie entró en la zona de espera y Finn se puso rápidamente en pie.

—Ha sido una operación muy positiva —dijo la doctora—. Muy limpia, muy contenida, nada fuera de lo normal. El informe patológico inicial es que es benigno, no maligno, pero lo analizarán mejor. Creo que hemos quitado hasta el último resto, pero la próxima resonancia magnética nos dirá algo más.

—¡Dios mío! —exclamó Finn débilmente.

La idea de que hubiera que operar un tumor cerebral era tan traumática e intensa, que ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de un cáncer.

—Su recuperación en los próximos días será difícil. Le dolerá mucho la cabeza. Tendrá enfermeras las veinticuatro horas del día. Pero es joven, sana y fuerte. Se recuperará bien.

—¿Está consciente ahora?

—A ratos. Te llevaré a verla a Recuperación antes de que la muevan a la UCI, lo cual ocurrirá en la próxima hora. Hazle una visita breve y después te aconsejo que vuelvas a Timberlake. Mañana por la tarde podrá ponerte algún mensaje, pero las enfermeras no le dejarán que pase mucho tiempo haciendo eso. Y no solo va a estar muy cansada, también vamos a darle algo para dormir y dormirá mucho. Esta noche la ayudarán a andar.

—¿Esta noche?

—No va a andar mucho. Dará unos cuantos pasos con ayuda. Ven conmigo, vamos a entrar.

—Maggie, ¿asusta verla? —preguntó él—. Es decir, yo puedo soportarlo, pero ¿debería prepararme?

Maggie negó con la cabeza.

—No, no da miedo. Tiene una vía, una venda, un monitor de corazón... Lo habitual. Es todo por precaución, ella está bien. Vamos allá.

—Maggie, ¿por qué tienes tan buen aspecto? Has estado diez horas ahí dentro.

Ella sonrió y movió la cabeza.

—Creo que no me vendría mal descansar un poco, pero gracias por ser tan amable. Me he cambiado el pijama y lavado los dientes. Estaré aquí casi toda la noche. Quiero estar pendiente de ella las primeras horas después de la operación. Mañana tengo un par de operaciones mucho más cortas.

Se volvió y Finn la siguió. Pasaron al lado de muchas camas detrás de cortinas y lo que ocurría allí dentro le resultó todavía más interesante a Finn. Había médicos y enfermeras moviéndose por una sala amplia y un mostrador curvado en el centro. Maggie apartó una de las cortinas y se acercó a la cama.

—Maia, ¿estás despierta? —preguntó—. Finn está aquí.

Ella abrió los ojos. Intentó sonreír, pero tenía los labios secos y cuarteados. Una venda intimidatoria cubría una parte importante del lado izquierdo de su cabeza, sujeta con una gasa que le daba la vuelta a la cabeza.

Finn le tocó la mano y se inclinó hacia ella.

—Maggie dice que ha salido muy bien —dijo con suavidad.

—¿Has estado aquí todo el día?

—Sí. Mi padre y yo. Quería verte después de la operación, pero Maggie dice que no nos quedemos más, que tú necesitas todas tus fuerzas para mejorar. Si no te sueltan dentro de unos días, volveré. Y ponme mensajes cuando te sientas con ganas —se inclinó y la besó en la mejilla—. Si me necesitas, dile a alguien que me llame y vendré.

—Me gustaría que se acabara esto —dijo ella.

—Muy pronto —contestó él—. ¿Te duele mucho?

—Seis —repuso Maia.

Finn miró a Maggie, quien sonrió.

—En una escala de uno a diez, donde lo peor es diez.

—Casi siete —dijo Maia, con voz suave y rasposa—. La garganta...

—De la intubación —explicó Maggie—. Eso se pasará pronto.

—Necesito agua —dijo la chica.

—Te mojaremos la boca —repuso la doctora—. Por el momento te hidratas a través de la vía.

—Finn —dijo Maia. Tenía los ojos nublados por las lágrimas—. ¿Has estado aquí todo el día?

Él decidió que estaba mareada. Quizá un poco confusa.

—Te dije que estaría aquí. Lo prometí. Y, si necesitas que vuelva, lo haré.

—Maggie me dijo que tardarían horas. Cerré los ojos y me he despertado con una venda enorme y dolor de cabeza. A mí me han parecido cinco minutos.

—Estamos dejando esto atrás —dijo él—. De hora en hora.

—Voy a tener que hacer algo con el pelo. Está afeitado en un lado.

—Maia, eso no importa. Aunque te afeites la cabeza entera, seguirás siendo la chica más guapa del pueblo.

—No te dejaré nunca.

—Mejor —él le dio otro beso en la mejilla—. Tengo que irme. Tú duerme. Ahora ya va a ir todo bien. Ya te han sacado a ese cabroncete de la cabeza —se ruborizó y miró a Maggie—. Perdona.

—Yo pienso exactamente lo mismo —repuso ella con una sonrisa.

Finn besó una vez más la mejilla de Maia.

—Duerme. Y recuerda que te quiero.

—Te quiero —susurró ella.

—Te acompaño fuera —dijo Maggie.

—¿Dónde están sus padres? —preguntó él.

—Los dejé en un despacho detrás de la zona de las enfermeras hablando con un compañero cirujano sobre las instrucciones postoperatorias y las cosas que deben vigilar. Va a ser difícil librarse de ellos esta noche, aunque solo pueden verla unos minutos cada hora. Las visitas agotan. Probablemente le darán el alta en seis o siete días. Aunque eso depende de su doctor.

—Tiene buen aspecto, pero sus labios están muy secos —comentó él.

—No ha podido chupárselos en diez horas. Dentro de dos días recuperarán su belleza y suavidad.

—Para mí no tiene que estar guapa. Lo que no soporto es que esté sufriendo.

—Se va a ir curando a cada hora que pase. Tiene grapas en la incisión y se caerán en unos diez días. La incisión no cicatrizará del todo hasta dentro de un mes o seis semanas. Estará débil y cansada. Pero recuperará las fuerzas —Maggie dejó de hablar—. Y sin ese cabroncete en la cabeza —sonrió.

—Te gusta lo que haces, ¿verdad? —preguntó Finn.

—En días como hoy, me encanta lo que hago.

—¿Recuerdas el momento en el que supiste que era esto lo que querías?

—Con toda exactitud. Mi padrastro, un neurocirujano, me llevó a su hospital grande en Chicago un sábado por la noche para ver la carnicería que había en Urgencias y enseñarme una lección importante sobre mis malas decisiones a la hora de conducir, tales como correr mucho. Me llevó al quirófano. En la mesa de operaciones había un joven con heridas en la cabeza y Walter se metió en su cabeza y le salvó la vida.

Maggie suspiró.

—Yo me había lavado bien para entrar allí, pero me acercaba tanto, que la enfermera no dejaba de apartarme y de reñirme. Pero yo quería ver lo que hacía Walter. Mi padrastro esperaba que me desmayara o vomitara o algo así, no que intentara ayudar con la operación. Estuvo magnífico. Ahora está jubilado, pero fue uno de los mejores cirujanos del Medio Oeste. En aquel momento supe lo que quería hacer. No sabía si era lo bastante lista o competente para hacerlo, pero, desde luego, quería intentarlo.

Finn la miró admirado.

—Eso es muy guay —dijo—. Después de hoy, me va a resultar difícil servirte una hamburguesa en el pub como si tal cosa. Ahora que conozco esta parte de ti.

—Ha sido un buen día, Finn. Y gracias por ser tan valiente y tan alentador. Creo que eso ayuda.

—Ella haría lo mismo por mí —comentó él.

—Tu padre y tú deberíais ir a cenar y volver a casa. Confía en mí. Cuidaré bien de Maia.

Rob pensó que lo mejor para todos sería que tuviera una conversación sincera con Leigh y le explicara que él necesitaba aclararse antes de que lo suyo se volviera más serio. Le puso un mensaje por la mañana para preguntarle si podía llevarle el almuerzo y ella aceptó enseguida. *¿En mi casa?*, respondió.

Aquello era perfecto. Él pidió un par de sándwiches para llevar y a mediodía estaba en casa

de ella. Había decidido que se sentarían a la mesa a comer y hablar. La verdad era que él no le servía de mucho si ni siquiera era capaz de entrar en un hospital y ella trabajaba en una clínica. Bueno, sí, la clínica la soportaba bien, pero ¿y si enfermaba ella? ¿Y si tenían que hospitalizarla y él tenía que dar vueltas alrededor del hospital durante cincuenta minutos de cada hora?

Sostuvo la puerta abierta para que entrara ella. Antes de que terminara de cerrarse la puerta, ella estaba en sus brazos y los labios de ambos estaban pegados.

—¿Asumo que tu tía está fuera? —preguntó él.

—Sí —dijo ella, con los brazos en torno al cuello de él.

Treinta segundos después, estaban en la cama, desnudos y abrazados, y él la hacía gemir de placer.

Rob había tenido una esposa y unas cuantas mujeres más, pero nunca había conocido nada igual. En cuanto la tocaba, entraba en acción. Mejor dicho, en cuanto se daba cuenta de que estaban solos, se empalmaba. Eso no le ocurría desde los veinte años.

«Estoy jodido», pensó. Enterró la cara en el cuello de ella para no reír en voz alta. «Jodido» era la palabra correcta.

Sabía que no era posible hacerle locamente el amor a una mujer y a continuación explicarle por qué debería retirarse un poco. Y esa conversación no se podía tener por teléfono ni en un lugar público, así que, como aquel no era el día apropiado para hablar de ello, se dedicó a ella con lujuria y con intensidad y después la abrazó con ternura mientras ella recuperaba el aliento.

Decidió repensar una vez más el tema, porque el hecho de darle tanto placer hacía que se sintiera como el mejor amante del mundo. Y de todas las sensaciones que había tenido últimamente, esa estaba entre las primeras. Ella respondía a él con tal intensidad que lo llenaba de orgullo varonil. Y, cuando terminaban, ella siempre decía algo del tipo de que nunca en su vida había conocido nada igual.

Rob temía que le resultara imposible apartarse. Así que la abrazó unos minutos, le dijo lo maravillosa que era y luego volvió a poseerla.

Cuando Leigh yacía satisfecha en sus brazos, susurró:

—¡Oh, Dios mío! Por favor, que esto no se acabe nunca.

Y él sintió dolor en el pecho.

Solo les quedaban unos minutos para hablar y comer. Le habló de Maia, le dijo que Finn, agotado hasta la médula, había dormido durante todo el camino de vuelta a casa. Y luego era hora de que ella volviera a la clínica porque había pacientes que la necesitaban. Leigh guardó la mitad de su sándwich en el bolso para comérselo cuando tuviera un respiro.

—Esta es una dieta increíble —murmuró. *Cosmopolitan* debería escribir sobre ella.

Las cosas en Timberlake y en el Crossing se calmaron un poco cuando pasó la operación de Maia y declararon que había sido un éxito. Resultaba esperanzador pensar que no habría complicaciones en la recuperación. La chica seguía en el hospital y Helen sabía por Leigh, quien se enteraba por Rob, que iba bien, aunque tenía algunos problemillas.

—Me han dicho que tiene algún trastorno de equilibrio y mareo, por no hablar de dolor y debilidad, pero que eso no les asusta y creen que se resolverá solo. O quizá tenga que trabajarlos un poco en la fisioterapia que seguirá luego —había explicado Rob.

Llegó la ceremonia de graduación y Finn participó en ella con su clase.

—Parece ser que está más ilusionado con que Maia vuelva a casa que con la graduación, aunque sus abuelos han venido desde Florida para eso —dijo Helen—. Resulta terrorífico que

unos chicos tan adorables tengan que pasar por algo tan dramático.

—Si sale bien, no —comentó Sully.

—Puede que escriba sobre eso —anunció Helen—. Nunca he escrito sobre un tumor cerebral. Y tengo muy buenas fuentes. Lo que no pueda decirme Leigh, me lo dirá Maggie.

—Por cierto, he terminado tu libro —dijo Sully.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella, esperanzada.

—No sé si «gustar» es la palabra apropiada. Ha habido veces en las que he tenido que dejar de leer si quería dormir bien luego.

—¡Oh! Eso es maravilloso.

—Será mejor que empiece otro de inmediato.

—Pero si te resulta doloroso...

—No es doloroso, es solo que a veces hace que me lata con fuerza el corazón.

—No son libros de terror —aclaró ella—. Es decir, en su mayor parte no son de miedo.

—Helen, había algo escondido en el armario de esa mujer cuando ella estaba en la cama. Tuve que revisar el maldito armario antes de poder apagar la luz.

Ella se echó a reír.

—Deja que te pregunte algo —pidió él—. ¿Cuántos modos conoces de matar a gente?

—Muchos —repuso ella—. Con Google, interminables. Espero que no muera nadie cercano a mí y la policía revise mi historial de búsquedas.

—¿Tu qué? —preguntó Sully.

—Se me ha pasado algo por la cabeza —dijo ella—. Sé que te vas a resistir, pero quizá deberíamos entrenarte un poco con el ordenador. Sé que lo usas para las reservas y el negocio del día a día, pero poco más. ¿Y no crees que es hora de tener un teléfono?

—Tengo un teléfono. Mejor dicho, dos. Uno en la tienda y otro en la casa. Y también tengo un contestador automático.

—Cuando te ofreciste a sacar fotos de los alces, ¿qué pensabas usar?

—Una cámara.

—No estás al día, Sully. Me voy pasado mañana. ¿Cuándo te voy a llamar? ¿A las ocho de la mañana, cuando Enid y Frank escuchan tu conversación, o por la noche cuando estás en la cama? Si tienes un teléfono móvil, te puedo llamar en cualquier momento. Y te puedo poner mensajes. ¿Maggie no te ha reñido porque no puedas enviar o contestar mensajes?

—¡Tengo un teléfono! —insistió él—. Si quiere algo, me llama. Vivo en un condenado *camping*.

—Está bien, cálmate. No quería sacarte de tus casillas.

—Tuve uno de esos teléfonos de tapa abatible. Creo que era de Frank. Lo odiaba.

—Porque esos teléfonos son terribles —explicó Helen—. Si tuvieras uno normal, podríamos comunicarnos cuando esté fuera.

—¿Pasado mañana? —preguntó él.

—Sí, ya te lo dije.

—¿Te quedas a cenar esta noche?

—¿Quieres que me quede?

—Tengo pescado blanco, patatas, espárragos y un par de tomates. Puedes invitar a Leigh, por supuesto. Me encanta esa chica.

—La llamaré a ver si le interesa.

—¿Y cenarás aquí mañana por la noche?

Helen se echó a reír.

—Creo que me vas a echar de menos —dijo.

—Sabes perfectamente que sí.

—Mañana compraré yo la cena —propuso Helen—. Pero puede que mañana almuerce con Leigh, puesto que estaré fuera casi una semana. Así hablo con ella.

—Pero vosotras os veis continuamente —comentó él—. Vivís juntas.

—La verdad es que no nos vemos mucho, porque yo estoy siempre aquí y ella está siempre trabajando —repuso Helen—. Cuando vivíamos en lugares distintos, hablábamos todas las mañanas y todas las noches. Solo unos minutos, pero conectábamos todos los días. Mañana te traeré un par de libros más. Aunque no es obligatorio que los leas, y menos si te alteran el sueño.

Él sacudió la cabeza y soltó una risita.

—No consigo entender por qué se mete tu mente en sitios tan raros. Eres una persona encantadora, pero por Dios que tienes un lado retorcido.

—Tonterías, soy la persona más amable que conozco. Mi primer objetivo es hacer pensar al lector. A mí me gusta un buen acertijo, ¿a ti no? Mi segundo objetivo es que al lector le gusten los personajes, a veces incluso los malos. Y el tercer objetivo es que se queden despiertos hasta tarde para saber qué va a pasar. No me avergüenza causar algo de insomnio a veces.

Helen y Sully cenaron solos las dos noches. Leigh estaba trabajando en la clínica la primera noche y la segunda, la víspera antes de que se fuera su tía, estaba en casa de Rob, donde había una pequeña fiesta de graduación aprovechando la presencia de sus abuelos. En la fiesta estaban también Sid, Dakota y un par de amigos de Finn. Leigh se había ofrecido a preguntarle a Rob si podía ir Helen, pero esta había declinado la oferta.

—Me temo que mi agenda está llena. Por la tarde haré la maleta y por la noche le he ofrecido a Sully hacerle la cena, pero no volveré tarde, pues quiero salir temprano.

Mientras daba los toques finales a la maleta, preparaba también una cazuela con hojas de col rellenas a partir de una receta sana que había encontrado en internet. Tomó un aguacate y una bolsa de distintas hojas mezcladas para preparar una ensalada. Estaba deseando que el huerto diera por fin verduras para el consumo. Sería la primera vez que asaltaba un huerto. Ya casi estaban en junio y los productos sembrados iban muy bien y prometían una cosecha excelente. Dos meses más y podría hacer toda la ensalada con artículos del huerto de Sully.

—Estoy impresionado —dijo este—. Jamás habría adivinado que me gustaría la col rellena.

—No tengo muchas recetas de las que pueda fiarme —contestó ella—. Solía estar demasiado ocupada para perder tiempo en la cocina, pero siempre he sido capaz de preparar una comida. Y ha sido un gran regalo tenerte a ti en la parrilla. Tenía una en Chicago, pero casi nunca la usaba.

—Y yo casi nunca uso la cocina —repuso él con una carcajada.

—¿Qué vas a hacer en mi ausencia?

—Estaré ocupado preparando el fin de semana del Día de los Caídos. Algunas personas juntan unos días a los tres de fiesta y lo convierten en unas vacaciones. Este fin de semana empezarán a llegar campistas. Habrá bastantes, pero a partir de la semana siguiente estaremos ya prácticamente llenos todo el verano.

—Dime la verdad, Sully. ¿No te estorbo un poco?

—¡Cielos, no! —repuso él—. Tendré a un par de chicos de Tom Canaday ayudándome. Los dejaré trabajar las largas horas de verano en la tienda. La gente siempre es bienvenida en el porche de la tienda y puede usar la electricidad. También utilizan las duchas y las instalaciones

para hacer la colada y la máquina de hielo está en el porche de atrás. Pero yo no aumentaré mis horas de trabajo. Además, la segunda mejor parte del día para mí es mirar al porche y verte ahí escribiendo.

—¿La segunda? —dijo ella—. ¿Y cuál es la mejor parte?

Él le tomó una mano.

—Esta —respondió—. Espero estar tan ocupado preparando esto para el verano que la semana se me pase de prisa.

Helen vaciló un momento, y al final optó por la sinceridad.

—Yo también. Pero, Sully, sabes que solo estaré aquí el verano.

—En ese caso, debería ser un buen verano.

Ella terminó su vaso de vino.

—Será mejor que me vaya mientras aún me queda algo de energía. Quiero revisar mi lista y asegurarme de que lo tengo todo.

—Si te quedaras a dormir, podrías tomar otro vaso de vino —comentó él—. O de esa cosa pija que hay en la botella que parece un monje.

—¿Y tú me dejarías usar el cuarto de invitados?

—Por supuesto. Es el antiguo cuarto de Maggie. Pero no es necesario ensuciar dos juegos de sábanas.

—¡Vaya, Sully! —exclamó ella, riendo a su pesar—. Me sorprendes.

—Probablemente no tanto como me sorprende a mí mismo.

—Me voy a tener que ir antes de que me tientes.

—O puedes quedarte y ver si me queda alguna tentación —contestó él.

—Me gustaría pensarlo antes un poco.

—Está bien, pero yo pensaba que eras más osada que yo. Y soy un hombre dispuesto, aunque probablemente tendría que dormir con un ojo abierto. Te acompañaré al coche.

—Está a diez pasos de aquí.

—Pues daré diez pasos —respondió él. La tomó del brazo con gentileza y bajó con ella los escalones. Cuando llegaron al automóvil, la abrazó—. Por favor, ten cuidado. Creo que Nueva York es un lugar peligroso.

—Solo en la tele —dijo ella—. Conozco la ciudad. Y estaré casi siempre con gente.

—Te voy a dar un beso de despedida —anunció él. Se inclinó y le dio un pico en los labios.

Helen se quedó atónita. Muy sorprendida. Por supuesto, sabía que la apreciaba. Pero pensaba que solo serían buenos amigos. Permaneció inmóvil, intentando absorber el significado de aquel beso. Luego le puso las manos en las mejillas, unas mejillas suaves porque él siempre estaba bien afeitado cuando ella andaba cerca, y le plantó un beso gigante. Puso un sentimiento sincero en el beso y cuando apartó los labios, él la miró fijamente, maravillado.

—¡Madre mía! Te juro que me siento como si tuviera dieciocho años —dijo.

—Te echaré de menos, Sully. Te llamaré cuando pueda.

—De acuerdo.

—Y tú ten cuidado también.

Maggie y Cal no volvieron de Denver hasta el sábado. Sully pasó por su casa por la tarde.

—¿Y cómo está esa chica? —preguntó.

—Bueno, aún no hace una semana que la operamos, así que tiene sus dificultades, pero yo diría que su estado es prometedor. No es fácil recuperarse cuando te han abierto la cabeza —

repuso Maggie—. Mi compañero se ha quedado con ella y la cuidará mientras estoy aquí. Espero que le dé el alta en un par de días.

Sully jugó un rato con Elizabeth, pero cuando Maggie se la llevó arriba a acostarla, arrinconó a Cal.

—Necesito un favor —dijo.

—Lo que tú digas, Sully.

—Necesito uno de esos teléfonos pijos. De esos nuevos, que hacen de todo lo imaginable, incluido hacer fotos, hacer películas y que te dejan ver la cara de la persona con la que hablas. Tengo el viejo teléfono de tapa que me dio Frank hace años, pero ni siquiera sé dónde lo he puesto.

—¡Vaya! —comentó Cal—. Esa es una transición importante. ¿A qué se debe?

—Tengo una buena amiga a la que le gusta viajar. Y le gusta poner mensajes. Y también estar en contacto.

—¿Helen? —preguntó Cal—. ¿Helen es tu buena amiga?

—¿Y de qué otro modo quieres que la llame? —preguntó Sully, un poco picado.

Cal carraspeó.

—¿Quieres venir conmigo a comprar ese teléfono pijo?

—¿Cuánto tiempo se tarda en algo así?

—Es algo aburrido, pero tendremos que ir a Aurora. O quizá a Breckenridge. Podemos ir cuando quieras. Solo tengo que ver dónde hay una buena tienda de teléfonos y a qué horas abre. ¿Te parece bien el lunes por la mañana mientras Enid y Frank están en la tienda?

—Hagámoslo lo antes posible —repuso Sully—. Ya me he perdido tres llamadas tuyas porque tengo que estar cerca del teléfono en la tienda o en la casa para contestar. Quiero uno de esos móviles.

—Por supuesto.

—Gracias. Dile a Maggie que la veré luego.

*Solo hay dos errores que se puedan cometer
en el camino hacia la verdad: No empezarlo
y no llegar hasta el final.*

BUDA GAUTAMA

Capítulo 11

Leigh tenía la esperanza de que, cuando Rob volviera a casa después de la operación de Maia en Denver, pasarían juntos mucho tiempo. Pero llegó la graduación y la visita de sus suegros y estuvo muy ocupado. Un par de veces temió ella que se hubiera replanteado su relación, porque parecía más ocupado de lo habitual. Después le presentó a la familia de su difunta esposa y ella suspiró aliviada. Todo iba bien.

Aunque, por expreso deseo de Finn, Rob no hizo grandes preparativos para la graduación, los padres de su difunta esposa no quisieron perdersela. Y, por supuesto, Sid, la tía de Finn, y Dakota se unieron a la celebración. Leigh, por su parte, no asistió a la ceremonia de graduación, pero al menos Rob la incluyó en la cena y la presentó como la mujer con la que salía. Y conoció al abuelo y la abuela Speer.

Empezaba a aceptar el hecho de que, mientras sus hijos vivieran con Rob, no habría largas noches juntos. Los abuelos intentaron convencer a los chicos de que fueran de visita a Florida, pero sin éxito. Finn no quería ni pensar en dejar a Maia y Sean se negaba a dejar a sus amigos del béisbol.

Peo incluso sin el lujo de pasar noches juntos, se las arreglaban para pasar tiempo juntos de vez en cuando. Un tiempo encantador.

Luego llegó el fin de semana del Día de los Caídos y el pueblo pareció llenarse de gente, lo que implicaba, claro, que en el pub había mucho ajetreo. Sully tuvo la amabilidad de incluirla en sus planes familiares y el lunes fue al Crossing a pasar el rato en el porche. Allí estaba todo el contingente Jones: Cal, Maggie, Sierra, Connie, Dakota, Sid y los pequeños. Leigh miró a Sierra y dijo:

—Menos mal que hay un par de doctoras presentes.

—Lo sé —repuso la embarazada—. Ya casi no puedo tomar en brazos a Sam.

—Porque es un pequeño gorila —intervino Connie.

Los hombres de la familia se turnaron en la tienda, puesto que el *camping* estaba bastante lleno. No solo se vendían muchas cosas, también había que reabastecer continuamente los estantes. Pero Sully estaba sentado como un rey en su trono en el porche, mientras Leigh intentaba enseñarle todo lo que podía hacer con su nuevo iPhone.

—He desperdiciado muchos juramentos con esta maldita cosa, pero estoy empezando a ver que tiene su encanto. Lástima que no tenga a nadie a quien llamar aparte de Helen.

—¡Eh!, yo acepto llamadas —dijo Maggie.

—Yo contesto cuando me llaman —intervino Sierra.

—Si me necesitas, ahora puedes encontrarme —anunció Cal.

Pero resultaba bastante obvio que a Sully no le interesaba mucho llamarlos. Y Leigh

empezaba a darse cuenta por fin de que podía haber algo más que una amistad entre su tía y el señor Sullivan. Pero, seguramente, no mucho más.

Hicieron juntos el pícnic tradicional al estilo familiar en el porche de Sully. Leigh ayudó a las otras mujeres en la cocina. Y tomó nota de que el anfitrión llamaba varias veces a Helen por teléfono y reía con ella. ¡Santo cielo! Estaba muy pillado.

¿Lo estaría Helen? ¿Y cómo no se había dado cuenta antes? ¿Dónde había tenido la cabeza?

¡Ah, sí! La respuesta era fácil. En Rob.

Después del pícnic del Día de los Caídos, Connie Boyle lanzó unos cuantos fuegos artificiales sobre el lago y luego se dispersaron todos.

Leigh fue a ver a Rob. Los chicos estaban con él, trabajando en el pub. Necesitaban el dinero y él necesitaba su ayuda, pero a esa hora del lunes por la noche, empezaba a irse la gente. Ella se acomodó en un taburete de la barra y él se acercó de inmediato.

—Hola, guapa —dijo—. ¿Qué tal el pícnic en el Crossing?

—Muy bien. A veces soy un poco lenta. Sabía que Sully y la tía Helen eran amigos. Ahora creo que son mucho más. Hoy han hablado mucho por FaceTime. Sully se ha comprado un iPhone solo para hablar con ella. Son más que amigos, creo. Cuánto más, ni siquiera quiero pensarlo.

Rob sonrió.

—Eso es muy bonito. Asumo que Sully ha estado mucho tiempo solo. ¿Y Helen?

—Creo que estuvo enamorada un par de veces, pero yo casi no me di cuenta y ella nunca habló de ello. Helen siempre ha sido muy independiente. Y muy feminista.

—¿Te sirvo algo? —preguntó él.

—Bueno —ella miró a su alrededor. Cada vez quedaba menos gente—. Agua con hielo, por favor.

Él se la llevó.

—Tengo una idea que quiero que oigas. El domingo después del próximo podemos ir a cenar a un sitio que conozco, un restaurante portugués en Denver. Conozco al chef y es fabuloso.

—Debe de ser fabuloso si estás dispuesto a ir hasta Denver para cenar —dijo ella—. Yo iré a cualquier sitio que quieras.

—Me gustan los viajes largos contigo, aunque el tráfico pueda ser una tortura. Podemos quedarnos a dormir. He pensado pedirle a Sid que se quede en casa con los chicos. Mis hijos probablemente ya no necesiten canguro, pero, si voy a estar tan lejos, prefiero que haya un adulto responsable cerca.

—¿A pasar la noche? —preguntó ella, tragando saliva.

—Dakota me habló de un hotel de montaña que hay al sur de Denver. He pensado que podíamos probarlo. Sé que empiezas a trabajar pronto. Podemos salir temprano y volver a tiempo.

—O puedo pedirle a Bill Dodd que me cubra —dijo ella—. Así no tendríamos que volver muy pronto. Podríamos desayunar por lo menos. Si te interesa.

—Me gustaría que fuera el próximo domingo —explicó él—. Pero Sid y Dakota están ocupados. Nos veremos antes de eso. Quizá no para toda la noche, pero...

—Pensaba que nunca tendríamos una noche completa —repuso ella, que sabía lo difícil que era para él hacer aquel tipo de arreglos—. Los chicos te van a tomar el pelo de lo lindo.

—Soy parcialmente sordo, ¿no te lo he dicho?

—Muy conveniente.

Quince minutos después, él la acompañaba a la puerta y le daba un beso de buenas noches. No fue como el tipo de beso que compartían cuando la atmósfera era más íntima.

—Hay algo que quería decirte —comentó él—. Me gusta tener novia.

—Me alegro —repuso ella—. Creo que a mí me gusta tener novio.

—Sé que no soy un gran novio. Por si no te lo he dicho antes, agradezco tu comprensión sobre lo que pasa en mi vida, mis muchos compromisos. Si fuera un hombre soltero sin hijos y sin un negocio exigente, estaríamos juntos mucho más. Nuestra relación no sería tan ocasional.

Ella frunció el ceño. ¿Adónde quería ir a parar él?

—Rob —dijo—, tenías los hijos y el negocio antes de que llegara yo. Entiendo que estés ocupado.

Él la besó en la frente.

—Gracias —dijo—. Eso es importante. Creo que llegará el momento en el que los chicos no me necesitarán tanto y el pub tampoco. En un par de años estaremos los dos más libres.

—¿Están intentando recordarme que no me tome esto demasiado en serio? —preguntó ella.

—Ninguno de los dos puede ir en serio, pero lo pasamos muy bien, ¿verdad?

—¿Por qué no lo dices y acabas de una vez? Quieres estar seguro de que no me haga ilusiones de casarme contigo.

—Eso no es lo que quería decir.

—Pues apuesto a que no anda muy lejos.

Rob respiró hondo.

—Unas partes de nuestra relación son muy intensas y no quiero cambiar eso, pero...

—Pero quieres asegurarte de que conozca los límites. Pues los conozco. Déjalo antes de que me haga sentir manejada.

Él se echó a reír.

—Eres una mujer admirable. De acuerdo, demándame. No estoy acostumbrado a una mujer como tú.

—Pensaba que tu última amante era exactamente igual. Dijiste que os veáis poquísimos.

—Esto es muy diferente —declaró él—. Nosotros nos vemos. No tanto como me gustaría, pero, cada vez que estamos juntos, sé que no podré esperar un par de meses. Necesito fuerza de voluntad para esperar un par de días.

—Pues no esperes. Y deja de intentar cerciorarte de que yo no tenga expectativas.

Él sonrió y movió la cabeza.

—Me has pillado —dijo—. Te aprecio tanto ya, que no quiero herirte ni decepcionarte. Y no quiero ir demasiado deprisa. ¿Te parece que voy muy deprisa?

—Me parece que quieres asegurarte de que tenemos un acuerdo. Yo tengo treinta y cuatro años y ningún deseo de jugar. Tú eres una distracción encantadora, pero mis esperanzas y sueños no han cambiado. No soy una chica soñadora. Pero más vale que entiendas algo, y no creía que tuviera que llegar a ser tan específica. Una mujer cada vez, Rob. Ahí es donde pongo yo el límite.

—Por supuesto, Leigh.

—Me alegro. En ese caso, creo que estaremos bien.

Él la abrazó por la cintura y sonrió.

—Bésame. Tengo que entrar ahí y empezar a cerrar.

Y aquel beso sí contenía toda la pasión de sus momentos íntimos.

—Tranquilo —dijo ella—. No te voy a embaucar para que te cases conmigo ni a atraparte en

un compromiso más serio. Simplemente disfrutemos de esto.

—¿Sin ataduras? —preguntó él.

—Hay muchas ataduras. Insisto en que salgamos en exclusiva, insisto en sinceridad y respeto y exijo amabilidad. Hasta el momento, parece que no te cuesta darme esas cosas. Y yo haré lo mismo.

—Creo que eres lo mejor que me ha pasado nunca —declaró él.

—Me voy a casa. Creo que estoy un poco cansada y quizá un poco susceptible —Leigh le dio un beso rápido—. Buenas noches.

Leigh echó a andar hacia su casa, sumida en sus pensamientos. «¿Qué es esto? Si soy tan maravillosa, ¿por qué no busca el modo de que estemos más próximos en vez de buscar modos de que sigamos cada uno en su sitio? ¿Fobia al compromiso? ¿Quiere estar seguro de que no busco matrimonio?». Aunque pensaba que podía estarse enamorando de él, era lo bastante lista para saber que era demasiado pronto para algo así.

Era imposible no ver que era un hombre al que le ponía nervioso pensar que la mujer con la que salía buscaba más de lo que él quería ofrecer.

Después de eso, no tuvo nada de sorprendente que no pasara muy buena noche. Fue temprano a la clínica. Estaba cansada. Le alegró llegar la primera, antes que las empleadas y los pacientes. Buscando una distracción, encendió el ordenador y revisó los emails. Encontró un mensaje que no esperaba ni quería recibir. Era de JHolliday. Contuvo un momento el aliento y luego lo abrió.

Querida Leigh,

No sé lo que ha pasado con las cartas que te he escrito a lo largo de los años. La única vez que te llamé, colgaste antes de que pudiera hablar. Probablemente habrás tirado las cartas. Solo quiero estar en contacto. He cometido muchos errores, empezando contigo. Probablemente fue el estrés postraumático que traje de la guerra lo que me impulsó a hacer algo tan estúpido. Me costó unos años darme cuenta de que tenía muchos problemas de TEPT. Jamás debería haberte dejado. He pensado en ti todos los días desde que rompimos.

Vuelvo a estar solo y mi madre me ha dicho que sigues soltera. Me gustaría verte. Hablar contigo. Me voy a tomar unos días libres y voy a ir a Timberlake. Así no podrás tirar la carta a la basura, borrar el correo o colgar el teléfono. Porque nunca he dejado de pensar en ti y creo que todavía te quiero.

Con amor,

Johnny

Johnny nunca había tenido el sentido de la oportunidad. No podía haber elegido un día peor ni un momento peor para volcar su mierda. ¿Otra vez solo? Si Leigh no recordaba mal, siempre que estaba solo se ponía en contacto. Solo ese hecho ya la enojaba. Siempre lo había ignorado. Pero Helen seguía en contacto con Dottie Holliday y seguramente se había encargado de asegurarse de que la madre de Johnny supiera lo bien que le iba a ella.

¿TEPT? Eso explicaría algunas cosas, aunque Johnny no había estado destinado en un lugar particularmente peligroso. Había trabajado en suministros en una base grande y bien protegida y, cuando hablaba con ella por Skype o le escribía correos, siempre afirmaba que estaba muy aburrido.

La idea de que aquel hombre, que no era capaz de un compromiso a largo plazo pensara que

podía ir a verla resultaba patético.

Contestó al email.

Querido Johnny,

Lamento oír que vuelves a estar solo. Y lamento saber que descubriste que tenías problemas de trastorno de estrés postraumático y que eso te empujó a tomar malas decisiones. Espero que hayas buscado ayuda para eso. Pero nuestra relación terminó hace años. Seguimos caminos separados y no estoy dispuesta a dar un paso atrás. Te deseo todo lo mejor. En este momento tengo una relación. No vengas a verme a Timberlake, perderías el tiempo.

Atentamente,

Leigh

A continuación, sin saber por qué, se echó a llorar. No recordaba la última vez que había llorado. Es decir, lloraba leyendo algunos libros, viendo una película triste o cosas así, pero nunca había llorado sin motivo. Hacía mucho que había superado lo de Johnny. Si quedaba algún sentimiento en ese campo, tenía más que ver con rabia o decepción. De hecho, sus antiguos sentimientos por él le producían más miedo que atracción. Y sí, se estaba enamorando de Rob, pero eso era irrelevante, pues ella solo quería estar con un hombre que la quisiera tanto o más que ella a él, un hombre que estuviera preparado para ese tipo de sentimientos.

Era feliz. Nunca había sido tan feliz. Había un hombre bueno en su vida, tenía una intimidad muy satisfactoria, su tía estaba con ella, tenía un buen trabajo, amigos...

Sin embargo, lloraba.

Helen volvió después del fin de semana del Día de los Caídos. Cenaba con Sully en el Crossing un día sí y otro también. Leigh a veces se unía a ellos. El sol de junio se ponía cada día más tarde, pero de todos modos encendían una vela en la mesa del porche. El huerto empezaba a ofrecer su botín y ya tenían lechugas de sobra. Los tubérculos eran pequeños todavía, pero deliciosos, los tomates crecían, pero la mejor cosecha se daría en julio y agosto. Sully tenía un rincón de espárragos que salieron temprano. El ruibarbo estaba crecido y Enid hacía flan, tartas y magdalenas para la tienda. Faltaban pocas semanas para tener calabacines de buen tamaño, calabazas amarillas y pepinos, pero incluso los primeros y pequeños estaban deliciosos. Helen esperaba impaciente el final del día cuando daban un paseo y hablaban y después podía ir a recolectar al huerto. Cebolletas, rábanos, remolachas y puerros. Las judías verdes, las berenjenas y los melones no habían salido aún.

—Te gusta el huerto —dijo Sully.

—Es como tener un puesto de productos en el jardín.

—¿Y tú nunca has tenido un huerto?

—¡Demonios, Sully! Hacía dos trabajos y era madre soltera. Me asustaban un poco los costes de la universidad de Leigh. Primero me costó horrores convencerla de que tenía que terminar su educación y después no podía hacer que parara.

—¿Cómo conseguiste pagar tanta universidad?

—Primero empecé a ahorrar antes de que fuera. Luego tuvo préstamos y becas en los últimos años de Medicina. Hace unos años que pagamos los últimos préstamos. Entre las dos nos arreglamos —se echó a reír—. Soy una tacaña. Será mejor que lo sepas.

—Yo no lo soy —repuso Sully—. Simplemente no tengo ningún motivo para gastar dinero.

—¿Tienes ahorros? —preguntó ella—. No quiero ser cotilla, pero ¿estás preparado para la vejez?

—En cierto modo —repuso él—. Tengo algo de dinero guardado, algunos ingresos, algo de pensión y un pedazo grande de terreno de Colorado al lado de un lago.

Ella soltó una risita.

—Cierto. Esto probablemente valdrá una fortuna.

—Probablemente —dijo él—. No coqueteas conmigo por mi dinero, ¿verdad?

Helen dejó la cesta de verduras en el suelo y se sacudió las rodillas.

—Creí que había sido clara —comentó—. Tengo mi propio dinero. No soy rica, pero vivo desahogada. Y, como tú, trabajaré mientras pueda moverme.

—Los dueños de tiendas y los escritores no tienen mucha capacidad para jubilarse.

—Espero que no tengas planes mañana por la noche —dijo ella—. Leigh y Rob se van fuera. Mi sobrina me ha dicho que él quiere llevarla a un restaurante en Denver y que pasarán la noche allí.

Sully se llevó una mano al pecho.

—¿Estás pensando traer tu pijama de lunares aquí? —preguntó.

—Lo he pensado, sí, puesto que lo has sugerido varias veces.

—¿Sabes hacer reanimación cardiopulmonar?

—Si hablas así, cambiaré de idea seguro. Lo último que me apetece hacer es llamar a Maggie para contarle que he matado a su padre.

—A mí me parece que tú te llevas muy bien con los asesinatos. Acabo de terminar el último libro que me diste, el de la escritora de misterio en un pueblo del norte de California.

—No soy yo, ¿sabes? Cuando lo escribí, pensaba en Angela Lansbury. ¿Recuerdas su serie?

—No sé —repuso Sully—. ¿En qué equipo juega?

Helen volvió a tomar la cesta.

—Sé que la gente debe pensar que somos una pareja improbable, pero me haces reír. Me lo he pasado muy bien contigo. Y hace mucho tiempo que no hay un hombre en mi vida.

—¿Cuánto tiempo exactamente? —preguntó él, entrando con ella en la casa.

—Casi no lo recuerdo. Creo que fue hace cinco años. No, no, eso fue solo un coqueteo. Él era muy arrogante. Diez años, supongo. Me di cuenta de que prefería la compañía de mis amigas mujeres. ¿Y tú?

Él lanzó un resoplido.

—Desde siempre.

—¿No ha habido nadie desde tu divorcio? —preguntó ella.

—Umm. Una mujer de Leadville, hace mucho tiempo. Veinte años o más. Se cansó de mí rápidamente, se casó con un ranchero viudo y murió hace unos años, mucho antes de que le tocara.

—¿Te has sentido solo? —preguntó ella.

—No. A veces deseaba que Maggie estuviera aquí. Pero pasa tanta gente por aquí, hay tantos a los que les gusta sentarse en el porche o en la tienda, que normalmente no he tenido tiempo de sentirme solo. ¿Y tú?

—Sí, algunas veces. Suelo planear muchos viajes para ir a congresos de escritores o a retiros donde veo a viejos amigos. Visito a mis amigas de manera regular. He descubierto que, si paso demasiado tiempo completamente sola, trabajo menos, no más. Demasiada tranquilidad me distrae. Pero aquí estoy trabajando bien.

—¿Quieres que ponga ya el pescado en la parrilla?

—No, espera media hora más —aconsejó ella—. ¿Cómo vas con tu nuevo horario?

Sully había empezado a trabajar horas determinadas, empezando a las ocho y terminando a las seis de la tarde. Algunos de sus clientes habituales se sorprendían de que no estuviera siempre en la tienda, pero se adaptaban. Un valiente le había preguntado si se encontraba bien y después también por qué había cambiado el horario.

—Porque tengo una amiga y nos gusta cenar juntos, igual que al resto del mundo —había contestado Sully.

—Tenía que haberlo hecho hace años —le contestó a Helen.

Pasaron el tiempo preparando juntos la cena. Helen lavó las verduras del huerto, Sully cortó el brócoli y lo envolvió en papel de aluminio junto con aceite de oliva, *pepperoncinis*, cebollas y champiñones. Luego, antes de llevarse el pescado y las verduras a la parrilla, la besó en la mejilla.

—Pensemos cómo podemos hacer que la cena de mañana sea especial —dijo.

—De acuerdo. Lo hablaremos —repuso Helen.

Leigh se daba cuenta de que llevaba un par de semanas algo malhumorada y en realidad no había explicación para ello. Contaba con que su escapada con Rob arreglara eso, empezando por el viaje en sí. Charlaron durante todo el camino hasta Denver. Él le habló de cómo había descubierto aquel pequeño restaurante portugués, cómo había conocido al chef inmigrante y a su familia y se había convertido en un admirador. Intentaba ir allí dos veces al año, y lo conseguía al menos una. Normalmente iba solo, pero alguna vez había ido con sus hijos.

Cuando la puso al día sobre el estado de Maia, la tomó de la mano. La chica llevaba ya dos semanas en casa y, aunque todavía tenía que recuperarse del todo, Finn estaba mucho más relajado. Pasaba un par de horas con ella todos los días. Le habían afeitado parte de la cabeza para la operación, pero ella se separaba el pelo en el otro lado y cubría la cicatriz con su hermosa y larga melena. Seguía fatigada, probablemente tanto por las horas de anestesia como por la operación en sí. Los doctores se declaraban muy complacidos con sus progresos.

Leigh se relajó tanto con el sonido de su voz, con el modo gentil en que le contaba todo lo que ocurría en su mundo, que empezó a adormilarse. Se despertó de pronto.

—¡Vaya! Lo siento mucho —dijo.

Rob soltó una risita y le apretó la mano.

—A veces no paro de hablar.

—No. Te estaba oyendo y tu voz me acunaba. Me encanta tu voz. Además, he estado casi todo el día en la clínica con papeleo atrasado, aprovechando que estaba cerrada y tranquila. El papeleo siempre me agota, probablemente porque es muy aburrido. Estaba tan contenta con lo de esta noche, que creo que me he despertado pronto, pero prometo seguir despierta el resto del camino y durante la cena.

—Duerme un poco ahora —sugirió él—. Estás en buenas manos. Y me aseguraré de que duermas bien esta noche.

—De eso estoy segura —contestó ella.

La cena fue muy buena. El chef se mostró muy hospitalario y parecía contento de verlos. El hotel en el que se hospedaron también era precioso. Hablaron poco e hicieron el amor como de costumbre. Leigh estaba en el paraíso y, definitivamente, nada malhumorada. Se acurrucó contra él y admitió para sí que era muy feliz. Pensó que estaban bien así, que estaría satisfecha

simplemente con tener a aquel hombre en su vida durante años, incluso con todas las complicaciones de él.

Rio suavemente contra su pecho.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó él.

—No es nada gracioso —repuso ella—. Estaba pensando que eres el hombre perfecto para mí. Soy muy feliz. Creo que cubres todas mis necesidades y espero hacer lo mismo por ti.

—Claro que sí —Rob la estrechó contra sí—. Todas y más.

Helen sintió que se hundía la cama y abrió un ojo. Sully se escabullía al cuarto de baño. Miró el reloj y, cuando vio que eran casi las seis, se incorporó sentada.

Él volvió del baño.

—Helen, tú no tienes por qué levantarte todavía. Sigue durmiendo. Yo haré el desayuno cuando te levantes de verdad.

—Estoy lista para levantarme. Tengo cosas en la cabeza.

Sully se sentó en el borde de la cama.

—Suéltalas —dijo, con el aire de un hombre que esperara lo peor.

—Lo de anoche fue muy bonito y he dormido muy bien. No se me da bien dormir con nadie, pero he dormido muy bien.

—Me levanto mucho —comentó él.

—Dos veces —dijo ella—. He aprovechado para levantarme yo también.

—Y ronco.

—Solo he tenido que ponerte la mano en la espalda y te has callado enseguida —contestó ella—. La cuestión aquí es cómo has dormido tú.

—No estoy seguro. Me siento mejor de lo que me he sentido en cuarenta años y no estoy nada cansado. Tú te quedas muy quieta cuando duermes. Una vez incluso he pensado ponerte un espejo debajo de la nariz para ver si respirabas.

Helen se echó a reír.

—No me muevo mucho, pero tengo el problema de que de vez en cuando tengo mucho calor.

—Me he dado cuenta —comentó él—. Helen, no soy un hombre joven, pero eso ya lo sabías.

—Eres perfecto para tu edad —repuso ella—. Me he sentido muy cómoda contigo. Sully, lo he pasado bien.

—¿Volverás a quedarte a dormir alguna otra vez?

—Imagino que sí —contestó ella.

—¿Si Rob y Leigh hacen otra escapada?

—Tengo sesenta y dos años y ella treinta y cuatro. Creo que, a estas alturas, podemos ser sinceras la una con la otra. Yo no tengo nada que objetar a que pase una noche con su amante. Todos somos adultos responsables.

Sully se inclinó y la besó en la frente.

—Nosotros no tenemos que preocuparnos por anticonceptivos, ¿verdad? —los dos se echaron a reír—. Me gustaría, principalmente por ti, que nos hubiéramos conocido cuando era más joven.

—No digas eso —respondió ella—. Nos las arreglamos bien a nuestras edades. Quizá no resulte tan estético como antes, pero es obvio que todavía funcionamos.

—Sí —repuso él con un estremecimiento—. Seré sincero contigo. No estaba seguro de eso.

—¿Crees que podríamos dar un paseo esta mañana? —preguntó ella.

—Primero tengo que tomar un café —respondió él—. La costumbre, ¿sabes?

—De acuerdo. Tendré paciencia.

—Haré el café en la cocina —dijo él—. Y después podemos dar un paseo antes de que abra la tienda. De hecho, puede que hoy se me adelante Enid.

—¿Quieres que hagamos como si acabara de llegar?

—¿Por qué? Estoy orgulloso de que hayas pasado la noche aquí. Por supuesto, no lo voy a gritar a los cuatro vientos, pero no veo la necesidad de inventarse historias.

—Mejor. Yo prefiero ser sincera y no me siento nada avergonzada ni me arrepiento de nada. De hecho, señor Sullivan, creo que eres la mayor sorpresa de mi vida.

—¿Y eso por qué? —preguntó él.

—Lo último que imaginaba encontrar aquí era un hombre. Y menos un hombre al que apreciara tanto. Y sin embargo...

—Bueno, muchacha, tú también me has sorprendido. Pensaba que probablemente había dejado atrás el tiempo en el que podía estar con una mujer. Y menos una que me da unos sustos de muerte.

—Y a mí me gusta este sitio. Aunque necesitas un colchón nuevo...

—Se hunde en todos los puntos correctos —dijo él.

—Iremos juntos a elegir uno. No hay prisa, pero un colchón que se hunde tampoco es bueno para ti. ¿Te parece bien? No quiero que parezca que me entrometo en tu espacio.

—Mujer, tú puedes hacerle todo lo que quieras a este espacio.

Tomaron una taza de café, dejaron salir a Beau para que hiciera pis y después Sully tomó la cadena y preguntó al perro si quería abrir la marcha.

—No sabrá qué pensar. Normalmente no lo saco antes de desayunar.

—Me gusta dar un paseo por la mañana —comentó Helen—. Me pone a tono para el resto del día, pero normalmente camino sola y paso el tiempo pensando en lo que voy a escribir. Me lleva mucho tiempo llegar a saberlo y pienso continuamente. Pero hoy, después de dar un paseo y de desayunar, me iré a casa. Sé que Leigh trabaja esta tarde, así que quizá pueda verla antes de que vaya a la clínica. Quiero que me cuente su cita.

—¿Crees que te lo dirá?

—Eso da igual —contestó Helen con una risita—. Solo tendré que verle la cara para saberlo.

—¿Y tú le vas a contar tu cita a ella?

—Hay algo que debes saber de los hijos. Nunca son demasiado mayores para taparse los oídos y ponerse a cantar para no tener que oír lo que les resulta escandaloso.

—Y bien pensado, es bastante escandaloso —dijo él—. Al menos para mí a mi edad. Helen, tienes que darte cuenta de que no sé cuánto tiempo me queda.

—Ni yo tampoco —repuso ella.

—Seguramente diez años más que a mí. Eres una cría. Seguro que ni siquiera cobras pensión todavía.

—Voy a intentar posponerla unos años más todavía. Te voy a decir algo. Mi madre murió con cincuenta años. Yo no tenía ni treinta. Ella tenía un cáncer y llevaba años luchando con él. Mi padre era bastante mayor que ella y la siguió muy pronto. No hay muchos antecedentes de longevidad en mi familia. Pero se supone que yo tengo buena salud, aunque tomo pastillas para el colesterol y para la presión arterial. Yo tampoco tengo garantías, pero lo que quiero que entiendas es que, si tuviéramos treinta años, tampoco habría garantías, ¿de acuerdo? Soy partidaria de vivir cada día plena y felizmente. No tengo más ideas que esa. Bueno, sí, una. Si

solo me quedan cuatro años, por ejemplo, creo que no quiero pasarlos pensando en el final.

—Eso me parece muy inteligente —repuso él—. Hay una verdad que deberías saber. Yo era mucho mejor en la cama con treinta y cinco años.

Helen soltó una carcajada.

—Yo también.

*No juzgues cada día por la cosecha que recoges,
sino por las semillas que plantas.*

ROBERT LOUIS STEVENSON

Capítulo 12

Cuando Sierra Boyle entró en la clínica de Urgencias empujándose con el puño la parte baja de la espalda, era por la mañana temprano y había unos cuantos ocupantes en la sala de espera. Detrás de ella iba Connie, con Sam, de un año, en la cadera.

Sierra se acercó al mostrador, donde estaba Gretchen.

—Hola —dijo, firmando el papel de llegada—. Tengo un dolor terrible en la espalda, pueda que me haya hecho daño levantando a Sam en brazos. No puedo hacer nada. Salgo de cuentas en tres días. ¿Puedo ver la doctora Culver, por favor?

—Claro que sí —respondió Gretchen—. Aunque tienes que esperar un poco.

—No importa. Ella es mi única opción.

—Siéntate.

—Gracias —contestó Sierra—, pero estoy mejor andando.

Unos minutos después, Eleanor entró en la zona de recepción y vio a Sierra. Miró el papel que había firmado, habló con Gretchen, tomó a Sierra de la mano y la introdujo en la sala de reconocimiento. Connie y Sam las siguieron.

—Súbete a la camilla —dijo Eleanor—. Espera, déjame ayudarte. Ahora llamo a la doctora.

—Siento molestar, pero quiero puntos por buen comportamiento. No he tomado ningún analgésico.

—Cinco estrellas para ti. Enseguida vuelvo.

Un minuto después entraba Leigh en la sala.

—¿Qué sucede?

—Solo un dolor de espalda, pero me duele tanto, que no he podido dormir casi nada.

—No ha dormido nadie —puntualizó Connie.

Leigh subió un poco la parte trasera de la camilla de reconocimiento.

—¿Puedes echarte hacia atrás? —pidió—. Quiero escuchar un poco al bebé.

—La voy a tener en tres días —le informó Sierra—. La doctora va a provocar el parto.

Leigh estaba ocupada escuchando en el estetoscopio primero el corazón de Sierra y después su vientre grande y redondo. Luego le tocó la tripa.

—Eleanor, ¿puedes tomarle la presión arterial? —preguntó. Miró a Sierra a los ojos y dijo—: Nada de tres días. Estás de parto.

—Pero no tengo dolores de parto.

—La cabeza del bebé está haciendo presión en la zona lumbar. ¿Los dolores vienen y van?

—Ya no —contestó Sierra—. Hace muchísimo que es un gran dolor continuo.

—Te diría que fueras directamente al hospital, pero creo que debo echar un vistazo —dijo Leigh—. Connie, deja a Sam con Gretchen y ayúdame a quitarle esos vaqueros a Sierra.

—¡Madre mía, Sierra! —exclamó él. En vez de hacer lo que le decían, sacó el teléfono móvil y marcó números con una mano—. Rafe, ven a buscar a Sam a Urgencias. Sierra está de parto. Lo tiene Gretchen. ¿Puedes darte prisa?

Guardó el teléfono.

—Está trabajando ahí enfrente —le dijo a Sierra—. No hagas nada hasta que yo vuelva.

—No voy a hacer nada —dijo Sierra a Leigh.

Esta se estaba poniendo los guantes.

—Bájate esos vaqueros y yo tiraré de ellos —dijo.

—La presión arterial está alta. Ciento treinta, noventa —informó Eleanor. Leigh y ella tiraron cada una de una pernera y consiguieron sacar los pantalones.

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber Sierra—. Solo me duele la espalda.

—Te juro que estás de parto —le dijo Leigh con una sonrisa—. De hecho, esto solo me lo he encontrado dos veces antes. Ambas en Urgencias. Levanta las rodillas, por favor.

En cuanto levantó las rodillas, sintió salir el chorro caliente de líquido y caer al suelo.

—¡Dios mío! Lo siento mucho —exclamó Sierra.

—Toallas —pidió Leigh con calma. Y Eleanor arrojó un par de ellas en el suelo a los pies de la doctora—. Aunque hubieras intentado pararlo, no habrías podido —le dijo esta a Sierra—. Voy a comprobar la dilatación.

—La doctora dijo que estaba un poco dilatada —informó la parturienta cuando Leigh deslizó una mano enguantada en su canal del parto.

Leigh retiró rápidamente la mano.

—Y ahora estás muy dilatada. Me temo que vamos a tener a la bebé, querida. Lamento que las instalaciones no sean las más cómodas, pero has dilatado por completo y es demasiado tarde para ir a ninguna parte, ni siquiera en una ambulancia.

Connie entró en la sala.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Estás de parto —respondió Leigh—. Tenemos una cama. No es una cama de hospital, pero es más cómoda que esto. Tu esposa no puede andar. Connie...

—Yo me encargo —dijo él. Tomó a Sierra en brazos, con el trasero desnudo colgando—. Muestra el camino.

Leigh notó que Connie la depositaba en la cama con gentileza. Era una cama individual, que usaban para pacientes que tenían que tumbarse un rato porque estaban débiles o mareados o esperaban que fueran a recogerlos después de alguna prueba y era más suave y más segura que la camilla de reconocimiento.

—Eleanor, dile a Gretchen que vamos a necesitar una ambulancia con transporte para bebé.

—¡Oh, sí, ya viene! —gritó Sierra. Y la necesidad de empujar la hizo levantarse en la cama.

—Adelante —dijo Leigh—. Bájate. Vamos a ver lo que tenemos. Bien, para y jadea. ¡Ah! Bien. ¿Me pasas toallas, mantas y el equipo de emergencia de parto? ¡Rápido! Respira, Sierra. Respira hondo.

—¡Cielo santo! —exclamó esta—. Primero no sabía que estaba embarazada y ahora no sabía que estaba de parto. Tengo que espabilar un poco.

Leigh soltó una risita.

—Lo estás haciendo al modo antiguo, querida.

Sierra empezó a gritar.

—¿Te duele, cariño? —preguntó Connie.

—Llevo toda la noche con dolor. Y estaba deseando que me pusieran la epidural.

—Me parece que esto no va a durar mucho —le informó Leigh—. ¿Lista para volver a empujar? Connie, ¿puedes ayudarla un poco? Álzala para que pueda dejarse caer. Sierra, agárrate los muslos.

Sierra emitió un gruñido, un sonido como de animal. Y volvió a dejarse caer sobre la cama. Tuvo cinco empujones más fuertes y ruidosos antes de que asomara la cabeza.

—Ya casi está —dijo Leigh.

Gretchen asomó la cabeza.

—Tenemos una ambulancia, camilla y transporte de bebé.

—Diles que aún no estamos listas y que esperen.

Unos minutos después, Sierra tenía en brazos a su hija, a la que habían secado, limpiado y envuelto en un par de mantitas de parto. Connie le besó la cabeza a su esposa, luego a su hija y después de nuevo a Sierra. Eleanor murmuraba, tarareaba y hablaba con suavidad mientras limpiaba lo mejor que podía. Le dio un pantalón de pijama quirúrgico a Sierra y metió sus vaqueros en una bolsa que entregó a Connie.

—Apriétala contra ti para darle calor —dijo Leigh—. Has hecho un trabajo estupendo.

—Has hecho un trabajo estupendo tú —repuso Sierra.

—No había hecho esto desde que roté en Ginecología en la facultad. Lo bueno de trabajar en unas Urgencias grandes es que casi siempre puedes encontrar un ginecólogo cuando lo necesitas. Para el siguiente, será mejor que vayas a acampar a los escalones del hospital.

—¿El siguiente? —preguntaron Sierra y Connie al unísono—. Este no lo planeamos —explicó ella.

Leigh recordó que Sierra y Connie estaban tan ocupados en su momento, con sus vidas e intentando adoptar a Sam, al que estuvieron a punto de perder por el empeño de su abuela, que Sierra había tenido algún despiste a la hora de tomar los anticonceptivos.

La vida de Leigh también era bastante frenética cuando vivía y trabajaba en Chicago, así que había optado por un implante anticonceptivo. «No tienes que pensar en ello. No tienes que acordarte todos los días, no tienes que colocártelo ni insertarlo ni...». Se quedó pensativa un momento. ¿Cuándo se había puesto el implante? ¿Un par de años atrás? Debería pensar en cambiarlo ya, pero ¿cuándo se lo había puesto? Se suponía que era eficaz hasta cuatro años. Y era fácil olvidarse de la fecha en que te lo implantabas, sobre todo si no lo ponías a prueba.

Entonces recordó exactamente cuándo se lo había puesto. Cuando Helen acababa de volver de su crucero por el Mediterráneo. Un par de años atrás.

Llamó a la ginecóloga de Sierra, una mujer a la que conocía y le caía bien y con la que había pensado ponerse en contacto uno de esos días para su reconocimiento anual.

—Doctora Carlson, su paciente, Sierra Boyle, ha decidido dar a luz en mi clínica. La madre y la niña parecen estar bien de salud. ¿Alguna instrucción antes de que las carguen en la ambulancia y se las lleven a usted?

—¡Fabuloso! ¿Le ha puesto una vía? ¿Qué medicación le ha administrado?

—No hemos tenido tiempo para una vía y no ha habido medicación. Sierra tenía mucha prisa. Ha venido a verme por un fuerte dolor de espalda, que casi inmediatamente se ha convertido en parto. Pero podemos ponerle una vía ahora.

—Háganlo, por favor —dijo la doctora Carlson—. Solo por precaución. ¿Y cómo está Sierra ahora?

—Dice que está mucho mejor y que no le duele nada la espalda, así que este año espero un

extra en la tarjeta de Navidad, ¿verdad?

—Por supuesto. Y tendrá la forma de un pastel de frutas.

En cuanto hubo atendido a los otros pacientes y la clínica estuvo tranquila, Leigh se sentó en su mesa y revisó el calendario en su teléfono. Luego llamó a Helen.

—Tía, solo por curiosidad, ¿cuándo hiciste aquel crucero por el Mediterráneo? El crucero al que fuiste con Maureen y un par de amigas más.

—¿Ese? Déjame pensar. Fue justo después del congreso en Denver cuando me dieron aquel premio a la mejor del año. ¿Estás pensando hacer un crucero?

Leigh alzó los ojos al cielo.

—No, solo intento recordar cuándo fue eso.

—Estoy buscando. Revisando mi agenda en el móvil. Oh, aquí está. Hace cinco años.

Leigh soltó el teléfono. Volvió a agarrarlo.

—¿Tanto hace? Yo pensaba que hacía un par de años. ¿Has hecho dos cruceros?

—Hice otro hace un par de años con Marti y June, pero ese fue por la costa de Sudamérica.

—¡Oh, no!

—¿Qué te pasa, Leigh?

—Estoy... Ah, buscando las vacaciones perfectas y no recordaba de cuál me habías hablado más.

—De ninguno de esos dos —repuso Helen—. Me gustó más el crucero por el río. Por el río de Europa. Ese fue el mejor. Puedo buscarte la información, si quieres.

—Sí. Por favor.

Se despidieron y Leigh dejó caer la cabeza sobre la mesa con un golpe suave. Resistió el impulso de seguir dándose cabezazos.

Pensaba que habían pasado un par de años. Tres como mucho. Sus pacientes hacían esas cosas continuamente, pero ella no. Sus pacientes siempre creían que la última mamografía había sido el año anterior, hasta que miraban en los registros y habían pasado tres años. «¿La última citología? Hace dos años», decían. «¿No son más bien seis?», preguntaba ella. Y la temida colonoscopia. «Solo hace cinco años». «No, según su historial, hace doce. Hay que repetirla».

Nadie recordaba cuándo se había hecho la última limpieza dental. «¿La vacuna de la gripe? Sí, el año pasado, ¿no?». Dos años. Si no fuera por las raíces, no sabrían cuando tenían que teñirse el pelo. El coche lo llevaban a revisión cuando se encendían luces de alarma. ¡Pero Leigh era doctora! Más lista y más responsable que los demás.

«Sí, los doctores son los peores», recordaba que decía su mentor.

¿Cómo había ocurrido eso? Cuando estaba en Chicago, la consulta de su ginecóloga la avisaba de que había llegado el momento. Pero había cambiado de ginecóloga al mudarse. Había notificado a la antigua que se trasladaba a otro estado y que buscaría doctores en su nueva dirección. Y de eso hacía un año. A las consultas médicas no se les daban bien los recordatorios. O no enviaban ninguno o los mandaban durante veinte años después de haberles avisado de que había cambiado de médico.

«Debería tener un aviso en rojo», pensó. «Su implante pierde fuerza en este momento».

Y desde que lo análisis de ambos habían indicado que estaban limpios, Rob no se había molestado en usar preservativos.

«Esto no puede pasar», se dijo. «Voy a desear que no pase».

Esperó hasta que Gretchen fue a sacar la basura y Eleanor estaba ocupada contándole a Bill Dodd la aventura del parto de Sierra. Fue al armario de las medicinas y robó una prueba de

embarazo. Se la llevaría a casa. Por suerte, Helen cenaba en el Crossing, puesto que habían cenado juntas la noche anterior. Pero, desgraciadamente, Rob había dicho que quizá se escapara del pub y se pasara un rato.

Leigh pensó que lo inteligente sería esperar hasta después de verlo para hacer pis en el palito de la prueba de embarazo. Si no, no podría evitar decírselo. De todos modos se lo diría. Le diría que había pasado mucho miedo o le diría que, mala suerte, tenía un problema. Estaba perdida.

También estaba embarazada.

—¡Mierda, mierda! —gritó en alto.

Se metió en la ducha. Y una vez debajo del chorro caliente, pensó que aquello tenía sentido. Estaba susceptible, extrañamente cansada y tenía los pechos más sensibles. Y se avecinaba una de las conversaciones más difíciles de su vida.

Sin vino que le diera valor.

A las siete, Rob le puso un mensaje preguntándole si había cenado o si quería que llevara algo del pub.

Leigh no tenía hambre y no creía que lo tuviera en algún tiempo. Declinó la oferta y él no tardó en llegar. Como de costumbre, la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Cuando hizo ademán de seguir hacia el dormitorio, ella pronunció las palabras más odiadas de todo el diccionario: «Tenemos que hablar».

—¡Maldición! —exclamó él.

—Estoy embarazada. Es totalmente culpa mía. He cometido un error. Confiaba en un implante anticonceptivo que no era de fiar, y no es de fiar porque, a falta de una palabra mejor, había caducado y no me di cuenta de que ya no era eficaz. O quizá nunca fue muy eficaz, pero no tengo medio de saberlo porque no lo había puesto a prueba hasta que te conocí. Así que eso es lo que hay.

Rob retrocedió y se dejó caer lentamente en el sofá, con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Después alzó la cabeza.

—¿Tu tía Helen? —preguntó.

—Aún no ha vuelto.

—¿Cuándo te has enterado?

—Hace dos horas. Una serie de sucesos médicos en la clínica me han hecho preguntarme cuándo me coloqué el implante y si era ya hora de cambiarlo. Al comprobarlo, he descubierto, para gran sorpresa mía, que tenía que haberlo cambiado ya. La verdad es que casi nunca he pensado en eso y, cuando lo he pensado, me parecía que hacía tres años que me lo había puesto y es eficaz durante cuatro años. Resulta que, en realidad, hace más de cinco que me lo puse. Con la cantidad de cosas que tenía en la cabeza y con el hecho de que, hasta que llegaste tú, no tenía actividad sexual...

—¡Madre mía! —exclamó él.

—Oye, sé lo que debes de estar pensando —dijo ella—. Que soy idiota. Es verdad. Pero no soy retorcida. Esto ha sido un accidente. Yo no planeaba tener familia. Estaba muy contenta con mi situación actual.

—¿Y tienes un plan? —preguntó él débilmente.

Leigh carraspeó.

—Sí. Dentro de dos meses me mudaré a otro estado y nadie tiene por qué saberlo nunca.

—¿Qué? ¡No digas eso! —exclamó él.

—No estaba preparada para tu pregunta, Rob. Acabo de enterarme. Hace dos horas. Todavía no he decidido nada. He pensado que lo primero de todo era informarte a ti.

—¿Y no lo sabe nadie más? ¿Ni siquiera Helen?

—No tengo la costumbre de esconderle cosas importantes a Helen, pero no. Todavía no se lo he dicho.

—¿Y la doctora?

—Aún no la he visto —contestó ella—. Yo soy médico. Los síntomas que me empeñaba en ignorar son reales y la prueba de embarazo ha confirmado...

—¡Maldita sea! Tendríamos que haber usado preservativos. Nunca he corrido un riesgo así, pero tú usabas anticonceptivos y el análisis de sangre mostró que estábamos limpios y... Ya sabes lo que quiero decir.

—De eso no estoy segura —repuso ella—. ¿Puedes ser más específico?

—Solo se trataba de nosotros —dijo él—. ¡Era tan fabuloso!

—Desde luego —asintió ella. Al natural, siempre era mejor—. ¿Quién iba a imaginar que había un riesgo? Sé que esto es una complicación que no necesitas en tu vida y lo siento. He cometido un error.

—No hace falta que digas eso —repuso él—. Yo he tomado parte muy gustoso. Y no he tomado más precauciones que tú —movió la cabeza—. He sido como un tren sin frenos.

—Todas las veces. Y yo también.

—Leigh, ¿es posible que le ocultes esto a Helen un tiempo? Sé que estáis muy unidas. Pero ¿al menos hasta que veas a tu doctora y tengamos ocasión de pensarlo? De hablar. De sopesar todas las posibilidades.

—Sí —dijo ella—. Sí, creo que sí. Seré sincera. Cuando me he dado cuenta de lo que pasaba, no se me ha ocurrido ningún plan inmediato. Desde luego, no he sonreído y pensado: «¡Bien! Un bebé». Y estoy loca por ti, pero no nos conocemos lo suficiente como para cometer la locura de casarnos. El matrimonio es algo muy serio.

—Sí, bueno, pues tener una familia también —contestó él—. Por eso creo que necesitamos tiempo para pensarlo y hablar. ¿De cuánto tiempo estás?

Leigh suspiró.

—No tengo ni idea. Supongo que de pocas semanas. Voy a llamar a la ginecóloga y pedirle una cita. Pediré por favor que me hagan una ecografía enseguida. Así sabremos de cuánto tiempo estoy.

—¿Dónde está la ginecóloga a la que vas a llamar?

—En Aurora.

—Será mejor que vaya contigo.

—No te preocupes, puedo hacerlo yo —declaró ella—. Soy capaz de...

—Leigh, creo que aquí tenemos algo en común y que ambos deberíamos conocer los hechos a medida que se producen, ¿de acuerdo? El bebé no es solo tuyo. Resolveremos esto juntos. Lo diré de otro modo. Tenemos que resolverlo juntos.

—¿Estás enfadado? —preguntó ella.

—¡Oh, sí!, pero no contigo. Estoy enfadado conmigo mismo, con la suerte, con el sentido de la oportunidad, con la triste selección de opciones. No contigo —sonrió y tomó la mano de ella—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Me preguntaba por qué estaba cansada y por qué me sentía tan susceptible últimamente, lo cual no es propio de mí. Pero, aparte de eso, estoy bien. Emocionalmente

inestable, pero eso es de esperar.

—¿Y qué puedo hacer por ti en este momento? —preguntó él—. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor.

Leigh estaba sorprendida y conmovida. Esperaba que él montara en cólera, no que la consolara.

—Creo que ya lo has hecho —dijo—. Te lo has tomado muy bien. Gracias. Yo esperaba que te pondrías furioso.

Él negó con la cabeza.

—Tengo muchos defectos, pero no tengo mal genio. Los chicos me han hecho perder el control un par de veces, pero no es uno de mis hábitos. ¡Ojalá supiera cómo arreglar esto, cómo hacerte sentir segura y protegida!

—Es muy pronto —dijo ella—. Siempre existe la posibilidad de un aborto.

Rob la tomó en sus brazos y la estrechó contra sí un rato.

—De algún modo, creo que, aunque todavía no hemos decidido nada, eso sería muy triste. Yo no te deseo eso.

—Eso —susurró ella—. Eso hace que me sienta bien.

Cuando Rob volvió al bar, este estaba tranquilo, lo que le dio tiempo para asimilar lo que le había dicho Leigh.

«Tengo cuarenta años», pensó. «Mi hijo mayor tiene dieciocho y el otro dieciséis. Llevo años preocupado por los costes de la universidad».

«Y mi novia está embarazada».

Se esforzó por pensar de un modo racional. Era muy sencillo. No quería contemplar otros veinte años de paternidad. Ya había invertido casi dos décadas en chichones, problemas, sacrificios e incomodidades. Los gastos, aunque no le pesaban, eran extraordinarios. Las noches sin dormir, interminables. Había gripes, peleas, a veces disgustos. Había pasado por cosas que jamás podría haber anticipado: Enterrar a su esposa, llevar a su hijo a un hospital para que hiciera guardia mientras operaban del cerebro a su novia. Se había preocupado, había tenido miedo y un par de veces había querido matar a uno de sus hijos o a los dos. No pasaba ni un día en el que no tuviera que resolver algún desafío o lidiar con alguna agonía. Y había hecho todo eso solo.

Se recordó que también había habido alegrías. Orgullo y risas y un amor fuerte y profundo. Sus hijos eran parte de su cuerpo, una porción de su corazón. No podía ni contemplar la idea de perder a uno de ellos. Eso lo mataría. Habían crecido altos y fuertes. Eran listos. Hasta el vago de Sean, que no se molestaba en aplicarse mucho. No lamentaba ni un segundo haber tenido a sus hijos. Ni por un segundo.

Pero Julianne y él llevaban cuatro años juntos cuando llegó Finn. Ella estaba lista para tener hijos antes que él, pero él no se había resistido mucho a la idea. Y, por supuesto, ella se había quedado embarazada en el segundo en que él se había mostrado de acuerdo. Al parecer, él tenía un auténtico don para eso.

Después del nacimiento de Sean, habían hablado de una vasectomía. Lo habían pospuesto un tiempo porque Julianne no estaba segura de no querer más hijos. Ansiaba una niña. Él opinaba que con dos hijos era suficiente, pero ella era una madre maravillosa y, si la hacía feliz quedarse embarazada de nuevo, él probablemente habría aceptado. Después de todo, ella se ocupaba de la mayoría del trabajo. Pero luego, cuando Sean tenía solo seis años, le había fallado el corazón y ya no había habido necesidad de hacerse una vasectomía.

Hasta Leigh, sus encuentros con mujeres habían sido esporádicos. No había, pues, ninguna razón para pensar en eso. Leigh era distinta. Desde el primer momento en que la había tocado, había provocado un fuego en él imposible de ignorar. Lo amaba todo de ella, todo.

Conocía a otras mujeres y había salido con mujeres que eran muy agradables. Atractivas, listas y con personalidad. Lo había pasado bien con ellas, pero no había sentido esa urgencia.

Se había esforzado por no ver a Leigh todos los días y le había resultado difícil. No quería ir deprisa con ella porque eso crearía expectativas que no estaba seguro de poder cumplir. Después de todo, no se inventaba las complicaciones que conllevaba ser padre soltero y dueño de un negocio. Casi nunca podía pasar una velada en casa, con los pies en alto, viendo la tele. Pero existía el hecho de que estaba loco por ella. ¿Eso era amor? No estaba seguro. No le había puesto nombre. Suponía que lo sabría con el tiempo y que no había necesidad de ponerle una etiqueta todavía. Por el momento le bastaba estar con ella, abrazarla, hablar con ella, reír con ella. Y hacer el amor con ella. Llegaban juntos al orgasmo y explotaban juntos como un par de nubes tormentosas y sí, saltaban chispas. O él había perdido la memoria, o nunca en su vida había tenido unas relaciones sexuales así. Y no había una explicación real para ello. No habían inventado posiciones nuevas ni nada de eso. Pero lo que sentía cuando estaba con ella sobrepasaba todo lo que había sentido en el pasado.

Ella había dicho que le ocurría lo mismo. Eso significaba algo, ¿no?

Tal vez ese problema desapareciera solo y pudieran seguir como estaban, pero con más cuidado. Aunque solo llevaban juntos un par de meses, ya no podía imaginar la vida sin ella.

«¿Desaparecer?». ¿En qué estaba pensando? ¿Deseaba que ella lo hiciera desaparecer solo para no sentirse incomodado? Esa idea le revolvió el estómago. Sabía que si ella hubiera dicho: «No te preocupes, pondré fin al embarazo», él se habría sentido lleno de pena y remordimientos. Pero, si la cita con la doctora revelara que ella no estaba embarazada después de todo, él lanzaría un gran suspiro de alivio, se haría una vasectomía y probablemente la amaría hasta que fuera vieja y tuviera el pelo gris.

Allí estaba otra vez esa palabra. «Amor». ¿Estaban enamorados?

¿Y suponiendo que pudieran tener el hijo, casarse y criar a aquel pequeño accidente? Le llevaría gran parte de su vida, pero, después de todo, él tenía algo que ver con aquel embarazo. Era cierto que ya había invertido casi veinte años en la paternidad, pero cuarenta no era una edad que se considerara demasiado mayor para ser padre. Muchos hombres empezaban a esa edad, aunque él creyera que estaba ya casi acabando.

Pero ¿a quién no le parecería una locura casarse con una mujer a la que hacía tan poco tiempo que conocía? Bueno, hacía casi un año que la conocía, pero habían empezado a intimar hacía muy poco. La verdad del asunto era que no quería casarse. Pensaba que quizá quisiera en uno o dos años más, pero no se sentía preparado en ese momento.

Podían vivir juntos, criar juntos al bebé y esperar a que la relación fuera firme y fiable antes de legalizarla. ¿Qué pensarían sus hijos de eso? Más aún, ¿qué pensaría la tía Helen? ¿Qué pensarían en el pueblo?

Pero ¿a quién le importaba lo que pensarán en el pueblo? Él no era el primer hombre que se veía pillado en una situación así y vivir juntos resultaba mucho más razonable que el matrimonio.

O podía apoyarla mucho durante el embarazo, el parto y con el bebé sin que vivieran juntos. No estaría presente para pasear al pequeño por la noche, pero...

Pasó el resto de la noche absorto en sus pensamientos. La gente le hablaba y le hacía

preguntas que no oía. Sid le preguntó si le ocurría algo y él contestó:

—No, estoy dando vueltas en la cabeza a un problemilla que tengo con el negocio. Siento estar tan distraído.

Sid se echó a reír. Ella era física, siempre había estado en otro planeta.

—Yo estoy así en mis mejores días —comentó.

A la mañana siguiente, Rob envió un mensaje a Leigh.

No quería molestarte anoche, pero casi no he dormido. ¿Has dormido tú?

Un poco. Esta mañana llamaré a la ginecóloga y te diré cuándo voy.

Gracias. Si me necesitas, si hay algo de lo que quieras hablar, llámame.

De acuerdo.

Y Rob pensó que lo primero sería establecer los hechos y después se les ocurriría un plan.

Johnny Holliday llegó a Timberlake y miró a su alrededor. Aquello no era como esperaba. Sabía por su madre que Leigh había sido médica de Urgencias y médica de familia en Chicago y había imaginado algo más emocionante que un pueblo como aquel. Aquello no era nada del otro mundo.

Pero no importaba. Tampoco tenía por qué ser permanente.

Aparcó, subió por una acera de la calle y bajó por la otra, pasando por la farmacia, el café, la barbería, el pub y el supermercado. Comparado con aquel sitio, Naperville casi parecía París.

Se recordó que ella no lo recibiría con los brazos abiertos al principio. Necesitaría tiempo para desahogarse. Él se merecía la rabia que pudiera sentir. Después de todo, la había tratado mal. Si se mantenía el patrón antiguo, él metía la pata, ella se enfurecía, discutía con él y luego lloraba y lo perdonaba. Después de la última pelea, justo antes de la boda, él había salido huyendo. Y luego se había casado dos veces. Tenía ya tres niños a los que mantener de dos matrimonios. Porque era idiota. Por alguna razón, había pensado que debía probar otras posibilidades antes de atarse a la única chica que había conocido en su vida. Si hubiera seguido con Leigh, habría acabado casado con una doctora.

Entró en el pub y pidió una hamburguesa y una cerveza. Entabló conversación con la camarera detrás de la barra, una rubia atractiva con una sonrisa hermosa. Cuando ella le preguntó si estaba de paso, él le dijo que sí y le preguntó a su vez por Timberlake y cuánto tiempo hacía que vivía allí. Ella describió el pueblo como amigable y seguro.

—Tenemos muchos turistas todo el año, gracias a la belleza de las Rocosas —dijo—. En primavera por las flores silvestres, en verano por la gente que viene de vacaciones y la gente que disfruta del aire libre, como senderistas, ciclistas o pescadores. En otoño por el cambio de las hojas y en invierno por razones obvias. Se esquía en todo el estado.

—¿Hay grandes estaciones de esquí cerca? —preguntó él.

—Muchas, a una hora o menos de aquí —repuso ella—. ¿Busca un sitio para esquiar?

—Tal vez. De momento solo estoy mirando. Es la primera vez que vengo a Colorado. Seguro que hay casas grandes cerca de esas estaciones, ¿eh?

—Casas hermosas, todas con vistas, cerca de Telluride, Aspen, Vale o Breckenridge. Disculpe. Estoy sola aquí y tengo que ocuparme de las mesas. Volveré.

Cuando ella volvió, él había terminado de comer. Le pasó una tarjeta de crédito mientras terminaba la cerveza.

—Lo siento, señor. La tarjeta ha sido rechazada.

—¿Por qué pasa eso? —preguntó él. Sacó su cartera y le dio otra tarjeta.

Ella se la devolvió moviendo la cabeza.

—¿Quizá está al límite? —sugirió.

Él se encogió de hombros.

—Creo que probablemente será un tema de seguridad. He ido de acá para allá, usándolas por todo el estado. Tendré que llamar a las dos y pedir que vuelvan a estar disponibles. Pero es una pesadez —sacó un billete de veinte dólares y otro de diez—. Quédese el cambio.

—Gracias —dijo ella— Que tenga un buen día.

—Igualmente. La hamburguesa estaba muy buena.

—Se lo diré al cocinero.

Johnny salió del pub y caminó por la calle hasta la clínica.

Las tarjetas estaban agotadas, pero pensaba que pasarían fácilmente en aquel pueblucho. Eran momentos difíciles. Tenía dos fracasos matrimoniales, tres hijos a los que apenas veía, un empleo inseguro y unos padres que se negaban a darle dinero. Lo habían apoyado mucho durante mucho tiempo. ¡Qué narices!, ellos tenían medios. Su padre había vendido la tienda de muebles por mucho dinero. Habían vendido su casa, que estaba completamente pagada, y habían comprado una casa agradable en Scottsdale. Él se quedaba allí sin pagar alquiler, pero no tenía un sitio al que llevar a una mujer si quería un poco de intimidad. Su madre le había dicho que había recibido un email de Helen, en el que esta le contaba dónde vivían Leigh y ella. Él había amenazado a su madre con odiarla eternamente si le hablaba a Helen de su racha de mala suerte. No quería que Leigh supiera que había vivido con sus padres los tres últimos años, desde su segundo divorcio.

Entonces había empezado a pensar en ella. Si hubiera jugado bien sus cartas en primer lugar, no estaría pagando pensiones y manutención de niños. Tendría dinero de sobra. Y siempre había querido a Leigh. Había tenido algunas distracciones aquí y allá cuando estaban juntos, algunos coqueteos con chicas de los que Leigh no se había enterado, pero solo porque eso añadía interés a la vida. No habían sido nada serio y no habían puesto en peligro su relación con ella.

Entró en la clínica, vio que esperaban algunos pacientes y se acercó al mostrador de la recepción. Puso su expresión más encantadora, confiando en que sus ojos azules brillaran, y dijo:

—Hola. Quiero ver a la doctora Culver, si es posible.

—Lo siento, esta tarde no está. El doctor Dodd está viendo a los pacientes. ¿Quiere apuntarse con él?

Johnny se echó a reír.

—No soy un paciente —dijo—. Soy un viejo amigo. Pasaba cerca de aquí y quería saludarla. ¿Estará aquí mañana?

—Creo que sí. ¿Quiere dejarle una nota?

—Entonces no sería una sorpresa, ¿verdad?

—Y supongo que tampoco quiere dejarme su nombre.

Él negó con la cabeza.

—La conozco desde que éramos niños, pero hace años que no la veo. Volveré mañana,

gracias. Tienen una clínica muy agradable. Que tenga un buen día.

—Igualmente —contestó la mujer, sonriendo por fin.

Johnny salió a la calle silbando. En la puerta estaba el nombre de Leigh. Urgencias y Medicina de Familia, doctora Leigh Culver. A ella le había ido bien mientras que él no había hecho más que meter la pata. Aunque no había sido su culpa. Era increíble cómo un par de decisiones malas podían convertirse en quince años de perra suerte.

Cerca de donde había aparcado había una mujer joven barriendo la acera delante de un salón de belleza. Una mujer muy sexi. Tenía una melena larga morena que le llegaba hasta el trasero, era alta y esbelta, con buenos pechos, pestañas largas y uñas rojas. Llevaba unos vaqueros ceñidos y sandalias de tacón.

—Hola —dijo él.

Ella dejó de barrer y le sonrió.

—Hola.

—¿Este salón es suyo?

—Trabajo aquí.

—Entonces seguro que puede contestarme a una pregunta. ¿Dónde hay un buen sitio por aquí para llevar a cenar a una mujer?

—¿Ha probado el pub?

—He almorzado allí. ¿No hay algo un poco más lujoso? —preguntó él—. ¿Para una primera cita agradable?

—Si está dispuesto a conducir, hay varios lugares en Aurora y en Colorado Springs.

—Me gusta conducir. ¿Puede recomendarme alguno?

—Sí. Está Hank's, en Aurora, pero se necesita reserva. El Tempest Grill, también en Aurora. Steer Clear, en Colorado Springs. ¿Es nuevo en el pueblo?

—Estoy de visita. ¿Y dónde cree que puedo encontrar a una mujer guapa que cene conmigo?

Ella se echó a reír.

—Yo podría, si le conociera.

—Pues podemos conocernos un poco más mientras termina de barrer —dijo él—. Y asunto solucionado.

*La felicidad es... disfrutar el presente,
sin dependencia ansiosa del futuro.*

LUCIO ANNEO SÉNECA

Capítulo 13

Hacía casi una semana desde que la prueba de embarazo había confirmado que Leigh estaba embarazada. Ella aceptó la primera cita disponible con la doctora Carlson en Aurora. Rob, por supuesto, pidió acompañarla. En la mayoría de las circunstancias, la madre estaría encantada de que el padre pidiera tomar parte en el proceso, pero, en ese caso, Leigh se sentía dividida.

—Quédate al lado de mi cabeza mientras me examinan y me hacen la ecografía transvaginal —le pidió—. Habrá una tela que ofrecerá algo de intimidad y la enfermera también estará presente pero me siento expuesta y vulnerable y...

—Me pondré donde tú me digas y no miraré nada que esté desnudo —contestó él—. Ni siquiera tu tobillo. Solo quiero oír lo que tú oigas.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que no te diga la verdad? —preguntó ella.

—Eso no se me ha pasado por la cabeza —repuso él—. A veces, cuando uno va a un doctor en circunstancias emotivas, olvida preguntar cosas u olvida las respuestas. Dos pares de oídos son mejor que uno.

La doctora Carlson era una joven atractiva, no mucho mayor que Leigh, y también era madre. Era muy afable, muy cálida. Sonrió cuando conoció a Rob y le pidió que esperara fuera mientras Leigh se ponía un camisón. Cuando estuvieron listas, lo invitó a entrar.

—¿Dónde quieres que me ponga, Leigh? —preguntó él, solícito.

—Al lado de mi cabeza, por favor —contestó ella, que estaba debajo de una sábana en forma de tienda de campaña—. Desde aquí verás el monitor sin necesidad de mirar mis partes inferiores.

Él soltó una risita.

—Lo que tú quieras.

—Vamos a ello —dijo la doctora Carlson. En pocos minutos, se empezó a oír un latido de corazón en la ecografía y el renacuajo, pequeñísimo, se vio chapoteando allí dentro—. Dentro de una semanas tendremos una imagen mucho mejor, pero yo diría que llevas una seis semanas de gestación. Y todo parece estar en orden, parece sano y normal. Sabremos más en las próximas semanas.

Al oír la noticia, Leigh alzó la mano, buscando la de Rob. Este se la tomó y la apretó tranquilizadamente.

Ella no podía apartar la vista del monitor. Costaba imaginarlo, pero en su corazón sabía que aquel pequeño ser crecería, aprendería a conducir e iría a la universidad. La niña se sentaría en las rodillas de su tía Helen y esta le leería historias.

Porque asumía sin más que era una niña.

Desde que viera el palito de la prueba de embarazo había sabido que tendría ese bebé. No

llegaba en un buen momento y creaba una situación incómoda, pero era un bebé que había llegado por sorpresa y Leigh se sentía reacia a dejar pasar esa oportunidad. Sin embargo, eso era lo único que sabía, que lo iba a tener. Todo lo demás seguía siendo vago. ¿Romperían e intentarían apoyarse mutuamente en los meses y años siguientes? ¿Harían un esfuerzo por combinar fuerzas para llevar el embarazo a buen puerto? ¿Unirían fuerzas para criar juntos a esa niña?

Rob, sin soltarle la mano, se inclinó a hablarle al oído.

—Mira cómo se mueve ese bebé, Leigh. Tiene un corazón fuerte y normal.

Por supuesto, había asumido que sería un niño.

A Leigh se le oprimió la garganta y sintió el escozor de las lágrimas. Le costó un gran esfuerzo de voluntad no llorar, aunque sabía que hacerlo en ese momento sería perfectamente normal.

—O sea que ya tenéis los datos básicos —dijo la doctora Carlson—. Podríamos hablar de las muchas opciones que tenéis, pero creo que sois capaces de hablar de eso sin mí. Voy a pedir a la enfermera que te saque sangre, pues los análisis son importantes independientemente de lo que decidáis. Al menos tendremos un punto de referencia.

Leigh asintió. Se mordió el labio inferior para no llorar. No sabía por qué tenía tantas ganas si ya sabía que estaba embarazada antes de entrar.

Cuando empezaban el viaje de vuelta a casa, Rob le tomó la mano.

—Seis semanas —dijo—. No nos llevó mucho tiempo, ¿verdad?

—No puedo hablar —musitó ella—. Lo siento.

Él guardó silencio un momento.

—Si me dices de qué tienes miedo, podemos empezar por ahí, pensar en ello —dijo luego.

—No lo sé ni yo.

—Está bien, pues empecemos con lo que tiene de bueno esto. Es un bebé y parece que está fuerte y sano.

—Es temprano —repuso ella. Todavía le parecía que era posible un aborto espontáneo. Para vergüenza suya, no sabía si sufriría mucho si eso se producía o se sentiría aliviada.

—Vas a estar bien —prosiguió él—. Estás sana. El bebé está sano. Eso es bueno.

—¿Aunque no sepa cómo voy a criarlo? —replicó ella, enojada.

Él suspiró.

—No lo vas a criar sola.

—¿Cómo sabes que voy a querer tu ayuda? Oh, ¿por qué he dicho eso? Ha sido muy cruel. Yo no digo cosas crueles de ese tipo. Lo siento, Rob.

—No importa. Estás alterada. Te voy a decir algo que creo sé de ti. Tú lo planeas todo con mucho cuidado. Desde tus estudios hasta dónde trabajarás o qué comidas tomarás con tu tía y qué noches trabajarás hasta tarde. No te gustan las sorpresas.

—¿Y a quién le gustan?

—A nadie, supongo —repuso él—. Pero puedes dejar que una persona se muestre comprensiva, ¿no?

—He dicho que lo siento —contestó ella.

—Escucha... —empezó a decir él.

—Calla —dijo ella. Necesitaba un poco de calma para que sus nervios se tranquilizaran.

Viajaron el resto del camino en silencio. Cuando llegaron a casa de ella, Rob la acompañó a la puerta y entró detrás de ella.

—Creo que necesito estar un rato a solas —dijo Leigh.

Él la rodeó con sus brazos.

—No hablaré —prometió—. Pero necesito estar contigo.

—Ahora mismo no, ¿de acuerdo? Creo que puede que lllore un rato.

—Bien —dijo él—. Deja que salga eso. Yo te voy a abrazar unos minutos.

Leigh se rindió. Suspiró y se fundió en el abrazo con él. Apoyó la cabeza en su pecho y se permitió sentirse protegida.

Rob le alzó la barbilla con un dedo y la besó. Al principio con suavidad y después más en serio. Y luego con urgencia. Ella le echó los brazos al cuello y, como siempre, fueron al dormitorio, cayeron sobre la cama y empezaron a desnudarse.

Él sabía cuáles eran los lugares donde debía tocar, qué era lo que la volvía loca de deseo. Pero esa vez se mostró lento y firme, y embistió con dulzura hasta que la llevó al orgasmo. Al final, justo cuando ella estaba al borde del clímax, él deslizó una mano sobre su vientre y susurró:

—No te voy a dejar.

Y ella llegó al orgasmo con un hipido de emoción y después sollozó contra el pecho desnudo de él, que la tenía abrazada.

En aquel momento, todo estuvo ya claro para Rob. Supo que, por muy difíciles que pudieran ser sus circunstancias, no estaba dispuesto a dejarla marchar. No podía perderla. No estaba seguro de si aquello era amor, pero, desde luego, sí era necesidad. Nueve años después de haber enterrado a su esposa, estaba por fin con una mujer que le producía alegría. Alegría y un placer que no podía compararse con nada que hubiera conocido antes. Ella le producía también cierta frustración y confusión, pero ya se aclararía con eso. Tenía que hacerlo.

La estrechó con fuerza mientras el cuerpo de ella se estremecía, primero de placer y después por los sollozos, y supo que estaría con ella a largo plazo. Ella era su mujer y él haría todo lo imaginable por conservarla. Tal vez no lo hubieran planeado, pero iban a tener juntos una familia.

Le acarició la frente con gentileza, abrazando las piernas de ella con las suyas, unidos todavía sus cuerpos. No pasó mucho rato hasta que los sollozos de ella se convirtieron en suspiros y después en un ronquido suave. Rob tomó el edredón de los pies de la cama, tapó a los dos con él, apoyó los labios en el pelo de ella e inhaló su dulce aroma.

Cuando la sintió moverse, se dio cuenta de que él también se había dormido, aunque no mucho rato. Leigh respiró hondo y se volvió en sus brazos para mirarlo.

—Creo que me he dormido —comentó.

—Yo creo que has tenido varias cosas que necesitabas —repuso él—. Un buen orgasmo, un buen llanto y una pequeña siesta.

—Creo que ahora podré controlarme —musitó ella.

—Escúchame. Haremos que esto funcione. Hemos hecho juntos ese bebé, aunque no fuera planeado, y nos encargaremos de que tenga una buena vida. No estás sola.

—No sé cómo seguir adelante ahora.

—La gente lo hace continuamente. Hay muchas opciones.

—Tú no querías un bebé —le recordó ella—. Tienes cuarenta años y ya has criado una familia.

—Tú tampoco querías un bebé, pero ¿sabes qué? Dudo de que yo esté usando ya andador cuando este niño vaya a la universidad. Tengo un montón de años buenos por delante. Muchos

hombres de mi edad están empezando ahora. La única diferencia es que yo ya he criado dos hijos.

—Debe de resultarte terrorífico volver a empezar.

—Pues verás, la verdad es que no es nada terrorífico. Yo ya tengo la experiencia. Es agotador, eso sí. Son agotadores los bebés, los niños y los adolescentes —él rio y movió la cabeza—. No usaré andador, pero probablemente sentiré que debería usarlo después de cuarenta años criando niños.

—Puedes escaquearte ahora, ¿sabes?

—¿Y dejar a mi hijo? ¿Y dejarte a ti? No me gusta esa idea. Estoy en esto a largo plazo.

—Sabes que hay otras opciones —comentó ella—. Ni siquiera hemos hablado del aborto.

—Porque ninguno de los dos quiere eso —repuso él—. Una vez que sabes lo que es tener un hijo y verlo crecer, eso ya no es una opción.

—Existe la adopción —musitó ella.

—¡Menuda idea! —contestó él—. ¿Llevarlo dentro, traerlo al mundo y después regalarlo? —movió la cabeza—. Créeme, llorarías todos los días. Yo sé que lo harías.

—No estoy preparada para casarme con un hombre al que acabo de conocer.

—Leigh, ya estás embarazada. Tu bebé nacerá en poco más de siete meses. Casándote mañana no engañarás a nadie. No hay prisa. Aunque sí es una buena opción a tener en cuenta.

—¿Y qué haríamos? ¿Cómo viviríamos?

—Eso ya es cuestión de logística —dijo él—. Pero al menos podríamos compartir la cama.

—¿En mi casa? ¿En la tuya? —preguntó ella—. ¿Y tus hijos?

—Mi casa es grande. Habría que reorganizar algunas cosas, pero es factible —contestó él.

—¡Madre mía! Necesito tiempo —dijo ella—. Es tan complicado...

Él la besó en la frente.

—Nada de pánico. Encontraremos la solución que sea mejor para todos, para los chicos, la tía Helen, para ti, para mí...

Justo cuando él mencionó su nombre, oyeron que se abría y cerraba la puerta de la casa.

—Hola —llamó Helen.

—No podríamos estar más desnudos —murmuró Leigh.

Salió de la cama, arrastrando consigo el edredón y dejando a Rob destapado. Él saltó de la cama y buscó su ropa.

—Ahora salgo, tía —dijo Leigh, cerrando la puerta. Rob se vestía apresuradamente—. Parece ser que no hago más que meter la pata —dijo. Se puso los pantalones y se miró al espejo para ahuecarse el pelo—. ¡Madre mía! Bueno, habrá que decírselo. ¿Quieres que lo haga yo sola?

—¿Quieres hacerlo público ya?

—Solo a Helen —repuso ella—. Es muy tranquila y equilibrada. ¿Te quedas o te vas?

Él se metió la camisa dentro del pantalón, se pasó los dedos por el pelo y se sentó en la cama a ponerse los zapatos.

—Me quedo. Pero me siento como si tuviera dieciséis años.

—Ella no puede castigarte. Y no tienes que quedarte si no quieres.

—Yo lo hice —respondió él con estoicismo—. Me quedaré.

«Este es uno de los peores momentos de mi vida», pensó. Helen era una mujer encantadora y divertida, pero también resultaba intimidante.

—Estáis ahí —dijo, cuando entraron los dos en la sala de estar. Estaba sentada en el sofá con una copa de vino y miraba su teléfono—. Me ha parecido ver el coche de Rob ahí fuera.

—No te esperaba, pero, ya que estás aquí, tengo algo que decirte —comentó Leigh—. De momento es un asunto de familia, tía. No se lo digas a nadie todavía.

Su tía la miró con ojos brillantes de alegría y expectación.

—Acabamos de enterarnos —continuó Leigh—. Estoy embarazada.

Helen abrió la boca y su expresión se ensombreció. Tardó un momento en asimilar la noticia.

—¿Y cómo demonios ha ocurrido eso? —preguntó con un amago de mal genio.

—Del modo habitual —repuso Rob.

—Es algo complicado... —empezó a decir Leigh.

—La culpa la tiene el sexo —explicó Rob—. Ese viejo demonio. Tenemos que pensar los detalles, pero estamos juntos en esto.

—¡Santo cielo! ¿Es que no sois lo bastante mayores para saber cómo prevenir un embarazo, al menos hasta que lo planeáis vosotros? ¡Dios querido! No habíais planeado esto, ¿verdad?

—Ha sido un accidente legítimo a pesar de nuestros esfuerzos por ser responsables —contestó Rob—. Pero, puesto que ha pasado, ahora vamos a pensar bien nuestro próximo paso.

Helen miró directamente a Leigh.

—No des ningún paso que no sientas que es lo que quieres. Por favor, no hagas nada apresuradamente.

—Pienso pensarlo todo detenidamente. La única decisión en la que de momento estamos ambos de acuerdo es que voy a tener el bebé.

Helen soltó un suspiro de alivio bastante audible.

—¿Asumo que los dos os creéis enamorados o algo así? —preguntó.

—Ambos estamos sorprendidos por todo esto —repuso Leigh.

—Sí —corroboró Rob, que había notado que Leigh no había confesado estar enamorada. Pero ya se ocuparía de eso luego. Ella tenía derecho a estar confusa—. Esta es la primera vez desde que murió mi esposa que me encuentro con una mujer sin la que no puedo imaginar mi vida. Y sea lo que sea lo que quiera hacer Leigh, soy el padre del bebé y lo criaré con ella, estemos casados o no. Creo que a Leigh le asusta un poco la idea de mudarse a vivir con dos chicos adolescentes...

—¡Dios nos asista! —exclamó Helen.

—Son muy buenos chicos —dijo Rob—. Pero esa es solo una opción entre varias.

—Voy a necesitar varios vasos de vino —declaró Helen—. ¿Vosotros dos vais a salir?

—Yo me quedo en casa —respondió su sobrina—. Hemos ido a la ginecóloga hoy. Creo que Rob se marchaba ya.

Él le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Me voy a casa a asegurarme de que los chicos cenan y después iré al pub a ver cómo va todo —miró a Leigh—. Tendré el teléfono cerca. Si me necesitas, solo tienes que poner un mensaje o llamar.

—De acuerdo —dijo ella.

Rob, que se negaba a dejarse intimidar por la tía Helen, le puso un dedo debajo de la barbilla a Leigh, le alzó la cara y la besó en los labios. No fue el beso apasionado de siempre, pero requeriría paciencia hacer que Helen se habituara a aquella idea. Así que volvió a besarla.

Cuando se marchó, Leigh se dejó caer en el sillón próximo al sofá. Las dos mujeres se miraron largo rato en silencio.

—Me vendría bien uno de esos —dijo al fin Leigh, indicando el vaso de vino con la cabeza.

—Seguro que sí —repuso su tía—. Tu castigo es que vas a tener que pasar sin esto una

temporada. ¡Dios mío, Leigh! ¿Qué demonios ha pasado?

—Ya has oído a Rob. Ha sido el sexo. Ese demonio.

Leigh tuvo una mañana ajetreada en la clínica, pero estaba contenta. Estaba de buen humor y se sentía bastante bien. Después de que se fuera Rob la tarde anterior, había tenido una larga charla con Helen y el resultado había sido muy liberador. Resultó que su tía estaba de acuerdo con todo lo que ella decía. Leigh consideraría formar pareja con Rob y quizá vivir con él más adelante. Quizá también casarse si la relación se demostraba positiva y estable, si salía bien lo de vivir juntos, pero todos esos detalles aún había que considerarlos. Por el momento, se concentraría en una cosa: Ser una buena madre. Una madre soltera. Las dos estuvieron de acuerdo en que no había por qué dar la noticia hasta que pasara el punto de los tres meses y entraran en la zona segura en que eran improbables los abortos.

Rob se había mostrado muy cariñoso, lo cual era otra razón para estar contenta. Era consciente de que todavía estaban en una fase de luna de miel, pero él era el hombre más encantador del mundo. Si tenía que ocurrirle algo así, se alegraba de que fuera con él. Le había dicho a Helen que esperaba que las cosas funcionaran entre ellos y era la primera vez que se mostraba esperanzada en ese terreno.

Justo antes de mediodía, él apareció en la clínica con una bolsa marrón donde había un sándwich de pavo con lechuga y tomate. Entró en la consulta de ella y le entregó la bolsa con un beso.

—¿Qué es esto? —preguntó ella sonriendo.

Él se inclinó hacia su oído.

—Quiero asegurarme de que comes.

—¿Quieres compartirlo? —preguntó Leigh.

—Tengo que volver —dijo él—. Resulta tentador, pero aquí hay demasiada gente. Mejor me voy a trabajar. Te veré más tarde.

Leigh se había comido la mitad del sándwich cuando Eleanor llamó a la puerta con los nudillos y asomó la cabeza.

—Hoy eres muy popular. Hay otro hombre atractivo que pregunta por ti.

—¿Sí? ¿Quién puede ser?

Eleanor se encogió de hombros.

—Quiere darte una sorpresa y no ha querido decirme su nombre.

Leigh echó la silla hacia atrás y salió a la parte delantera de la clínica. Allí estaba Johnny Holliday, con los pulgares en los bolsillos de los vaqueros ajustados, el pelo rubio oscuro caído sobre la frente de un modo sexi que ella recordaba todavía y una sonrisa tan brillante como el sol.

—¡Dios querido! —exclamó ella.

—¡Leigh! —él abrió los brazos e hizo ademán de entrar detrás del mostrador de recepción para abrazarla.

—Espera —dijo ella—. Quieto ahí. Ven conmigo.

Dio media vuelta y regresó a su despacho. En cuanto entraron, él volvió a abrir los brazos e intentó rodearla con ellos. Ella le apartó el brazo de un golpe.

—¡Para!

—¡Vaya! —exclamó él—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Qué haces aquí?

—Estaré encantado de contártelo si dejas de portarte tan mal conmigo.

—¡Siéntate ahí! —ella señaló una silla—. ¡Y no me toques!

—Después de tantos años, ¿no puedes ser más razonable? —preguntó él.

—Si tuviera una pistola, sí.

Él sonrió con coquetería.

—La misma Leigh de siempre —dijo—. Esto es lo que hay. Hace cosa de un año, mi madre mencionó que te habías mudado a Colorado para llevar una clínica de Urgencias en las Rocosas. Muy guay, Leigh. Desde luego, te recuperaste bien de nuestra ruptura. Bien por ti. Hay una tienda nueva de muebles que va a abrir en Colorado Springs, una tienda enorme. Da la casualidad de que yo tengo experiencia en eso y voy a ir a una entrevista. He venido unos días antes para echar un vistazo y ver si me gustaba la zona. Mis padres están en Scottsdale. Mi último trabajo fue como encargado de una tienda así allí. Podría ser un buen momento para cambiar.

—Yo creo que debes quedarte en Scottsdale —respondió ella. A continuación tomó el sándwich y le dio un mordisco. Por supuesto, le supo a cartón y un trocito de lechuga se pegó en su diente delantero.

—Está bien, es evidente que sigues enfadada —comentó él—. Te mandé un par de cartas disculpándome y pidiéndote perdón, admitiendo que fue un error desastroso...

—Las tiré —respondió ella, cortante.

Él se inclinó hacia adelante.

—Oye, me hice mucho más daño a mí mismo del que te hice a ti.

—Eso sería cuestión de opiniones —contestó ella—. ¿No te prometiste un par de meses después de haberme dejado con una boda que pagar sola, regalos que devolver y un vestido de novia que vender? ¿Y con el corazón roto? Tú eres escoria.

—Está bien, tranquilízate...

Ella se levantó con el ceño fruncido. Porque jamás en la historia del mundo, decirle a una mujer que se tranquilice ha conseguido tranquilizarla. Le ardían las mejillas.

—Fueron más bien seis meses, pero tienes mucha razón, soy un idiota —dijo él—. Y lo pagué, te lo aseguro. Como te decía en mi *email*, ahora estoy divorciado.

—Dos veces.

Él alzó los ojos al cielo.

—Gracias, mamá. Está bien, tuve lo que me merecía. ¿Satisfecha?

Ella volvió a sentarse.

—Por fin hay algo en lo que estamos de acuerdo. ¿Qué es lo que quieres?

—Primero, quiero que aceptes mis disculpas y me liberes de una culpa terrible.

—Me gusta la idea de que sufras, pero, si eso acaba con esta tortura, está bien. Acepto tus disculpas.

—Y, puesto que probablemente viviré cerca de aquí, podemos ser amigos.

—No —repuso ella—. No, no podemos. Mi prometido no lo permitiría.

—¿Oh? —preguntó él—. ¿Cuándo es la boda?

—Todavía no hemos hecho planes concretos, pero puedes creerme. Yo no quiero ser amiga tuya y a él tampoco le gustaría.

—¿Es un hombre celoso? —preguntó Johnny, enarcando las cejas.

—Es violento —respondió ella—. No conmigo, por supuesto. Pero tú probablemente conseguirías ponerlo rabioso, como haces con todo el mundo. Bueno, ¿hemos terminado?

—Seguro —dijo él—. Podemos terminar aquí. Leigh, estaba equivocado, lo sé. Pero era un crío, acababa de volver a casa después de un destino y tomé decisiones malas. He pagado por ellas. He lamentado aquello desde entonces. Lo siento. Si no podemos ser amigos, yo esperaba que al menos pudiéramos ser educados.

—Seremos educados —contestó ella—. Si te veo en la calle, no te tiraré basura a la cara.

—Bien —dijo él, levantándose—. De acuerdo, pues —se dirigió a la puerta. Miró por encima de su hombro—. ¡Ah! Mis padres te envían recuerdos —y se marchó.

Leigh apoyó la cabeza en la mano y soltó un gemido. Aquello era horrible. Espantosamente horrible. ¿Por qué no podía actuar como si le diera igual, cuando quería desesperadamente que no le importara nada? ¿Por qué tenía que atacarlo furiosa como si todavía estuviera enfadada porque lo echaba de menos? Era ridículo seguir enfadada por algo que había ocurrido trece años atrás. No había sido un crimen, había sido una ruptura.

Y además... Se quedó pensativa con la boca abierta. ¿Y si se hubiera casado con él? Jamás en su vida había estado tan segura de nada como de su decisión de casarse con Johnny, con su mejor amigo, su amante. Y era evidente que habría sido un desastre.

Llamó al móvil de Helen.

—Hola. ¿Dónde estás? —preguntó.

—En el porche, escribiendo. ¿Estás bien?

—No lo sé. Johnny Holliday acaba de estar aquí.

—¿Dónde? —preguntó Helen—. ¿En Colorado?

—En mi despacho. Quiere que lo perdone. Quiere que seamos amigos. Me he mostrado horrible con él.

—Bueno. ¿Te ha salido de dentro? —preguntó Helen.

—No quiero estar enfadada. Quiero que no me importe una mierda. Perdona, eso se me ha escapado.

—Nunca he estado embarazada —comentó Helen—. ¿No hace que te sientas sensible y un poco fuera de control?

—No lo sé, pero es mucho mejor que llorar y abrazarlo.

—En eso estoy de acuerdo. ¿Qué demonios hace aquí?

—Dice que viene a una entrevista de trabajo —respondió Leigh—. Se ha casado y divorciado dos veces. ¿Por qué va a querer ser amigo mío?

Helen lanzó un gemido.

—Oye, para ser una chica inteligente, a veces eres bastante obtusa. Le gustaría que tú fueras la tercera.

—En sus sueños —contestó Leigh.

—Tú y yo nunca hemos visto al señor Johnny Holliday del mismo modo. Supongo que no es culpa tuya. Eras una cría y él era un joven atractivo y popular. Gustaba mucho. ¿No lo nombraron rey en el instituto algún año? No recuerdo exactamente. Pero su madre lo mimaba mucho y él hacía lo que quería.

—Ella siempre le disculpaba todo —comentó Leigh.

—Era un cabroncete manipulador —declaró Helen.

Leigh se echó a reír.

—Me encanta que tú también sigas enfadada con él.

—¡Me sentí tan aliviada de que no te casaras con él! Lamenté que tú sufrieras tanto, pero yo daba gracias. No era malvado, no me refiero a eso. Pero no era sincero. Conseguía lo que quería

con su encanto y su atractivo. Tenía la sensación de que el mundo le pertenecía por derecho. Creo que utiliza a la gente y que algunas personas están encantadas de dejarse utilizar. Los tres últimos años ha vivido con sus padres porque, según Dottie, sus jefes no saben apreciar su valía y sus exmujeres son malas y egoístas. Me alegro de que hayas sido mala con él y lo hayas echado. Más le vale no cruzarse conmigo.

A Leigh le había dolido oír la opinión de Helen trece años atrás, pero en ese momento le sentó bastante bien.

—¿Y qué te parece Rob? —preguntó.

—Me gusta —repuso su tía—. Aparte del hecho de que no es un buen planificador familiar.

—¿Te imaginas cómo sería mi vida si me hubiera casado con Johnny Holliday? Juro por Dios que nunca volveré a ser tan tonta.

—¿Y qué significa eso?

—Que examinaré bien cada dato, cada detalle, antes de ponerme a pensar en el matrimonio. Muchas mujeres tienen hijos sin estar casadas. Después de todo, mi madre lo hizo, ¿verdad?

—¡Que Dios nos asista! —exclamó Helen.

Ese día no escribió mucho porque su mente estaba ocupada con los problemas de Leigh. A las cuatro, Sully salió al porche con la cadena en la mano y Beau esperando impaciente detrás de él.

—¿Estás lista para estirar las piernas? —preguntó el hombre.

—Sí, será lo mejor —contestó Helen, cerrando el portátil.

Se puso un jersey ligero, dejó el ordenador y su bolsa en la cocina y siguió a Sully al camino.

—¿Has conseguido hacer algún asesinato bueno hoy? —preguntó él.

—Desgraciadamente, no —repuso ella—. Tengo asuntos personales enturbiándome el cerebro. ¿Sabes guardar un secreto?

—Lo he hecho alguna vez, pero, si he de ser sincero, la gente dice que se me da fatal —contestó Sully.

—Si es muy importante, ¿crees que podrías hacerlo?

—Creo que sí —repuso él—. Por ti.

—Leigh está embarazada.

—¡Ah! O sea que Rob ha dado en el blanco, ¿eh?

—¿Sabes que sale con Rob?

Sully soltó una risita.

—Helen, eso no es ningún secreto. Todo el mundo sabe que Rob está loco por Leigh.

—¿Y todo el mundo sabe lo nuestro? —preguntó ella.

—Creo que sí, aunque posiblemente les sorprenderían algunos detalles.

—Pues yo nunca he vivido en un pueblo tan pequeño donde todo el mundo lo sabe todo —dijo ella—. Leigh acaba de enterarse de lo del bebé, así que no puedes decirlo. Mencionó que Rob le ha ofrecido vivir juntos. Imagínatela viviendo con su novio, los hijos de él y, por supuesto, me incluiría a mí. Lo único que nos falta ya es un perro.

—¿Te vas a mudar a vivir con Rob? —preguntó Sully.

—No, no lo voy a hacer. Una cosa es compartir casa con Leigh. Lo hemos hecho toda la vida y las dos respetamos mucho el espacio personal de la otra. Si hubiera sido un poco considerada, se habría quedado embarazada en San Diego.

—¿No te gusta esto?

—Hay muchas cosas que me gustan de aquí y tú lo sabes —repuso Helen—. Pero, Sully, ¿y el invierno qué? Yo estaba decidida a huir del invierno.

Él le tomó la mano.

—Aquí no tenemos inviernos tan duros —dijo él—. Espera a verlo. Es hermoso. Tenemos mucha nieve en las laderas y el lago se congela. Yo encargo leña cortada y tengo muchos hombres en la familia que se encargan del trabajo con palas. El año pasado usé yo la barredora. Solo hizo falta unas pocas veces, pero decidí que ya he terminado con eso. Voy a pagar para que me lo hagan. Alguna vez sufrimos una nevada intensa, pero no recuerdo cuándo fue la última ventisca. Hago sopa y la congelo.

—¿Y si te quedas sin electricidad aquí? —preguntó ella.

—Tengo un generador, pero la chimenea me mantiene caliente. El generador es para las luces y los electrodomésticos. No quiero que se descongele la sopa —dijo él, riendo.

—Estás muy aislado —comentó ella.

—Lo sé. Es perfecto, ¿verdad? ¿Sabes la única parte del invierno que no soporto? Marzo, esa. Cuando toda la nieve se empieza a derretir y el campo se encharca. Yo sé apartarme del barro, pero ¿crees que mi perro ha aprendido eso? Pues no. Cree que el barro es para revolcarse en él. Helen, ¿cuándo crees que llegará el bebé?

—Supongo que en enero o febrero.

—¡Caray! No han perdido el tiempo.

—Son una pareja reciente, pero creo que ella lo quiere. Y sé que él la quiere a ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Pone una expresión empalagosa cuando habla de ella o de ellos o de algo que tenga que ver con ellos como pareja. Como tener un bebé. Y, sin embargo, ella dice que no va a hacer nada. Cree que es inteligente dejar las cosas como están. El padre del bebé vivirá a poca distancia y vendrá de visita. ¿A vernos a casa? ¡Oh, Dios mío!

—Yo probablemente hago lo mismo, poner expresión empalagosa cuando surge tu nombre —Sully le apretó la mano—. Sabes, en invierno seguimos teniendo wifi. Puedes escribir diez libros, tomar chocolate caliente y oler la sopa que preparo para ti. Las cabañas tienen calefacción. Puedes invitar a todas tus amigas y organizar un taller de escritoras en la sala de estar. Yo cocinaré, limpiaré y os dejaré solas. Más vale que lo pienses, porque sé que no vas a ir a ninguna parte.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque vas a tener un nieto o nieta. Puede que sea oficialmente una sobrina nieta, pero será una nieta a todos los efectos. Yo no pensaba que tendría ninguno y ahora tengo unos cuantos. Los adoro. Entre los nietos y tú, me siento más joven cada día. Bueno, ¿y por qué el hecho de que Leigh esté embarazada te impide matar a alguien en el libro?

—No lo sé. Porque quiero que sea feliz. Ella siempre ha asumido que no tendría niños, lo cual me parecía una suposición terrible. Debería tener hijos. Yo no los tuve, pero tuve una niña a la que criar y querer. Y es lo mejor que he hecho en la vida. Pero, Sully, quiero visitar a la siguiente generación. Quizá hacer un poco de canguro cuando tenga tiempo. Mi hermana era diez años más joven que yo. Apenas acababa de instalarme en una casa propia cuando ella acudió a mí, con dieciocho años y embarazada, y sin querer decirme el nombre del padre. Después murió en una operación de rutina y me dejó una niña de cuatro años a la que criar. Y adoré cada segundo de esa tarea. Lo que no significa que quiera volver a hacerlo.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Bien. ¿Esta noche irás a casa?

—Iré, sí. Leigh parece que necesita hablar mucho.

—Cuando vayas a casa esta noche, dile a Leigh que tener que criarla ha sido lo mejor que te ha pasado en la vida y que, da igual que vivan juntos o no, ella tendrá un hijo o hija a quien criar. Yo no fui un buen padre, lo sé, pero Maggie ilumina mi mundo y la quiero mucho. Estoy tan orgulloso de ella como tú de Leigh. Y tú sobrina debe tener esa oportunidad.

—Eso es precioso, Sully. Lo haré.

—Y después dile que, cuando te quedas aquí a pasar la noche, dormimos desnudos.

*Para tener éxito, es tan importante la actitud
Como la habilidad.*

WALTER SCOTT

Capítulo 14

En julio, los Sullivan, los Jones y todos sus familiares anexos y medias naranjas fueron al Crossing a celebrar el cuatro de julio. Avery Boyle, la hijita de Sierra y Connie, hizo su debut público ese día y Leigh pudo acunar a la niña que había ayudado a nacer. Rob se tomó el día libre, cosa rara en él, y fue al Crossing con sus hijos. Y Finn llevó también a Maia. Nadie, al verla, habrá adivinado todo lo que había pasado. Observándola con atención, Leigh captó algunas señales. No tenía mucha energía y se apoyaba a menudo en Finn, al que no dejaba que se alejara mucho, pero se veía contenta de socializar con su cirujana y Maggie declaró que se recuperaba muy bien. Más tarde, durante la noche, los hijos de Rob ayudaron a Connie y Dakota a lanzar los fuegos artificiales sobre el lago.

Una par de semanas después, cuando Helen se fue a San Francisco a ver a su amiga Maureen, Leigh fue a cenar a casa de Rob con los chicos, con Sid y Dakota. Por supuesto, cocinó el anfitrión, quien preparó una comida maravillosa usando la parrilla del patio.

Ella intentó mirar a su alrededor sin que nadie la viera. Rob tenía una casa muy agradable y bien conservada. Era solo la tercera vez que Leigh iba allí. La primera había sido para cenar con los abuelos Speer, y la segunda, una mañana a tomar café antes de que Rob se fuera al pub. Tenía que admitir que él había conseguido crear un hogar cómodo para su pequeña familia. La casa no era demasiado grande, pero tenía cinco dormitorios. Uno hacía de despacho para Rob y había un cuarto de invitados, que había usado Sid durante el año y pico que había vivido con ellos. Había muchos muebles integrados de madera, el aparador del comedor, el mueble de la tele y las estanterías de libros. Había un sofá modular grande de cuero, del tamaño de un hombre. La cocina era impresionante, pero Rob era un enamorado de las cocinas.

Era una buena casa. Pero no había nada que la reflejara a ella. Por supuesto.

Y estaba llena. ¿Dónde demonios pensaba él meterla allí? ¿Y dónde iba a vivir Helen?

Pasó la marca de las doce semanas y Rob incrementó la presión.

—Creo que debemos tomar algunas decisiones —dijo—. Dentro de poco se te empezará a notar. Tengo que decirles a mis hijos lo que ocurre.

—Solo si lo crees necesario —comentó ella—. No creo que sepan la diferencia si esperamos un poco más.

—Querrán saber cómo vamos a hacer lo de ser padres. Y a decir verdad, yo también quiero saberlo.

Leigh movió la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Tengo muchas dudas. Me gustaría intentar hacerme a la idea un tiempo más.

—Si vamos a vivir juntos, tengo que hacer algunos ajustes.

—¿Qué clase de ajustes? —preguntó ella.

—Tú tienes muchas cosas. Mucha ropa, algunos muebles...

—Rob, en tu casa no hay sitio para mis muebles y para mí. No hay sitio para mi escritorio ni para el mueble palanganero antiguo que compré hace años y que me encanta. ¿Y dónde vamos a poner al bebé?

—Tendremos que vaciar una habitación y hacer un cuarto infantil.

—¡Oh!, ¿lo ves? No hay sitio para eso. ¿Esperas que traiga mi cepillo de dientes y recree mi vida en tu casa? Lo que yo pienso es esto. Creo que debemos dejar las cosas como están hasta más tarde.

—¿Más tarde?

—No estamos listos para vivir juntos —dijo ella—. Eso es un gran compromiso. Sería traumático si no saliera bien y tuviéramos que separarnos. Y a mí me gusta mi casa. Deberíamos esperar hasta... No sé, hasta que los chicos sean más mayores. Quizá hasta que Sean empiece la universidad.

—Para eso faltan dos años.

—Pues quizá no tanto. Pero no estoy preparada...

—Está bien, pero hay cosas en las que no piensas. Un bebé va a dar mucho trabajo. Las veinticuatro horas. ¿Cómo vas a ir a la clínica por el día, amamantar al bebé unas cuantas veces por la noche y estar al día con las lavadoras y el trabajo extra? Te privarás de dormir.

—Tengo a Helen —contestó ella.

—¿Ella no pensaba ir a algún sitio a pasar el invierno?

—Estoy segura de que se quedará si tengo un bebé.

—¿Esto lo has hablado con ella o estás asumiendo que va a ser tu mano derecha?

—La verdad es que no hemos hablado de lo que vamos a hacer cuando nazca el bebé, pero le he dicho que estoy muy dividida ante la idea de vivir juntos porque estoy... Yo estoy loca por ti, Rob, pero combinar hogares y familias... Quizá sea mejor esperar hasta que termines de criar a tu primera familia.

—Eso no funciona así, Leigh. Mis hijos siempre serán mis hijos y siempre tendrán una habitación en mi casa, en nuestra casa. Nunca dejas de ser padre. Solo pasas a la siguiente fase de paternidad. Igual que tu tía Helen no dejó de ser tu tía Helen cuando cumpliste veinte años.

—Yo no creo que tengamos todos los ingredientes para vivir juntos.

—Yo sí —replicó él—. Te quiero. Y sé que lo sabes.

—Rob, tú eres la relación más seria que ha habido en mi vida desde que era una cría, pero todavía no estoy en ese punto.

—Sí, yo creo que lo estás —repuso él—. Lo que pasa es que tienes miedo. Tienes miedo de no poder vivir con alguien, compartir la cama con alguien todas las noches. Caminar en pijama por tu casa con un par de chicos adolescentes en ella. Pero yo me he colado en tu cama tres, cuatro o cinco veces por semana desde que cruzamos esa línea. Creo que la casa todavía no es tu casa, pero podemos arreglar eso. No puedo hacerlo solo. Necesito tus ideas. Los chicos no serán una carga para ti. Ellos ayudarán.

—Son unos chicos estupendos —replicó ella—. Pero son tuyos.

—¡También son hermanos del bebé! Leigh, tú no tienes a este bebé sola.

—Pero puedo hacerlo.

El rostro de él adquirió una expresión de dureza.

—No —dijo—. No puedes.

—¿Qué significa eso?

—Te quiero y quiero que hagamos esto juntos. Ese es el mejor escenario. Quiero estar ahí cuando el bebé se despierte por la noche y tú estés demasiado cansada para levantarte. Quiero estar ahí cuando le estén saliendo dientes y se sienta mal. Quiero estar ahí para el primer día de guardería.

—Tus hijos van a flipar —comentó ella.

—Al principio puede que sí, pero creo que no tardarán en hacerse a la idea. Les gustas mucho.

—No...

—Yo creo que sí —repuso Rob—. Lo descubriremos. Se lo pienso decir antes de que se den cuenta. Tenemos que tomar algunas decisiones.

Ella le tomó la mano y lo atrajo hacia sí.

—No hablemos más de esto ahora. Tenemos la casa para nosotros...

—Leigh, ¿tú renunciarías a tu bebé? —preguntó él.

—Claro que no.

—Yo tampoco lo haré.

Rob la miró largo rato. Ella esperaba que la abrazara. La expresión de él no era muy alegre. Quería que ella dijera que lo quería, que le gustaba la idea de vivir con sus hijos y con él. La mayoría de las mujeres harían eso. Pero él estaba dejando claro que lucharía con ella por ese bebé. Los ojos de Leigh se llenaron de lágrimas.

—Ven aquí —él la tomó en sus brazos—. Si pudieras ceder un poco conmigo...

—Hago lo que puedo —susurró ella.

—Dime lo que necesitas que haga yo que te ayude a tomar decisiones —pidió él.

—No lo sé —murmuró ella.

Cuando empezó agosto, Rob creyó notar un bulto redondo en el vientre de Leigh. Le habían llamado la atención algunas cosas que otras personas quizá no podían notar, como que se habían agrandado sus pechos y oscurecido sus pezones. Muy pronto le preguntarían directamente. La gente lo sabría. Y, si la gente lo sabía, alguien se lo diría a los chicos.

Fijó un día y les pidió que llegaran a las cinco para cenar. Él no volvería al pub a menos que todo estuviera tranquilo en casa. Preparó enchiladas y guacamole y puso la mesa para tres.

—¿Qué celebramos? —preguntó Finn.

—Charla de hombres —contestó Rob—. ¿Dónde está tu hermano?

—Llega tarde, como siempre. Iba a jugar un rato al béisbol en el parque —Finn sacó su teléfono móvil y empezó a escribir un mensaje. Se abrió la puerta de atrás y entró Sean corriendo.

Rob pensó de inmediato que su hijo menor volvería loco a Leigh, despertaría al bebé, metería barro en la casa y daría mucho trabajo. Por suerte para él, era cariñoso y encantador. Eso podía salvarlo.

—¡Hala! —exclamó cuando vio la mesa—. ¿Noche de cita? —preguntó, guiñando un ojo.

—Charla entre hombres —repuso Finn.

—Genial —dijo Sean—. Últimamente me cuesta trabajo dormir. Esto puede ayudarme.

—Tengo que hablar de un tema serio —anunció Rob—. Supongo que es un hecho conocido que Leigh es mi novia. Y mi novia está embarazada.

Eso silenció a los dos chicos. Se quedaron mirándolo con las bocas abiertas por la sorpresa.

—¡Tío! —exclamó Sean.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Finn.

Rob decidió evitar la respuesta de listillo y optar por la sinceridad.

—Falló el control de natalidad. Y esto es lo que hay. Dentro de poco resultará evidente. Le he pedido que se case conmigo y me ha rechazado de plano. Dice que todavía no nos conocemos lo suficiente. Supongo que en eso tiene razón. Me sentiría mucho mejor en lo de ser padres si lo hiciéramos al modo tradicional, ¿sabéis? Así que le he pedido que se mude aquí y sé que esa idea le asusta mucho. ¿Irse a vivir con un hombre y sus hijos adolescentes y tener un bebé? Yo también me asustaría. Pero lo que importa aquí es que voy a seguir intentando convencerla de que se esfuerce conmigo en buscar un modo de que podamos estar todos juntos en esto. Vosotros sois mi familia, ese bebé es mi familia y deberíamos ayudarnos unos a otros.

Siguió un silencio atónito. Ninguno tocaba su plato. Rob les dio un minuto para digerir la noticia, pero solo tenía un minuto. Sus nervios estaban al límite. Se levantó y fue a por una cerveza al frigorífico. Volvió a sentarse.

—Quizá deberías pasarnos una a nosotros —comentó Sean.

—Sé que no es fácil de digerir —repuso Rob.

—¿Qué demonios, papá? —intervino Finn.

—Bueno, tengo cuarenta años, hijo. Y ella me importa mucho y nos acostamos y ¡bingo!, embarazo. La naturaleza a veces tiene mente propia. No tengo dieciséis ni diecisiete años y, por supuesto, sé lo que no debo hacer. Pero a veces no basta con saberlo. Además, puedo mantener a una familia.

—No, no lo decía por eso. ¿Tú quieres casarte con ella?

Rob tardó un momento en contestar.

—Sí. Pero creo que ella no me cree. Tengo la impresión de que piensa que solo intento ser responsable, pero eso es solo en parte. Creo que es lo más fantástico... —carraspeó—. La quiero de verdad. Somos compatibles y yo soy flexible. Estoy dispuesto a hacer lo que tenga que hacer para que esté cómoda.

Tomó un trago de cerveza.

—Voy a seguir trabajando en eso porque creo que deberíamos cuidar juntos de ese niño, bajo el mismo techo. Ese bebé es hijo mío. Ese bebé es vuestro hermano y tenéis derecho a verlo crecer. Deberías poder ayudar con todo el proceso. Y ella no lo sabe todavía, pero no puede hacerlo sola. Los bebés son agotadores. A veces lloran durante horas. Y siempre durante la noche.

—Suena genial —comentó Sean.

—Tú tienes auriculares —contestó su padre.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —preguntó Finn.

—Creo que en febrero. Todavía no hemos determinado cuándo sale de cuentas, pero unas semanas después de Navidad.

—¿Y es un niño? —preguntó Sean.

—No lo sabemos aún. Yo hablo en masculino porque es a lo que estoy acostumbrado.

—¿Y qué tiene de malo nuestra casa? —quiso saber Sean.

—Bueno, intenta ponerte en su lugar. Ya pasamos un poco por esto con la tía Sid. Tuvimos que esforzarnos por hacer espacio para ella, ¿recordáis?

—Compramos un contenedor —contestó Finn—. ¿Quieres comprar un contenedor?

—Hasta que no sepamos lo que tenemos que hacer, no —dijo su padre—. Intenté hablar de

esto con ella hace unos días y se echó a llorar. Me gustaría que ella participara también en hacer esta su casa además de la nuestra, pero tiene las emociones a flor de piel y...

—Esto es increíble —declaró Sean—. ¿Qué espera que hagas tú? ¿Ir a ver a tu hijo a su casa? ¿O preferiría que nos mudáramos todos allí?

—Su casa es demasiado pequeña para nosotros. Lo que yo creo que pasa es esto. Creo que cuando piensa en el futuro, ve un gran espacio en blanco más allá del próximo mes. Creo que se niega a aceptar lo que ocurre. Pero muy pronto le resultará obvio que no tiene elección. Y entonces tendrá que planear algo.

—¿Y si se muda aquí con nosotros y odia esto? —preguntó Finn—. ¿Y si la convences y resulta que no quiere estar aquí contigo para siempre, o con nosotros? ¿Y si no le gustan los adolescentes?

—¿Recuerdas cómo se portó cuando te cortaste la mano? ¿Recuerdas las enchiladas de pollo que te dio de comer, Sean? Puede que no sepa vivir con un grupo de hombres, pero le gustamos. ¿Y sabéis lo que me gustaría a mí? Me gustaría volver a tener una mujer en casa. Vuestra madre y yo tuvimos una buena relación. Nos llevábamos bien, sabíamos llegar a acuerdos y nos divertíamos haciéndolo. No todas las parejas salen tan bien, pero nosotros tenemos una gran razón para intentarlo.

—A lo mejor ella no te quiere —comentó Sean.

Pero Rob creía que sí, que ella lo quería. Tenían largas discusiones sobre cosas serias, hablaban de tonterías, estaban más veces de acuerdo que en desacuerdo, tenían gustos parecidos y las cosas en las que no se mostraban de acuerdo eran insignificantes. El desayuno era la comida favorita de los dos. Ella odiaba el cilantro y a él le encantaba. A ella le gustaban las baladas y a él el jazz. Él adoraba probar restaurantes especiales y a ella le gustaba comer pero no era una gran cocinera. Y, cuando sus cuerpos se unían, encajaban como si estuvieran hechos el uno para el otro. No era algo puramente físico, no se puede hacer el amor así con alguien si eso no lo guía el sentimiento.

Bueno, algunas personas sí podían. Pero su relación no era así. Habían compartido día tras día y semana tras semana de anhelo, de confianza mutua. O él estaba muy equivocado o Leigh no era una de esas personas. Ella tenía tantos sentimientos como él.

Y, sin embargo, estaba muy asustada.

—Creo que hacemos buena pareja —dijo—. A mí me parece que hay amor, pero entiendo su nerviosismo. Esto ha sido muy repentino. Y la única persona con la que Leigh ha compartido espacio ha sido su tía.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Finn

—No lo sé. De momento voy a ir con calma. La cuidaré todo lo que me deje, pero, maldita sea, es una mujer mandona e independiente —mover la cabeza—. Estoy abierto a sugerencias, si se os ocurre alguna.

Finn y Sean se miraron. No eran precisamente expertos en ese tema.

—Ah, papá, quizá deberías preguntarle a otra persona —dijo Sean.

Cuando Helen volvió a Timberlake, llamó al móvil de Leigh, pero saltó el buzón de voz.

—Supongo que estarás viendo pacientes —dijo—. No importa. He vuelto de San Francisco y voy a pasar por el Crossing. Espero escribir un poco esta tarde. Si no tienes planes luego, ¿por qué no vienes a cenar a casa de Sully? Estoy segura de que me pedirá que me quede. Llevo dos semanas sin verlo.

Confió en secreto en que Leigh sí tuviera otro compromiso.

Sully se alegró mucho de verla y la abrazó.

—Has estado fuera un año, ¿verdad? —preguntó.

—Creo que quizá me has echado de menos —dijo ella.

—Sé que hemos hablado, pero, ahora que has vuelto, quiero que me lo cuentes todo.

—¿Has comido? Porque yo estoy muerta de hambre.

Sully le preparó un sándwich y después dejó a Brenda Canaday al cargo de la tienda y ellos dos se sentaron juntos en el porche de la casa. Esa era la tercera chica Canaday que trabajaba en el Crossing en los últimos años y así Sully tenía tiempo de hacer otras cosas. Y, en aquel momento, eso era estar con Helen.

Esta, entre mordisco y mordisco, le contó casi lo mismo que le había contado ya por teléfono. Le encantaban la casita de invitados y el esposo de Maureen, un hombre amable que las dejaba a su aire. Cenaban juntas todas las noches y algunos días salían a sus restaurantes favoritos. Las dos eran escritoras y amigas desde hacía mucho tiempo.

—Siempre me lo paso muy bien en San Francisco con Maureen, pero no me habría quedado tantos días de no ser por Leigh. Confiaba en que así pasaría más tiempo con Rob y quizá decidirían algo entre los dos.

—¿Ella te ha dicho algo de eso? —quiso saber Sully.

—Nada, excepto que se siguen llevando muy bien —contestó Helen—. Tú no habrás oído nada, ¿verdad?

—Recuerda que yo tengo a Frank —dijo Sully—. No sé cómo se entera de tantas cosas, teniendo en cuenta que se pasa la vida en esa silla delante de la tienda, pero lo sabe todo de todo el mundo. Se dice que están juntos todos los días. Cuando ella no va al pub a almorzar o cenar, el coche de Rob está delante de su puerta.

—Eso está bien. Me gusta que hablen.

—Creo que es bastante evidente que han hecho algo más que hablar. ¿Tú sabes lo que quieres para ella, Helen?

—Quiero que sea feliz. Nunca la he visto tan feliz como cuando empezó a quedar con Rob. Creo que no se ha sentido triste ni siquiera con este embarazo sorpresa. Le dije que no hiciera nada hasta que estuviera completamente segura, pero no sabía que le iba a llevar tanto tiempo.

—A mí también me gustaría verla asentada —comentó él.

—Cuando mi hermana de dieciocho años vino a verme y me dijo que estaba embarazada, no tenía al lado un hombre cariñoso intentando hacer todo lo que pudiera por ayudar. Ni siquiera quiso decirme quién era el padre. Dijo que quizá me lo contara algún día. Luego murió joven y nunca supe quién era el padre de Leigh. Jugamos un poco con la idea de buscarlo, pero a Leigh no le interesaba. Dijo que eso ya no tenía importancia. Pero el padre de su hijo es un hombre muy conocido y respetado aquí. Parece un buen hombre.

—Yo pondría la mano en el fuego por él —repuso Sully—. Eso no significa que ella lo quiera lo bastante para casarse con él, pero es un buen hombre.

—Y debería tener acceso pleno a su hijo. Si ella no está lo bastante interesada para hacer un compromiso, tendrán que ponerse de acuerdo sobre la custodia. Él tiene que poder participar en la educación de ese niño.

—Helen, quiero hablar de nosotros —intervino Sully—. Quiero hablar de nuestro futuro.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó ella, y dio otro mordisco a su sándwich.

—Nosotros, eso tengo en mente. ¿Tenemos futuro juntos? Y quiero decir «juntos».

—No te entiendo.

—Helen, soy feliz todos los días que paso contigo. Quiero que los pasemos todos juntos a partir de ahora. Creo que eres la primera mujer a la que he querido. Soy bastante viejo para sentir esto por primera vez. Entiendo que a ti te gusta viajar y a mí no. Pero hay mucho tiempo en el que no estás viajando. Creo que deberíamos hablar de casarnos.

—¿Casarnos? —preguntó ella, atónita—. ¿Estás loco? ¿Por qué nos vamos a casar ahora? Yo no estoy embarazada.

—¿Eso no es cosa de familia? —murmuró Sully.

—En serio, ¿por qué casarnos ahora? ¿No podemos estar juntos simplemente? ¿Vivir en pecado?

—Si eso es lo que ofreces, lo aceptaré. ¿Puedes soportar esta casa? Si quieres rehacerla, redecorarla, me parece bien. Incluso tengo terreno, si quieres empezar una de cero, aunque ya no te puedo ayudar mucho. Hace veinte años, te la habría construido casi toda yo. Sin embargo, ahora solo puedo echar una mano. Pero nos hemos comprado un colchón nuevo, que, por cierto, fue buena idea. Hacía años que mi espalda no estaba tan bien.

—Porque tu colchón tenía veinte años, creo. Oye, Sully, yo siento lo mismo. Tú me haces feliz. Este sitio me hace feliz. Pero no me comprometeré a nada hasta que haya pasado un invierno aquí. Puede que no lo soporte.

—Si tienes un nieto o nieta aquí, aprenderás a soportarlo —contestó él—. Además, he leído otro de tus libros. El de la chica muerta.

—En la mitad de ellos hay una chica muerta —contestó ella, tras dar otro mordisco al sándwich.

—Dices eso con aire inocente, como si no tuviera nada que ver contigo. Te voy a hacer una pregunta. No tienes ningún libro sobre un tendero de setenta y dos años, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Todavía no.

—Yo quiero pasar las noches contigo mientras aún me quede algo de tiempo —dijo él—. Tú eres una cría. Probablemente te queden uno cuantos novios después de mí.

—Espero que no pienses dejarme muy pronto —comentó ella—. Porque me estoy acostumbrando a ti.

—Con suerte, estaré un tiempo más por aquí —repuso él—. O eso espero. Tú haces que me sienta joven. Quizá incluso haga un viaje contigo alguna vez.

—¡Vaya, Sully! No seas tan impulsivo —comentó ella riendo.

—No prometo nada. Soy un hombre de rutina. Pero tú puedes cambiar la casa como quieras. Haz lo que quieras. Solo tienes que vivir en ella conmigo. Tú sabes que quieres hacerlo.

—Quiero hacerlo —musitó ella—. Pero primero tengo que ver a mi sobrina un poco más instalada que ahora.

—Es mayorcita —dijo él—. Si no va a hacer nada por arreglar esto por sí misma, no me siento inclinado a esperarla. Creo que quizá debas darle un ultimátum.

—No puedo hacer eso. Solo nos tenemos la una a la otra.

—Ya lo sé. Y a las dos os vendría bien tener a más gente.

Finn y Maia estaban sentados juntos en el jardín de la casa de ella, en dos tumbonas gemelas compartiendo una manta. Se habían besado mucho rato e intercambiado caricias inocentes debajo de la manta. Cualquiera que mirara por la ventana de la cocina adivinaría lo que pasaba, pero no

miraba nadie. Los padres de ella estaban tan contentos de tenerla con vida, que no la presionaban en ningún sentido. Además, habían agradecido mucho el apoyo de Finn.

—Tienes la sesión de orientación en Boulder pronto, ¿no? —preguntó Maia.

—Dentro de un par de semanas. Pero las clases no empiezan hasta después del Día del Trabajo —dijo él.

—He tomado una decisión —le explicó ella—. No voy a empezar en septiembre. Me voy a tomar libre otro cuatrimestre.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él.

—Sí, me siento aliviada. Salvo porque me aburriré. Quizá intente ver si puedo matricularme en un par de clases en la universidad comunitaria.

—Maia, estás preparada. Puedes ir a la universidad cuando quieras. El doctor te ha dado el alta.

—Me parece demasiado pronto. Me pone nerviosa estar tan lejos de casa. ¿Y si ocurre algo? Ya sé que no me va a salir otro tumor cerebral. Al menos, no de inmediato. Me haré una resonancia magnética todos los años y Maggie cree que todo va a ir bien. Pero a veces, cuando me pongo nerviosa, no encuentro la palabra que busco. Mi concentración es nula y mis habilidades cognitivas no se han recuperado aún, lo cual puede tener tanto que ver con las convulsiones como con el tumor o la operación. Así que aún no he recuperado del todo la confianza. Eso no es ninguna sorpresa, ¿verdad? He pasado por algo traumático. Todavía no me dejan conducir, aunque la causa de las convulsiones fue el tumor y este ya no está. Para ir sobre seguro, tengo que esperar seis meses para conducir. Sin ti no habría podido superar esto —ella lo besó en la mejilla.

—¡Eh!, la valiente has sido tú.

—Quiero decirte algo más. He cambiado de idea sobre Flagstaff. No quiero irme tan lejos. Voy a intentar en la Universidad de Colorado. Pero quiero que sepas que no voy allí porque estés tú, no voy para que cuides de mí. Tu condena ha terminado, eres libre. Voy allí porque es una buena universidad y está más cerca de mi doctor.

—¿Estás rompiendo conmigo? —preguntó él.

—¡Dios santo, no! Pero he sido una gran carga. Quiero ser una novia, no unos grilletes. Tú has sido fabuloso, pero ya no quiero ser más tu paciente.

—¿Te he tratado como a una paciente?

—No, has estado perfecto.

—Tú habrías estado a mi lado —repuso él—. Creo que es lo que hace la gente que se quiere.

—Estoy de acuerdo. Y sí, yo lo habría hecho. Pero, a partir de ahora, nuestra relación ya no girará en torno a mi tumor cerebral. Estaremos juntos mientras nos queramos, y si eso es para siempre, guay. Pero te advierto que no me voy a morir.

—Sabía que te pondrías bien —Finn suspiró—. Bueno, no lo sabía exactamente, pero es lo que me decía siempre —sonrió—. Universidad de Colorado, ¿eh? Es como un sueño hecho realidad.

—Escucha, tú irás allí un cuatrimestre antes que yo. Quizá un curso completo si no me dejan empezar en febrero. Vas a conocer chicas...

—No, no es verdad.

—Sí lo es. Chicas con pelo en toda la cabeza. Quiero que recuerdes que, si conoces a una chica que te gusta mucho, no me voy a morir.

—Está bien. Lo recordaré.

—Me enfadaré, pero no me pondré enferma ni me moriré.

—Está bien, está bien. Me sorprendería mucho conocer a alguien tan especial. Y contigo aquí, vendré a casa muchos fines de semana.

—No es necesario. Hablaremos y nos escribiremos y tú puedes contármelo todo y venir a casa cuando quieras.

—Estoy seguro de que querré —dijo él, estrechándola contra sí.

—Te echaré de menos —musitó ella—. Yo te echaré más de menos porque no estaré ocupada, pero quiero que te diviertas.

—Tendré que venir a casa fines de semana para que me ayuden con los trabajos. ¿Te he dicho que voy a elegir cursos de Ciencias? Biología y quizá premedicina.

—¿De verdad? ¿Y eso por qué? Pensaba que ibas a ir hacia Empresariales.

—Porque quería ganar mucho dinero y me parecía el modo más rápido. Pero, cuando te operaron, estuve mirando a todos esos doctores, a los cirujanos y los médicos de Urgencias y, lo siento, pero son unos machotes. Hasta Maggie lo es.

Maia se echó a reír.

—Finn, ella es la más machote de todos. Se gana la vida tocando cerebros. Y es tan guay que habla de ello como si estuviera sacándote una astilla.

—Lo sé. No te emociones mucho. Seguro que soy demasiado estúpido para ser médico.

—No, no lo eres. Es mucho mejor intentarlo que evitarlo porque te parezca difícil. No querrás preguntarte el resto de tu vida si habrías podido hacerlo si lo hubieras intentado.

—Eso es lo que pienso yo —dijo él—. A mi padre le va a dar algo. Como si no tuviera ya bastante, solo le falta que le diga que quiero estar en la universidad unos dieciséis años. Y ahora que llega el bebé.

—¿Bebé? —preguntó ella.

—¿No te he dicho que voy a tener otro hermanito?

—¿Qué? —ella casi se atragantó—. ¡Pero tu padre no está casado!

—Eso es verdad —contestó él—. Mi padre, ese pilar moral de la comunidad, ha dejado embarazada a la doctora del pueblo.

—¡No te creo! —gritó ella. Le dio un puñetazo en el brazo—. Mientes.

—No miento. Está intentando conseguir que se case con él o, al menos, que venga a vivir con nosotros. La universidad me apetece más cada día. O sea, la doctora Culver me cae bien. Es guay. Pero los bebés hacen mucho ruido. Y vomitan como locos.

Magia soltó un gemido y se desplomó sobre su tumbona.

—¡Cielo santo! ¿Y si nos pasara eso a nosotros?

—No quiero ni pensarlo. Si lo pienso, puede que nunca vuelva a hacer el amor —contestó él.

El que vive de verdad amará de verdad.

ELIZABETH BARRETT BROWNING

Capítulo 15

Maggie estaba en el huerto detrás de la casa de Sully, llenando una cesta con lechugas, tomates, cebolletas y calabacines. Mientras lo hacía, arrancaba algunas malas hierbas aquí y allá. Su padre se acercó, como era de esperar, y se apoyó en la valla.

—Hemos tenido un buen año —dijo—. Buena cosecha.

—Sí, es cierto.

—¿Elizabeth está durmiendo?

—Ha dejado de dormir por las mañanas. Mala suerte. Está en casa jugando con Sam. Connie y Cal están al cargo hoy. Yo me voy a Denver el miércoles temprano, pero estaré en casa el viernes por la noche.

—Trabajas mucho —comentó Sully.

—Trabajo media jornada —repuso ella con una carcajada—. Pero algunos de mis casos requieren un compromiso serio, con cirugías que pueden durar horas.

—Lo sé —musitó él—. Tú me asombras a mí y a todos los que me rodean.

—Gracias, papá. ¿Helen va a venir hoy?

—Viene casi todos los días. A veces tiene lo que ella llama negocios por teléfono. Eso lo hace en el pueblo, cuando trabaja con su editora, su agente o su publicista. O el contable —añadió Sully con una risita—. Creo que nuestra Helen está bien provista. Aunque dice que tuvo que economizar cuando trabajaba de profesora y criaba a Leigh y que eso la volvió tacaña.

—Bien por ella —comentó Maggie—. Quizá pueda relajarse y disfrutar de la vejez.

—Dudo mucho de que cambie algo a medida que envejece. Dice que los dueños de *campings* y los escritores siguen trabajando hasta que se mueren.

—¿Tú piensas alguna vez en jubilarte?

—No. De todos modos, solo trabajo medio año.

—¿Y cómo te va con tu nuevo horario? —preguntó Maggie, sentándose sobre los talones en el huerto.

—Tendría que haberlo hecho hace años. Cuando Helen cocina o me ayuda a cocinar, pone la mesa. He cenado durante treinta y cinco años con el plato encima del mostrador de la tienda. Helen pone una vela o dos en la mesa, aunque todavía sea de día. Ha comprado manteles individuales y servilletas de tela. Yo nunca me he molestado con eso. Es como ir al restaurante.

—Helen y tú os lleváis muy bien.

—Mucho. Quería hablarte de algo. No se lo he dicho a nadie, así que no lo digas tú. Le pedí a Helen que se casara conmigo.

—¡Papá! ¡Eso es maravilloso!

—Me dijo que no, claro —continuó él—. Bueno, lo que dijo fue que por qué molestarse en

casarse. A mí me da igual. Simplemente me gusta tenerla aquí. Me gusta la idea de que viva aquí. Le dije que, si esa casa vieja no está en buen estado, puede arreglarla como le apetezca. Probablemente lo necesite ya.

—Lo necesita mucho, papá —contestó Maggie—. Creo que es una buena idea.

—Hay algo que me preocupa y de lo que quiero hablarte. Me estoy haciendo viejo y Helen es diez años más joven.

—Estás bien de salud.

—Esa es otra cosa sobre Helen. Que me hace querer estar bien de salud.

—¡Dios la bendiga! —Maggie se levantó y tomó la cesta—. Teniendo en cuenta que eso antes te importaba un bledo.

—No me preocupa mucho caerme muerto. Eso no sería mucho problema. Solo tendríais que enterrarme. He leído media docena de sus libros y sé que Helen sabe cómo librarse de un cadáver.

Maggie se echó a reír a su pesar.

—Pero me preocupa otra cosa. Tengo que pedirte un favor.

—Dispara.

—Si ocurre algo inesperado, quiero estar seguro de que Helen no acabará cuidando a un viejo enfermo o un inválido. Eso sería horrible. Tengo algo de dinero destinado a mi vejez. Dinero líquido y también unos bonos. El grueso de mis bienes es esta propiedad. Tú puedes contratar a alguien que lleve el *camping* o puedes venderlo. Cuando Helen deje de vivir aquí, claro. Eso suponiendo que la convenza de que se mude aquí conmigo. No puedes ofrecerle a una mujer que comparta tu casa y luego quitársela de pronto si te da un ataque o te mueres. No sé cómo se hacen esas cosas, Maggie.

—Pues, por suerte, estoy casada con un abogado y, desde que está aquí, trabaja más en derecho de familia que en casos penales. Si no sabe cuál es el mejor modo de arreglar eso, lo averiguará. La pregunta aquí es qué quieres que haga yo.

—No lo sé —contestó él—. Si estoy sentado en una silla de ruedas babeando, preferiría que me llevaras a la cumbre y me empujaras al vacío, pero apuesto a que eso te resultaría desagradable.

—Yo no me río. ¿Esperas vivir con Cal y conmigo? ¿Tienes auténtica aversión a las residencias de ancianos?

Él hizo una mueca.

—A nadie le gustan esos sitios, pero ¿qué le vamos a hacer? Nadie quiere ser una carga tampoco. ¿Quieres prometerme solo que no dejarás a Helen atrapada con un viejo que necesita muchos cuidados? Es más joven que yo, pero ya no es ninguna niña. Y debería disfrutar lo que le quede de vida. Especialmente ahora que va a ser abuela...

—¿Va a ser abuela? —preguntó Maggie.

—¡Vaya!, mira lo que se me ha escapado ahora. No será oficialmente abuela, sino tía abuela, pero, teniendo en cuenta que Leigh es como una hija, el bebé será como un nieto. Y te agradecería que no dijeras nada por el momento. Ya le advertí que no se me da muy bien guardar secretos.

—¿Leigh está embarazada? —preguntó Maggie—. ¡Qué emocionante! ¿Asumo que Rob es el padre?

—Yo también asumo eso.

—¿Y tienen planes?

—El tema en este momento es que no hay planes. Él quiere planes, Helen quiere planes y, sin embargo, no hay planes. Según Helen, Leigh, por alguna razón, no está preparada para comprometerse a nada, aunque se rumorea que Rob sí lo está. No me preguntes cómo va a acabar esto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Maggie—. ¿Ella ha dicho que no puede comprometerse debido a XYZ?

—Ayúdame con lo de XYZ —pidió él.

—Ya sabes. ¿Hay alguna razón por la que ella no quiera un compromiso con el padre de la criatura? ¿Hay algo raro, como que él tenga problemas de alcohol, problemas de juego o muchas deudas?

—Supongo que todos tenemos nuestros secretos... Excepto yo. No se me ocurre que tenga ninguno. Hay un par de cosas en mi pasado de las que prefiero no hablar, pero no creo que sean vergonzosas. Más bien estúpidas —dijo Sully.

—Yo también —respondió Maggie con una carcajada.

—Sí, el último novio tuyo antes de Cal era un imbécil. No sé dónde tenías la cabeza.

Ella carraspeó.

—Y tú no sabes ni la mitad —comentó.

—A menos que Rob Shandon sea un maestro del engaño, creo que es un buen tipo, pero ¿qué se yo?

Maggie se apoyó la cesta de verdura en la cadera.

—Lo que sabes es que quieres pensar en tu futuro y dejarlo organizado de modo que no dejes en un brete a ninguno de tus seres queridos y yo admiro eso. Pero no vas a ir a ninguna parte en veinte años más por lo menos. Hablaré con Cal para ver cómo puede prepararte algo legal. ¿Has hablado de esto con Helen?

—Hablaré —contesto él—. Primero tengo que conseguir que sus pijamas de lunares se muden a mi casa.

—De lunares, ¿eh?

—Muy estilosos —dijo Sully.

Leigh llevaba días sin ver a Rob. Finn y él habían ido a Boulder al cursillo de orientación del chico y, desde su vuelta, habían estado los dos ocupados. De hecho, haciendo memoria, hacía dos semanas que no había ningún contacto físico importante entre ellos. Y él pronto iría a llevar a Finn a Boulder para dejarlo instalado allí.

Lo llamó el domingo por la noche.

—¿No vas a venir? —preguntó.

—Esta noche tengo que vigilar el pub. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Sí, necesito algo. Eso que haces cuando estamos solos y desnudos.

Él rio hondo en la garganta.

—¿El bebé está bien? —preguntó.

—Muy bien, que yo sepa. ¿Te veré mañana?

—¿Te apetece que cenemos? —preguntó él.

—Eso sería maravilloso. ¿Traerás tú algo o quieres que te sorprenda?

Rob volvió a reír. Probablemente de su sugerencia de cocinar.

—Yo llevaré algo.

Había pasado mucho tiempo. Desde la primera vez que se acostaran nunca habían estado más

de una semana sin hacerlo. Hasta entonces. Leigh estaba frenética. Pensaba que le arrancaría la ropa con los dientes cuando entrara por la puerta. Llevaba todo el día frustrada y ansiosa. Había ido a casa desde la clínica, se había duchado, peinado, hidratado y puesto unos pantalones de verano y una camiseta suelta fáciles de quitar.

Llamó a Helen al móvil y le alivió oír que iba a cenar en el Crossing con Sully. Leigh se sentía perpleja por la amistad entre Sully y su tía. Nunca le había conocido a esta una amistad tan absorbente. Helen solía pasar su tiempo con muchas amigas, no con un anciano que ni siquiera era escritor.

Pero ella estaba demasiado absorta con Rob para preocuparse por eso. Cuando le abrió la puerta, se echó en sus brazos. Él dejó caer la bolsa de comida y la alzó en vilo. Buscó los labios de ella con los suyos y la besó de ese modo que le producía tanta alegría.

Luego la dejó en el suelo.

—¿Te sientes bien? —quiso saber.

—De maravilla —contestó ella.

—Quiero hacerte un par de preguntas —dijo él—. ¿Podemos sentarnos a la mesa? He traído pasta buena de Capriasta's.

—¿Has ido hasta Aurora?

—Haría lo que fuera por ti —respondió él con una sonrisa—. ¿Te apetece la pasta?

—Estoy muerta de hambre todo el tiempo.

—Bien. Entonces te alimentaremos todo el tiempo.

Rob puso un par de platos en la mesa y abrió el contenedor de papel de aluminio, que dejó entre ambos. Desenvolvió el pan, pero arrojó los cubiertos de plástico a la basura. Sacó cubiertos de acero inoxidable y le sirvió un vaso de agua a Leigh. Él tomó una cerveza del frigorífico.

—Normalmente comemos después —dijo ella.

—Lo sé. Pero hace dos semanas que no te pregunto nada sobre nuestra situación.

—Han sido un par de semanas buenas, excepto que te he echado de menos —repuso ella en voz baja.

—No quería presionarte —explicó él—. Quiero que lo pienses bien, que te tomes tu tiempo. Pero también he pensado que quizá no sea muy buena idea tener mucho sexo mientras tú intentas decidir lo que sientes sobre nuestro futuro.

—¿De verdad? ¿Y eso por qué? No necesitamos anticonceptivos.

—Lo que necesitamos es perspectiva —dijo él—. A mí me cuesta mucho tener la cabeza despejada cuando lo único que quiero es hacerte el amor como un loco. No quiero que eso nuble mi buen juicio ni el tuyo.

—Mi juicio está muy bien, gracias.

—Me alegro. En ese caso, dime una vez más por qué no estamos buscando un modo de unir fuerzas para tener a nuestro hijo.

—Porque yo todavía no he llegado ahí —contestó ella.

—Está bien, yo no quiero meterte prisa. ¿Cómo puedo ayudarte a estar preparada? Porque estás en una situación en la que no te vendría mal tener el apoyo de una familia. Y me gustaría que ese fuera yo.

—¿Qué tiene de malo dejar las cosas como están? —preguntó ella.

—Eso a mí no me interesa, Leigh. Quiero estar en la vida de mi hijo todos los días. A decir verdad, me encantaría estar en tu vida todos los días. Los dos trabajamos muchas horas. Sería un gran alivio dormir juntos al menos. Despertar juntos.

—Casi no te he visto últimamente. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado? ¡Dos semanas! Me parece que no estás tan loco por mí como dices —protestó ella.

Rob se echó a reír.

—No tocarte es lo más difícil que he hecho en mi vida.

—¿Y por qué lo haces? —preguntó Leigh.

—Porque no quiero conformarme con esta vida —repuso él—. No me interpretes mal. Agradezco profundamente que nos hayamos encontrado. Si no estuvieras embarazada y vernos unas cuantas veces por semana para echar un polvo fuera lo mejor que pudiéramos conseguir, creo que estaría encantado con eso y no me quejaría. Pero las cosas han cambiado y hay cosas más importantes. ¿De qué tienes tanto miedo?

—¡No lo sé! —exclamó ella—. ¿Has pensado lo horrible que sería si me fuera a vivir con tus hijos y contigo y saliera fatal yuviéramos que romper? No estoy segura de poder soportar algo así. ¿Vivir contigo, tener un bebé, pasar por una ruptura y salir de allí? ¿Con un bebé?

—¿Y se puede saber qué sería lo que nos haría romper? —preguntó él—. Estamos bien juntos.

—Casi no lo recuerdo —contestó ella, pinchando su cena.

Rob no había probado la suya.

—No creo que sea buena idea seguir así —dijo con voz suave pero seria—. No me gusta la idea de venir aquí a echar un polvo o a tomar una cena rápida, calmar tus picores y después irme a mi casa solo mientras el bebé y tú os quedáis aquí. Quiero que me dejes ser parte de tu vida. Si no puedes hacerlo, dímelo ahora mismo y buscaremos el modo de organizar una custodia compartida.

Leigh dejó caer su tenedor de golpe.

—¿De qué hablas?

—Si no puedes darme una oportunidad, de todos modos voy a contribuir a criar a mi hijo. Me gustaría que lo hiciéramos en la misma casa. Si no es posible, haremos lo segundo mejor.

—Por favor, Rob. No hables así. ¿Cómo vas a cuidar tú de un bebé? Trabajas muchas horas.

—Tú también —replicó él—. Y los dos somos buenos en nuestro trabajo. Si trabajáramos juntos, podríamos apoyarnos mutuamente. Si no unimos fuerzas, probablemente tendremos que pensar en niñeras y canguros.

—¿Y crees que me vas a obligar a tomar una decisión negándote a hacer el amor? ¿De verdad crees que eso va a funcionar?

—Leigh, esa no era mi intención —dijo él—. Es solo que tú no te muestras nada flexible en este tema y puede que yo ya haya tenido bastante.

—¿Qué significa eso?

Rob se encogió de hombros.

—Tú sacas de esto todo lo que necesitas, pero yo no. Yo necesito sentir amor.

—¡Oh! ¿Y crees que tú no me importas? —preguntó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿La verdad? Creo que te importo mucho.

—Es cierto —musitó ella.

—Pues, en ese caso, vamos a arreglar esto.

—Por favor, sé paciente —gimió ella—. Por favor, recuerda que ya he estado antes aquí. Fue muy doloroso. Lo superé, pero no quiero volver a hacerlo.

—¿Eh?

—Quise a un chico toda mi vida. Toda mi vida. Él decidió que no podía casarse, que no

estaba listo, que necesitaba vivir un poco. Rob, se lo supliqué. Me aferré a él llorando y suplicando. Él tuvo que apartarme para poder marcharse. No fue solo doloroso, fue humillante. No podría volver a hacer eso.

Él la miraba muy serio.

—Ser parte de un equipo no siempre es fácil, pero hay una cosa que te puedo garantizar. Mientras lo estemos intentando, yo no me rendiré. Si no funciona, es muy probable que tengas que apartarme a la fuerza —guardó silencio un momento—. Tú piensas en aquel hombre que te rompió el corazón y yo he pensado en otra cosa. Perdí a mi esposa cuando los niños eran pequeños. Tu madre murió en un accidente médico estúpido cuando tenías cuatro años. Si, Dios no lo quiera, te ocurriera algo, ¿quién criaría a tu hijo?

La expresión de ella indicaba que esa idea la pillaba por sorpresa.

—¿Tu anciana tía? ¿Tu novio que vive calle abajo?

Ella ni siquiera podía contestar. Esa idea era demasiado horrible.

—Creo que sería mejor para todos nosotros que remáramos en la misma canoa. Piensa en eso mientras consideras todas las opciones. Termina tu cena —dijo él—. Después te abrazaré un rato.

Cenaron en silencio. Leigh preguntó por los chicos, Rob preguntó por Helen e intercambiaron noticias sobre la gente del pueblo. Fregaron los platos juntos y después Rob fue con ella al sofá y la abrazó como había prometido. Ella se apoyó en él y aceptó el consuelo de sus fuertes brazos.

—Te quiero —susurró él. Le besó la sien.

—A mí me ocurre algo grave —comentó ella con tristeza—. Quiero estar contigo y, sin embargo, me pone muy nerviosa pensarlo.

—Quizá deberías hablar con alguien de esto —propuso él—. ¿Un psicólogo? ¿Antes de que el bebé empiece el colegio?

—Por favor, no vuelvas a alejarte de mí —dijo ella—. Creo que me ayuda verte.

—Vendré —repuso él—. Pero me voy a reservar para el matrimonio.

Leigh estaba tristonza, con la sensación de que estropeaba la vida de todo el mundo por no ser más decidida, más dispuesta. Pero al menos Rob había pasado algo de tiempo con ella, la había escuchado y habían hablado. Unos días después de eso, sintió un aleteo de movimiento en el vientre y quedó fascinada. Se sentó muy quieta, esperando más.

Desde el momento en que descubrió que estaba embarazada, había querido al bebé, pero ese día supo que estaba vivo de un modo que no había sabido antes. Estaba en la clínica y, en un momento de calma, llamó a Eleanor y a Gretchen a su despacho.

—No quería decir nada demasiado pronto, pero debéis saber que estoy embarazada.

Eleanor casi gritó. Gretchen soltó un «¡Viva!» y hubo un abrazo grupal. Y, por supuesto, lo primero que preguntaron las dos fue si se iba a casar.

—Estamos debatiendo los detalles —comentó ella—. Hay complicaciones. Mi casa es muy pequeña, la suya está llena y no veo cómo me van a meter allí. Él tiene dos hijos y yo tengo una tía.

—Comprendo el dilema —dijo Eleanor—. Vais a pasar de una familia de dos y otra de tres a una familia conjunta de seis.

Cada vez que Leigh pensaba en eso, se sentía paralizada. No estaba muy unida a la casita que había alquilado. Necesitaba hablar con Helen. Su tía la ayudaría a ver claramente la situación. Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que ella todavía no había dicho nada que

arrojara luz sobre aquel turbio problema.

Helen tuvo una cena agradable en el porche de Sully, aunque el clima de agosto era caliente y húmedo.

—Estoy deseando que llegue el otoño —dijo él—. Cuando refresque, haremos fuego. Así fue como conquistó Cal a mi hija. Iba al lado del lago, hacía una hoguera y ella no podía resistirse. Le llevaba una cerveza y se sentaba con él al lado del fuego —rio al recordarlo.

—Eso suena bien —comentó Helen.

—¿Ha habido algún progreso con Leigh?

—Sí, creo que sí —comentó Helen, esperanzada—. Ha ido unas cuantas veces a casa de Rob a cenar con los chicos y con él. Debe de estar tanteando la atmósfera. No ha mencionado ningún drama. Todo parece ir bien. Espero que eso sean buenas noticias.

—¿Ella se encuentra bien?

—Nunca la he visto más radiante. Como si el embarazo le sentara bien. Y sin embargo... —Helen movió la cabeza—. Rob pasó unos días fuera con Finn y ella confesó que lo echaba de menos. Finn se irá pronto a empezar la universidad.

—Yo tendré mucha gente aquí el fin de semana del Día del Trabajo —comentó Sully—. Siempre es así. Después ya se frena mucho esto. Están los que vienen a ver las hojas y los cazadores. Ya es casi hora de que los alces bajen en busca de terrenos más cálidos y empiecen la temporada del celo. Eso es muy ruidoso.

—Lo estoy deseando —dijo ella—. Después la nieve —se estremeció.

—Tranquila —le pidió Sully—. Creo que te gustará.

—Debo irme ya. Que duermas bien. Nos vemos mañana.

—Me gustaría que te quedaras.

—A mí también —contestó Helen—. Dejaré asentada a Leigh y luego todo será mucho más relajado.

Cuando llegó a la casa, las luces estaban encendidas. Había supuesto que Leigh estaría viendo la tele o leyendo en la cama, pero estaba levantada esperándola.

—Tía —dijo, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes—. Hoy he sentido al bebé. Solo los primeros aleteos, pero es maravilloso —se pasó las manos por el vientre.

—¡Qué bien! —exclamó Helen—. Voy a hacer té. ¿Quieres una taza?

—Estupendo. Pasas tanto tiempo con Sully, que no hemos tenido ocasión de hablar en serio.

—¿Tienes noticias, señorita? —preguntó su tía, sonriente cuando ponía el agua a hervir.

—Nada aparte de que se mueve el bebé.

—¿Rob y tú no habéis decidido nada aún?

Leigh rio con suavidad.

—Él me está presionando, pero nada anula el hecho de que hace poco que lo conozco.

—Hace un año que lo conoces, Leigh.

—Pero, aunque esté embarazada de cuatro meses, en realidad solo hace cinco que lo conozco. Antes nos conocíamos superficialmente, pero ni siquiera éramos amigos.

—Yo diría que vuestra amistad empezó a lo grande —dijo Helen.

—Lo sé. Una sola cita y ¡bum! Creo que nunca me había acostado con nadie tan pronto. ¿En qué estaba pensando?

—Pero ¿te arrepientes? Yo tenía la impresión de que lo querías mucho.

—Y lo quiero. Claro que sí. Pero ¿es suficiente con eso? No lo sé.

—Umm —Helen colocó bolsitas de té en dos tazas—. Normalmente estaría de acuerdo contigo, pero los dos tenéis circunstancias atenuantes. Da la casualidad de que hay un niño en camino.

—Pero somos capaces de hacer un trabajo excelente con este niño sin que tenga que comprometerme a nada corriendo. Mi madre no estaba casada y creo que a mí me criasteis muy bien.

Helen frunció el ceño.

—Leigh, tu madre tenía dieciocho años. Y no tenía a nadie aparte de mí. No tenía un hombre capaz que la quisiera. Tu padre, quienquiera que sea, no estaba allí. Ella no me contó muchos detalles, posiblemente para evitar que fuera a buscarlo y le diera de patadas. Ella tenía el corazón roto. Cuando tenías unos cuantos meses, aceptó que probablemente las dos estabais mejor así. Que él era un perdedor. También era un crío, como tu madre. Yo tenía la esperanza de que, a medida que madurara, se convirtiera en un hombre mejor, pero nunca lo sabré.

—Pero nos fue muy bien —insistió Leigh, llevando su té a la sala de estar. Se sentó en el sillón con los pies sobre la otomana.

Helen soltó una risita.

—¿Muy bien? No espero que seas consciente de los detalles, teniendo en cuenta que eras una niña. Sobrevivimos, pero no fue fácil.

—Pero mejor de lo que habría sido si ella hubiera insistido en vivir con mi padre, al que tú has llamado un perdedor.

—Tal vez él tuviera algunas cualidades que yo nunca supe, pero es que nunca supe nada de él y no sé nada de su familia, suponiendo que la haya tenido. Pero eso no importa. Creo que ella habría elegido vivir con él en vez de conmigo, si hubiera tenido esa opción. Aunque no hubiera sido una buena opción.

—Te eligió a ti y estabilidad —comentó Leigh—. Estaba segura de ti aunque no estuviera segura de él. Y, gracias a eso, yo tuve una buena vida. Formamos un equipo muy bueno.

—¡Oh, santo cielo! —exclamó su tía—. No hay ninguna similitud entre la situación de tu madre y la tuya. Ninguna. Tú tienes treinta y cuatro años, una buena carrera y tienes una relación con un hombre maduro y responsable que te quiere. Y creo que tú lo quieres a él.

—Pues sí, por lo que pueda servir —Leigh tomó un sorbo de té—. De hecho, puede que algún día me case con Rob. Tú me dijiste que no hiciera nada hasta estar segura. Ese es un buen consejo.

—Cuando dije eso, me refería a que debías trabajar en estar segura. Sopesar todas las posibilidades y elegir la más aceptable. Si necesitas una definición de eso, me refiero a que decidas que compartiréis las responsabilidades paternas y nada más, o a que os uniréis y lo haréis juntos.

—En este momento creo que es mejor que no viva con Rob ni me case con él.

—¿Y cómo te las vas a arreglar? —preguntó Helen, implorante—. Eres una doctora muy ocupada. No tan ocupada como estabas en Chicago, pero de todos modos...

—Nos las arreglaremos. Siempre lo hemos hecho.

Helen estaba atónita.

—Espera. ¿Qué piensa Rob de eso? ¿De que te las arregles con él fuera de escena?

—A decir verdad, vamos a tener que hacer algunos ajustes con eso, pero he intentado asegurarle que yo jamás lo echaría de nuestras vidas. Puede participar tanto como quiera. Hasta puede estar conmigo en el parto. Fue conmigo a la primera cita con la ginecóloga. Es el padre y

tiene derechos.

—¿Y cómo crees que vas a conseguir eso?

—No digo que no vaya a necesitar ayuda. Pero entre las dos y con la ayuda de Rob, creo que...

—¡Leigh! ¡No!

—Pero tú querrás estar con el bebé y conmigo.

—Claro que sí —respondió Helen—. Estaré allí diciéndote que empujes. Y luego, mientras tú cuidas de tu bebé, yo me tomaré un vaso de vino para celebrarlo.

—Pero tú estarás conmigo —dijo Leigh—. Haremos esto juntas, como hemos hecho siempre.

—¡No! Leigh, estoy deseado conocer al bebé y abrazarlo, pero no voy a criar a un niño otra vez. De ninguna manera. Tengo sesenta y dos años.

—Pero tú eres mi única familia. Eres fuerte, joven y estás sana.

—Y tengo una carrera. Una carrera exigente. Oye, criarte a ti es lo mejor que he hecho en mi vida y no lamento ni un solo día del proceso, pero fue duro. A veces fue muy duro. Tenía dos trabajos, no tenía tiempo para mí y estaba demasiado ocupada para apuntarme a un club de lectura, por no hablar de tener citas. ¡Y el dinero era tan justo! Escatimaba gastos, ahorraba y hacía que cada dólar fuera eterno. No te imaginas los malabares que tuve que hacer, pidiendo ayuda a los vecinos, buscando canguros, llevándote todos los días al colegio y dejándote allí hasta tarde con actividades extracurriculares. Había veces en las que estaba tan agotada que...

Respiró hondo.

—Y luego vino la universidad, que te ibas a saltar para trabajar en la tienda de muebles de los Holliday con Johnny y su familia. Te convencí de que fueras por tu bien, por si alguna vez tenías que mantener una familia. La universidad no salió gratis. La Facultad de Medicina no fue gratis. Tuvimos suerte de conseguir becas y préstamos estudiantiles, pero hubo muchos más gastos. Menos mal que mis libros se vendían y eso me permitió poder hacerlo. ¿Y sabes cuándo escribía los libros? Por la noche y los fines de semana, en la hora del almuerzo y muy temprano por la mañana, cuando tú dormías.

Suspiró.

—Solo en los últimos cinco o seis años he tenido dinero suficiente para pagar facturas y viajar. ¿No te dabas cuenta de que trabajé día y noche hasta que tenías casi treinta años?

Hubo un silencio y las dos se miraron la una a la otra un rato largo. Leigh fue la primera en hablar, con ojos algo vidriosos.

—Espero que sepas cuánto agradezco todo lo que has hecho por mí.

—Sí, lo sé —repuso Helen—. Pero si crees que voy a trabajar como una burra los próximos treinta años para que tú tardes todo lo que quieras en decidir lo que vas a hacer...

—Tú me dijiste que no haga nada si no estoy segura.

—En ese caso, ya puedes tomar una decisión o empezar a buscar niñeras.

—¡Tía! Yo creía que querías ser parte de esto, estar en la vida del bebé.

—Por supuesto. Estar en su vida sí, no ser la persona que pone su vida y su trabajo en compás de espera para criarlo. Lo siento, Leigh. Eres una mujer adulta y la decisión de qué hacer con este embarazo es solo tuya. Yo espero impaciente pasar horas de placer con mi pequeña nieta. Cuando no esté trabajando o viajando.

—¡Ay, Dios mío! Yo creía que podía contar contigo, tía. Tú puedes contar conmigo.

—Excelente, te tomo la palabra —repuso Helen—. Ya es hora de que hagas tú algo por mí.

Imagino que trabajaré hasta que se me seque el cerebro, pero no me importaría disfrutar un poco de la vida. Estaré encantada de hacer de canguro alguna vez. Unas cuantas horas aquí y allá. Pero no seamos ridículas. Si eres lo bastante madura para tener un bebé y cuidarlo, también lo eres para hacer un plan responsable. Puede ser difícil. Y te puedes sentir sola. Creo que ahora me voy a ir a la cama antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

—Tía, por favor, no te enfades conmigo. Yo no pensaba aprovecharme de ti.

—Oh, yo creo que sí, Leigh. Y la culpa es solo mía.

Deja que el amor se insinúe disfrazado de amistad.

OVIDIO

Capítulo 16

Helen intentó leer, pero eso no la distraía ni apartaba su mente de las duras palabras que le había dicho a Leigh. Al final se levantó para prepararse otra taza de té, aunque eso la tendría despierta toda la noche. Al hacerlo vio que su sobrina tenía la luz encendida. Ella tampoco podía dormir. Tuvo un momento de culpabilidad. La chica estaba embarazada y ella no quería disgustarla ni causarle algún problema con el embarazo.

Luego se recordó que Leigh era una médico experta que se ganaba bien la vida y no tenía grandes deudas. Una de las razones de eso era que había vivido toda su vida en su casa. Helen la había ayudado a pagar la universidad y los préstamos estudiantiles que había adquirido. Y había tenido también la ayuda del dinero que le había pagado el hospital durante los años de su residencia, aunque, por supuesto, Leigh había trabajado duro por todo eso.

Probablemente había aprendido a trabajar duro observándola a ella, sin ni siquiera darse cuenta de dónde había procedido esa lección. Había tenido sus batallas en la Facultad de Medicina, durante las prácticas y en la residencia, combatiendo la falta de autoestima que sufren todos los que asumen una tarea importante, pero se había mostrado muy resistente. Muy fuerte. Helen estaba encantada de alentarla y consolarla cuando lo necesitaba. De hecho, le sentaba bien poder hacer eso por ella.

¿Dónde estaba ahora esa resistencia? Aquel tema era entre el padre de la criatura y ella. Si Leigh encontraba alguna razón por la que sería terrible vivir con Rob, por supuesto que estaría mejor sola. Pero Helen no era tonta. En los últimos meses, eran incontables las veces en las que Leigh había pasado la hora del almuerzo o la velada con Rob y había vuelto a casa con un brillo inconfundible en las mejillas.

Pero se había pasado de la raya con sus expectativas. ¿Estaba mimada? Helen creía que no. Johnny Holliday quizá le había dejado una cicatriz, pero Rob Shandon era tan distinto a él, que le sorprendía sinceramente que su sobrina no se hubiera casado corriendo con él en cuanto descubrió que estaba embarazada.

Le costaba trabajo creer que hubiera creído que ella se iba a convertir en su niñera.

Como era escritora, trabajaba en casa y a menudo en pijama, estaba acostumbrada a que la gente pensara que su trabajo no era un trabajo real. Por muy impresionados que se mostraran cuando un libro suyo entraba en la lista de *best sellers* o cuando ganaba algún premio, sus conocidos no escritores parecían pensar que podía crear una historia compleja en su tiempo libre. Pero Leigh no. Ella estaba entrenada para entender cuánta disciplina requería un libro, lo entregada que tenía que estar y el mucho trabajo que podía llevar. La había visto tirándose de los pelos antes de una fecha de entrega y las revisiones de locura en las que tenía que destrozarse el libro desde la primera página y no tenía ni la menor idea de cómo arreglar una metedura de pata

de las gordas y convertirla en un acierto.

Pero allí estaba su querida Leigh, embarazada del hombre al que amaba y con miedo a irse con él. «¿Ha aprendido también eso de mí?», se preguntó Helen. Porque a ella no le había resultado fácil enamorarse. Por supuesto, tampoco había tenido mucho tiempo, teniendo en cuenta sus trabajos, compromisos y las facturas que había que pagar.

Pero luego había conocido a Sully. Él era una agradable sorpresa. Un hombre adorable, divertido y sabio que vivía con sencillez y era honesto hasta decir basta. No tenían nada en común y, sin embargo, habían encontrado un modo extraño y especial de valorarse mutuamente. Sully no se consideraba inteligente, pero lo era. Era intuitivo y sabio. Su humor era inteligente y seco y a ella le encantaban sus golpes, como cuando le decía que adoraba el peinado loco con el que se despertaba. Ella era una mujer de cierta edad y prefería un cumplido a una docena de rosas. Eso implicaba que él la veía como era, no tenía expectativas poco realistas con ella.

¿Cuántos años podrían estar juntos? Aunque fuera solo uno, ella estaba dispuesta a firmar. Cuando estaba con él se sentía cuidada y podía cuidar a su vez. Algunas de sus amigas pensarían que formaban una extraña pareja, pero ella lo quería. Era muy fácil quererlo.

Sin embargo, tenía una sobrina, una hija en realidad, con un problema. Helen no sabía cómo ayudarla a resolverlo. Leigh necesitaba una visión de largo alcance de lo que debía ser una vida en familia, un punto de vista realista de lo que debía ser el compromiso. Ella no era ninguna experta, pero pensaba que un hombre firme y responsable como Rob, un buen hombre con el que tener equilibrio y ternura, era una buena apuesta. Y además, obviamente, había química. Cuando estaban juntos, esos dos podían prender fuego a una habitación solo con sus miradas. Habían tardado una semana en hacer un bebé. Eso le daba escalofríos a Helen.

¿Leigh no veía lo que tenía delante? Rob había criado a dos hijos, así que la paternidad no tenía misterios para él. Era un hombre muy apreciado en el pueblo y más allá.

Helen sabía que ella posiblemente no era la madre más sabia o experimentada, pero solo se le ocurría una solución. Si no funcionaba, probablemente pasaría los años de su ocaso cambiando pañales, supervisando el entrenamiento del orinal y empujando cochecitos.

Empezó por doblar su ropa. El sol no había salido aún. Sacó una de las maletas y la abrió sobre la cama. Leigh no tardó mucho en aparecer en el umbral.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Hola. Espero no haberte despertado. Estoy guardando algunas cosas.

—¿Por qué?

—Porque creo que debo dejarte sola una temporada. Este tema de cómo cuidar del bebé no es entre tú y yo. Es entre Rob y tú. ¿Te parece un hombre de fiar?

—Hasta el momento sí —repuso Leigh—. Estoy segura de que es un buen hombre. Pero también pensaba que Johnny era un buen hombre...

—Tienes que dejar de machacarte por eso. Era el único chico al que habías querido y tú eras muy joven. Lo idolatrabas. Creo que empezó a mostrar su verdadera personalidad poco después de marcharse. Sé que estabas destrozada, pero a mí siempre me preocupó que él te destrozara de uno u otro modo.

Respiró hondo.

—Olvidémonos de él por el momento. No conozco a fondo tu relación con Rob, pero sé que es apasionada. Y lo apruebo, por cierto. Un hombre y una mujer que están criando una familia se merecen pasión. Un amor así os une en los momentos duros, y es inevitable que los haya. Todo el mundo tiene momentos duros. Parece que es un buen padre. Procura no ignorar ese hecho. Es

fundamental.

—¿Adónde vas? —quiso saber Leigh.

—De visita, querida. Probablemente a casa de Maureen de nuevo, puesto que tiene una casa de invitados vacía. Pensaba hablarte de esto, pero estaba esperando hasta que resolvieras tu situación. No quería abandonarte, pero veo que es lo mejor. Tú confías en que te rescate yo, pero no puedo. Tengo sesenta y dos años. Todavía me queda mucha energía y quiero gastarla casi toda en mí misma. Criarte fue un gran regalo para mí, pero ahora eres adulta y tienes que tomar decisiones de adulta sobre cómo vais a seguir adelante Rob y tú. Con el tiempo quiero vivir con Sully. Resulta que estamos enamorados.

—¿Que estáis qué? ¡Pero eso es una locura!

—Un poco sí. También es muy bonito. Así que ya ves, no estaré muy lejos cuando llegué el bebé. Tú vendrás al Crossing, yo vendré al pueblo, cenaremos juntas y hablaremos por teléfono como hemos hecho siempre. Tú tienes que concentrarte en tu futuro.

—Tía, yo adoro a Sully, pero es un viejo.

Helen guardó silencio un momento.

—No es tan viejo. Y lo pasamos muy bien juntos.

—No tenéis nada en común.

—Creo que tienes razón —repuso Helen—. Sin embargo, es sorprendente la cantidad de cosas de las que podemos hablar. A mí me da miedo el invierno y, si es horrible, me iré a un lugar cálido. Sully sabe que me gusta viajar de vez en cuando y entiende que viajaré a congresos y a ver a amigas. Va a ser una aventura.

—Esto es porque quieres que me case. ¿No es así?

—¡Cielos, no! Me da igual. Haz lo que te venga bien, pero las dos personas que hicieron ese bebé son las que deben criarlo. No tu tía solterona y tú. Así que piénsalo.

—¿Cómo voy a pensarlo si mi tía solterona me deja tirada?

Helen sonrió y le tocó la mejilla.

—Puedes hacerlo —dijo—. Pero estaré a una llamada de teléfono de distancia. Y, por supuesto, cuando nazca la criaturita, estaré a tu lado. Si tú quieres.

—¿Qué demonios va a decir la gente de que te mudes a vivir con Sully? —preguntó Leigh.

—Si me importara algo, probablemente lo adivinaría. Pero no me importa. Y tú conoces a Sully. ¿Crees que le importa eso una mierda?

—¿Qué dice Maggie?

—Ese no es mi problema, pero te diré una cosa. A Maggie le caigo bien. La última vez que la vi me dijo que he llevado alegría al rostro de su padre —Helen rio—. No esperaba conocer a un hombre como Sully y quiero pasar todos los días con él. Me dijo que las cabañas tienen calefacción y que puedo invitar a mis chicas de visita. Dijo que él cocinaría y limpiaría y podríamos hacer un retiro de escritoras. ¿No es genial?

—Creo que voy a vomitar —repuso Leigh con sarcasmo.

—Pues debería darte vergüenza. No seas tan egoísta. Todo el mundo se merece algo de felicidad y nosotros hemos encontrado la nuestra.

—¿Y os vais a casar?

—¡Demonios, no! —repuso Helen—. ¿Por qué nos vamos a tomar esa molestia? Tenemos hijos mayores y nietos, nuestros fondos de pensiones y nuestros empleos. Él lleva el Crossing y yo escribo. Y es maravilloso lo mucho que nos reímos. Lo voy a echar de menos mientras estoy fuera, así que procura aclararte rápidamente.

—No puedo creer que hagas esto.

—Créelo. Estás sola, querida. Y te quiero. Te llamaré dentro de unas horas para decirte dónde estoy.

Leigh murmuró algo de una vieja loca y Helen no pudo evitar reír para sí. No se sentía muy vieja. De hecho, se sentía joven. Como si tuviera treinta y cinco años. Había hablado de Sully a un par de amigas y estaban ansiosas por conocerlo. Ella sabía que les encantaría.

Y Leigh tendría que planear su vida. Su red de seguridad estaba a punto de salir por la puerta.

Helen dejó casi todas sus cosas en casa de Leigh porque era absurdo hacer una mudanza a lo grande. Había guardado lo esencial para unas cuantas semanas. Si eso no le daba un empujón a Leigh, no sabía qué más podría hacer. Fue al Crossing a decirle a Sully que se marchaba.

—¿De verdad? —preguntó él—. ¿Me dejas ahora?

—Solo por una temporadilla. Unas semanas, quizá.

Él la abrazó.

—No, Helen —dijo, estrechándola—. Por favor, no te vayas. Quédate conmigo. De todos modos vas a acabar aquí. Y yo te quiero.

—¡Oh, Sully! ¿Crees que eso será empujón suficiente para hacer que Leigh se mueva?

—Más que suficiente —contestó él—. Seguramente hará que se mueva todo el pueblo.

—¿Y si descubres que no estás listo para tener una compañera de casa?

—Estas semanas con tu amiga no son necesarias —dijo él—. Tengo sitio de sobra para tus cosas. Y el mensaje a tu sobrina será el mismo. Acabas de volver.

—Supongo...

—Prueba conmigo —dijo él—. Seré amable, haré la mitad de las tareas y cocinaré. Te daré calor y te haré reír. Leeré tus libros y viviré con tu lado retorcido. Y tú puedes recoger las verduras del huerto hasta que solo quede la tierra.

Helen suspiró y apoyó la cabeza en su pecho.

—Es lo que quiero —alzó la vista a la sonrisa de él—. Espero que digas en serio que quieres que me quede. Y, si es alguna molestia, puedo irme a visitar amigas. Pero no volveré a vivir con Leigh. Puede que vaya de visita, pero creo que tenerme constantemente en su casa le impide seguir adelante.

—Helen, tú puedes tener mi casa entera para ti.

Ella rio.

—Quizá pueda usar los cajones extra del cuarto de invitados, pero tu armario del baño está lleno de cosas.

—Las quemaré —dijo él—. ¿Puedo prepararte el desayuno?

—Eso sería maravilloso. He estado despierta toda la noche. Tuve una charla con Leigh y después no pude dormir.

Se sentó a la mesa de la cocina. Mientras él preparaba un par de huevos en la sartén, ella le contó toda la historia.

Sully se echó a reír.

—Antes de que Maggie conociera a Cal, antes de mi infarto, decidió tomarse un tiempo libre en el trabajo y se le ocurrió venir a esconderse aquí. Estaba fatal. Había roto con el inútil con el que salía, la habían demandado y vino corriendo. Yo estaba encantado, pero no podía decírselo. Si lo hacía, ella no se iría jamás. Y yo sabía que tenía que afrontar la difícil realidad, mirar a sus problemas a la cara, o nunca desaparecerían. Deseaba que se quedara para siempre, pero

entonces desperdiciaría todos sus conocimientos médicos. Resultó que era bueno que estuviera aquí. Estaba a mano cuando tuve el infarto.

—Yo no estoy aquí para otro de esos —comentó Helen—. Oye, ¿Maggie sabe que somos pareja?

—Sí. Y le hice prometer que se encargaría de que no acabaras cuidando a un viejo enfermo.

—¡Oh, Sully! Me da la impresión de que nos vas a sobrevivir a todos. Yo soy feliz con que lo pasemos bien ahora.

—¿Quieres dar un paseo mañanero?

—Creo que no. Creo que lo que necesito es una siesta mañanera. Estoy agotada. Intentar escaquearme de ser la niñera de la siguiente generación me ha dejado agotada.

—¿Esta mañana no tienes asesinatos que cometer?

—Eso tendrá que esperar.

—¿Leigh está enfadada? —preguntó Sully.

—Ajá. Me ha llamado vieja loca. Eso se lo recordaré algún día.

—¿Por qué lo has hecho, Helen?

—Quiero a Leigh más que a mi vida, pero, cuando me di cuenta de que contaba con que yo fuera su apoyo principal cuando naciera el bebé, supe que había estado demasiado a su disposición. Se apoya demasiado en mí, incluso cuando estamos separadas. Y ese ya no es mi trabajo. Así que le he dado un ultimátum, como me sugeriste tú. Veremos qué tal resulta. Puede que tarde en reaccionar. Está contrariada. Y me culpa a mí.

—¿Tú vas a ser feliz aquí? —preguntó él.

—Es lo que quiero hacer —repuso ella—. Solo estaba esperando a que mi sobrina se aclarara con su vida. Y quiero que sepas que es la primera vez que me siento tentada a vivir con un hombre.

Él le tomó la mano.

—Mi vida ha cambiado mucho en solo unos meses —dijo—. Nunca me había imaginado con una mujer. Y menos una mujer tan inteligente. Espero que Maggie se lo cuente a su madre. A Phoebe le va a dar algo.

—En el fondo eres vengativo.

—Solo con Phoebe —contestó Sully—. ¿Has traído el pijama de lunares?

—Sí.

—Estoy deseando que llegue la noche.

Leigh tuvo una mañana infeliz. Vio un par de resfriados agarrados al pecho, una reacción alérgica, un parto falso y un ataque de asma y procuró concentrarse en sus pacientes. Connie Boyle llevó a su hijito, que tosía mucho.

—Eso no suena bien —dijo ella.

Le escuchó el pecho, hizo una receta y le pidió una radiografía de pecho en el hospital de Aurora o el de Breckenridge. Sugirió que usaran vapor para ayudarle a soltar la congestión.

—¿Cómo están Sierra y la niña? —preguntó.

—De maravilla, excepto que a Sam le gusta levantarse por la noche con la niña y, como yo he vuelto al trabajo, ella duerme poco. Los dos estamos privados de sueño. Cuando descanso más las noches de guardia en el trabajo que en casa, sé que estoy en las últimas. Pero esto no durará eternamente.

Poco después de que se marchara Connie, llegó Cal con Elizabeth.

—Fiebre —dijo—. Le he consultado a la doctora, que está en Denver, y me ha dicho que te pida que le mires los oídos.

—¡Bingo! —exclamó Leigh—. Infección de oído —escribió otra receta.

Y después entró Rafe Vadas con sus tres hijos, tres narices con mocos y toses chirriantes.

—Parece que hoy es el día de los padres —dijo Leigh—. Todos los padres traen a los hijos y todos los niños han estado juntos. Me pregunto dónde empezó esto.

—Seguro que en nuestra casa. Y Lisa trabaja hoy. Los niños son como Placas de Petri, criando gérmenes y esparciéndolos. Apuesto a que Lisa y yo lo pillamos antes de que termine la semana.

—Vitamina C extra para vosotros —dijo ella.

Entre paciente y paciente, se encerraba en su despacho a pensar. Eleanor llamó a la puerta, asomó la cabeza y le preguntó si se encontraba bien.

—Muy bien, gracias por preguntar. Siento estar un poco cascarrabias. No he dormido bien.

—Quizá podamos echarte de aquí un poco antes para que duermas un rato.

—Si es posible, por mí de acuerdo.

Pensaba en Helen y se esforzaba por recordar. Se acordaba de haber salido un día, con Johnny, por supuesto, haber vuelto a medianoche y haberse encontrado la casa iluminada con la luz tenue del brillo del ordenador y con el repiqueteo de las teclas. A veces ese ordenador estaba activo hasta después de medianoche y otra vez de nuevo cuando Leigh salía de la cama por la mañana. ¿A Helen le gustaba mucho escribir? Por supuesto. ¿Se esforzaba por ganar dinero porque quería que ella fuera a la universidad sin depender demasiado de préstamos estudiantiles? Desde luego.

Recordaba a Helen durmiéndose en el sofá con un libro en el regazo y pensar: «Claro, a su edad...». ¿A su edad? Había tenido dos trabajos hasta que Leigh cumplió los veintiocho años y terminó la residencia. Durante todos esos años, Helen trabajaba todo el tiempo. Después ocurrieron tres coas. Leigh empezó a trabajar en Urgencias en Chicago con un buen sueldo, los libros de Helen se hicieron populares y empezaron a venderse bien, y su tía pudo retirarse del instituto habiendo cotizado ya para una pensión futura. Aun así, siguió escribiendo cuatro libros al año.

Helen todavía trabajaba todos los días. Todos los días. Algunos, menos horas que otros, pero todos los días. Y a veces se notaba que estaba cansada. Ella decía que tenía el cerebro blando de trabajar.

«Y yo asumía que sería mi niñera y cuidaría de mi bebé mientras yo trabajaba. Soy el diablo», pensó Leigh.

Eleanor llamó a la puerta y la abrió. Tenía una bolsa de papel marrón en la mano.

—Lo han traído del pub —dijo—. ¿Has pedido tú algo?

—No. ¿Qué hay ahí?

—No he mirado. Toma.

Leigh abrió la bolsa y vio un recipiente de plástico donde parecía haber un sándwich club y ensalada. Encima había una nota.

Solo quiero estar seguro de que el niño y tú almorzáis. ¿Te puedo invitar a cenar esta noche? Rob.

—Ese hombre es un encanto —comentó Eleanor con aire soñador antes de cerrar la puerta.

—El mejor —contestó Leigh, abriendo el recipiente.

Mordió el sándwich, que era su favorito, de pavo con beicon y aguacate.

Siguió pensando en Helen y haciendo cálculos. Su tía había sido profesora en Naperville durante seis años y solo había comprado una casa pequeña en un barrio respetable cuando su hermana pequeña se presentó en su puerta embarazada y se instaló con ella. Leigh pensó lo que habría sido para ella tener una hermana menor que se hubiera instalado en su casa. En su primer empleo como médica de Urgencias, con un horario infame, no habría podido cuidar de una embarazada de dieciocho años y después de una niña que lloraba continuamente. No habría podido llegar a casa del trabajo y hacerse cargo de una niña, ayudar con la alimentación de la noche y pasearla cuando lloraba.

Cuando su madre murió y se quedaron Helen y ella solas, se sentaba a la mesa de la cocina a colorear o deletrear palabras mientras su tía corregía exámenes hasta la hora de acostarse. Iba con su tía a todas las reuniones de amigas porque no había dinero para canguros, y Helen solo salía sola si la dejaba en casa de los Holliday.

Intentó imaginarse a su hija. Intentó imaginar lo que sería pasar treinta años siendo su madre, su mejor amiga, su apoyo financiero y luego que su hija se quedara embarazada y esperara que ella, Leigh, a los sesenta y dos años, aceptara dedicar otros treinta años a criar a la siguiente.

Le puso un mensaje a Rob para decirle que no había dormido bien y estaba cansada. Le preguntó si podían cenar en casa. Él le contestó: *Si prometo llevarte pronto a casa, ¿me dedicas un par de horas? Quiero mostrarte algo.*

Después, ella, como si se le acabara de ocurrir, le dio las gracias por el almuerzo. Tenía la sensación de que debía ser castigada por su modo de comportarse.

Pensó que quizá le vendría bien un paseo y tomar el aire. Además, así podría pasar un momento por el pub y preguntarle a Rob adónde quería ir y a qué hora quería que estuviera lista. Y se dio cuenta de que todavía no le había dicho que el niño se había movido el día anterior.

Estaba ya casi en el pub cuando miró al otro lado de la calle y allí, delante del salón de belleza, estaba Johnny Holliday en lo que parecía ser una conversación íntima con Alyssa, la peluquera. Ella estaba apoyada en la pared y él se inclinaba hacia ella. Su rostro estaba cerca del de ella y jugueteaba con una mano con el hermoso cabello largo de ella. La otra mano la tenía apoyada en la pared. Leigh se sorprendió tanto al verlos, que se detuvo en seco y se quedó mirándolos.

Después se echó a reír. ¿De verdad había dejado que el recuerdo de aquel hombre inmaduro e infiel creara dudas en su mente sobre Rob Shandon? Y esa era solo una más de las nociones ridículas que habían pasado por su mente en los dos últimos meses.

Entró en el pub. Cuando vio a Kathleen, la encargada, detrás de la barra, recordó que Sid y Dakota se habían mudado a Boulder, donde ella iba a dar clases y él a estudiar. Y ella ni siquiera les había dicho adiós.

Preguntó a Kathleen si Rob estaba por allí.

—Ha salido. Ha dicho que tenía cosas que hacer. No ha dicho cuáles, pero este fin de semana va a llevar a Finn a Boulder y eso no es moco de pavo. Cuando llevamos a nuestra hija a la universidad, casi tuvimos que alquilar un remolque para sus zapatos. Creo que los chicos no son tan malos en eso, pero aun así...

Ese fin de semana. Leigh había estado con la mente en otra parte. Aquel era un hito importante para Finn y ella casi no había pensado en eso. Tendría que comprarle un regalo de despedida que fuera especial.

Ya era hora de que dejara de pensar solo en sí misma. Dio las gracias a Kathleen y volvió deprisa a la clínica. En la sala de espera había solo dos personas y Leigh miró su reloj.

—¿Tengo un par de minutos? —preguntó a Eleanor.

—Sí. Los dos tienen cita para después de la una. No hay prisa.

Leigh entró en su despacho y llamó a Helen al móvil.

—Tía. ¿Has aterrizado ya en alguna parte? ¿Estás en San Francisco?

—La verdad es que, cuando he venido al Crossing a despedirme, Sully me ha convencido de que me quede. Así que no estoy lejos si tienes una crisis. Por favor, no tengas una crisis. Estoy muy cansada.

—Tía, lo siento mucho. ¿Podrás perdonarme?

—No estoy enfadada contigo, querida. No necesitas disculparte. Pero me alegro de haber venido a casa de Sully. Esto es lo que quiero.

—He sido muy egoísta —dijo Leigh—. Por supuesto que tú debes hacer lo que te parezca bien. Solo quiero que sepas que lo siento.

—Oye, hablamos mucho tiempo, pero faltaron por decir un par de cosas que quiero que tengas claras. Siempre podrás contar conmigo. Si ocurriera un desastre y tuvieras pocas opciones, siempre me entregaría a tu bienestar y al de tus hijos. Y estoy encantada con la idea de ser abuela. Ver a Sully con sus nietos cuando vienen me hace muy feliz. Estoy deseando ayudarte con eso. Pero recuerda que tengo un trabajo, tengo también una relación y una vida propia.

—Tendría que haberlo pensado yo sola desde el principio. Me alegro mucho de que estés en el Crossing y pueda verte a menudo. He sido una idiota últimamente. Espero que no haya sido siempre tan egoísta.

Helen se echó a reír.

—Tú no eres así, querida. Siempre has sido una persona generosa y desprendida. Supongo que un embarazo sorpresa puede hacer que una persona ceda al pánico y se vuelva un poco loca.

—No tienes ni idea. Ahora mismo me siento avergonzada en muchos frentes. Pero tengo pacientes esperando. Te llamo luego.

—¿Quieres cenar con Sully y conmigo?

—Lo siento, no puedo. Rob quiere llevarme a un sitio. Y ha prometido llevarme pronto a casa, estoy agotada. No quiero que volvamos a hacer lo de anoche. Si me paso, levanta una mano y dime que he ido demasiado lejos.

—Estoy segura de que eso no será necesario.

—Tía Helen, he asumido que tú estabas a mi disposición —musitó Leigh—. Recuerdo lo duro que has trabajado, lo mucho que has hecho por mí.

—Tú has sido lo mejor de mi vida —comentó Helen—. Y estoy orgullosa de ti. Y la otra cosa que quería decirte es que quiero a Sully. Me hace feliz y mis libros le dan pavor. Es la relación perfecta.

Leigh se echó a reír.

—Yo también lo quiero. ¿Quién no quiere a Sully?

—Vuelve al trabajo, Leigh. No te preocupes por nada. Pero creo que lo de anoche nos puede haber hecho un favor a ambas. Las dos necesitamos avanzar en una dirección más positiva. Yo me alegro de que tú me hayas empujado a hacerlo. Tenía miedo de decírtelo.

—¿Tenías miedo?

—Sí. Sabía que, aunque pasaba casi todos los días con Sully, tú no te dabas cuenta...

—Tienes razón. Sabía que teníais una amistad especial. No sabía que era *tan* especial.

—Es tan especial —dijo Helen—. Ahora vuelve al trabajo y hablaremos luego.

—Te quiero, tía.

Leigh suspiró pesadamente. ¡Gracias a Dios que existía Helen! ¡Era tan razonable, tan considerada! Y en ese momento estaba enamorada.

Se levantó de la mesa y abrió la puerta del despacho para indicar que estaba lista para ver pacientes, ¿y quién estaba allí de pie con la mano alzada para llamar con los nudillos? Rob. Ella se sobresaltó.

—Me has asustado —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—He ido al pub y Kathleen me ha dicho que me buscabas. ¿Estás bien?

—Muy bien. Solo quería saber a qué hora íbamos a salir y qué debo ponerme. Te iba a escribir un mensaje, pero he tenido muchas cosas entre manos.

—Ropa informal, y te recojo en cuanto salgas de aquí y te hayas cambiado. Ponme un mensaje cuando estés en casa y dime cuánto tiempo necesitas para cambiarte.

—De acuerdo —ella se inclinó hacia él en busca de un beso.

Rob sonrió y la besó.

—Eso está muy bien —dijo—. Últimamente hemos estado muy ocupados.

—Deberíamos cambiar eso, pero creo que tendrás que llevar a Finn a la universidad antes de que nuestras agendas se aclaren un poco.

—Lo llevaré el sábado.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó Leigh.

—Solo ese día. Estará ansioso por librarse de mí y empezar a disfrutar de la vida universitaria.

—Suena prometedor —dijo ella—. Ahora vete de aquí para que pueda terminar.

Lo tomó de la mano y lo acompañó fuera. La expresión de él indicaba que le sorprendía el cambio, pero era bien recibido.

Cuando salieron a la sala de espera, Johnny Holliday estaba inclinado sobre el mostrador de recepción hablando con Gretchen. Leigh vio a los dos hombres juntos en el mismo espacio y al instante la admiró la diferencia. Johnny parecía un crío comparado con Rob. Era atractivo, pero Rob era más grande, más alto, con hombros más anchos y más bronceado. Y eso solo por fuera. También era un buen padre, un amigo íntegro, un hombre de palabra.

—Hola, Johnny —dijo ella sin soltar la mano de Rob.

—¡Leigh! Vengo a decirte que he conseguido el trabajo en Colorado Springs, así que ahora nos veremos más.

—Rob, este es un antiguo vecino de Chicago. Johnny Holliday. Nos criamos puerta con puerta. Johnny, este es Rob —lo miró—. ¿Mi prometido? —preguntó. Rob levantó una comisura de la boca y asintió.

—Encantado de conocerte —dijo, sin soltarle la mano a Leigh.

—Me alegro por ti de lo del trabajo —dijo esta—. Alyssa estará contenta. Disculpa, no tengo tiempo para visitas. Enhorabuena. Eleanor, estoy lista.

Se volvió y entró en la sala de reconocimiento.

Elige la mejor manera de vivir, la costumbre te la hará agradable.

EPICTETO

Capítulo 17

Rob llamó a la puerta de Leigh a las cinco y media. Cuando ella la abrió, él captó de inmediato el olor de su gel y su champú, un olor con el que le encantaba acurrucarse. Ella llevaba unos pantalones pirata marrones y una blusa blanca encima de un top blanco.

—¿Voy demasiado informal? —preguntó.

Él negó con la cabeza y la atrajo hacia sí para besarla. La estrechó en sus brazos y le devoró los labios de un modo que prometía más cosas futuras.

—¡Vaya! ¡Menudo día! —exclamó ella cuando él apartó la boca.

Rob no la soltó.

—¿Soy tu prometido? —preguntó.

—Hay muchas cosas pasando a la vez —explicó ella—. Ese es mi famoso ex. Hace un mes vino por la clínica a decirme que iba a ir a una entrevista de trabajo en Colorado Springs y esperaba que reanudáramos nuestra amistad. Estuve horrible con él. Perdí los estribos por completo. Le dije que mi prometido era violento. Y luego me olvidé por completo de su visita porque estaba absorta en nuestra situación. De hecho, estaba tan centrada, en ti, en mí y en el bebé, que no se me ocurrió mencionártelo.

—¿Soy violento? —preguntó él con una sonrisa.

—Por supuesto que no —repuso ella—. Eres el hombre más tranquilo que conozco. ¿Es necesario que salgamos?

—Sí, he hecho planes. No nos llevarán mucho tiempo. Puedes contarme el resto de tu día en el coche.

—Está bien —Leigh tomó su bolso y cerró la puerta—. En las últimas veinticuatro horas mi mundo ha dado un vuelco completo.

Rob le abrió la puerta del coche.

—Parece que sí. De pronto estás prometida.

Ella alzó la cara hacia él y le sonrió.

—¡Sorpresa!

Él se instaló al volante.

—Estoy deseando oír qué más sorpresas tienes para mí.

—Unas pocas —repuso ella—. El bebé se movió por primera vez ayer.

—¿Ayer? ¡No me has dicho nada! —Rob estiró el brazo para apoyar la mano en el vientre de ella, que se echó a reír.

—Todavía no puedes sentirlo. Solo son aleteos, pero muy pronto se pondrán notar. Y no te lo dije ayer porque estaba muy ocupada sosteniendo una conversación difícil con mi tía Helen. Le dije que ambas podíamos arreglárnoslas muy bien con el bebé y con tu ayuda y no le gustó esa

palabra.

—¿La de «arreglárnoslas»? —preguntó él, confuso.

—No. La de «ambas». Básicamente me dijo que de eso nada. Que me había entregado treinta años de su vida y no me iba a entregar otros treinta. ¿En que estaba pensando? ¿En que mi tía estaría tan encantada con el bebé, que cancelaría todos sus viajes y pondría su vida en compás de espera para cuidarlo? Me dijo que no. De hecho, se ha ido de casa. Ahora está viviendo con Sully.

—¿De verdad? —preguntó Rob—. Supongo que él tiene sitio de sobra, con las cabañas y demás.

—No está en una cabaña. Lo quiere. Está enamorada de él. Asumo que eso significa que no está en el cuarto de invitados.

—¿En serio?

—Mi tía Helen y Sully están siendo malos. Viven en pecado.

Rob silbó.

—Sully acaba de convertirse en mi héroe.

—Es prometedor, ¿verdad? Podemos esperar muchos años de felicidad.

—¿O sea que ella te ha dejado colgada y has decidido ser mi prometida? ¿Esto es real?

—¡Ah, Rob! ¡Hay tantos detalles a tener en cuenta! Puede que sea tu prometida bastante tiempo, hasta que los vayamos aclarando. Sé que te alegrarás de hacerme un hueco en tu cama, pero aparte de eso...

—Estaré muy feliz de hacerte un hueco en...

—Y entonces, cuando hagamos lo que solemos hacer, habrá un adolescente en el cuarto de al lado que nos oirá y probablemente quedará traumatizado de por vida o se meterá con nosotros a perpetuidad. O quizá le demos asco. Hace tanto tiempo que estoy sola, que ni siquiera sé de qué deberíamos hablar.

Él aparcó a un lado de la calle y se giró a mirarla.

—Te voy a mostrar algo. No es una solución, es una idea. En alguna parte tenemos que empezar.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Ya falta poco. Intenta ser paciente.

—A estas alturas ya deberías saber que no puedes pedirme eso.

—Pues te lo pido igualmente. Ahora háblame más de tu enfrentamiento con Helen.

Leigh le contó cuánto se habían disgustado las dos y lo duro que había sido verla marcharse, aunque no hubiera ido lejos y estuviera loca por Sully. Después Rob aparcó delante de una casa. Estaba a unos quince minutos del pueblo, en un barrio agradable de casas construidas en parcelas amplias. Había un cartel de Se Vende y una mujer ataviada con un traje pantalón salió de su coche y los esperó en la puerta.

—¿Qué es esto? —preguntó Leigh.

—Como ya te he dicho, es solo una idea. Quizá deberíamos empezar desde cero. Quizá necesitamos más espacio.

La mujer le tendió la mano a Leigh.

—¿Señora Shandon? Soy Claudia Bradford. He hablado con el señor Shandon y encontrado varias propiedades que podrían cubrir sus necesidades, pero el señor Shandon me ha dicho que hoy solo tienen tiempo de ver una. Esta casa es muy agradable. ¿Qué tal si echamos un vistazo?

La puerta principal daba a un vestíbulo espacioso, al lado del cual había una habitación

grande llena de ventanas. Los muebles eran del estilo de los de Rob, grandes y de cuero. La estancia estaba immaculada sin un libro ni una taza fuera de su sitio.

Había una chimenea enorme, suelos de tarima y techos altos. Puertas correderas de cristal en la pared de atrás, que daba a un porche y un jardín amplio lleno de árboles, arbustos y flores. En la distancia se veían las cimas de las montañas. El gran salón se abría a una cocina espaciosa con un mostrador largo para desayunar, una isla y hermosos armarios de cocina oscuros. En la zona de comedor había también puertas correderas.

—Aquí hay muchos detalles —comentó Claudia—. Una cocina de seis fuegos, frigorífico congelador amplio, enfriador de vino, bandejas de calentar platos, dos microondas y un horno convencional. Una despensa con frigorífico, fregadero, estanterías para vino y armarios.

El dormitorio principal estaba siguiendo el pasillo y era enorme. En el armario no había ropa. Al lado había un cuarto de baño espectacular, grande, hermoso e immaculado.

—¿Aquí no vive nadie?—preguntó Leigh a la agente inmobiliaria.

—¿Se pueden creer que esto es una casa de vacaciones? Es propiedad de dos parejas de Las Vegas. No sé por qué han decidido vender. Lo único que sé es que, entre amigos y familiares, la casa ha estado muy ocupada, usada como un lugar al que retirarse en sus veranos calurosos y donde venir a esquiar en invierno.

Desandaron sus pasos. Al otro lado del gran salón había un par de dormitorios más. Y arriba, otros dos y un cuarto de baño grande entre ellos.

—¿Cómo de grande es la casa? —preguntó Leigh—. Parece enorme.

—Tiene poco más de quinientos cincuenta metros cuadrados y un garaje para tres coches. Acaba de salir al mercado y esta es solo la tercera vez que la enseño. Es una gran casa de vacaciones.

—¿Cuántos cuartos de baño?

—Cinco. Teniendo en cuenta el tamaño, seguramente no le vendría mal otro. La casa tiene veinte años.

Leigh miró a Rob.

—¿Estás loco?

—Esta es solo la primera. Hay tiempo de mirar otras. Y las hay. Más grandes, más pequeñas e intermedias. Pero es difícil encontrar una casa que tenga sitio para dos despachos, tres hijos y una tía.

—Pero mi tía...

—Siempre podría volver —la interrumpió Rob—. Igual que con los chicos, siempre habrá un sitio para ella.

—Pero no podemos permitirnos esta casa —dijo ella.

—Eso requerirá algunos cálculos. Pero te diré lo que haremos. Vamos a cenar, hablamos de prioridades, sumamos y restamos... Claudia me ha dado un cálculo aproximado de hipotecas y pagos, impuestos, etcétera. Y recuerda, hay otras propiedades y tiempo de sobra. No te vas a poner de parto todavía —él le pasó una mano por los hombros.

—¡Oh! ¡Enhorabuena! —exclamó Claudia—. No tenía ni idea. Es maravilloso —les dio una tarjeta a cada uno—. Espero que volvamos a vernos pronto. Estoy segura de que podemos encontrar la casa perfecta. Pero intentemos que sea antes de que empiece la temporada de esquí. Entonces siempre suben los precios.

Rob tiró de Leigh hasta el coche, pero ella remoloneaba para mirar la casa por encima del hombro. Eso le hizo reír a él.

—Te gusta mucho —comentó.

—Necesita cosas, como azulejos modernos. ¿Tú me oyes? Hablo como si yo supiera algo de azulejos modernos. Sé coser puntos, ayudar a nacer a un niño y tratar la gripe, pero no sé ni preparar una cena decente. Deberíamos acordar ahora mismo que, pase lo que pase, no me dejarás ayudar con remodelaciones ni decoraciones. Si lo haces, te arrepentirás.

—Y yo prometo no intentar coser puntos ni ayudar a nacer a un niño —dijo él—. No te preocupes, Tom y Lola Canaday harán lo que sea necesario. Se dedican a eso, a remodelar casas, venderlas, construirlas y rejuvenecer propiedades. Yo dirijo un pub, tú llevas una clínica y es mejor que nos limitemos a lo que sabemos hacer.

—Pero sé sincero. No podemos permitirnos algo así, ¿verdad?

Mientras ellos estaban al lado del coche, Claudia subió al suyo y se despidió agitando la mano.

—Todavía no he hecho cálculos —repuso Rob—. Pero yo puedo vender mi casa y los dos nos ganamos bien la vida. Lo que puede limitarnos son las universidades. Yo he guardado dinero en fondos para la universidad de los chicos y Finn ha conseguido una beca pequeña, que algo ayuda, pero es increíble...

—¡Oh! Hablando de lo cual, ¿vas a llevar a Finn a Boulder el sábado? ¿Crees que puedo ir yo también o a él no le gustaría?

—Creo que eso sería perfecto —contestó Rob con una sonrisa.

—Estoy segura de que se acostumbrarán a mí... Con el tiempo. Probablemente habrá un periodo de adaptación, pero, cuando les dijiste que estaba embarazada, ¿gritaron horrorizados?

Rob sonrió.

—Más o menos, pero no por ti. Porque no podían creer que yo fuera tan irresponsable, sobre todo después de todo lo que les he sermoneado con lo del sexo seguro.

—Espero que me den una oportunidad —comentó Leigh.

Él le tocó la mejilla.

—Pronto lo sabremos. Ven. Están preparando algo. Espero que sea la cena.

Las dudas y miedos de Leigh disminuyeron después de ver una cosa donde no solo cabrían todos, sino que además representaba un comienzo nuevo para todos. Para Rob, para los chicos y para ella. Incluso para Helen. Esta iba a empezar también algo con Sully, pero a Leigh le producía mucha alegría poder decirle que siempre habría un lugar para ella.

—Es demasiado grande para nosotros, ¿verdad? ¿Incluso para todos nosotros?

—Probablemente —contestó Rob—. Pero todavía no sé lo que necesitamos. ¿Los chicos estarán mucho con nosotros o se irán a la universidad y después y nos harán muy poco caso? ¿Necesitamos espacio para una niñera? ¿Estaremos los tres solos en una casa grande o la llenaremos? Te diré una cosa. No me importaría sentarme en ese porche a ver las montañas.

—De no ser por nuestra situación, ¿tú habrías considerado cambiar de casa? —preguntó Leigh.

—Probablemente no. Mi vida entera se limitaba a mis hijos y el pub. No lo lamento. Pero, al ver esa casa, pensé en lo genial que quedaría un árbol de Navidad delante de esas puertas correderas de cristal.

Aparcó delante de su casa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó ella.

—No estoy seguro. Sean ha trabajado hoy en el pub y me ha preguntado si iba a salir contigo

esta noche y he dicho que esperaba que sí. Me ha dicho que te trajera a la casa a las seis y media, que tiene que enseñarte algo, pero es una sorpresa. Así que hazte la sorprendida y después te daré de cenar.

—De acuerdo —repuso Leigh—. ¿Dónde está Finn?

—Se suponía que iba a pasar el día preparando todas las cosas que se va a llevar a Boulder, pero, o no lo conozco, o habrá estado en casa de Maia casi todo el día.

Cuando entraron, captaron de inmediato que en la cocina pasaban cosas. Había buenos olores, conversaciones, risas y música de fondo de un iPod. Sean y Finn llevaban camisetas blancas con pajaritas negras y Maia estaba de pie ante la encimera preparando algo. Llevaba un delantal, un gorro de chef y una gran sonrisa. Fue la primera en verlos y le dio con el codo a Finn, quien, a su vez, le dio un codazo a Sean.

—Madame y Monsieur, la cena está servida en el patio —dijo este último con una pequeña reverencia—. Por aquí.

Leigh y Rob lo siguieron y vieron el patio decorado con lucecitas parpadeantes, una mesa redonda con velas y flores que parecían ser exactamente iguales a las que había en el jardín del vecino. También había un caballete, con cartulinas encima. En los platos había menús impresos y al lado copas de champán y vasos de agua.

Rob le apartó una silla a Leigh.

—Debería haberme puesto elegante —comentó ella.

—Yo también —dijo él—. Esto es una locura.

Leigh tomó su menú.

—¡Caray! —dijo—. ¿Saben preparar esto? —leyó en voz alta—. Pollo *cordón bleu*, ensalada César, espárragos con ajo, *fettuccini* aliñados con salsa de mantequilla. Genial.

—Te aseguro que a mí nunca me han dado una cena así. Yo tenía la impresión de que solo podían comer si yo les ponía algo en la mesa.

—Esto podría cambiarlo todo —comentó ella.

Entonces apareció Finn, con un paño en el brazo, y les ofreció una botella de sidra burbujeante sin alcohol. Cuando Rob aprobó con la cabeza, su hijo la sirvió en las copas de champán. Y después los dos chicos, muy cómicos con las camisetas blancas y las pajaritas, se colocaron cada uno a un lado del caballete. Finn quitó la cartulina superior y la siguiente ponía en letras negras:

Bienvenida a Casa Shandon.

Leigh no pudo evitarlo. Tuvo que cubrirse la boca para no reír en alto.

Recogemos lo que ensuciamos y mantenemos el cuarto de baño bastante limpio.

Entonces Sean retiró esa cartulina para mostrar la siguiente.

Yo me esforzaré más. Con cariño, Sean.

Ella le sonrió y agarró la mano de Rob.

Y yo estaré en la universidad, haciéndome mi colada. Con cariño, Finn.

Estaban los dos muy rectos y serios, turnándose en retirar las cartulinas y cada uno a un lado del caballete.

Sabemos no hacer ruido.

No del todo.

Somos increíblemente serviciales.

Y divertidos.

Yo puedo eructar en silencio. Con cariño, Sean.

*Sabemos cómo dejar de ser pesados.
En serio, en muy poco tiempo te pareceremos adorables.
Nos gustan los bebés. Casi siempre.
Podemos ayudar con todo excepto la caca.
Y hasta estamos dispuestos a aprender eso. Por favor, ve despacio.
Prometemos sacar notas excelentes.
Yo dejaré de ver porno por internet. Es broma. Con cariño, Sean.
Yo nunca llamaré desde la universidad después de las diez.
Yo puedo revisar tu coche todos los meses. Con cariño, Sean.
Haremos todo lo que podamos para resultar menos caros.
Hemos captado el mensaje de que nuestro padre te quiere.
Porque es muy listo y apunta alto.
No es una casa grande, pero hay espacio.
(Tú no eres tan grande).*

A la tía Helen le caeremos genial.

¿Quieres casarte con nuestro padre, por favor?

Di que sí y te daremos de cenar.

Es una cena excelente. La ha hecho Maia.

Leigh tenía lágrimas en los ojos. Se inclinó hacia Rob y susurró:

—¿Saben que hemos ido a ver una casa?

Él negó con la cabeza.

—¿Y tú no sabías nada de esto? —preguntó ella.

Rob volvió a negar con la cabeza. Le puso una mano en la barbilla y le alzó la cara.

—No tienes que darles una respuesta si no estás preparada. Lo entenderán.

—Pero tengo hambre —contestó ella, con un resoplido.

Miró a los chicos, que la miraban con ojos brillantes de expectación. Asintió con la cabeza y ellos gritaron y se abrazaron como compañeros de un equipo que acabara de marcar un gol. Luego retiraron la última cartulina.

¡Viva!

Leigh se levantó de la mesa y se dejó abrazar por los dos. Rob se unió al abrazo de grupo.

—Sois adorables —dijo ella—. No sé cómo vamos a hacer esto.

—Lo que importa es que lo hagamos —contestó Finn—. Somos una familia. No podemos cambiar eso.

—Cuidaremos de ti —prometió Sean.

—Y yo de vosotros —respondió ella—. Casi siempre. Por favor, id despacio.

Un par de días después, los cuatro fueron a dejar a Finn en su residencia de la universidad. Dakota y Sid estaban también allí, puesto que vivían ya en Boulder. Además de lo que parecían millones de estudiantes, llegando todos a instalarse. Unos iban por primera vez y otros volvían y se reunían con amigos.

Leigh le había hecho a Finn una caja que parecía un botiquín portátil, con analgésicos para el dolor de cabeza, antiinflamatorios para luxaciones, tirones musculares o dolores de muelas, medicinas para náuseas y diarrea, vendas, vendajes elásticos, medicinas para el resfriado, para la tos y para todo lo que pudiera llevar a un joven a la clínica.

—Esto es genial —dijo él. Y lo guardó debajo de la cama.

Había conocido a algunos de sus compañeros de residencia durante el cursillo de orientación, igual que Rob había conocido a algunos padres. La atmósfera de animación y celebración sugería que los alumnos de primero estaban listos para que se fueran los padres y empezar a divertirse. Y Sean actuaba como si esperara que se olvidaran de él y lo dejaran allí.

Finn los acompañó hasta el aparcamiento. Sean le dio un puñetazo en el brazo y se dirigió hacia el coche. Rob se hizo un momento el remolón y después le dio a Finn un abrazo de oso. Cuando lo soltó, se giró rápidamente y cruzó el aparcamiento con la cabeza baja. Leigh miró a Finn y le sorprendió ver lágrimas en sus ojos.

—Cuida de él, Leigh —le dijo—. Se cree que puede arreglárselas solo, pero todos sabemos que nos necesita tanto como nosotros a él.

Ella lo abrazó. Era tan alto como su padre. Era fuerte y listo. Y mientras lo abrazaba, lo sintió como un chico suyo que salía al mundo.

—Cuidaré de él, no te preocupes. Y de Sean. También cuidaré de Sean. No estamos tan lejos. Llámanos, diviértete y estudia mucho.

—Lo haré.

Rob esperaba en el coche. Tenía los ojos húmedos y parecía emocionado. Se encogió de hombros.

—No es como enviarlo a visitar a sus abuelos. ¿Cómo puede ser que tenga dieciocho años?

—Estará bien, Rob. Vámonos a casa. Tenemos una lista muy larga de cosas que hacer. Tenemos que casarnos, buscar una casa y tener un bebé. Con suerte en ese orden.

Leigh empezó a pasar las noches en casa de Rob desde el día en que les dijo a sus hijos que se casaría, y le resultó sorprendentemente fácil. No tuvo que hacer una gran mudanza. Llevó unas pocas cosas cada vez y seguía pudiendo ir a su casa si necesitaba algo. Sean no solo era amable y acogedor, sino que sus esfuerzos por no hacer ruido y mostrarse ordenado eran tan exagerados que resultaban casi cómicos.

Encajar allí a Leigh temporalmente no sería un problema, pero solo a corto plazo. Finn iría a casa algunos fines de semana y en vacaciones, y habría veces en las que la casa estaría a rebosar, sobre todo cuando naciera el bebé. Así que Leigh se esforzó por buscar una casa que resultara más cómoda. No le costó mucho encontrar una maravillosa de cuatro dormitorios, otra casa de vacaciones, pero esa vez de solo dos años de antigüedad.

—Eso ocurre más de lo que crees —le dijo Claudia—. La gente quiere una casa de vacaciones, a veces hace lo imposible por conseguirla y después descubre que está pagando una pequeña fortuna por un lugar al que no puede venir muy a menudo. Algunos intentan venderla y otros simplemente dejan que la embargue el banco. En esta han vivido muy poco y es una casa soberbia. Un poco aislada, pero no muy lejos del pueblo.

La casa tenía apenas el número justo de dormitorios, pero había un desván amplio que podía hacer de despacho para Rob y Leigh. Era lo bastante grande para poner dos escritorios, estantes empotrados y archivadores. Y tenía dos ventajas importantes. Una casita de invitados y una vista hermosa de las montañas desde el desván y el jardín.

Cubría sus necesidades y a Leigh le encantaba. Estaba deseando instalarse allí. Pero primero sacaron la licencia de matrimonio. Cuando las hojas empezaban a cambiar de color, hicieron una boda íntima en una capilla pequeña de Leadville. Solo estaban presentes los chicos, Dakota y Sid, Helen y Sully. Intercambiaron los votos tradicionales ante un ministro y Leigh descubrió con sorpresa que tenía el rostro lleno de lágrimas.

Rob le secó las mejillas con gentileza.

—Espero que sean lágrimas de felicidad —dijo.

—Soy muy feliz —contestó ella—. Creo que hoy es el día más feliz de mi vida.

—¿Ya no tienes miedo? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que me enamoré de ti al instante. Puede que fuera eso lo que me asustaba, que pensaba que no era posible.

—¿Y ahora?

—Nunca he estado más segura de nada.

El pub se cerró para clientes, aunque el resto de la nueva familia ampliada de Rob y Leigh, y casi todo el pueblo, se reunió allí para una celebración que incluía buena comida, bebidas y música. La fiesta duró hasta la medianoche y después Rob y Leigh fueron a la casita alquilada de ella y Sid y Dakota se quedaron con los chicos. Como tenían a Finn en casa solo durante el fin de semana, los novios no quisieron irse del pueblo de luna de miel.

Estar solos sin un adolescente en la habitación de al lado les parecía una buena idea. Cuando Leigh se quitó el vestido que había llevado en la boda, dijo:

—¡Oh!

—¿Qué ocurre? —preguntó Rob desde la cama.

—Ha pasado algo —respondió ella. Estaba de pie ante él en bragas y sujetador. Se puso de lado. Se le notaba el vientre abultado—. No me había dado cuenta de que estuviera metiendo tripa, pero te juro que no estaba así antes de darte el «sí quiero».

A Rob le brillaron los ojos.

—Ven aquí —dijo, levantando la sábana.

Ella se metió en la cama y las manos de él se posaron de inmediato en su vientre.

—Pensé que esto era muy inoportuno —comentó—. Pero creo que dejarte embarazada ha resultado ser una idea excelente. Te ha frenado lo suficiente para que yo te alcanzara.

—Prometo que te querré siempre. Pero creo que tres hijos y una casa nueva es todo lo que podemos permitirnos.

—Ven aquí —Rob la estrechó en sus brazos—. Te quiero como nunca te he querido antes. Creo que seré mejor esposo que novio. Ya veremos.

Ella puso la mano de él en su vientre.

—No necesitamos que seas mejor, cariño. Solo necesitamos estar juntos. Gracias por el bebé.

—Ha sido un placer.

*El amor es lo único que podemos llevarnos
al partir, y es lo que hace fácil el final.*

LOUISA MAY ALCOTT

Epílogo

Día de San Valentín

¡Sully! —gritó Helen, entrando en la tienda—. ¡Sully! Me voy a Aurora. Leigh está en el hospital. Va a dar a luz.

Él salió de la parte de atrás.

—Yo te llevo.

—Puedo conducir —respondió ella—. No hace falta que vengas. Ya sabes lo que pasa con los primogénitos, que pueden tardar muchas horas.

—Me llevaré uno de tus libros —contestó él, subiendo los escalones—. O echaré una siesta.

—Eres muy gracioso.

—Puede estar resbaladizo. Conduciré yo. Espera solo que cierre la tienda.

—No me puedo creer que ya haya llegado el momento —dijo ella—. Será mejor que me lleve la bolsa con el ordenador y el cargador del teléfono.

—Seguramente no hay prisa —comentó Sully. La tomó del brazo y echó a andar con ella hacia la casa.

—Pero ya está en el hospital. No ha querido llamar hasta estar segura de que la ingresarían. Le han puesto la epidural y ha dicho que serán un par de horas.

—Ya veremos —comentó Sully. Silbó a Beau para dejarlo dentro de la casa.

—Le han puesto la anestesia —aclaró Helen— para no tener mucho dolor. ¡Ay, Sully! Ya va a nacer.

Él se detuvo en seco y la miró.

—Sabíamos que nacería, Helen. ¿Estás nerviosa?

—¿Podemos darnos prisa, por favor?

—Desde luego —Sully se detuvo solo el tiempo suficiente para llenar el plato del agua de Beau y ponerse el abrigo. Ayudó a Helen a ponerse el suyo y la siguió hasta su camioneta—. Vamos a intentar conservar la calma —dijo—. Espera, te ayudo a subir.

—Puedo sola —ella se agarró al asa de mano y subió.

—Me gustaba la idea de empujarte —comentó él. Le dio un pequeño pellizco.

Durante el viaje, ella no dejaba de moverse y Sully se echó a reír.

—Sabía que te pondrías así. Estás nerviosa como un gato.

—No puedo evitarlo —musitó ella—. Estaba desando que llegara este momento.

—No te he oído quejarte del invierno.

—No ha sido muy malo. Y tú has cumplido tu promesa de preparar sopa deliciosa y darme calor.

—Sé hacer cuatro sopas distintas y ni una más, pero funcionan. Y darte calor es uno de mis placeres. Y creo que tú consigues buenos asesinatos delante de la chimenea.

—Es verdad.

Sí, era una nueva vida para Helen. Seguían paseando, a veces por el pueblo. El fuego era acogedor y, aunque había nieve, también había días lo bastante cálidos para sentarse un rato en el porche. Era divertido ver a los patinadores sobre el lago y las alas delta. A pesar del clima, a pesar de la ausencia de campistas y senderistas, todavía pasaba bastante gente por allí. La Navidad con Leigh, Rob y los chicos había sido muy divertida. Habían tenido la casa llena en Nochebuena, con Sid y Dakota, Cal, Maggie, Sierra, Connie y todos los pequeños. Después, esa gran familia, incluidos también la madre y el hermano de Connie, se había vuelto a reunir el día de Navidad. Había habido toneladas de comida, con gente cocinando y horneando sin cesar y risas estruendosas.

Ni Helen ni Leigh habían tenido nunca tanta familia. Era fabuloso.

Cuando llegaron al hospital, encontraron a Finn y Sean en la sala de espera con Sid y Dakota.

—No esperaba veros a todos —comentó Helen.

—Ni tú ni nadie —contestó Sid—. Sean ha venido con Rob y Leigh y nosotros hemos traído a Finn desde Boulder. Nadie quiere perderselo.

Helen le dejó el bolso y el abrigo a Sully y se dirigió a la habitación. Cuando entró, encontró a Leigh con un bulto en brazos envuelto en una mantita rosa. Tenía la cara sonrojada de felicidad y una hermosa sonrisa en el rostro.

—Lo siento, tía. No he podido esperar.

—¡Oh! ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado? —Helen corrió al lado de su sobrina.

—Quince minutos —contestó Rob—. La doctora acababa de decirle que tardaría un rato porque solo había dilatado seis centímetros. Es un diablillo impaciente.

Helen extendió los brazos hacia la niña.

—¡Oh, Dios mío! Mírala.

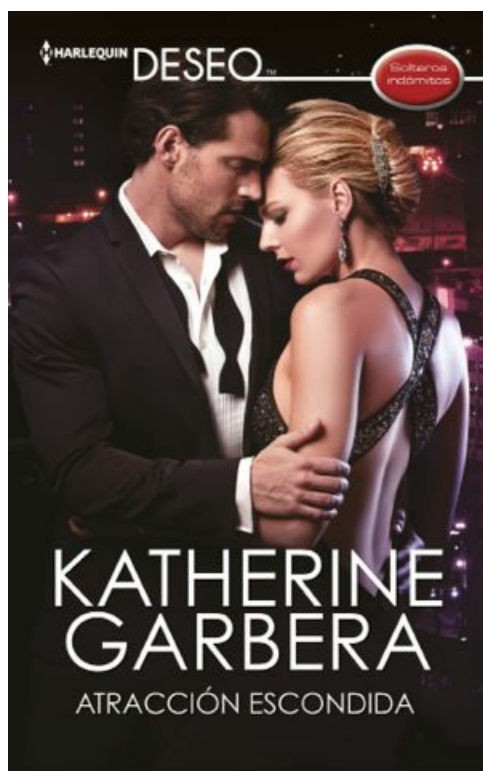
—Siento no haber podido esperarte —repitió Leigh.

—Hay mucha familia en la sala de espera —dijo Helen, con la niña en brazos—. Y, después de la muchedumbre que se congregó en Navidad, sospecho que habrá una multitud en todos los eventos.

—Es todo un cambio para nosotras, ¿verdad, tía?

—Un cambio ideal —repuso Helen—. Es como encontrar un hogar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

“Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento”.

The Romance Reader

“Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser”.

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e*lit*



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

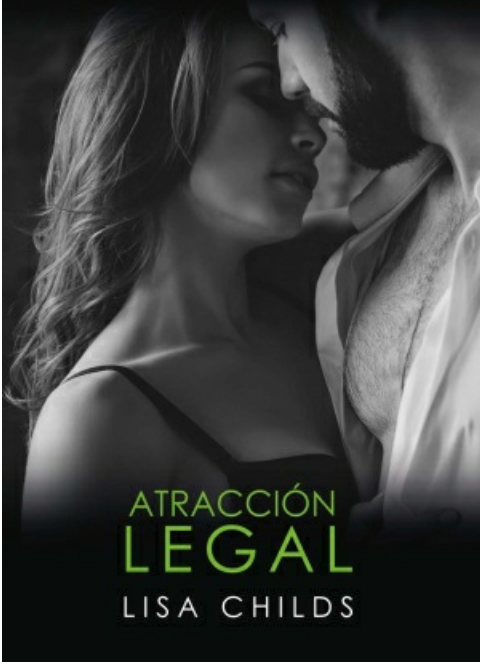
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

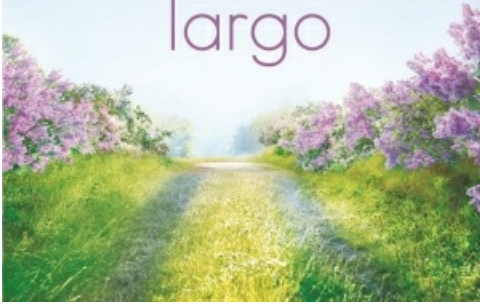
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL
WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)